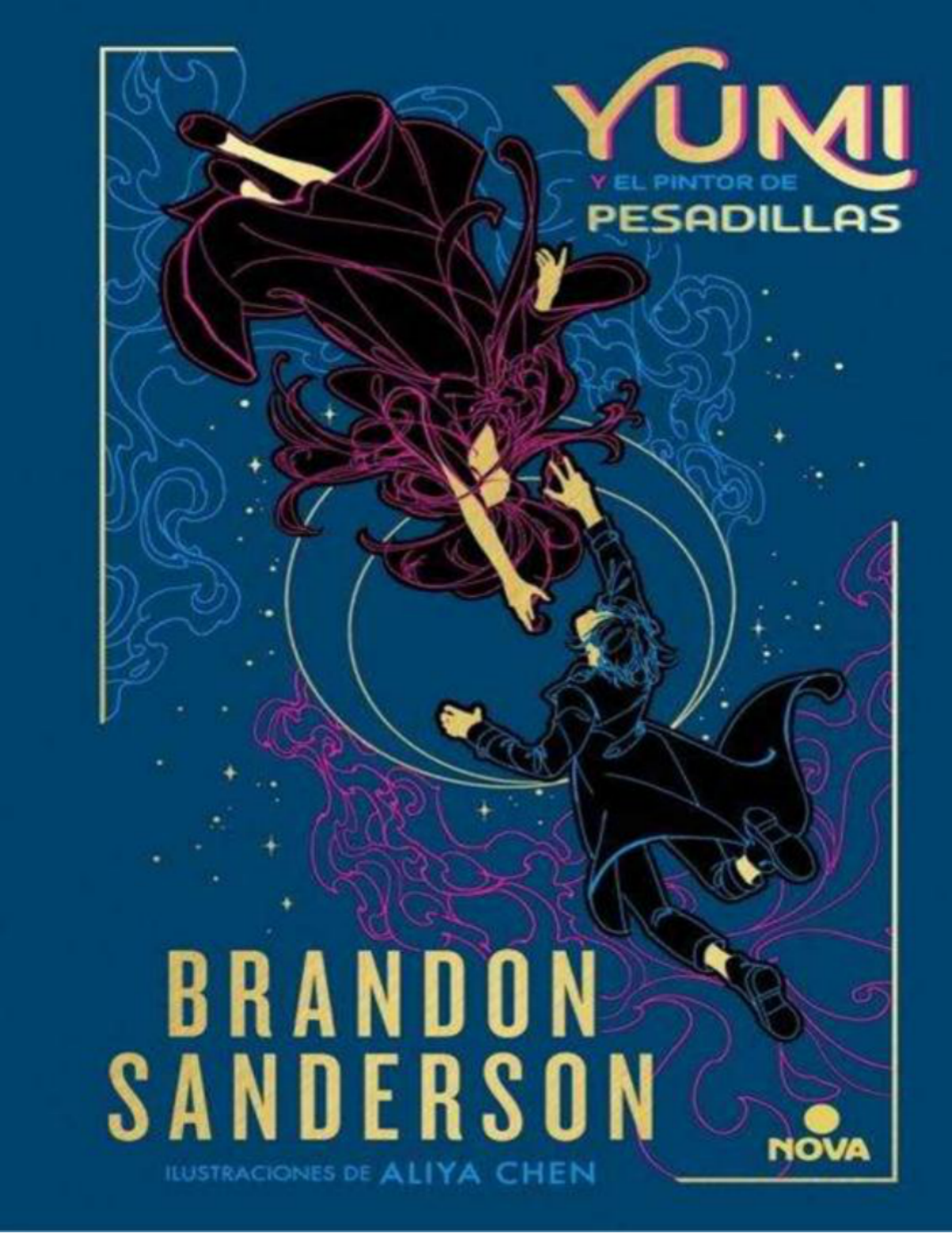
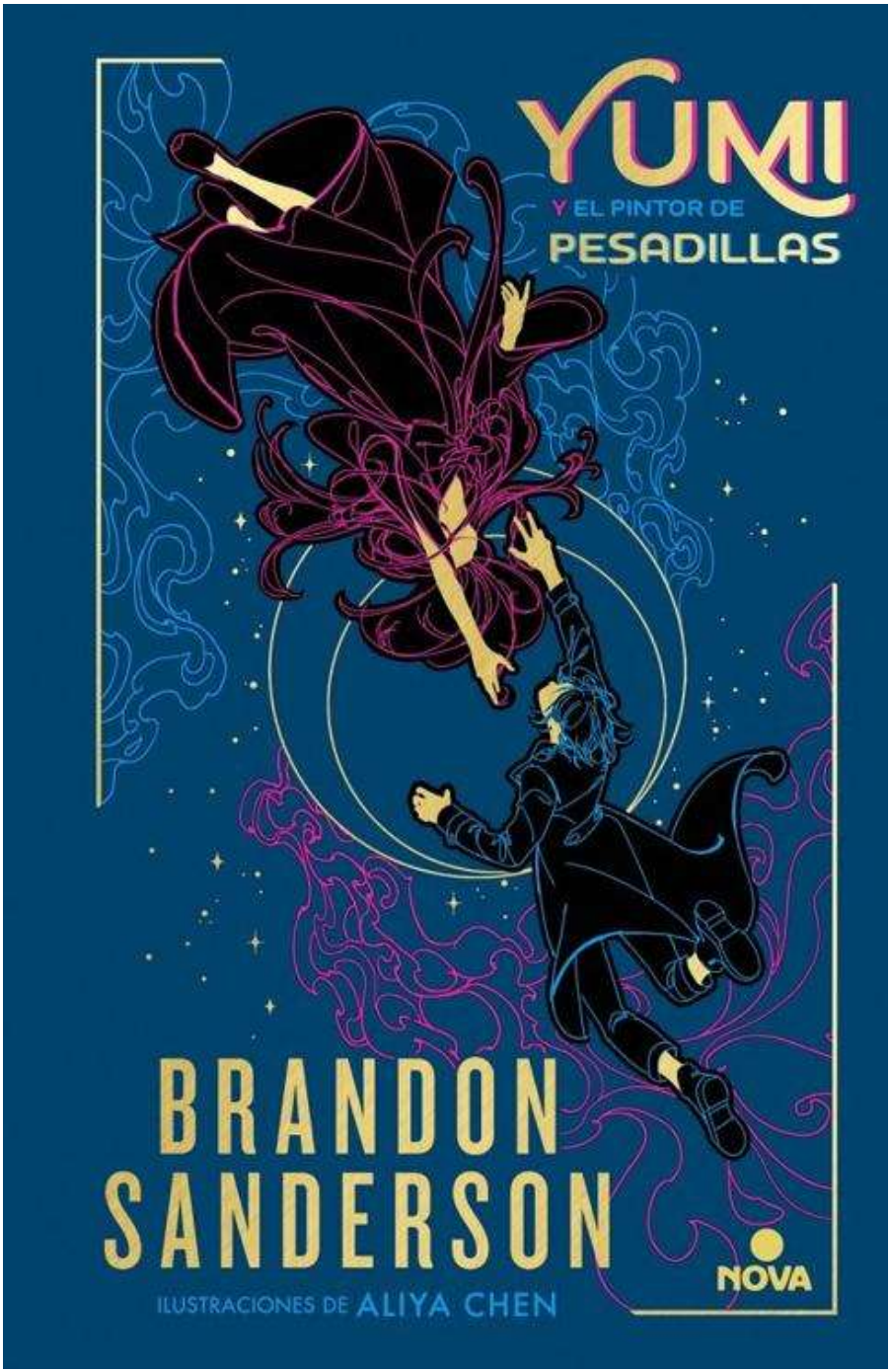

YUMI
Y EL PINTOR DE
PESADILLAS
BRANDON
SANDERSON
ILUSTRACIONES DE ALIYA CHEN
NOVA


YUMI
Y EL PINTOR DE
PESADILLAS
BRANDON
SANDERSON
NOVA
ILUSTRACIONES DE ALIYA CHEN

Este también es para Emily,

quien, por algún asombroso motivo, me da su amor

ILUSTRACIONES

Por Aliya Chen, © Dragonsteel Entertainment, LLC

(Aparecen en el capítulo indicado o inmediatamente a continuación)
Enfrentamiento con una pesadilla – Capítulo 3

Buscando consejo – Capítulo 5

Treinta y siete espíritus – Capítulo 5

Encuentro – Capítulo 8

Batalla de voluntades – Capítulo 12

De compras – Capítulo 15

El Pupila del Fideo -– Capítulo 17

Baño ritual -– Capítulo 18

Aprendiendo a pintar – Capítulo 19

Aprendiendo a apilar – Capítulo 20

Meditación – Capítulo 22

La maravilla como luz de fondo – Capítulo 25

Consuelo – Capítulo 27

El álbum de Pintor – Capítulo 28

La pesadilla estable – Capítulo 29

En la mortaja – Capítulo 32

Reconocimiento – Capítulo 36

La defensa de Kilahito – Capítulo 40

El perchero – Otro epílogo

Competición – Otro epílogo

AGRADECIMIENTOS

Antes que nada, quiero dar las gracias a Emily, la persona a quien está dedicado este libro, por ser tanto mi inspiración como mi copresidenta de Dragonsteel. Creo que os asombraría saber lo mucho que hace entre bambalinas. Merece alabanzas, elogios y un mérito enorme por compartir este libro, que es suyo, con todos vosotros.

Nuestro Departamento de Desarrollo Creativo es el que se ocupa de cosas como las ilustraciones de los libros, el arte conceptual y otras cosas geniales por el estilo. De ese departamento, querría agradecer a Isaac Stewart —vicepresidente y mi compañero de fechorías desde hace mucho tiempo— que se haya ocupado de la inmensa tarea de preparar toda la parte gráfica de estas novelas secretas.

Y ya que estamos con eso, Aliya Chen es la ilustradora de este libro y ha hecho un trabajo excelente. Con estas novelas pretendía que los ilustradores tuvieran una libertad adicional a la hora de crear su arte para las historias como ellos quisieran, y ha sido realmente maravilloso trabajar con Aliya. Espero que quienes estéis escuchando el audiolibro echéis un vistazo a las hermosas piezas que ha aportado a este proyecto.

Otros miembros del Departamento de Desarrollo Creativo son Rachael Lynn Buchanan (quien nos hizo fijarnos en la obra de Aliya), Jennifer Neal, Ben McSweeney, Hayley Lazo, Priscilla Spencer y Anna Earley.

También queremos dar las gracias a varias personas ajenas a nuestra organización en Dragonsteel que nos ayudaron con este proyecto. Entre ellas están Oriana Leckert de Kickstarter y Anna Gallagher y Palmer Johnson de BackerKit. Un agradecimiento especial para Bill Wearne, nuestro representante de impresión, que ha hecho milagros para que estas novelas fuesen a imprenta según lo que teníamos planeado.

Nuestro Departamento Editorial lo encabeza el instalado Peter Ahlstrom. Su equipo también ha trabajado muchísimo para completar cuatro libros adicionales a tiempo, ¡así que dadles la enhorabuena! Forman parte de él Karen Ahlstrom, Kristy S. Gilbert (que se ha ocupado del diseño de las páginas), Betsey Ahlstrom, Jennie Stevens y Emily Shaw-Higham. Deanna Hoak ha sido la revisora de esta novela.

El vicepresidente de nuestro Departamento de Operaciones es Matt

«¿Cuántos libros dices que publicas este año?» Hatch, que se incorporó a la empresa justo a tiempo para

que emprendiéramos este proyecto enorme. En el equipo de operaciones también están Emma Tan-Stoker, Jane Horne, Kathleen Dorsey Sanderson, Makena Saluone, Hazel Cummings y Becky Wilson. ¡Muchas gracias por mantenernos a todos a raya y centrados!

El Departamento de Publicidad y Marketing está capitaneado por el vicepresidente Adam Horne. Son la gente que me ayudó a rodar los vídeos con los que promocionamos estas novelas secretas y han sido un recurso valiosísimo a la hora de haceros llegar la información sobre todo el asunto. En su equipo están Jeremy Palmer, Taylor D. Hatch y Octavia Escamilla. ¡Buen trabajo!

Por último, pero no menos importante, tenemos nuestro Departamento de Marketing y Acontecimientos, encabezado por Kara Stewart como vicepresidenta. Su equipo ha cargado con un peso gigantesco para estas cuatro novelas secretas, ya que es un trabajo *enorme* coordinarlo, empaquetarlo y enviarlo todo para que lo recibáis en casa. También se han ocupado de hacer llegar los productos digitales a todo el mundo y de llevar el servicio de atención al cliente, así que, tengáis la versión de este libro que tengáis, ¡esta es la buena gente que os lo ha enviado! Muchísimas gracias a todos por todo el trabajo.

Forman parte de este equipo Christi Jacobsen, Lex Willhite, Kellyn Neumann, Mem Grange, Michael Bateman, Joy Allen, Katy Ives, Richard Rubert, Brett Moore, Ally Reep, Daniel Phipps, Dallin Holden, Alex Lyon, Jacob Chrisman, Matt Hampton, Camilla Cutler, Quinton Martin, Kitty Allen, Esther Grange, Amanda Butterfield, Laura Loveridge, Gwen Hickman, Donald Mustard III, Zoe Hatch, Logan Reep, Rachel Jacobsen y Sydney Wilson.

Entre los miembros de mi grupo de escritura para este libro estaban Emily Sanderson, Kathleen Dorsey Sanderson, Peter Ahlstrom, Karen Ahlstrom, Darci Stone, Eric James Stone, Alan Layton, Ethan Skarstedt y Ben Olseeeen.

Los lectores alfa han sido, entre otros, Jessie Farr, Oliver Sanderson, Rachael Lynn Buchanan, Jennifer Neal, Christi Jacobson, Kellyn Neumann, Lex Willhite, Joy Allen y Emma Tan-Stoker.

Algunos lectores beta fueron Joshua Harkey, Tim Challener, Lingting «Botánica» Xu, Ross Newberry, Becca Reppert, Jessica Ashcraft, Alyx Hoge, Liliana Klein, Rahul Pantula, Gary Singer, Alexis Horizon,

Lyndsey Luther, Nikki Ramsay, Suzanne Musin, Marnie Peterson y Kendra Wilson.

El equipo de lectura gamma incluye a muchos lectores beta, además de a Brian T.

Hill, Evgeni «Argento» Kirilov, Rosemary Williams, Shannon Nelson, Brandon Cole, Glen Vogelaar, Rob West, Ted Herman, Drew McCaffrey, Jessie Lake, Chris McGrath, Bob Kluttz, Sam Baskin, Kendra Alexander, Lauren McCaffrey, Billy Todd, Chana Oshira Block y Jayden King.

¡Y, por supuesto, mi más sentido agradecimiento a quienes apoyasteis el proyecto en Kickstarter y lo hicisteis posible! Vuestro entusiasmo es lo que de verdad ha impulsado este proyecto a la estratosfera. Muchísimas gracias.

YUMI
Y EL PINTOR DE
PESADILLAS

La estrella brillaba más de lo normal cuando el pintor de pesadillas salió a hacer la ronda.

La estrella. Singular. No, no era un sol. Una mera estrella. Un agujero de bala en el cielo de medianoche, sangrando una luz pálida.

El pintor de pesadillas se quedó un momento en la puerta de su edificio residencial, con los ojos fijos en la estrella. Siempre había encontrado extraño aquel centinela en el cielo. Pero aun así, le tenía aprecio. Muchas noches la estrella era su única compañera.

Suponiendo que las pesadillas no contaran.

Tras perder el duelo de miradas, el pintor de pesadillas recorrió la calle, silenciosa salvo por el zumbido de las líneas de hion. Surcaban ininterrumpidas el aire como bandas gemelas de energía pura, gruesas como una muñeca, a unos seis metros de altura. Imaginadlas como versiones gigantescas de los filamentos que hay en el centro de una bombilla: inmóviles, resplandecientes, sin soportes.

Una línea era de un indeciso color entre el verde y el azul. Podría llamarse aguamarina, o tal vez cerceta, pero en ese caso sería de una variedad eléctrica. El primo pálido del turquesa, ese que se queda siempre en casa escuchando música y no deja que le dé el sol.

La otra era de un fucsia brillante. Si se le pudiera asignar personalidad a una línea de luz, esa sería alegre, bulliciosa, descarada. De un color que solo te pondrías si quisieras que te siguieran todas las miradas. Un poquitín demasiado púrpura para ser un rosa fuerte, pero al menos era

un rosa que estaba más o menos en forma.

Para los residentes de la ciudad de Kilahito, mi explicación quizá resultara innecesaria. ¿Por qué molestarse tanto en describir algo que todo el mundo conoce?

Sería como describiros el sol a vosotros. Pero debéis tener ese contexto, porque las líneas de hion, la fría y la cálida, eran los colores característicos de Kilahito. Sin postes ni cables que las sostuvieran en alto, recorrían cada calle, se reflejaban en cada ventana, iluminaban a cada habitante. De las líneas principales se desviaban cintas de ambos colores, finas como alambres, que llegaban a cada edificio y alimentaban la vida moderna. Eran las arterias y las venas de la ciudad.

Igual de necesario que las líneas para la vida en la ciudad era el joven que caminaba por debajo de ellas, aunque tenía un papel muy distinto. Sus padres le habían puesto Nikaro al nacer, pero por tradición a muchos pintores de pesadillas se los llamaba por su título, excepto entre ellos. Aun así, pocos lo tenían tan interiorizado como él. De modo que lo llamaremos como él se llamaba a sí mismo: sencillamente Pintor.

Supongo que vosotros diríais que Pintor parecía veden. Rasgos parecidos y el mismo pelo negro, pero tenía la piel más pálida que los que se verían en Roshar. Pintor se habría quedado perplejo si le hiciera esa comparación, ya que no había oído hablar de esas tierras. De hecho, hacía muy poco que su gente había empezado a plantearse si su planeta estaba solo o no en el Cosmere. Pero no adelantemos acontecimientos.

Pintor. Era un hombre joven, a un año todavía de la veintena, tal y como vosotros medís el tiempo. Su pueblo usaba una numeración diferente, pero, para no complicarnos, lo dejaremos en que tenía diecinueve años. Larguirucho y vestido con una camisa suelta abotonada de color gris azulado y un chaquetón hasta las rodillas, era de esos que se dejaban el pelo largo por los hombros porque creían que así requería menos esfuerzo. En realidad requiere mucho más, pero solo si se hace bien. También pensaba que le daba un aspecto más imponente. De nuevo, solo es verdad si se hace bien. Cosa que él no hacía.

Quizá lo consideréis demasiado joven para cargar con el peso de proteger toda una ciudad. Pero lo cierto es que lo hacía junto a otros centenares de pintores de pesadillas.

En consecuencia, era una persona importante del mismo brillante y moderno modo en que los profesores, los bomberos y los enfermeros son importantes: como un trabajador esencial a quien le corresponden sus caprichosos días de apreciación en el calendario, halagos en boca de todos los políticos y murmullos de agradecimiento en los restaurantes. Y, de hecho, resaltar el gran valor de esas profesiones siempre ahogaba otras conversaciones más prosaicas. Como las relativas a los aumentos de sueldo.

El resultado era que Pintor no ganaba mucho dinero, apenas lo justo para comer y llevar algo suelto para gastos. Vivía en un piso de una sola habitación que le proporcionaba su patrono. Todas las noches salía a trabajar. Y lo hacía, incluso a esas horas, sin temer que lo atracaran o lo agredieran. Kilahito era una ciudad segura si no se tenían en cuenta las pesadillas. No hay nada como unos vacíos de oscuridad desbocados y semiconscientes para reducir los índices de criminalidad.

Como es de esperar, la mayoría de la gente se quedaba en casa por la noche.

La noche. Bueno, la llamaremos así. Me refiero al intervalo de tiempo en que la gente dormía. No veían estas cosas igual que vosotros, ya que su pueblo vivía en una oscuridad constante. Sin embargo, durante su turno, podría decirse que daba la sensación de ser de noche. Pintor recorrió las calles vacías entre atestados edificios residenciales. La única actividad visible estaba en la calle Tumulto, a la cual podríamos llamar, siendo caritativos, una zona comercial de baja estofa. Por supuesto, la calle larga y estrecha estaba en la periferia de la ciudad. Allí el hion estaba plegado y curvado para darle forma de letreros, que destacaban en una tienda tras otra como manos gesticulando para llamar la atención.

Los letreros, compuestos de letras, dibujos y formas, se habían creado utilizando solo dos colores, aguamarina y magenta, mediante líneas continuas. Sí, Kilahito tenía cosas como bombillas eléctricas, tan comunes en muchos planetas. Pero el hion funcionaba sin necesitad de maquinaria ni repuestos, así que mucha gente lo utilizaba, sobre todo fuera de casa.

Pintor tardó poco en llegar al límite occidental. Al final del hion. Kilahito tenía forma de círculo y en su perímetro había una última línea de edificios que no era *del todo* una muralla. Eran sobre todo almacenes, sin ventanas ni residentes. Por su exterior se extendía una última calle que rodeaba la ciudad en circunferencia. No la usaba

nadie, pero allí estaba de todos modos, formando una especie de tope entre la civilización y lo que acechaba más allá.

Lo que acechaba más allá era la mortaja: una interminable y densa oscuridad que asediaba la ciudad, y también a todos los habitantes del planeta.

Se cernía sobre Kilahito como una cúpula contenida por el hion, que también se empleaba para crear caminos y corredores entre ciudades. Solo la luz de la estrella atravesaba la mortaja. Ni siquiera hoy por hoy estoy totalmente seguro de por qué. Pero fue cerca de allí donde Virtuosismo se Astilló a sí misma, y sospecho que tuvo algún efecto.

Contemplando la mortaja, Pintor se cruzó de brazos, confiado. Aquellos eran sus dominios. Allí él era el cazador por su cuenta. El vagabundo solitario. El hombre que merodeaba en la inacabable oscuridad, sin temor a…

A su derecha una risa tintineó en el aire.

Pintor suspiró y desvió la mirada hacia el lugar por donde otros dos pintores de pesadillas recorrían el perímetro a paso tranquilo. Akane vestía con falda verde brillante y blusa blanca, y llevaba el largo pincel de pintora de pesadillas como si se tratase de una porra. Tojin, que caminaba dando zancadas a su lado, era un joven de brazos abultados y rasgos planos. A Pintor siempre le había dado la impresión de que Tojin era como un retrato hecho sin aplicar bien la perspectiva ni el escorzo. Seguro que ningún hombre podía tener unos brazos *tan* grandes, una barbilla *tan* cuadrada.

Ambos volvieron a reírse de algo que había dicho Akane. Entonces lo vieron allí de pie.

—¿Nikaro? —lo llamó Akane—. ¿Vuelves a tener el mismo turno que nosotros?

—Sí —dijo Pintor—. Hum, está en el cuadrante, esto… creo.

¿Se había acordado de rellenarlo esa última vez? —¡Qué bien! —respondió ella—.

¿Nos vemos luego si podemos?

—Eh… sí —dijo Pintor.

Akane se marchó dando taconazos contra la piedra, pincel en mano,

lienzo bajo el brazo. Tojin hizo un leve encogimiento de hombros a Pintor y la siguió, con su material en una gran bolsa. Pintor los vio alejarse mientras contenía las ganas de seguirlos.

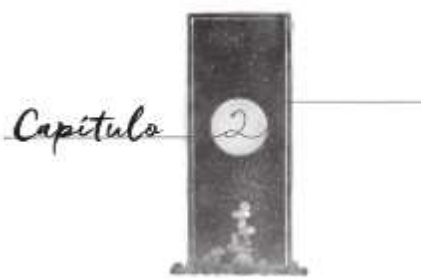
Él sí que era un cazador por su cuenta. Un vagabundo solitario. Un… ¿callejeador desacompañado? En todo caso, no quería trabajar en pareja ni en grupo, como sí hacían muchos de los demás.

Estaría bien que alguien se lo pidiera. Así podría demostrar a Akane y Tojin que tenía amigos. Rechazaría tales ofertas con estoica firmeza, por supuesto. Porque Pintor trabajaba solo. Era un caminante individual. Un…

Suspiró. Era difícil mantener un aire taciturno como era debido tras un encuentro con Akane. En particular si aún le llegaban los ecos de su risa desde dos calles de distancia.

Para muchos compañeros suyos, pintar pesadillas no era un trabajo tan… solemne como Pintor lo hacía parecer.

A él lo ayudaba pensar que sí. Lo ayudaba a no tomarse tanto a sí mismo como un error. Sobre todo en los momentos en que consideraba una vida en la que iba a pasar las próximas seis décadas en esa misma calle, noche tras noche, silueteado por el hion. Solo.



Yumi siempre había pensado que la aparición de la estrella diurna era alentadora. Un presagio de buena fortuna. Un signo de que los haijo primordiales se mostrarían abiertos y acogedores con ella.

La estrella diurna parecía más brillante de lo normal ese día, un resplandor azul claro en el horizonte occidental mientras el sol salía por el este. Una señal poderosa para quien creyera en esas cosas. (Dice el viejo chiste que los objetos perdidos tienden a estar en el último lugar donde se busca; los presagios, por el contrario, suelen aparecer en el primero donde alguien mira).

Yumi creía en las señales. Qué remedio, dado que el acontecimiento más importante de toda su vida había sido un presagio. Nació mientras una estrella fugaz marcaba el cielo, indicando que los espíritus la habían elegido. Así que a Yumi la habían apartado de sus padres y la habían criado para cumplir con un deber sagrado y crucial.

Se acomodó en el cálido suelo de su carromato mientras entraban sus asistentes, Chaeyung y Hwanji. Hicieron sendas reverencias en la postura ritual y empezaron a darle de comer, con palillos maipon y cucharas, un plato de arroz y estofado que habían dejado en el suelo para que se cocinara. Yumi se quedó sentada y tragó, sin cometer jamás la grosería de intentar alimentarse por sí misma. Aquello era un ritual, y Yumi era experta en ellos.

Pero ese día no pudo evitar sentirse distraída. Pasaban diecinueve días de su decimonoveno cumpleaños.

Un día para las decisiones. Un día para la acción.

¿Un día, tal vez, para pedir lo que quería?

Quedaban cien días para el gran festival de Ciudad Torio, la gran capital, donde residía la reina. Cien días para la muestra anual del mejor arte, el mejor teatro y los mejores proyectos del país. Yumi nunca había ido. Quizá… esa vez…

Cuando sus asistentes terminaron de darle la comida, se levantó. Le abrieron la puerta y saltaron del carromato privado. Yumi respiró hondo y bajó también a la luz del sol, metiendo los pies en sus zuecos.

Sus dos asistentes se apresuraron a sostener en alto unos abanicos gigantescos que la ocultaban de la vista. Por supuesto, la gente del pueblo se había congregado para verla.

A la elegida. A la yokihaijo. A la chica que daba órdenes a los espíritus primordiales.

(No es que sea un título precisamente conciso, pero suena mejor en su idioma).

Aquella tierra, el reino de Torio, no podía ser más distinta que el lugar donde vivía Pintor. No había ni una sola línea fría o cálida que surcara el cielo. No había edificios residenciales. No había calles pavimentadas. Ah, pero sí que tenían *luz solar*. Un sol dominante rojo anaranjado, del color de la arcilla cocida. Más grande y más próximo que vuestro sol, y con nítidas manchas de colores variados, como un bullente estofado del desayuno, removido y ondulándose en el cielo.

Ese sol escarlata pintaba el paisaje de… bueno, de unos colores normales y corrientes.

Así funciona el cerebro. Después de pasar allí unas horas, ya no te dabas cuenta de que la luz tenía un matiz más rojizo. Pero nada más llegar, era impactante. Como el escenario de una masacre sangrienta ante la que todo el mundo estaba insensibilizado.

Oculta tras los abanicos, Yumi caminó en sus zuecos por el pueblo hasta llegar al manantial fresco de la zona. Una vez allí, sus asistentes le quitaron el camisón, porque una yokihaijo nunca se vestía ni se desvestía ella sola, y dejaron que se metiera en el agua un poco fría, estremeciéndose por su chocante beso. Al poco, Chaeyung y Hwanji la siguieron con una bandeja flotante que contenía jabones cristalinos. La frotaron una vez con el primero y luego Yumi se enjuagó. Una vez con el segundo y ella se enjuagó.

Dos veces con el tercero. Tres veces con el cuarto. Cinco veces con el quinto. Ocho veces con el sexto. Trece veces con el séptimo.

Quizá te parezca un poco exagerado. De ser así, ¿es posible que nunca hayas oído hablar de la religión?

Por suerte, la devoción particular de Yumi también tenía sus aspectos prácticos. Los últimos jabones solo podían considerarse como tales según la definición más amplia imaginable. Vosotros los llamaríais cremas perfumadas, con un marcado componente

hidratante. (A mí me resultan particularmente agradables en los pies, aunque es probable que acabe necesitándolos en todo el cuerpo cuando vaya a la versión toresa del infierno por desperdiciar sus componentes para rituales en aliviarme los juanetes).

El último enjuague de Yumi consistía en hundirse bajo el agua mientras contaba hasta ciento cuarenta y cuatro. Bajo la superficie, su cabello oscuro fluía en torno a ella, serpenteando en la corriente de su movimiento como si estuviera vivo. El baño obligatorio le dejaba el pelo limpísimo, lo cual era importante, dado que su vocación religiosa

le prohibía cortárselo jamás, con lo que le llegaba hasta la cintura.

Aunque el ritual no lo exigía, a Yumi le gustaba mirar hacia arriba a través de la resplandeciente agua y ver si encontraba el sol. Fuego y agua. Líquido y luz.

Salió de golpe justo al llegar a ciento cuarenta y cuatro, dando un respingo. Se *suponía* que cada vez debía ser más fácil. Se *suponía* que Yumi debía emerger serena, renovada, renacida. Pero ese día se vio obligada a faltar al decoro tosiendo un poco.

(Sí, para ella toser era faltar al decoro. No me preguntéis qué opinaba de las cosas graves de verdad, como llegar tarde a un ritual).

Después del baño ritual llegaban las vestiduras rituales, de las que también se ocupaban sus asistentes. El tradicional fajín bajo el busto y luego el echarpe blanco más grande sobre el pecho. Unas calzas interiores sueltas. Y por fin el tobok, en dos capas de tela gruesa y colorida, con su gruesa falda acampanada. De color magenta, como dictaba el ritual para ese día de la semana.

Volvió a ponerse los zuecos y de algún modo anduvo sobre ellos con naturalidad y fluidez. (Yo me considero una persona bastante hábil, pero los zuecos toreses, llamados getuk, son como ladrillos atados a los pies. No es que cueste equilibrarse en ellos, porque solo tienen quince centímetros de altura, pero confieren a la mayoría de los forasteros la grácil desenvoltura de un chull borracho).

Una vez hecho todo eso, Yumi por fin estaba preparada… para su siguiente ritual.

Tenía que ir al templo del pueblo y rezar a los espíritus para suplicarles sus bendiciones. Así que permitió de nuevo que sus asistentes la ocultaran con los abanicos y salió para rodear el pueblo en dirección al parterre.

Allí, unas flores de vivo color azul, ahuecadas para atrapar la lluvia, flotaban en las corrientes termales. Levitaban como a medio metro de altura. En Torio las plantas rara vez se atrevían a tocar el suelo, o el calor de la piedra las marchitaría. Las flores tendrían unos cinco centímetros de diámetro, con hojas amplias que las sostenían en las

corrientes termales, como lilas con extensas raíces colgantes que absorbían el agua del aire. El paso de Yumi hizo que se arremolinaran y chocaran entre ellas.

El templo era una estructura pequeña de madera, bastante abierta por los lados pero con una celosía abovedada. Lo curioso es que *también* flotaba con elegancia unos palmos sobre el suelo, en su caso gracias a un único espíritu elevador que había debajo, adoptando la forma física de dos estatuas con semblantes grotescos encaradas entre ellas. Una de ellas, vagamente masculina, estaba agachada en el suelo; la otra, vagamente femenina, aferraba la parte baja del edificio. Aunque se dividían al volverse físicas, las estatuas seguían formando parte de un mismo espíritu.

Yumi se aproximó entre las flores mientras las suaves corrientes termales le ondulaban la falda. La gruesa tela no se levantaba lo suficiente para avergonzarla, sino tan solo lo justo para dar forma y esplendor al vestido acampanado. Se quitó de nuevo los zuecos al llegar al templo y subió a la madera fresca. La estructura apenas osciló, sostenida con firmeza por la fuerza del espíritu.

Se arrodilló y comenzó con la primera de las trece oraciones rituales. Si creéis que mi descripción de sus preparativos se ha alargado un poco, era a propósito. Tal vez ayude a entender, aunque sea una pizca, cómo era la vida de Yumi. Porque aquel no era un día especial en lo relativo a sus deberes. Eso era lo *típico*. Desayuno ritual. Baño ritual.

Vestimenta ritual. Plegarias rituales. Y más. Yumi era una de las elegidas, las señaladas al nacer, quienes poseían la capacidad de influir en los haijo, los espíritus. Era un gran honor entre su pueblo. Y jamás permitían que Yumi lo olvidara.

Las oraciones y las meditaciones que las seguían le llevaron alrededor de una hora.

Al terminar alzó la mirada hacia el sol, mientras las rendijas en el dosel de madera del templo le decoraban el vestido con líneas alternas de luz y sombra. Se sintió…

afortunada. Sí, estaba convencida de que esa era la emoción apropiada. Era una bendición ocupar su puesto, ser una de los pocos privilegiados.

El mundo que proporcionaban los espíritus era maravilloso. El sol, de un vivo rojo anaranjado, brillando a través de unas resplandecientes nubes amarillas, escarlatas, violetas. Un campo de flores flotantes que temblaban cuando unos diminutos lagartos saltaban de unas a otras. La piedra por debajo, tibia y vibrante, la fuente de toda vida, calor y crecimiento.

Y ella formaba parte de aquello. Una parte crucial.

Sin duda era estupendo.

Sin duda era todo lo que iba a necesitar en la vida.

Sin duda no debería anhelar más. Aunque… aunque ese día fuese afortunado.

¿Aunque… quizá, por una vez, podría preguntar?

«El festival —pensó—. Podría visitarlo, vestida como una persona corriente. Un día en el que ser normal».

Un roce de tela y el sonido de unos zapatos de madera hicieron que Yumi se volviera.

Solo una persona se atrevería a acercarse a ella durante la meditación: Liyun, una mujer alta vestida con un sobrio tobok negro de lazo blanco. Liyun, su kihomaban, palabra que significaba algo a medio camino entre tutora y mecenas. Para simplificar, la llamaremos su guardiana.

Liyun se detuvo a unos pasos del templo, con las manos a la espalda. En teoría atendía las necesidades de Yumi, como sirviente de la chica que daba órdenes a los espíritus primordiales. (Creedme, al final terminas cogiéndole cariño a la expresión). No obstante, había un cierto aire exigente incluso en la forma en que Liyun se quedaba de pie sin moverse.

Quizá fuesen los zapatos a la moda, unos zuecos con gruesa madera bajo los dedos de los pies pero de elegante tacón. Quizá fuese cómo llevaba el pelo, corto por detrás y más largo por delante, evocando la forma de una hoja afilada a cada lado de la cabeza. No era una mujer cuyo tiempo pudiera desperdiciarse, lo cual de algún modo se aplicaba también a los momentos en los que *no estaba* esperándote.

Yumi se apresuró a levantarse.

—¿Ya es la hora, guardiana-nimi? —preguntó con un inmenso respeto.

El idioma de Yumi y el de Pintor tenían la misma raíz, y en ambos había una cierta afectación que me cuesta expresar en tu lengua. Se conjugaban las frases o se añadían modificadores a las palabras para indicar alabanza o desdén. Lo curioso es que en ninguno de esos idiomas existían maldiciones ni palabrotas. Se limitaban a cambiar

una palabra a su forma más baja posible. Haré lo posible por indicar ese matiz añadiendo las palabras «alto» o «bajo» en varios lugares clave.

—Todavía falta un poco para el momento, elegida —dijo Liyun—. Debemos esperar a la erupción del pozo de vapor.

Por supuesto. La erupción renovaba el aire, así que mejor esperar si ya estaba cerca.

Pero eso significaba que tenían tiempo. Unos pocos y valiosos momentos sin trabajo ni ceremonias programadas.

—Guardiana-nimi —dijo (alto) Yumi, haciendo acopio de valor—. El Festival de las Revelaciones se acerca.

—Dentro de cien días, sí —respondió Liyun.

—Y es un decimotercer año. Los haijo tendrán una actividad inusual. Ese día… no les haremos peticiones, supongo.

—Imagino que no, elegida —dijo Liyun, mirando el pequeño calendario en forma de cuadernillo que llevaba en su bolsa. Pasó unas páginas.

—Estaremos… cerca de Ciudad Torio, ¿verdad? Estamos viajando por la región.

—¿Y?

—Y… yo…

Yumi se mordió el labio.

—Ah —dijo Liyun—, y querrías pasar el día del festival en oración, agradeciendo a los espíritus que te concedieran un puesto tan elevado.

«Díselo de una vez —le susurró una parte de ella—. Dile que no y ya está. Que no es lo que quieres hacer. Díselo».

Liyun cerró el cuadernillo de golpe, sin dejar de observar a Yumi.

—Sin duda —dijo— es eso lo que quieres. Jamás desearías activamente hacer algo que traiga la *deshonra* a tu posición. Que sugiera que lamentas el lugar que ocupas.

¿Verdad, elegida?

—Nunca —susurró Yumi.

—De entre todos los nacidos ese año —dijo Liyun—, recibiste tú el honor de esa vocación, de esos poderes. Solo vivís *catorce* de vosotras ahora mismo.

—Lo sé.

—Eres *especial*.

Yumi habría preferido ser menos especial, pero sintió remordimientos solo de pensarlo.

—Comprendo —dijo Yumi, recobrando la compostura—. Mejor no esperemos al pozo de vapor. Por favor, llévame al lugar del ritual. Estoy ansiosa por cumplir mi deber e invocar a los espíritus.

Es aterrador cómo se transforman las pesadillas.

Me refiero a las pesadillas normales, no a las que se pintan. A los sueños terroríficos, a cómo cambian. Cómo evolucionan. Ya es bastante horrible encontrarte con algo que da miedo estando en vela, pero al menos esos horrores mortales tienen una forma, una sustancia. Aquello que tiene forma puede comprenderse. Aquello que tiene masa puede destruirse.

Las pesadillas son un terror fluido. En el mismo instante volátil en que le pillas el truco a una, va y cambia. Rellena los recovecos del alma igual que el agua derramada cubre las grietas del suelo. Las pesadillas

son una gelidez supurante creada por la mente para castigarse a sí misma. En ese aspecto, una pesadilla es la viva definición del masoquismo. La mayoría somos lo bastante discretos como para mantener esa clase de cosas apartada, oculta.

En el mundo de Pintor, esas partes oscuras tenían una asombrosa tendencia a cobrar vida.

Pintor estaba en la periferia de la ciudad, bañado desde atrás en radiactivo aguamarina y eléctrico magenta, observando la agitada oscuridad. Tenía sustancia; oscilaba y fluía como la brea fundida.

La mortaja. La negrura de más allá.

Las pesadillas sin formar.

Los trenes viajaban por las líneas de hion hasta lugares como el pequeño pueblo donde aún vivía su familia, a un par de horas de distancia. Pintor *sabía* que existían

otros lugares. Sin embargo, era difícil no sentirse aislado al contemplar aquella interminable lobreguez.

La oscuridad se apartaba de las líneas de hion. Casi siempre.

Pintor se volvió y estuvo un rato recorriendo la calle que circundaba la ciudad. A su derecha, los edificios exteriores se alzaban como una muralla de escudos, con angostas callejuelas entre ellos. Como ya he mencionado, no eran una auténtica fortificación. Los muros no detenían a las pesadillas: solo servían para impedir que la gente saliese al perímetro.

Que él supiera, allí fuera nunca iba nadie excepto sus compañeros de profesión. La gente normal se quedaba en casa, porque hasta una sola calle hacia el interior daba una sensación infinitamente más segura. La mayoría de la población vivía como él en otros tiempos, esforzándose por no pensar en lo que había fuera. Bullendo. Revolviéndose.

Vigilando.

Pero de un tiempo a esa parte, el trabajo de Pintor era enfrentarse a ello.

Al principio no vio nada. No había señales de ninguna pesadilla de particular valentía internándose en la ciudad. Sin embargo, podían ser sutiles. Así que Pintor siguió adelante. Su zona asignada era una cuña

poco extensa que empezaba varios edificios al interior del perímetro, pero la parte exterior era más amplia, y también donde era más probable que aparecieran rastros de pesadillas.

Mientras hacía la ronda, siguió imaginando que era un guerrero solitario. En vez de ser, a grandes rasgos, un exterminador de plagas que había estudiado bellas artes.

A su derecha estaban los murales. No estaba muy seguro de cómo se les había ocurrido la idea a los pintores de la ciudad, pero últimamente acostumbraban a aprovechar los ratos muertos de las patrullas para practicar en los edificios exteriores.

Las paredes que daban a la mortaja no tenían ventanas, así que eran unos lienzos enormes y tentadores.

En términos estrictos aquellos murales no formaban parte del trabajo, sino que eran más bien declaraciones personales. Pintor pasó por delante del que había hecho Akane, una inmensa flor. Pintura negra sobre la pared encalada. El sitio que él había escogido se hallaba dos edificios más allá. Era solo una pared blanca, aunque, si uno se fijaba, por debajo se entreveía su proyecto fallido. Decidió que encalaría de nuevo la pared. Pero no sería esa noche, porque por fin captó señales de una pesadilla.

Se acercó más a la mortaja, aunque sin tocarla, por supuesto. Sí, allí la superficie negra estaba revuelta. Como si alguien hubiera tocado una pintura casi seca, dejándola… alterada, ondulándose. Era difícil de distinguir, ya que la mortaja no reflejaba la luz, al contrario que la tinta o el alquitrán, a los que se parecía en todo lo demás. Pero Pintor había entrenado mucho.

Algo había emergido allí de la mortaja para adentrarse en la ciudad. Pintor sacó su pincel, una herramienta larga como una espada, de su gran bolsa. Se sentía mejor con él en la mano. Se echó la bolsa de pintor a la espalda, cargada con el peso de los lienzos y el frasco de tinta. Entonces echó a andar en dirección al interior, pasando por la pared encalada que encubría su último fracaso.

Había hecho cuatro intentos. El último había llegado más lejos que casi todos los anteriores. Era un cuadro de la estrella, que había empezado a pintar después de conocer la noticia de que iba a emprenderse una travesía con la intención de recorrer la oscuridad del cielo. Un viaje a la mismísima estrella, para el que los científicos planeaban utilizar un vehículo muy especial y un par de líneas de hion

lanzadas a una distancia increíble.

Junto con la noticia, Pintor se había enterado de una cosa interesante. En contra de lo que antes creía todo el mundo, la estrella no era un mero punto de luz en el cielo. Los telescopios habían revelado que era un *planeta*. Habitado, según suponían, por otra gente. Un lugar cuya luz de algún modo atravesaba la mortaja.

Saber de esa inminente travesía había sido una breve inspiración para Pintor. Pero luego había perdido la chispa y el cuadro había languidecido. ¿Cuánto tiempo hacía ya desde que lo tapó? Un mes como mínimo.

En la esquina de la pared, cerca del cuadro, percibió una oscuridad humeante. La pesadilla había pasado por allí y había rozado la piedra, dejando un residuo que se evaporaba poco a poco, en negros zarcillos que se perdían en la noche. Pintor ya esperaba que hubiera tomado ese camino, porque estas casi siempre optaban por la ruta más directa hacia el interior. Pero era bueno confirmarlo de todos modos.

Empezó a avanzar despacio hacia dentro, regresando a los dominios de las luces gemelas de hion. Le llegaron ecos de risas desde la derecha, pero lo más probable era que la pesadilla no hubiese ido en esa dirección. El distrito del placer era donde la gente iba a hacer todo lo que no era dormir.

«Por ahí», pensó al distinguir unas volutas negras sobre una jardinera que había más adelante. Los arbustos crecían hacia las líneas de hion y su nutritiva luz. Así que, al recorrer la calzada desierta, Pintor pasó entre unas plantas que parecían estar alzando los brazos en un silencioso saludo.

Encontró el siguiente rastro cerca de un callejón. Una auténtica pisada, negra, de la que emanaban vapores oscuros. La pesadilla había empezado a evolucionar, captando pensamientos humanos, pasando de ser una negrura amorfa a algo que tenía forma. Al principio solo una vaga, pero en vez de ser una criatura negra, reptante y fluida, era probable que ya tuviera pies. Incluso en ese estado era muy raro que dejaran huellas, así que era una suerte haber encontrado una.

Llegó a una calle más oscura, donde las líneas de hion eran finas y diluidas en lo alto.

En aquel lugar sombrío, recordó sus primeras noches trabajando solo. A pesar de su exhaustivo entrenamiento, a pesar de las enseñanzas de tres pintores distintos, se había sentido expuesto y vulnerable, como

un rasguño reciente sin cubrir, con las emociones y el miedo próximos a la superficie.

Desde entonces, el miedo había quedado bien cubierto por los callos de la experiencia. Aun así, Pintor se apretó la bolsa contra el cuerpo con una mano y sostuvo el pincel hacia fuera mientras avanzaba muy despacio. Allí, en la pared, se veía la huella de una mano con los dedos demasiado largos y lo que parecían garras. Sí, la pesadilla estaba tomando una forma. Su presa debía de estar cerca.

Un poco más adelante en el angosto callejón, junto a una pared desnuda, encontró la pesadilla. Era un ser hecho de tinta y sombra, con algo más de dos metros de altura.

Había creado dos largos brazos que se doblaban demasiadas veces y tenía las extensas palmas apoyadas contra la pared, con los dedos extendidos. Había *metido* la cabeza a través de la piedra para escrutar en la habitación del otro lado.

Las pesadillas tan altas siempre lo ponían nervioso, en particular si tenían dedos largos. Le daba la impresión de haber visto formas como aquellas en sus propios sueños fragmentados, atisbos de terrores sepultados en su interior. Sus pies rasparon la piedra del suelo y aquella cosa lo oyó y sacó la cabeza, liberando volutas de negrura informe que se alzaban de ella como ceniza de una hoguera humeante.

Pero no tenía cara. Nunca la tenían, a menos que algo fuese muy mal. En vez de eso, acostumbraban a mostrar una negrura más profunda en la parte delantera de la cabeza.

Una negrura de la que *goteaba* un líquido oscuro. Como lágrimas o cera junto a una llama.

Pintor se apresuró a alzar sus protecciones mentales, albergando pensamientos tranquilos. Era lo primero y lo más importante que se aprendía en el entrenamiento. Las pesadillas, como muchos depredadores que se alimentaban de mentes, eran capaces de sentir los pensamientos y las emociones. Buscaban las más poderosas, las más crudas, para devorarlas. Una mente plácida les despertaba poco interés.

El ser se volvió e introdujo de nuevo la cabeza en la pared. Aquel edificio no tenía ventanas, lo cual era una estupidez. Las pesadillas atravesaban las paredes. Al prescindir de ventanas, los ocupantes del inmueble se atrapaban más a sí mismos en las cajas que eran sus hogares, alimentando la claustrofobia… y dificultando el trabajo de

los pintores.

Pintor se movió despacio, con cuidado, y sacó un lienzo de la bolsa que llevaba al hombro, una tela de un metro cuadrado con su marco. Colocó el lienzo plano en el suelo ante él. Entonces sacó el frasco de tinta, negra y poco densa. Los pintores de pesadillas siempre trabajaban en negro sobre blanco, sin colores, ya que buscaban crear algo que imitara el aspecto de las pesadillas. La mezcla de la tinta estaba pensada para proporcionar unas excelentes gradaciones de gris y negro. Aunque en realidad Pintor ya no se tomaba tantas molestias con los matices.

Mojó el pincel en la tinta, se arrodilló sobre el lienzo y se detuvo a observar la pesadilla. Seguía emanando negrura de ella, y su forma aún era bastante poco definida.

Sería solo su primera o su segunda incursión en la ciudad. Hacía falta más de una docena de entradas para que una pesadilla tuviera la sustancia suficiente para hacerla peligrosa, y tenían que regresar a la mortaja cada vez para renovarse, o de lo contrario se evaporaban.

A juzgar por la apariencia de aquella, era bastante nueva. Probablemente no podría hacerle daño.

Probablemente.

Y ese era el motivo fundamental de que los pintores fuesen tan importantes y a la vez tan desechables. Su trabajo era esencial, pero no *urgente*. Siempre que se descubriera una pesadilla durante su primera decena aproximada de incursiones en la ciudad, podía neutralizarse. Era lo que sucedía casi siempre.

A Pintor se le daba bien controlar el miedo mediante pensamientos como esos. El pragmatismo formaba parte de su entrenamiento. Cuando hubo calmado la respiración, trató de plantearse qué aspecto tenía la pesadilla, qué forma habría *podido* adoptar. En

teoría, escogiendo algo con lo que la entidad ya guardara un cierto parecido y pintándolo, se obtenía más poder sobre ella. Pintor no lo veía claro del todo. O mejor dicho, llevaba unos cuantos meses sin tener nada claro que mereciera la pena el esfuerzo.

Así que esa noche se decidió por la forma de un pequeño matorral de bambú y empezó a pintar. Aquella cosa tenía los brazos larguiruchos, a fin de cuentas. Eran así como parecidos al bambú.

Había practicado mucho pintar tallos de bambú. De hecho, podría decirse que Pintor tenía cierta precisión científica a la hora de dibujar cada segmento, con un pequeño trazo lateral seguido de una larga línea. Había que dejar el pincel sobre el lienzo un instante para que, al levantarlo, la tinta acumulada formara el nudo final del segmento de bambú. Así se podía pintar cada uno de una sola pincelada.

Era un método efectivo, cosa que en los últimos tiempos le parecía lo más importante.

Mientras pintaba, fijó en su mente la forma, una poderosa imagen central. Como de costumbre, un pensamiento tan deliberado llamó la atención del ser. La pesadilla vaciló un momento, sacó la cabeza de la pared y se volvió hacia él, la cara goteándole con su propia tinta.

Se movió hacia Pintor, caminando sobre los brazos, que se habían vuelto más redondeados. Con segmentos nudosos.

Él siguió trabajando. Trazo. Floritura. Hojas pintadas con rápidos movimientos de muñeca, más negros que el cuerpo principal del bambú. En los brazos del ser aparecieron unas protuberancias similares mientras avanzaba. También se encogió sobre sí mismo mientras Pintor dibujaba un tiesto en la parte de abajo.

El cuadro capturó al ser. Lo desvió. Y así, para cuando la pesadilla llegó hasta él, la transformación ya estaba en pleno efecto.

Hacía tiempo que Pintor había dejado de abstraerse en su arte. Al fin y al cabo, se decía a sí mismo, tenía un trabajo que hacer. Y lo hacía bien. Mientras terminaba, la pesadilla hasta adoptó algunos sonidos propios del bambú: el leve traqueteo de los tallos entrechocando, para acompañar al omnipresente zumbido de las líneas de hion en las alturas.

Levantó el pincel, dejando un bambú perfecto dibujado en el lienzo al que ya imitaba el ser del callejón, cuyas hojas rozaban las paredes. Entonces, con un sonido que recordaba mucho a un suspiro, la pesadilla se dispersó. Pintor la había transformado

deliberadamente en una forma inofensiva, de modo que, presa como estaba, no podía huir a la mortaja para recuperar fuerzas. En vez de eso, como agua atrapada en una bandeja caliente… se evaporó.

Al cabo de un momento, Pintor estaba solo en el callejón. Recogió sus cosas y guardó de nuevo el lienzo en la enorme bolsa, junto con otros tres sin usar. Al terminar, siguió patrullando.

El pozo de vapor del pueblo entró en erupción justo mientras Yumi pasaba, a una distancia segura, de camino al lugar del ritual.

Un glorioso chorro de agua se elevó desde el agujero que había en el centro del pueblo. Un torrente furioso y abrasador que superaba los diez metros de altura, un regalo de los espíritus de las profundidades. Aquella agua era vital para Torio, pues la lluvia escaseaba y los ríos… bueno, es fácil imaginar lo que les hacía aquel suelo hipercalentado a los ríos en ciernes. No era que hubiese poca agua en la tierra de Yumi, pero estaba concentrada, centralizada, elevada.

El aire cerca de un pozo de vapor era húmedo y nutría las plantas migratorias y otras entidades vivaces. A menudo sobre él se formaban nubes, que ofrecían sombra y alguna lluvia ocasional. El agua que no escapaba en forma de vapor caía a unas grandes palanganas de bronce dispuestas en seis círculos concéntricos alrededor del géiser.

Unos conductos metálicos, alzados por encima del suelo para mantenerlos frescos, llevaban el agua cuesta abajo hacia las casas. Habría unas sesenta en el pueblo, y con margen para crecer, a juzgar por la cantidad de agua que liberaba el pozo de vapor.

Las casas estaban construidas a una buena distancia, por supuesto. Los pozos de vapor eran cruciales para la vida en esas tierras, sí, pero mejor no confraternizar demasiado.

Fuera del pueblo se extendían los yermos ardientes, eriales en los que el terreno estaba demasiado caliente incluso para las plantas. La piedra de allí podía incendiar los zuecos y matar a los viajeros que se rezagaran. En Torio se viajaba solo de noche, y solo en carromatos flotantes tirados por dispositivos voladores creados por los espíritus.

Huelga decir que la mayoría de la gente se quedaba en casa.

El ruidoso tamborileo de las gotas contra los cuencos de metal apagaba los murmullos de la multitud expectante. Terminado el baño y pronunciadas las plegarias, ya estaba oficialmente permitido que la gente mirara embobada a Yumi, de modo que Chaeyung y Hwanji la seguían con los abanicos retirados.

Ella mantenía la mirada baja mientras caminaba con un paso bien practicado: una yokihaijo debía deslizarse, como si fuese un espíritu. Se alegró del ruido que hacía el pozo, pues aunque no osaba dejarse afectar por los susurros y murmuraciones de asombro, a veces la… abrumaban. Enseguida se dijo a sí misma que el asombro de la gente no lo provocaba ella, sino su vocación. Tenía que recordarlo, tenía que desterrar el orgullo y mantenerse reservada. Sobre todo, tenía que evitar hacer cualquier cosa bochornosa, como sonreír. Por reverencia a su categoría.

Esa categoría, por su parte, ni se enteraba. Como suele ocurrir con las cosas que la gente venera.

Pasó por delante de casas, la mayoría de las cuales estaban construidas en dos niveles: uno en el suelo para aprovechar el calor y otro elevado sobre pilotes, de modo que pasara aire por debajo y lo refrescara. Imagínate dos grandes jardineras puestas juntas, pero una a un metro de altura y la otra reposando en el suelo. Muchas casas tenían uno o dos árboles achaparrados, de unos dos metros y medio desde la punta de las ramas hasta las raíces amplias y enmarañadas, encadenados a la casa, flotando en las corrientes termales a unos palmos de altura.

Las plantas más ligeras los sobrevolaban, proyectando sus diferentes sombras. De día solo se veían en sitios como los jardines, donde el suelo estaba más fresco. Ahí y en lugares donde el ser humano se esforzaba por mantenerlas cerca para que no se marcharan flotando o que alguien se las llevara flotando. Torio es la única tierra que conozco donde hay cuatreros de árboles.

(No, el vuelo no se debe solo a las corrientes termales. Incluso en Torio, los árboles están hechos de madera pesada, así que necesitan unas adaptaciones locales concretas para flotar. Pero no vamos a entrar en eso ahora).

Al final del pueblo estaba el kimomakkin o «lugar del ritual», que es como lo llamaremos en esta historia. Solía haber solo uno en cada

pueblo, para que los espíritus no se tuvieran envidia entre ellos. Cerca flotaban unas flores y, cuando Yumi entró, hizo que giraran arremolinadas a su paso. Al momento se lanzaron hacia el cielo. El lugar del ritual era una zona de piedra muy caliente, aunque ni de lejos al nivel de los yermos.

(Si habéis visitado alguna vez en verano las islas Reshi, con sus playas arenosas, quizá os sirva como marco de referencia. La piedra en el lugar del ritual era como cruzar esas playas en un día muy sofocante y soleado. Estaba lo bastante caliente como para hacer daño, pero no tanto como para resultar mortífera).

En Torio, el calor era sagrado. La gente del pueblo se acumuló fuera de la valla, raspando la piedra con los zuecos, y los padres levantaron a los niños en alto. Tres escribas de espíritus del pueblo se sentaron en altos taburetes para cantar unas canciones de las que, hasta donde alcanzo a saber, los espíritus no fueron conscientes.

(Pero estoy a favor de ese oficio, de todos modos. Lo que sea con tal de dar empleo remunerado a los músicos. No es que no seamos capaces de hacer otra cosa, sino más bien que o se nos busca alguna actividad productiva o solemos empezar a hacer preguntas del tipo: «Oye, ¿cómo es que esa gente no me está venerando a *mí*?»).

Todo el mundo se quedó fuera de la pequeña porción vallada de terreno, incluida Liyun. Empezó la música: un cántico rítmico que acompañaba a una percusión de baquetas sobre tambores con mango y una flauta de fondo, todo ello cada vez más audible a medida que el pozo de vapor terminaba de aliviarse y se iba a dormir a trompicones.

Dentro del lugar del ritual estaba solo Yumi.

Y los espíritus de las profundidades.

Y un montonazo de piedras.

Los lugareños pasaban meses reuniéndolas, colocándolas por todo el pueblo y luego deliberando acerca de cuáles tenían la mejor forma. Si creéis que vuestros pasatiempos son aburridos y las cosas que vuestros padres os obligaban a hacer soporíferas, consolaos pensando que al menos no os pasabais el día emocionados por la perspectiva de clasificar piedras según su forma.

Yumi se puso unas rodilleras y se arrodilló en el centro de las piedras extendiendo su falda, que se onduló y se alzó por las corrientes térmicas. En general nadie quería poner la piel tan cerca del suelo. En

cambio, allí había algo casi íntimo en el acto de arrodillarse. Los espíritus se congregaban en los sitios cálidos. O más bien, la calidez era una señal de que estaban cerca.

Aún eran imperceptibles. Había que invocarlos, pero no acudían a petición de cualquiera. Hacía falta alguien como Yumi. Hacía falta una chica que pudiera llamar a los espíritus. Existían varios métodos viables, pero todos tenían un denominador

común: la creatividad. La mayoría de los seres conscientes Investidos, ya se llamen fay, seones o espíritus, reaccionan a ese aspecto fundamental de la naturaleza humana de un modo u otro.

Algo a partir de la nada. Creación.

Belleza a partir de materias primas. Arte.

Orden a partir del caos. Organización.

O en ese caso, las tres cosas a la vez. Cada yokihaijo entrenaba para dominar un arte antiguo y poderoso. Una destreza deliberada y extraordinaria que requería una sinergia absoluta de cuerpo y mente. Una reorganización geológica a microescala que exigía una fina comprensión del equilibrio gravitacional.

En otras palabras, apilaban piedras.

Yumi escogió una que tenía una forma interesante y, con cuidado, la equilibró sobre un extremo antes de retirar las manos y dejarla en pie, erguida, y daba la impresión de que *debería* caerse. La muchedumbre dio un respingo, aunque no había nada arcano ni místico en exhibición. Ese arte era producto del instinto y la práctica. Yumi colocó una segunda piedra sobre la primera, y luego otras dos encima a la vez, apoyándolas una contra la otra de una forma que parecía imposible. Las piedras en contraste, una asomando hacia la derecha, la otra reposando precaria en su punta izquierda, se mantuvieron firmes mientras ella apartaba las manos.

Había una reverencia deliberada en la manera en que Yumi acomodaba las piedras.

Parecía acunarlas durante un momento, calmándolas como una madre a su bebé dormido. Entonces retiraba las manos y las dejaba como si les faltase un pelo para derrumbarse. No era magia. Pero sin duda era mágico.

La gente no podía apartar la mirada. Si su fascinación os resulta extraña… en fin, no os lo voy a discutir. Sí que era todo un poco raro. No solo el equilibrado de piedras, sino el hecho de que los lugareños considerasen las actuaciones y las creaciones de la yokihaijo como las más elevadas cotas artísticas posibles.

Aunque, por otra parte, no hay nada intrínsecamente valioso en ninguna forma de arte. No es que esté quejándome ni menospreciándolo. En realidad es uno de los aspectos más maravillosos que tiene el arte: el hecho de que sea la gente quien decide qué es hermoso. No tenemos la capacidad de decidir qué es comida y qué no lo es. (Sí, hay excepciones. No hace falta ponerse pedante. Cuando te tragues esas canicas, nos

reiremos todos). Pero sin la menor duda, nos corresponde por completo a nosotros juzgar qué es lo que se considera arte.

Si la gente de Yumi quería afirmar que la colocación de piedras sobrepasaba a la pintura o la escultura como creación artística… bueno, a mí al menos me resulta fascinante.

Los espíritus estaban de acuerdo.

Ese día Yumi creó una espiral, valiéndose de la secuencia artística de progreso como una especie de estructura imprecisa. Puede que la conozcáis por un nombre distinto.

Uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece, veintiuno, treinta y cuatro. Y luego vuelta atrás.

Los apilamientos de veinte o treinta piedras deberían haber sido los más impresionantes, y, en efecto, que Yumi fuera capaz de crearlos tan bien era increíble.

Pero además se las ingeniaba para hacer que las construcciones de cinco o tres elementos deleitaran a los asistentes en la misma medida. Mezclas incongruentes de piedrecitas minúsculas con rocas enormes equilibradas encima. Composiciones torcidas de piedras, con las alargadas asomando inestables a los lados. Piedras tan largas como el antebrazo de Yumi apoyadas en una punta finísima.

Por las descripciones matemáticas y por el uso de la secuencia artística, quizá supongáis que el proceso era metódico. Calculado. Sin embargo, daba más la sensación de ser una gesta orgánica e

improvisada que una exhibición de ingeniería. Yumi se mecía mientras apilaba, moviéndose al ritmo de los tambores. Cerraba los ojos y meneaba la cabeza de lado a lado mientras *sentía* las piedras raspar bajo sus dedos.

Juzgaba su peso, predecía cómo iban a inclinarse.

Yumi no solo quería cumplir la tarea. No solo quería actuar para el susurrante y excitable gentío. Quería ser digna. Quería percibir a los espíritus y saber qué deseaban de ella.

Le daba la impresión de que merecían algo mucho mejor que ella. Alguien que hiciera más de lo que ella era capaz, incluso en su mejor momento. Alguien que no anhelara en secreto la libertad. Alguien que, en el fondo, no rechazara el increíble don que se le había concedido.

En el transcurso de varias horas, la escultura fue adoptando la forma de una extraordinaria espiral compuesta por docenas de pilas. Yumi aguantó más que las tamborileras, quienes se rindieron al cabo de dos horas. Siguió mientras la gente se

llevaba a los niños a casa para echar la siesta o se escabullía para comer. Duró tanto tiempo que Liyun tuvo que escaparse un momento al cuarto de baño y luego regresar a toda prisa.

El público podía apreciar la escultura, por supuesto. Pero el mejor lugar para verla era desde arriba. O desde abajo. Imaginad un gran remolino compuesto de piedras apiladas evocando la sensación del viento al soplar, en espiral, y sin embargo hecho por completo de roca. Orden a partir del caos. Belleza a partir de materias primas. Algo a partir de la nada. Los espíritus se dieron cuenta.

Se dieron cuenta en cantidades inauditas.

Mientras Yumi perseveraba imponiéndose a los dedos arañados y los músculos doloridos, los espíritus empezaron a ascender flotando desde las piedras de debajo.

Tenían forma de lágrima, radiantes como el sol —de arremolinados rojo y azul— y con el tamaño de una cabeza humana. Se alzaban y se quedaban al lado de Yumi, observando su progreso, embelesados. No tenían ojos, pues eran poco más que amasijos informes, pero podían mirar. Sentir, al menos.

Los espíritus de ese tipo encuentran fascinantes las creaciones humanas. Y allí, por lo que Yumi había hecho, y por quién era,

supieron que aquella escultura era un regalo. Y

a medida que la tarde oscurecía y las plantas empezaban a descender flotando de las capas superiores del cielo, Yumi al fin comenzó a debilitarse. Ya tenía los dedos ensangrentados, después de pelarse los callos por el movimiento repetitivo. Los brazos habían pasado de dolerle a estar entumecidos y luego, de algún modo, a dolerle entumecidos.

Había llegado el momento del siguiente paso. Yumi no podía permitirse un error infantil como el que había cometido en sus primeros años: esforzarse tanto que se derrumbaba inconsciente antes de vincular a los espíritus. Aquello no consistía solo en crear la escultura, ni en hacer gala de su devoción. Como una cláusula de la letra pequeña en un contrato, había una cierta medida de pragmatismo incorporada a la exhibición artística de ese día.

Demasiado cansada para levantarse, Yumi apartó la mirada de su creación, que contenía centenares de piedras. Parpadeó sorprendida al contar a los espíritus que la rodeaban en toda su gloria, aunque en ese caso se parecían un poco a una serie de inmensas bolas de helado que se habían caído de sus cucuruchos.

Treinta y siete.

Yumi había invocado a *treinta y siete*.

La mayoría de las yokihaijo llegaban a seis con suerte. Su marca anterior estaba en veinte.

Yumi se secó el sudor de la frente y volvió a contarlos con la mirada borrosa. Estaba cansada. Muy (bajo) cansada.

—Que pase —dijo casi con un graznido— el primer solicitante.

La multitud se agitó emocionada y la gente echó a correr para traer a amigos o parientes que se habían marchado durante las horas de apilamiento. El pueblo seguía un orden estricto de necesidades, adjudicado según unos métodos que Yumi desconocía. Se organizaba a los solicitantes, y los afortunados cinco o seis primeros tenían casi garantizado que se les concediera su petición.

Los que estaban más atrás normalmente tendrían que esperar a otra visita para cubrir sus necesidades. Dado que en general los espíritus se mantenían vinculados entre cinco o diez años, con su efectividad decayendo en la última parte de ese periodo, siempre había una gran

demanda para los esfuerzos de la yokihaijo. Ese día, por ejemplo, había veintitrés nombres en la lista, aunque esperaban que apareciera solo media docena de espíritus.

Como cabe imaginar, se desató un fervor entre los concejales del pueblo para añadir nombres a la lista. Yumi no era consciente de ello. Se limitó a situarse al frente del lugar del ritual, arrodillada, con la cabeza gacha, y tratando de no caer de lado a la piedra, desplomada.

Liyun hizo pasar al primer solicitante, un hombre con la cabeza un poco demasiado adelantada sobre el cuello, como un retrato que hubieran partido por la mitad y luego pegado de cualquier manera con cinta adhesiva.

—Bendita portadora de espíritus —dijo el hombre, estrujando su gorro entre las manos—, necesitamos luz para mi casa. Ya llevamos seis años sin tener.

¿Seis años? ¿Sin luz por la noche? De pronto, Yumi se sintió incluso *más* egoísta por su anterior intento de esquivar sus deberes.

—Lo siento —respondió con un susurro—. Por haberos fallado a ti y a tu familia durante tantos años.

—No nos…

El hombre se interrumpió. No era apropiado contradecir a una yokihaijo. Ni siquiera para halagarla.

Yumi se volvió hacia el primer espíritu, que se acercaba poco a poco desde atrás, curioso.

—Luz —dijo Yumi—. Por favor. A cambio de este regalo que os he hecho, ¿nos darás luz?

Mientras hablaba, proyectó la idea adecuada. La de un sol flamígero transformándose en un pequeño orbe brillante, que Yumi podría llevar en la palma de la mano.

—Luz —le respondió el espíritu—. Sí.

El hombre esperó ansioso mientras el espíritu se estremecía antes de dividirse por la mitad. Una parte empezó a brillar con fuerza en un amistoso color naranja, y la otra se convirtió en una esfera opaca de un azul tan oscuro que se confundía con el negro, sobre todo al ocaso.

Yumi le entregó al hombre las dos bolas, cada una en una mano. Él hizo una inclinación y se retiró. La segunda solicitante pidió un par repulsor, como el que sostenía el templo del parterre, para alzar su pequeña lechería del suelo y, al tenerla más fresca, poder hacer mantequilla. Yumi, por su parte, habló con el siguiente espíritu de la fila y lo convenció de que se dividiera en forma de dos estatuas achaparradas de rasgos contorsionados.

Uno tras otro, los solicitantes vieron cumplidas sus peticiones. Ya hacía años desde la última vez que Yumi había confundido o ahuyentado a un espíritu por error, pero aquella gente no lo sabía, de modo que esperaban embargados de una preocupada expectación, temiendo que su solicitud fuese la que hiciera marcharse al espíritu.

No ocurrió, aunque cada petición costaba más tiempo de cumplir, cada espíritu más tiempo de persuadir a medida que iban distanciándose del espectáculo que les había dado. Además, cada solicitud se llevaba un poco de… algo de Yumi. Algo que se recuperaba con el tiempo, pero que en el momento la dejaba sintiéndose vacía. Como una jarra de té al limón consumida cucharada a cucharada.

Algunos querían luz. Unos pocos pedían aparatos repulsores. La mayoría solicitaba voladores, unos dispositivos flotantes que tenían más o menos medio metro de ancho.

Se usaban para cuidar de los cultivos durante el día, cuando las plantas se elevaban fuera del alcance de los granjeros y tenían que vigilarlas los grandes cuervos del pueblo.

Pero había algunas amenazas de las que los cuervos no podían ocuparse, así que los

voladores eran una necesidad para la mayoría de los asentamientos. Como siempre, el espíritu se partía en dos para crear los dispositivos, en ese caso una máquina con grandes alas de insecto y un aparato portátil para controlarlo desde el suelo.

Se podía crear prácticamente cualquier cosa a partir de un espíritu, suponiendo que estuviera dispuesto y que se le formulara la solicitud como era debido. Para los toreses, iluminarse utilizando un espíritu era tan natural y tan común como lo son las esferas para vosotros, y las velas o las lámparas en otros mundos. Quizá penséis que los toreses desperdiciaban el gran poder cósmico que se les había concedido, pero vivían en una tierra hostil donde el suelo literalmente hervía el agua.

Habrá que perdonarles que aprovecharan los recursos que tenían. Convencer a los treinta y siete espíritus fue una tarea casi tan extenuante como la creación artística, y hacia el final Yumi seguía adelante en un estado de aturdimiento. Sin apenas ver, sin apenas oír. Murmurando las frases ceremoniales de memoria y haciendo proyecciones a los espíritus más a base de necesidades primarias que con imágenes nítidas. Pero al cabo de un tiempo, la última solicitante se inclinó y se marchó a toda prisa con su nueva sierra espiritual. Yumi se quedó sola ante su creación, rodeada del aire que se enfriaba y las lilas flotantes que descendían a su nivel al perder calor las corrientes termales.

Hecho. ¿Había… terminado?

El pueblo dejaría que su escultura se desluciera con el tiempo como lo hace toda obra artística, y en algún momento la desmontarían, antes de la siguiente visita de una yokihaijo. El poder de los aparatos creados en el ritual terminaría debilitándose, y el vínculo de cada espíritu mantendría su efecto durante un intervalo distinto de tiempo. Pero, en general, cuantos más espíritus se vinculaban en una sesión, más duraban todos ellos. Lo que Yumi había hecho ese día no tenía precedente.

Liyun se acercó a darle la enhorabuena. Pero lo que encontró no fue a una grandiosa dominadora de los espíritus, sino a una chica de diecinueve años exhausta, inconsciente en el suelo, con el pelo extendido a su alrededor sobre la piedra y la falda ceremonial estremecida por el suave viento.

Al principio, las pesadillas habían llegado desde el cielo.

Pintor había oído los testimonios. Como todo el mundo. No eran del todo históricos, ojo. Eran fragmentos de relatos que, con toda probabilidad, exageraban. Aun así, se enseñaban en la escuela. Al igual que si padeces diarrea en una fábrica de papel de lija, a veces no hay disponible ninguna opción ideal. Un testimonio rezaba: Vi llover la sangre de una deidad moribunda. Me arrastré por una brea que tomó los rostros de las personas a las que había amado. Las tomó a ellas. Su sangre se convirtió en tinta negra.

Fueron las palabras de un poeta que, tras el acontecimiento, pasó treinta años sin hablar, sin componer versos siquiera. Años después, otra mujer escribió: Mi abuelo me hablaba de las pesadillas. No sabe por qué sobrevivió. La mirada se le pierde cuando recuerda los días que pasó gateando por la oscuridad, por ese terror venido del cielo, hasta que encontró otra voz. Se reunieron y se abrazaron, sollozando juntos, aferrados uno al otro; aunque jamás se habían visto antes de ese día, de pronto eran hermanos. Porque eran reales.

Y también tenemos este otro testimonio, para mí el más inquietante de todos: Acabará conmigo. Se arrastra por debajo de la barrera. Sabe que estoy aquí.

El último se encontró unos cien años más tarde, pintado en la pared de una cueva. No llegaron a localizar ningún hueso.

Los relatos son escasos, fragmentados y febriles. No se les puede reprochar nada a quienes los dejaron; bastante ocupados estaban sobreviviendo a un colapso absoluto de la sociedad. En la época de Pintor ya habían transcurrido diecisiete siglos desde aquello y, a ojos de sus coetáneos, la negrura de la mortaja era lo normal.

Habían sobrevivido solo gracias al hion, las luces que ahuyentaban la mortaja. La energía mediante la cual se había forjado una nueva sociedad, o, tal y como lo expresaban los lugareños, mediante la que se había pintado renovada. Pero ese mundo naciente requería ocuparse de las pesadillas de algún modo.

—¿Bambú otra vez? —preguntó el capataz Sukishi, sacando el primer

lienzo de la bolsa de Pintor.

—El bambú funciona —dijo Pintor—. ¿Por qué cambiarlo si funciona?

—Es de comodones —respondió Sukishi.

Pintor se encogió de hombros. La pequeña sala donde entregaba sus cuadros al terminar el turno estaba iluminada por una lámpara de araña. Si un pedazo de metal entra en contacto con líneas opuestas de hion, se calienta. A partir de eso, apenas hace falta un saltito de nada para llegar a la bombilla incandescente. Como ya he mencionado, no todo en la ciudad era aguamarina o magenta, aunque las líneas de hion que recorrían las calles obviaban la necesidad de tener farolas de ningún otro color.

Sukishi hizo una anotación junto al nombre de Pintor en el libro de cuentas. No había un cupo estricto, porque todo el mundo sabía que encontrar pesadillas era un suceso aleatorio y porque tenían pintores más que de sobra. Por término medio, se localizaba una pesadilla por noche, pero a veces transcurrían días sin avistar ni una sola.

Aun así, llevaban la cuenta. Si alguien pasaba demasiado tiempo sin entregar ningún lienzo pintado, habría preguntas. Supongo que los más perezosos de entre vosotros ya habréis detectado el truco para engañar a ese sistema. En teoría, el riguroso entrenamiento obligatorio para convertirse en pintor descartaba a la clase de persona dispuesta a pintar cosas al azar sin haber encontrado ninguna pesadilla en realidad.

Pero había un motivo por el que Sukishi titubeó y entornó los ojos mirando a Pintor después de sacar otro lienzo de su bolsa y que resultara ser un *segundo* dibujo de un bambú.

—El bambú funciona —repitió Pintor.

—Tienes que fijarte en la *forma* que tiene la pesadilla —dijo Sukishi—. Tienes que hacer que tu dibujo encaje con *ella*, y así cambiar la forma natural de la pesadilla por algo inocente, inocuo. Solo deberías dibujar bambú si las pesadillas que encuentras *se parecen* al bambú.

—Se parecían.

Sukishi clavó los ojos en él, el anciano tenía una mirada fulminante. Algunas expresiones faciales, como el miso, tienen que envejecer para

alcanzar su máxima potencia.

Pintor fingió indiferencia, recogió el salario del día y salió a la calle. Se echó al hombro la bolsa, con sus herramientas y los lienzos sin usar, y fue a buscar la cena.

El Pupila del Fideo era el tipo de restaurante informal donde se podía hacer ruido. Un lugar donde nadie temía sorber mientras devoraba la cena, donde las risotadas de una mesa no eran motivo de vergüenza porque se mezclaban como pintura con las que llegaban desde la siguiente. Aunque había menos ajetreo en el turno de «noche» que en el de «día», de algún modo era un lugar escandaloso incluso cuando estaba tranquilo.

Pintor se quedó rondando fuera del local como una mota de polvo a la luz, buscando un sitio donde posarse. Los pintores más jóvenes de su promoción se reunían allí con la suficiente frecuencia como para tener asignados tácitamente sus reservados y sus mesas. Una línea doble de hion delineaba el amplio ventanal delantero, brillando, haciendo que pareciera una pantalla futurista. Esas mismas líneas se alzaban como enredaderas sobre el cristal y deletreaban el nombre del restaurante en aguamarina y magenta, con un gigantesco cuenco de fideos encima.

(Sobre el papel, yo era copropietario de ese restaurante de fideos. ¿Qué pasa? ¿Los narradores interdimensionales de renombre no pueden hacer alguna inversión en bienes inmuebles de vez en cuando?).

Pintor se quedó en la calle, absorbiendo las risas como un árbol se empapa de la luz de hion. Al cabo de un rato agachó la cabeza, entró en el local y dejó colgada su enorme bolsa en el perchero sin mirarlo. Había otros quince pintores allí, distribuidos alrededor de tres mesas. Akane estaba en su sitio al fondo, ajustándose el pelo. Tojin se había arrodillado junto a una mesa cercana y arbitraba con gesto solemne un concurso de comer fideos entre otros dos jóvenes.

Pintor se sentó en la barra. Era, al fin y al cabo, un defensor solitario contra la miasma que envolvía la ciudad. Un guerrero taciturno. Así que prefería comer a solas, por supuesto. No habría ni entrado en el restaurante de no ser por su trágica mortalidad.

Incluso los oponentes adustos y tensos de la oscuridad necesitaban fideos de vez en cuando.

La encargada del restaurante llegó a paso rápido delante de él tras la barra y entonces se cruzó de brazos y se encorvó un poco allí de pie,

imitando su postura. Pintor por fin alzó la mirada.

—¿Qué hay, Diseño? —dijo—. Esto… ¿me pones lo de siempre?

—¡Tu lo-de-siempre es muy lo de siempre! —exclamó ella—. ¿Quieres que te cuente un secreto? Si me pides algo nuevo, escribiré el secreto, enrollaré el papelito y te lo pondré en los fideos. Pero también te diré qué es, porque el papel se empapará y no podrás leerlo.

—Eh… —dijo Pintor—. ¿Puede ser lo de siempre, por favor?

—Modales… *aceptados* —respondió ella, señalándolo.

A Diseño… no se le daba muy bien hacerse pasar por humana. No me echéis la culpa a mí, porque rechazó una y otra vez mis consejos al respecto. Pero al menos su disfraz aguantaba, aunque la gente se preguntara a menudo por qué la larga melena de la mujer del restaurante era blanca, a pesar de que parecía tener veintipocos años. Se ponía vestidos ajustados y traía de cabeza a buena parte del gremio de Pintor. Que conste que era ella quien se empeñaba en que le hiciera el disfraz cuanto más despampanante, mejor.

Bueno, o en sus propias palabras: «Hazme bonita para que se queden más impactados si alguna vez se me desenreda la cara. Y ponme curvas voluptuosas, porque me recuerdan a la gráfica de un coseno. Y también porque las tetas parecen divertidas».

No era un cuerpo *real* —esa lección más o menos ya la aprendimos todos—, sino un complejo tejido de luz modelado, con proyecciones de fuerza anexadas directamente a su elemento cognitivo al manifestarse en el Reino Físico. Pero como por entonces ya me había hecho bastante experto en la parte técnica del asunto, podéis asumir que funcionaba como si fuera de carne y hueso.

Reconozco que sentí cierto orgullo por la forma en que los ojos de Pintor siguieron a Diseño mientras iba a prepararle la cena. También es cierto que se pasó tres pueblos: sus ojos no se apartaron de ella en ningún momento mientras trabajaba. Pero no lo juzguéis con demasiada dureza. Tenía diecinueve años, y yo soy un artista de excepcional talento.

Al poco tiempo, Diseño regresó con el cuenco de fideos, que dejó en una cavidad circular tallada en la madera. Las líneas de hion, cada una conectada a un extremo de la barra, hacían pasar calor por el elemento del fondo del cuenco para mantener la temperatura del caldo en las frías noches de Kilahito.

Detrás de él, las risas y los vítores arreciaron a medida que progresaba

el concurso de fideos. Pintor, por su parte, separó sus palillos maipon y comió despacio, con porte digno, como correspondía a alguien de su imaginaria categoría.

—Diseño —dijo, intentando no hacer demasiado ruido al sorber—. ¿Lo que hago… es importante?

—Pues claro que sí —respondió ella, alejándose con calma de él detrás de la barra—.

Si no vinierais todos a comeros los fideos, creo que me quedaría sin sitios donde guardarlos.

—No —dijo él, y señaló hacia su bolsa, colgada en un brazo del curioso perchero del restaurante—. Me refiero a ser pintor de pesadillas. Es un trabajo importante, ¿verdad?

—Ya lo creo —dijo Diseño—. Es evidente. Déjame contarte un cuento. Érase una vez un lugar donde no había pintores de pesadillas. Entonces a la gente se la comieron. Es un cuento corto.

—No, no, ya sé que es importante en *general* —repuso Pintor—. Pero… ¿lo que *yo* hago es importante?

Diseño se inclinó sobre la barra y Pintor la miró a los ojos. Cosa que le resultó difícil, dada la postura actual de la encargada. Dicho eso, quizá hayáis oído hablar de la gente como Diseño. Sugeriría, si se presenta la opción, que evitéis cruzar la mirada con un críptico. Sus rasgos, cuando no están disfrazados, trastocan el espacio y el tiempo, y en ocasiones provocan agudos ataques de locura a quienes tratan de encontrarles sentido.

Pero claro, ¿quién no ha querido alguna vez mandar a tomar viento la continuidad lineal, eh?

—Ya veo por dónde vas —le dijo Diseño.

—¿Ah, sí? —preguntó él.

—Sí. Siete por ciento de descuento en fideos esta noche. En honor a tus valerosos servicios de pintura.

No era… en absoluto de lo que estaba hablando Pintor. Pero asintió en agradecimiento de todos modos. Porque era una persona joven que hacía un trabajo de una importancia vital y relativamente mal pagado. Un siete por ciento era un siete por ciento.

(Diseño, por cierto, solo hacía descuentos en porcentajes primos. Porque, en sus propias palabras, «Tengo mis principios». Aún no sé muy bien a qué se refería).

La encargada se volvió para atender a otro cliente, así que Pintor siguió sorbiendo los largos fideos que nadaban en el cálido y sabroso caldo. El plato estaba muy bueno. El mejor de la ciudad, según alguna gente, lo cual no debería extrañar mucho a nadie. Si

hay algo que se puede confiar en que un críptico haga es seguir una lista de instrucciones con estricta precisión. Diseño tenía pequeños viales de condimentos que añadía al caldo, cada uno con los granos de sal contados en su cantidad exacta.

Cuando Pintor llevaba medio cuenco, Akane se acercó a la barra y él desvió la mirada. Al momento ya se había ido, llevando bebidas a los festivos parroquianos.

Pintor siguió comiendo fideos en silencio.

—¿Arroz? —le ofreció Diseño al darse cuenta de que ya casi había terminado.

—Sí, por favor.

La encargada le puso una cucharada en el cuenco para absorber lo que quedaba de caldo, y Pintor lo devoró.

—Podrías ir a hablar con ellos —dijo Diseño en voz baja mientras limpiaba la barra con un paño.

—Ya intenté hacerme amigo suyo en la escuela. No salió bien.

—La gente crece. Es una de las cosas que la diferencian de las piedras. Deberías…

—Estoy bien —la interrumpió Pintor—. Soy un hombre solitario, Diseño. ¿Crees que me importa lo que opinen de mi los demás?

Ella ladeó la cabeza y entornó un ojo.

—¿Es una pregunta con trampa? Porque está *clarísimo* que…

—¿Cuánto es? —preguntó él—. Con el descuento.

Diseño suspiró.

—Seis.

—¿Seis? Pero si un cuenco vale doscientos kon.

—Noventa y siete por ciento de descuento —explicó ella—. Porque lo necesitas, Pintor. ¿Estás seguro de eso? Puedo hablar con ellos y decirles que te sientes solo. ¿Qué tal si lo hago ahora mismo?

Pintor dejó una moneda de diez kon en la barra e hizo una rápida inclinación de agradecimiento. Antes de que Diseño pudiera insistir en que hiciera algo que probablemente le haría bien, Pintor agarró su bolsa de entre las otras que colgaban del perchero. Siempre le había parecido que usar una estatua como perchero era raro en un restaurante. Pero en fin, aquel era un local de lo más particular, así que ¿por qué no iba a tener un perchero con la forma de un hombre de rasgos aguileños y sonrisa astuta?

(Por desgracia, era bastante consciente de mi entorno cuando la dolencia me asaltó.

Chillé por dentro cuando Diseño, pensando que mi apariencia sería demasiado espeluznante de otro modo, me pintó entero de cobre con aerógrafo. Luego, con su pragmatismo habitual, me añadió una corona con pinchos para colgar sombreros y varias bandoleras con varas para sujetar bolsas o abrigos.

Como os decía, era dueño del restaurante. En parte, al menos. Diseño me saqueó los bolsillos para pagar su construcción. Pero yo no gestionaba el local. Es imposible hacerlo estando congelado en el tiempo. Y para vuestra información, sé de buena tinta que era un perchero excelente. Prefiero no considerarlo un uso indigno de mi persona, sino más bien un disfraz increíble).

Pintor salió a la calle con el corazón atronando. Una breve lluvia había dejado charcos y cubierto la calle de una pátina espejada: líneas de luz flotando en lo alto, sus reflejos fantasmales bajo el suelo.

Pintor inspiró, espiró e inspiró de nuevo. Después de huir de las propuestas de Diseño, le resultaba difícil seguir fingiendo. Sabía que no era un solitario. No era ningún orgulloso caballero que combatía la oscuridad impulsado por su honor. No era alguien importante, ni interesante, ni afable siquiera. Era solo uno más de lo que debían

de ser miles de chicos del montón que no tenían el valor de hacer nada extraordinario, y, lo peor de todo, que tampoco tenían la habilidad necesaria para soportar el menosprecio.

Era una valoración injusta de sí mismo. Pero era lo que creía de todas formas y se le hacía difícil de digerir. Tan difícil que prefería retirarse a sus mentiras fáciles de autoimpuesta soledad y noble sacrificio. Pero una parte de él empezaba a encontrar tonta esa actitud. Penosa. Y eso lo asustaba. Sin la ilusión, ¿cómo iba a seguir adelante?

Con un suspiro, echó a andar hacia su piso con la bolsa de pintor al hombro, reposando en su espalda. Pero al llegar al primer cruce vio un signo revelador: volutas de oscuridad que se arremolinaban desde un ladrillo de la esquina. Una pesadilla había pasado por ahí hacía poco.

Tampoco era demasiado sorprendente. Estaba en la parte más pobre de la ciudad, cerca del perímetro. Las pesadillas iban por allí con cierta regularidad. Algún otro pintor terminaría encontrando esa en concreto; él ya no estaba de servicio. Con las manos en los bolsillos, absorto en su insatisfacción personal, Pintor dejó atrás el cruce.

Si se daba prisa, aún llegaría a tiempo de ver el principio de su serie favorita en el visor de hion.

Otra llovizna recorrió la ciudad, tabaleando con ligereza en la calle, haciendo que las líneas reflejadas danzaran al ritmo. Las volutas oscuras empezaron a esfumarse del ladrillo de la esquina. La pista se enfriaba.

Dos minutos más tarde, Pintor reapareció pisando un charco y persiguiendo la pesadilla en vez de volver a casa, sin dejar de murmurar para sus adentros que, de todos modos, el principio de cada episodio siempre era el resumen de los anteriores.

Venga, hablemos de mí.

Es raro que yo no *quiera* tratar ese tema. No fue un punto álgido en mi carrera, y preferiría que la atención se centrase en otras personas menos esculturales durante el transcurso de la narrativa. No obstante, sé que el asunto os distraerá a algunos de vosotros si no explico por lo menos un poquito de lo que pasaba.

¿Qué me había ocurrido?

No lo sabía. Es complicado. Llegué al planeta y me quedé petrificado al instante.

Incapaz de moverme.

¿Estaba consciente?

Al principio sí. Con el paso de los meses, mis sentidos empezaron a embotarse. Caí en una especie de trance. Ajeno, casi dormido. Cuando tuvieron lugar los acontecimientos de esta historia, Diseño y yo llevábamos en Kilahito algo más de tres años, tal y como los medís en Roshar.

Entonces ¿cómo es que conozco la historia?

Empezó con voces. Diálogos. Intervenciones de Pintor, que estaba cerca de mí.

También de Yumi, aunque a ella la captaba más tenue, distorsionada, distante. Eso hizo chispear mi percepción y pasé a ser consciente de imágenes, de estímulos visuales, como si estuvieran… bueno, pintados para mí. En magenta y aguamarina. Me llegaban directos al cerebro. A

veces veía los sucesos como representaciones vagas, solo dos líneas con la forma imprecisa de personas. Otras veces percibía ilustraciones fijas o imágenes en movimiento. Parecía poseer cierto control sobre cuál de las dos cosas me llegaba, dependiendo de mi nivel de atención.

A fecha de hoy, sigo sin saber explicar del todo por qué sucedió. Tiene algo que ver con la Conexión entre nosotros, aunque en ocasiones las complejidades de cómo interactúan esas cosas confunden hasta a los arcanistas más astutos. En todo caso, notaba que lo que fuese que les estaba ocurriendo a Pintor y Yumi estaba relacionado con lo que me había pasado a mí, que su historia era mi historia, solo que sin la parte de la parálisis, la pintura de cobre y la incapacidad de interactuar con el entorno.

Así que haced el favor de prestarles atención a ellos. Porque yo, desde luego, no iba a moverme ni a hacer nada interesante a corto plazo.

Yumi despertó en el suelo de su carromato con una manta encima. La habían bañado, le habían puesto su camisón formal y la habían dejado allí. Rodeada de un círculo de pétalos y otro de semillas para darle suerte. La luz estelar marcaba un cuadrado en torno a ella, colándose por la ventana para admirarla.

Dolorida y aún agotada a pesar de haber dormido varias horas, Yumi se acurrucó bajo la manta. Debían de haber hecho un alto en el camino. El aire frío de la noche hacía que el suelo no fuese tan abrasador, así que habían bajado el carromato para que su lecho de piedra absorbiera la calidez residual. A Yumi solía encantarle que lo hicieran.

Era una comodidad única poder cubrirse con una manta y cocerse al fulgor del suelo.

Era casi como si el propio planeta estuviera insuflándole fuerza.

Yumi se quedó un tiempo allí, hecha un ovillo, tratando de recuperarse. Sabía que debería enorgullecerse de lo que había logrado, como haría casi cualquier otra persona.

Pero solo se notaba… cansada. Y culpable por no sentir las emociones adecuadas.

Y más cansada, porque esa clase de culpabilidad es una carga enorme. Más pesada que las piedras que había movido.

Entonces se sintió avergonzada. Porque la culpabilidad tiene

muchísimos amigos y guarda sus direcciones a mano para llamarlos en cualquier momento.

El calor se filtraba desde abajo alrededor de Yumi, pero no parecía *entrar* en ella. La cocinaba, pero seguía estando cruda por el centro. Permaneció allí hasta que la puerta del carromato se abrió. Vosotros quizá habríais oído los zuecos acercarse, pero Yumi no se había percatado.

La figura del umbral, que en plena noche era poco más que una mancha de tinta sobre papel negro, se quedó esperando. Hasta que Yumi por fin alzó la mirada y cayó en la cuenta de que había estado llorando. Las lágrimas cayeron al suelo y no se evaporaron de inmediato.

—¿Cómo lo he hecho hoy, Liyun? —preguntó Yumi por fin, incorporándose sobre los talones.

—Has cumplido con tu deber —respondió Liyun, en voz baja pero áspera. Como un papel al rasgarse.

—Nunca había oído… que una yokihaijo invocara a treinta y siete espíritus en un solo día —dijo Yumi esperanzada.

El trabajo de su guardiana no era hacerle cumplidos. Pero le sentaría bien… oír las palabras de todos modos.

—Ya —repuso Liyun—. Hará que la gente dude. ¿Siempre habías sido capaz de hacerlo? ¿Estabas conteniéndote en otros pueblos, negándote a bendecirlos como has hecho con este?

—Eh…

—Estoy segura de que ha sido sabio por tu parte, elegida, hacer lo que has hecho —

dijo Liyun—. Estoy segura de que no ha sido que te esforzaras demasiado, de forma que el siguiente pueblo reciba una bendición mucho menor y, por tanto, se considere a sí mismo menos digno.

A Yumi se le revolvió el estómago solo de pensarlo. Sus brazos colgaban a los lados, porque moverlos le dolía.

—Me esforzaré mañana.

—Estoy segura de que lo harás. —Liyun calló un momento—. Me

horrorizaría pensar que he entrenado a una yokihaijo que no sabe moderarse como es debido. También me horrorizaría pensar que he sido tan mala maestra que mi discípula ha considerado adecuado fingirse con menos potencial para llevar una vida más cómoda.

Yumi se hundió aún más, haciendo una mueca por el dolor de los músculos en los brazos y la espalda. Incluso tras un gran éxito, al parecer no estaba haciendo lo suficiente.

—Ninguna de las dos cosas es cierta, por suerte —susurró.

—Avisaré al pueblo de Gongsha —dijo Liyun— de que mañana recibirán la visita de una yokihaijo fuerte.

—Gracias.

—¿Puedo refrescarte la memoria sobre un asunto, elegida?

Yumi alzó la mirada y, desde donde estaba arrodillada, la perspectiva hacía que Liyun pareciera medir tres metros. Una silueta recortada en la noche, un contorno con espacio en blanco dentro.

—Sí —respondió Yumi—. Por favor.

—Debes recordar —dijo Liyun— que eres un recurso para el país. Igual que el agua de un pozo de vapor. Igual que las plantas, la luz del sol y los espíritus. Si no te cuidas, desperdiciarás la gran posición y la oportunidad que se te ha concedido.

—Gracias —susurró Yumi.

—Ahora duerme, si lo deseas. *Elegida*.

Hace falta mucho talento para usar un título honorífico como insulto. Eso tengo que concedérselo a Liyun, como cortesía profesional de un consumado cabronazo a otra.

Liyun se volvió para marcharse, pero vaciló y giró de nuevo la cabeza hacia Yumi.

—Tengo la impresión… —empezó a decir, con un extraño matiz atribulado en la voz—. De que esto volverá a ocurrir. A menos que haga algo. Estoy fracasando como tu guardiana. Quizá… buscaré consejo. Debe de haber algo que pueda hacer.

Cerró la puerta con un chasquido y Yumi bajó la mirada. No volvió a dormirse. Tenía demasiados sentimientos. No era solo el dolor, ni solo

la vergüenza. Se estaban rebelando otras cosas en su interior. Entumecimiento. Frustración. Incluso… ira.

Se puso de pie y cruzó el cálido suelo de piedra del carromato hasta la ventana. No se había puesto en movimiento, de modo que el siguiente pueblo debía de estar cerca, o ya habrían seguido avanzando.

Desde allí se veía una inmensa agrupación, iluminada por las estrellas, de cientos de plantas individuales que habían descendido desde el cielo al enfriarse las corrientes termales. Rodaban y flotaban perezosas cerca de la piedra, volviendo a inflar poco a poco las bolsas de gas que tenían bajo cada una de las cuatro anchas hojas de cada planta, sus tallos sosteniendo los racimos de semillas que crecían encima. Los scadrianos lo llamarían «arroz», un tipo de grano más pequeño y fino que los que coméis en Roshar. Pero no era exactamente arroz. La palabra en el idioma local era

«mingo». Pero el resultado al cocerlo era más o menos el mismo salvo por su profundo color entre azul y púrpura, así que utilizaré la palabra más conocida.

Mientras Yumi miraba, diez o doce plantas de arroz se vieron atrapadas por una solitaria corriente térmica nocturna y salieron disparadas hacia arriba para luego descender de nuevo poco a poco. Por debajo correteaban pequeñas criaturas en busca de algo que mordisquear mientras evitaban a las serpientes. Tanto las presas como los cazadores dormían en árboles durante las horas de calor. Si tenían suerte —o mala suerte, según la perspectiva—, elegían árboles distintos.

Una ráfaga de viento cruzó el campo e hizo que las plantas se mecieran y se desviaran a un lado, pero los granjeros nocturnos las siguieron agitando grandes abanicos para mantener controlados los cultivos. En algún lugar lejano del pueblo, un cuervo gigante graznó. (Por cierto, no son tan enormes como dice la gente. Nunca he visto uno del tamaño de una persona adulta. Son más bien como niños de siete u ocho años). Un corvidero se apresuró a acallar al animal con palabras tranquilizadoras.

Yumi deseó tener a alguien que la reconfortara a ella. Se contentó con apoyar los brazos doloridos en el alféizar y contemplar los plácidos cultivos que giraban indolentes y de vez en cuando ascendían por los aires. Un árbol amarrado a un lado del carromato se movió con el aire

y sus ramas proyectaron líneas de sombra en la cara de Yumi.

Quizá podría… salir por la ventana y echar a andar, sin más. Ningún granjero nocturno detendría a una yokihaijo. Debería avergonzarse de pensarlo, pero en esos momentos estaba saturada de vergüenza. Un vaso lleno hasta los topes ya no puede contener nada más. El agua se desborda y hierve al caer al suelo.

No iba a marcharse, pero esa noche deseó poder hacerlo. Deseó escapar de la cárcel de su camisón ceremonial. No tenía permitido ni dormir como una persona normal.

Hasta su ropa interior tenía que recordarle lo que era. Elegida al nacer. Bendecida al nacer. Presa al nacer.

Lo…, dijo una voz en su mente. *Lo entiendo…*

Yumi se sobresaltó y dio media vuelta. Entonces lo sintió. Era… un espíritu. Su alma vibraba con la presencia de la entidad, una de las poderosas.

Atada…, dijo el espíritu. *Estás atada…*

Los espíritus comprendían sus pensamientos. Eso formaba parte de su bendición.

Pero muy *muy* rara vez reaccionaban a nada que pensara una yokihaijo. Yumi solo había oído que sucediera en las historias que se contaban.

Estoy bendecida, pensó hacia el espíritu, agachando la cabeza, de pronto sintiéndose tontísima. ¿Cómo había permitido que la fatiga la llevara a unas meditaciones tan

demenciales? Iba a enfurecer a los espíritus. De pronto tuvo una terrible premonición, la de que los espíritus se negaran a dejarse atraer por sus actuaciones. La de que los pueblos tuvieran que apañárselas sin luz, sin comida, por su culpa. ¿Cómo podía rechazar…?

No…, pensó el espíritu. *Estás atrapada. Y nosotros… estamos atrapados… como tú…*

Yumi frunció el ceño y se volvió de nuevo hacia la ventana. Había algo distinto en aquella voz. En aquel espíritu. Parecía… muy cansado. ¿Y además estaba lejos? ¿Apenas era capaz de llegar a ella?

Miró hacia el firmamento centelleante, hacia la brillante estrella diurna, más intensa que todas las demás. ¿El… espíritu estaba… hablándole desde allí?

Hoy te has esforzado mucho, dijo el espíritu. *¿Podemos darte una cosa? ¿Un regalo?*

A Yumi se le cortó la respiración.

Esa historia la había leído.

La mayoría de las culturas tienen alguna leyenda parecida. Algunas son terroríficas, pero Yumi no vivía en uno de esos lugares. Allí las recompensas de los espíritus siempre se asociaban con aventuras maravillosas.

Pero Yumi no debería anhelar la aventura. Titubeó. Tambaleante, como una piedra desequilibrada. Y entonces, en el que fue el momento más difícil de su vida, bajó los ojos.

Ya me habéis bendecido, dijo. *Con el mayor don que un mortal puede poseer. Acepto mi carga.*

Es por el bien de mi gente. Perdonad mis pensamientos ociosos de antes.

Como desees…, respondió el lejano espíritu. *Entonces… ¿nos concedes tú… un deseo?*

Yumi alzó la mirada. Eso… nunca ocurría en las historias.

¿Cómo? , preguntó.

Estamos atados. Atrapados.

Yumi miró hacia la esquina del carromato, donde sobre una repisa había una luz espiritual, con las dos esferas en contacto para que la luz cesara y poder dormir. Era idéntica a las que había creado ese día. Una esfera luminosa, una oscura. ¿Atrapados?

No, pensó el espíritu. *Esa no es nuestra prisión… Tenemos… una existencia más… terrible.*

¿Puedes liberarnos? ¿Lo… intentarás? Hay alguien que puede ayudarte.

¿Espíritus en apuros? Yumi no sabía qué podía hacer, pero era su

deber cuidar de ellos. Su vida consistía en servir. Era la yokihaijo. La chica que daba órdenes a los espíritus primordiales.

Sí, respondió, inclinando la cabeza de nuevo. *Dime lo que necesitáis y haré todo lo que esté en mi mano*.

Por favor, dijo el espíritu. *Danos. La. Libertad*.

Todo se volvió negro.

Pintor tomó una calle tras otra, rastreando a la pesadilla mientras la lluvia le caía en la cabeza. La pista era difícil de seguir; las volutas oscuras parecían desvanecerse en la neblina. Tuvo que retroceder dos veces cuando las calles empezaron a estrecharse, serpenteando entre los apiñados asentamientos de las afueras de la ciudad.

Las líneas de hion en lo alto eran finas como cordeles y apenas lo alumbraban. Al final le costaba tanto ver nada que decidió que había perdido el rastro y se volvió para irse a casa, pero entonces pasó junto a un ventanuco por el que no había mirado antes.

Esa vez lo comprobó y dentro se encontraba la pesadilla, agachada sobre el cabezal de una cama.

La habitación estaba iluminada por una tenue línea de hion aguamarina que recorría el techo, proyectando las sombras de los escasos muebles y del colchón sin marco, ocupado por tres personas: los padres, a quienes la pesadilla no estaba haciendo caso, y un niño que sería una presa… más tierna.

El chiquillo tendría unos cuatro años. Estaba acurrucado de lado, con los párpados muy apretados, abrazando un desgastado cojín que tenía unos ojos cosidos, la aproximación de una familia pobre a un peluche. Atesorado de todos modos.

La pesadilla era lo bastante alta para tener que inclinarse, o habría dado con la cabeza contra el techo. Tenía un cuello sinuoso y sin huesos. Un cuerpo de características lupinas, piernas que se doblaban al revés, rostro con hocico. Amedrentado, Pintor comprendió por qué esa pesadilla había sido tan difícil de rastrear. Apenas se alzaba ningún humo de su cuerpo. Y lo más revelador era que tenía ojos. De color blanco hueso, como dibujados con tiza, pero tan profundos como las cuencas en un cráneo.

Casi no le goteaba oscuridad de la cara. Esa pesadilla era casi *estable* del todo. Ya no era informe. Ya no era indecisa.

Ya no era inofensiva.

Aquella cosa debía de ser increíblemente astuta para haber hecho tantas incursiones en la ciudad sin que nadie la descubriera. Hacía falta alimentarse como unas diez veces para que una pesadilla cuajara a ese nivel. Con solo unas pocas más se haría sólida del todo. Pintor dio un paso atrás, temblando. El ser ya tenía sustancia. Una cosa como aquella podría… podría *masacrar* a centenares de personas. La ciudad entera de Futinoro había quedado arrasada por pesadillas estables solo treinta años antes.

No tenía categoría para lidiar con aquella situación. Y lo de la categoría es bastante literal. Había toda una división especializada de pintores dedicados a detener pesadillas estables. Viajaban de un lado a otro, yendo a las ciudades donde se localizaba a una.

El leve sonido de una inhalación brusca se impuso al pánico de Pintor. Se obligó a apartar la mirada de la pesadilla para dirigirla a la cama, donde el niño, tembloroso, había cerrado los ojos incluso con más fuerza.

Estaba despierto.

En su estado actual, la pesadilla podría alimentarse del terror consciente con la misma facilidad que del miedo amorfo de un sueño. Pasó las garras por la mejilla del niño, dejando una estela de sangre al abrirle la piel. El gesto fue casi tierno. ¿Y por qué no iba a serlo? El niño había dado a esa cosa forma y sustancia, arrancada directamente de sus miedos más profundos.

Es posible que la historia hasta el momento os haya dado una impresión poco halagadora de Pintor. Y sí, buena parte de esa impresión está justificada. Muchos de sus problemas en la vida eran culpa suya y, en lugar de intentar resolvernos, Pintor alternaba entre el cómodo autoengaño y la inútil autocompasión.

Pero también deberíais saber que en ese preciso instante, antes de que la pesadilla lo viera, podría haberse escabullido en la noche sin ningún problema. Podría haber ido a informar al capataz, que habría mandado llamar a la Guardia del Sueño. Es lo que habría hecho la mayoría de los pintores.

En vez de eso, nuestro pintor echó mano a sus herramientas.

«Demasiado ruido. ¡Demasiado ruido!», pensó mientras soltaba la bolsa en la calzada y hurgaba en busca de un lienzo. No podía despertar a los padres. Si alguien se ponía a chillar, la pesadilla estable sin duda atacaría, y entonces sin duda moriría gente.

«Tranquilo. Tranquilo. No la alimentes».

Apenas logró recordar su entrenamiento mientras, temblando, sacaba lienzo, pincel y tinta. Alzó la mirada.

Y encontró al ser en la ventana, con el largo cuello asomando hacia él y sus dedos como cuchillos raspando la pared interior del dormitorio. Dos cuencas oculares blancas parecieron absorberlo a su interior, tirar de él para llevárselo a alguna otra eternidad.

Antes de ese día, Pintor nunca había visto una pesadilla con algo parecido a un rostro, pero aquella estaba sonriéndole con unos dientes lupinos blancos como el hueso.

El frasco de tinta le resbaló de entre los dedos y cayó al suelo delante de él con un tintineo. La tinta se derramó. Pintor se esforzó por mantener la calma mientras intentaba recoger el frasco, pero entonces, frenético, decidió que mojaría el pincel en el charco de tinta y listos.

La pesadilla se estiró hacia delante… y entonces se trabó. No estaba acostumbrada a tener tanta sustancia y le estaba costando atravesar la pared. Las garras eran lo que más dificultades le daban. Ese retraso, aunque breve, muy posiblemente salvó la vida de Pintor, ya que le permitió sacar el paraguas y abrirlo para proteger el lienzo y poder comenzar.

Empezó con un bambú, por supuesto. Un… un goterón abajo, y

luego… luego la línea recta hacia arriba con el trazo lateral. Entonces una mínima pausa para que se depositara la tinta del siguiente nudo. Funcionaba como un reloj. Lo había hecho un centenar de veces.

Miró hacia la pesadilla, que poco a poco sacó una mano a través de la pared, dejando surcos en la piedra. Su sonrisa se ensanchó. La mente de Pintor, en su estado actual, desde luego no estaba oculta a la percepción del ser. Y el bambú *no* iba a ser suficiente en esa ocasión.

Arrojó a un lado el lienzo y sacó el último que llevaba en la bolsa. Las uñas rechinaron en la piedra mientras aquella cosa sacaba la otra mano de la pared. La lluvia le caía en la cabeza y le resbalaba por los lados de aquella cara sonriente: lágrimas cristalinas que acompañaban a las de medianoche.

Pintor empezó a pintar.

Hay una cierta locura que define a los artistas. La terca capacidad de hacer caso omiso a lo que *existe*. Los milenios de evolución han producido en nosotros no solo el don de advertir y captar la luz, sino el de definir colores, formas, objetos. No solemos fijarnos en lo extraordinario que es que podamos saber lo que es algo solo por el mero hecho de que unos fotones reboten en nosotros.

Un artista no puede ver de esa manera. El artista debe ser capaz de mirar una piedra y decir: «Eso no es una piedra. Es una cabeza. O al menos lo será cuando lleve un rato dándole con este martillo».

Pintor no podía limitarse a ver una pesadilla. Tenía que ver lo que podía ser, lo que quizá habría sido de no haberla generado el terror. En ese momento vio a la madre del niño. Aunque apenas había atisbado su rostro en el dormitorio al lado de su hijo, la reprodujo.

Convertir algo terrible en algo normal. Algo querido. Le habían advertido de que pintar a las pesadillas como personas era peligroso, porque una persona seguía pudiendo hacerte daño. Pero esa noche le pareció lo correcto. Con solo unos breves trazos evocó la forma de su cara. Cejas marcadas. Labios finos, tenues pinceladas de tinta. La curva de las mejillas. Durante el instante más fugaz, algo volvió a él. Algo que había perdido en la monotonía de cien pinturas de bambú. Algo bello. O si eras una pesadilla casi estabilizada, algo espantoso.

Huyó. Era un suceso tan incongruente que a Pintor se le movió la siguiente pincelada.

Alzó la vista y apenas entrevió al ser escapando por el callejón. Podría haber atacado, pero todavía no era estable del todo, así que eligió darse a la fuga en vez de arriesgarse a que Pintor lo atara en una forma pasiva, inocua. A los pocos segundos había desaparecido.

Pintor dejó de contener el aliento y soltó el pincel. Por una parte, estaba aliviado. Por otra, preocupado. Si a la pesadilla se le había ocurrido escapar, es que era peligrosa.

Extremadamente peligrosa. Pintor no tenía ni la menor idea de cómo ocuparse de una cosa como aquella, y dudaba mucho que su habilidad hubiera bastado para derrotarla.

Solo los pintores más dotados podían vencer a una pesadilla estable, y él había aprendido —por las malas— que no lo era.

Por suerte, había hecho lo suficiente para espantarla. Así podría informar a sus superiores del encuentro, y ellos llamarían a la Guardia del Sueño. Cuando llegaran,

darían caza a la pesadilla antes de que se alimentara las pocas veces que le faltaban, y la ciudad estaría a salvo.

Dejó el lienzo en el suelo al lado del paraguas y fue hacia la pared rodeándose el torso con los brazos para intentar que le entrara algo de calor. En el dormitorio, el niño había abierto los ojos y estaba mirándolo por la ventana. Pintor sonrió y asintió.

El chico se puso a chillar de inmediato. Era una reacción más violenta de la que Pintor se esperaba, pero tuvo el efecto deseado: una aterrada pareja tranquilizando a su hijo, seguida de un vacilante padre en calzoncillos abriendo el ventanuco.

Observo el material esparcido en el suelo, la tinta desapareciendo poco a poco de los cuadros presa de la lluvia y al joven empapado que estaba de pie en el callejón.

—¿Pintor? —dijo—. ¿Era una…?

—Una pesadilla —confirmó Pintor, sintiéndose entumecido—. Se alimentaba de los sueños de su hijo.

El hombre se apartó de la ventana, con los ojos como platos. Miró por toda la habitación, como buscando algo escondido en los rincones.

—La he ahuyentado —añadió Pintor—. Pero… era de las fuertes.

¿Tienen familia en alguna otra ciudad?

—Mis padres —respondió el hombre—. En Fuhima.

—Vayan allí —dijo Pintor repitiendo las palabras que le habían enseñado para esa situación—. Las pesadillas no pueden seguir a nadie tan lejos, y su hijo estará a salvo hasta que nos ocupemos de ese horror. Hay fondos disponibles para ayudarlos hasta entonces. Cuando informe de lo sucedido, podrán acceder a ellos.

El hombre miró al niño aovillado en brazos de su madre, sollozando. Luego a Pintor, que sabía lo que venía a continuación. Exigencias, preguntas de por qué había dejado escapar a la criatura. De por qué no había sido lo bastante fuerte, lo bastante bueno, lo bastante experto para capturarla.

En lugar de eso, el hombre cayó de rodillas y agachó la cabeza.

—Gracias —susurró. Miró de nuevo a Pintor con lágrimas en los ojos —. Gracias.

Vaya. Pintor parpadeó sorprendido, farfulló un poco. Por fin encontró las palabras.

—No hay de qué, ciudadano —dijo—. Solo hago mi trabajo.

Y entonces, con toda la dignidad que pudo reunir bajo la lluvia, y con las manos aún temblando por la tensión, recogió sus cosas.

Al terminar, la familia ya estaba metiendo en bolsas sus escasas posesiones. Tendréis que perdonar a Pintor que caminara un poco deprisa, mirando a menudo hacia atrás, mientras recorría las angostas callejuelas. Tenía la misma sensación que si casi lo hubiera aplastado una roca. Una parte de él no podía creer que hubiera sobrevivido.

Dio un suspiro de alivio al llegar a una calle más ancha y ver a gente, los habituales peatones del turno de mañana. La estrella estaba baja en el cielo, casi invisible sobre el horizonte al final de la calle.

Pintor miró hacia la oficina del capataz, pero de pronto sintió un cansancio antinatural. Notaba los pies como de arcilla, fofos, y la cabeza como un peñasco. Se tambaleó. Necesitaba… dormir.

La pesadilla no regresaría a la ciudad ese día. Correría a la mortaja, se

regeneraría y luego se colaría otra vez la siguiente… noche. Podía contárselo al capataz… cuando se despertara…

Lánguido, con la mente emborronada, se volvió hacia casa, que por suerte estaba cerca. Casi ni asimiló que llegaba, subía la escalera y caminaba hasta su piso. Le costó cuatro intentos meter la llave, pero después de ir trastabillando a su habitación y ponerse el pijama, se detuvo.

¿Se atrevía a quedarse dormido? La familia… necesitaba su informe… para los fondos…

¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué de repente se sentía como si le hubieran drenado todas las fuerzas? Resolló falto de aliento y abrió la ventana de golpe para asomarse y respirar aire fresco. Entonces oyó algo extraño. ¿Un fragor? ¿Como de… agua?

Miró hacia la estrella.

Algo llegó desde el cielo y lo golpeó. Fuerte.

Todo se volvió negro.

Pintor parpadeó. Tenía calor. Un calor incómodo, y algo le brillaba en la cara. Una luz chillona, como la de los faros de un autobús de línea de hion.

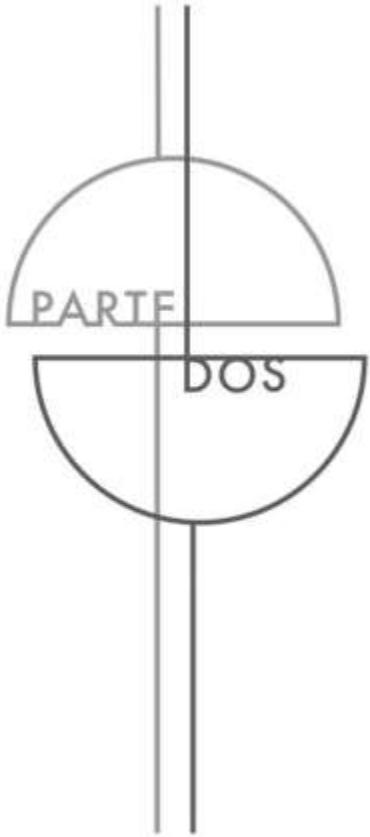
Abrió un poco los ojos y de inmediato lo cegó aquella terrible luz abrumadora.

¿Qué (bajo) estaba pasando? ¿Se habría dado un golpe en la cabeza? Se obligó a abrir los ojos del todo contra la luz y se incorporó con esfuerzo. Llevaba puesta una… ¿ropa colorida? Sí, una especie de vestido de noche formal y aparatoso, hecho de resplandeciente tela roja y azul.

A su lado había una joven. Quizá la identifiquéis como Yumi.

La chica abrió los ojos.

Entonces chilló.



Pintor se levantó de un salto. Estaba en una habitación pequeña con el suelo de piedra, paredes de madera y sin muebles. Aquella luz

imposiblemente brillante, que entraba en tropel por la única ventana de la estancia, lo arrasaba todo y le impedía ver bien. Alzó la mano para protegerse de aquel estrambótico fulgor rojo anaranjado. Era un color del que la luz no debería ser jamás. Para él, verlo era como ver que alguien derramaba sangre de un color equivocado.

Y luego estaba la chica. ¿Cómo había terminado Pintor acostado junto a ella? La joven se apresuró a incorporarse sobre las rodillas y agarró la manta.

Sus manos la atravesaron, como si la chica no estuviera allí.

Vale. Bien. Aquello sería… ¿un sueño, tal vez? Pintor conocía los sueños. En clase, donde había prestado bastante atención mientras dibujaba con disimulo en su cuaderno, les habían explicado su naturaleza con todo detalle. Aquello no tenía *ninguna* pinta de ser un sueño, pero Pintor sabía que no podía fiarse de sí mismo si estaba en uno.

Tenía que encontrar algún texto escrito. Según las lecciones era una posible forma de demostrar que estaba soñando, porque lo normal era que no se pudiera leer en un sueño.

—¡Asistentes! —gritó la chica—. ¡Asistentes!

Siguió dando manotazos a la manta, pero no dejaba de atravesarle los dedos. Como si…

Oh, no. ¿La chica era una pesadilla?

Papel. Pintor necesitaba papel. Sin dejar de protegerse los ojos de la intensa luz de la ventana, buscó otra vez en la habitación, pero estaba vacía del todo. ¿Quién vivía en una habitación sin armario, ni cama, ni siquiera una mesa?

Un momento. Había un libro en un estante. Lo sacó y empezó a pasar páginas.

Parecía contener… ¿oraciones? Pintor podía leerlas sin problemas.

La chica se quedó callada cuando desgañitarse pidiendo ayuda no sirvió de nada. Si de verdad era una pesadilla, bueno, superaba los conocimientos de Pintor. Una pesadilla estable del todo como parecía ella debería ser física. Y no debería tener color, ni forma de mujer joven, sino que debería haber adoptado la de algo retorcido e imaginario.

A menos que estuviese *más allá* de la estabilidad. Había historias sobre los últimos días de algunas ciudades que habían recibido ataques en las que aparecían pesadillas sólidas que habían empezado a cambiar de color, a asumir tonos de carne. Pero no, esa chica no estaba enloquecida, atacando en un frenesí demencial, intentando matar. No podía ser una pesadilla.

Pintor echó otro vistazo al libro. Era capaz de leerlo. Aquello tampoco era una prueba concluyente, pero aun así… bueno, conocía los sueños. Conocía las pesadillas. No estaba soñando. El tiempo era lineal. La causalidad estaba vigente. Podía leer, palpar y sobre todo plantearse si estaba en un sueño sin sentir una desconexión.

De algún modo, aquello era real.

La chica, que llevaba un camisón idéntico al que él tenía puesto, seguía dando zarpazos desesperados a la manta. Pintor no sabía cómo reaccionar. Nunca antes se había despertado al lado de una chica incorpórea. Y aun teniendo en cuenta que eso es mucho más agradable que algunas cosas con las que yo he despertado en la cama, podía resultar bastante confuso.

—Llevas mi ropa —susurró la joven—. No eres… ningún intruso, ¿verdad? Eres el espíritu con el que hablé. ¿Has cobrado forma?

Pintor no estaba muy seguro de a qué se refería, pero, considerando que era mejor que recibir chillidos, decidió hacerse el interesante. Lo cual, en ese caso, significaba fingir que sabía lo que estaba pasando. Cerró el libro y lo devolvió a su estante. Luego se cruzó de brazos y dedicó a la joven su mejor mirada desenvuelta de «soy un guerrero oscuro y misterioso».

Ella se inclinó ante él.

—Sí que *eres* el espíritu poderoso. Por favor, disculpa mi actitud de antes. Estaba sorprendida, desconcertada. No pretendía ofenderte.

Un momento.

¿De verdad había *funcionado*?

Guau. Y ahora, ¿qué?

Bueno, si alguien admiraba a Pintor, lo lógico sería no socavar ni contradecir esa sensación. Parecía una buena norma a seguir en la vida. Aunque esa fuese su primera oportunidad real de ponerla a

prueba.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Estás en mi carromato —dijo la joven—. El carromato de una yokihaijo. Me llamo Yumi y esta es mi habitación.

—¿Y… dónde tienes los muebles?

—No necesito muebles —respondió ella—, dado que mi único propósito es servir y admirar tu grandeza.

Eso… igual era pasarse un poco. Pintor se removió incómodo, y entonces se le ocurrió que tal vez averiguaría dónde estaba mirando por aquella ventana. Había estado preocupándose de evitar aquella luz roja anaranjada demasiado potente. Todo lo que estaba experimentando era imposible, pero esa luz… esa luz era *incomprensible*. ¿Cómo podía existir algo tan brillante?

Azorado, Pintor se acercó a la ventana, aunque una parte de él estaba convencida de que la luz le quemaría. Parecía mucho más… bueno, sencillamente *más* que las líneas gemelas de hion. Era como la misma esencia de la llama. Metió el dedo gordo del pie en ella, encogiéndose, pero no pasó nada.

Entró del todo en la luz y sintió como si se hubiera metido en un baño caliente. Qué raro. Parpadeando por el fulgor, levantó la mano para hacerse visera y miró fuera. En mi opinión no fue un *error*, no del todo. Pero al igual que un niño de diez años que pide que le expliquen de dónde vienen los bebés, Pintor *no* sabía dónde estaba metiéndose.

Alzó la mirada y contempló un cielo que no era oscuro, sino de un tono azul deslavazado que se extendía hasta el infinito, dominado por una gigantesca bola de luz.

Era como una bombilla inmensa en el cielo, solo que no suave y blanca, sino furiosa y roja anaranjada. Y por si no bastara con eso, el cielo estaba repleto de *plantas*. Grandes acumulaciones de ellas, atendidas por unos grandes cuervos negros que aleteaban para

abanicarlas hacia el resto si se alejaban. Unos objetos voladores surcaban el aire, organizando a los cuervos y ahuyentando a las aves sin domesticar.

El terreno se extendía hasta donde alcanzaba la vista, de piedra marrón salpicada con alguna que otra flor flotante. Había mucho que asimilar. Más de lo que Pintor era capaz.

Ni siquiera reparó, por ejemplo, en que el carromato de Yumi también levitaba en el aire.

Pero las cosas en las que *sí* había reparado arrollaron los restos de su escepticismo como un grupo de clientes sedientos irrumpiendo en el bar justo antes de la hora de abrir. Aquello era real. Pero no estaba en ningún lugar que conociera, ni sobre el que hubiera leído nada. No se parecía en nada a su hogar. Era como estar en… ¿otro planeta?

—La estrella —dijo, señalando hacia un resplandor en el horizonte.

—¿La estrella diurna, espíritu? —preguntó Yumi desde atrás.

—¡El noticiario decía que en la estrella vivía *gente*! Esto es otro mundo, como el nuestro. Recuerdo… una pesadilla cayendo del cielo, envolviéndome…

¿Era posible que lo hubiera llevado a ese lugar? Y de ser así, ¿aquello que había en el cielo era su planeta, visible desde esa posición?

—Poderoso espíritu —dijo Yumi, todavía en el suelo sobre los talones—, no entiendo lo que dices, pero, por favor, ¿puedo preguntar qué me has hecho? ¿Y… cuánto tiempo piensas mantenerlo? Para conocer tu voluntad y así venerarla como es debido.

Vale, hacerse el interesante era una cosa. Convencer a una joven de que era una poderosa divinidad, otra muy distinta.

—Escucha —dijo—, hum, no soy…

Lo interrumpió una llamada a la puerta. Yumi alzó la cabeza espantada y luego miró a Pintor.

—Por favor, espíritu —dijo—, restáurame. *Te lo suplico*.

La puerta se abrió y entraron dos mujeres. Una era bajita y rechoncha, de veintitantos años, la otra de treinta y tantos y más esbelta. Llevaban unos vestidos parecidos, raros, demasiado anchos, y el pelo recogido en un moño. Pintor sintió un poco del pánico de Yumi. Quizá ella pensara que estaba ante algún tipo de espíritu importante, pero sin duda esa gente más mayor tendría una reacción distinta. ¿Cuál sería el castigo en ese lugar si te pillaban colándote en la alcoba de una joven?

Lo único que se le ocurrió fue cruzarse otra vez de brazos en postura confiada. A él le parecía impresionante. Y tal vez podría serlo, si eras un crío de cuatro años buscando consejo sobre cómo hacer pucheros.

Las dos mujeres, en todo caso, pasaron a través de Yumi sin verla. Llevaban una mesita para comer en el suelo y un cuenco de arroz. Fueron hasta Pintor y se arrodillaron, agachando la cabeza.

Pintor miró a Yumi, que se levantó con el largo cabello revuelto por el sueño. La chica ladeó la cabeza y luego se acercó y movió la mano delante de las mujeres.

—¿Chaeyung? —llamó—. ¿Hwanji? ¿Me oís?

Ninguna de las dos respondió. Siguieron arrodilladas, aunque una miró a Pintor.

—Elegida —dijo—, ¿te… te encuentras bien?

Yumi dio un respingo y se le ensancharon los ojos.

—Espíritu, ¿has adoptado mi *forma*?

¿Lo había hecho?

Espera, no. Pintor no era un espíritu.

No tenía *ni* (bajo) *idea* de lo que estaba pasando.

(A modo de recordatorio, los idiomas de Yumi y Pintor poseen ese rasgo característico que dificulta bastante la narrativa si el grupo de oyentes no tiene variaciones altas y bajas en su aburrida lengua. Plasmar esas variaciones resulta peliagudo, pero se hace lo que se puede. De nada).

De todos modos, aunque Pintor estaba confuso, también estaba hambriento. Y

aquellas mujeres parecían estar esperando a que comiera. Decidió que la manera de mostrar confianza, la senda del guerrero solitario, era obtener algún sustento para poder seguir siendo misterioso sin que le rugiera el estómago. Así que se sentó y cogió el cuenco de arroz de las manos de una mujer.

—Gracias —dijo, cogiendo los palillos maipon que le tendía la otra. Empezó a comer—. ¿Tenéis algo para acompañarlo?

Las dos mujeres ahogaron un grito.

—¿Por qué, espíritu? —preguntó Yumi en tono suplicante—. ¿Por qué has adoptado mi forma? ¿Me has… exiliado? ¿Ahora soy solo un alma y tú tienes mi cuerpo? Pero, entonces, ¿por qué yo te veo con la forma de un hombre joven? —Se arrodilló ante él junto a las otras—. Por favor, no lo comprendo. *Te lo ruego*, dime cuál es tu voluntad.

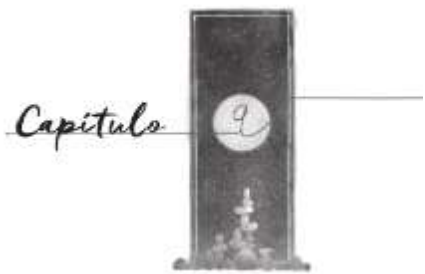
Pintor se detuvo, vacilante, con el bocado de arroz a medio masticar. Una de las mujeres extendió la mano hacia el cuenco y él se apartó y se llevó más arroz a la boca, evaluando sus reacciones. ¿Eran de horror?

—¿Está envenenado o algo? —preguntó Pintor—. No es que me importe. Soy lo bastante fuerte para soportar cualquier veneno, claro.

Las dos mujeres huyeron, abandonando la mesa y los demás utensilios. Dejaron la puerta meciéndose en las bisagras, vertiendo más luz chillona al interior, y echaron a correr con los pies repicando en el suelo de piedra. ¿Llevaban… zapatos de madera?

Yumi miró a Pintor con lágrimas en los ojos. Luego, inesperada y sutilmente, le cambió la expresión. Sus labios laxos se crisparon. Sus dientes se apretaron. Sus músculos se tensaron.

—Ya *basta* —dijo (bajo)—. ¡Se *acabó*!



Es un error habitual suponer que alguien es débil porque se muestra servicial. Si opináis así, es muy posible que seáis la clase de persona que no tiene ni idea de la cantidad de aguante, la cantidad de *fuerza*, que requiere soportar vuestras idioteces.

Yumi no era débil. No era una pusilánime. No asumáis fragilidad donde deberíais ver paciencia. Sin embargo, tenía sus límites. Lo que ocurría era que acababa de alcanzarlos.

—¡Os he servido toda la vida! —exclamó Yumi, irguiéndose—. ¡Os lo he dado *todo*!

El espíritu parpadeó. Y bueno, Yumi no había *pretendido* tener un arrebato. Lo cual diría que viene a ser parte de la definición de «arrebato». Las palabras salieron a chorro sin más.

—¡Cometí un error! —añadió—. Por lo visto, ayer me esforcé *demasiado*. ¿Por eso has decidido alzarte? ¿Por qué me pediste ayuda y después adoptaste mi forma? ¿Es lo que es esto? ¿Un castigo? ¡Has venido a avergonzarme! Porque *sabes* cómo debe comportarse alguien de mi posición. ¡Vosotros mismos lo decretasteis! ¡Así que el único motivo de que hayas cogido ese cuenco y te hayas puesto a comer es humillarme!

Yumi terminó de hablar y jadeó con al aliento acelerado, repleta de una extraordinaria clase de furia. Jamás se había permitido comportarse así. Cabría esperar que le resultase refrescante, pero para ella fue más bien… inevitable. Si soltabas un ladrillo, caía. Si soltabas una flor, flotaba. Si apretabas demasiado a una persona…

bueno, explotaba. Como un pozo de vapor. La presión tenía que ir a algún sitio.

Cerró los ojos con fuerza y las manos en puños, y se preparó para lo que vendría. No estaba segura de las consecuencias que tendría desafiar a los espíritus de una manera tan terrible e insolente. Había todo tipo de *insinuaciones*, claro, pero pocas respuestas

explícitas. Una persona normal quizá se escapara con solo un poco de mala suerte, pero ella era una yokihaijo.

Esperaba terminar hecha pedacitos. Tal vez que la comprimieran al tamaño de una canica. A lo mejor la cosa no iba mal del todo y el espíritu se limitaba a maldecirla para que escupiera lagartos cada vez que intentaba hablar. Pero no podría haber detenido el arrebato. Estaba exhausta, dolorida, abrumada.

Esperó. Un tiempo incómodamente largo.

Entonces, por fin, el espíritu habló.

—Vamos a fingir —dijo— que no soy un espíritu como tú crees. ¿Sería muy malo?

Yumi entreabrió un ojo. Él seguía allí sentado, con un grano de arroz pegado a la mejilla. Cuando se dio cuenta de que Yumi lo estaba mirando, se infló un poco, enderezó la espalda y puso una cara muy rara. ¿Como si… tuviera náuseas? Yumi no supo interpretarla.

—No lo comprendo —dijo.

—Ojalá yo lo hiciera —respondió él—. Pero no soy un espíritu. Soy

una persona. Eso sí, una persona *misteriosa*.

—¿Misteriosa?

—No sabes cuánto —dijo él—. Escucha, no sé lo que es este lugar ni por qué estoy aquí. Pero creo… que es posible que venga de otro planeta. —Hizo una mueca al decirlo—. ¿Te parece una locura?

Yumi inclinó la cabeza a un lado.

—¿La estrella del cielo? —prosiguió él, levantándose y señalando hacia la ventana—.

¿Esa a la que llamas «la estrella diurna»? Vengo de ahí. Tal vez. Es mi mejor teoría.

—¿Eres… humano?

—Al cien por cien.

—¿Nacido de una madre?

Él asintió.

—¿Comes? ¿Y duermes? ¿Y… depositas los dones de los espíritus de vuelta en el ecosistema para su reutilización?

—¿Disculpa? —dijo él.

Yumi apenas escuchaba. ¿Era posible que lo hubiera entendido mal? Bueno, claro que sí. Estaba, como ya hemos establecido, exhausta, dolorida, abrumada. No es el mejor estado mental para el pensamiento lógico.

Pensó en lo que había ocurrido la noche anterior, en el espíritu hablándole, diciéndole que estaba atrapado. Pidiéndole que lo liberase. No había sonado enfadado por la debilidad de Yumi. Le había dicho: «Hay alguien que puede ayudarte».

—Te han *enviado* a ti —susurró Yumi—. ¡Te han enviado a ayudarme! Los espíritus corren peligro. Hay historias como esto, de grandes héroes a quienes los espíritus les encargan misiones. —Abrió más los ojos—. Necesitaban que les concediera un deseo.

¿Sería mi cuerpo? Yo no podía hacer lo que necesitaban, así que te han puesto a ti en mi lugar y… Dime, ¿eres un gran guerrero entre los tuyos? ¿Entre el pueblo de la estrella diurna?

Él pensó un momento. Más de lo que Yumi habría predicho. Era humilde, eso saltaba a la vista. Por fin asintió.

—Sí. Soy de los más grandes.

Eso ayudaba un poco a entender el estado en el que se encontraba Yumi. Los espíritus no tenían sustancia alguna hasta que ella los invocaba. Tenía sentido que, al apoderarse de su forma para que la ocupara ese héroe, le hubieran dado otra tan insustancial como las de los propios espíritus. Yumi podía tocar su camisón, pero nada más. Hasta el suelo bajo los pies parecía ser inmaterial. No sabía cómo caminaba o se movía sobre él.

—Mis asistentes volverán pronto, espero —dijo Yumi—. Explícales lo que ha pasado.

—Sin pensar, extendió el brazo para tomar la mano del héroe en gesto de súplica—.

Ellas sabrán cómo ayudar. Por favor, debemos…

Se interrumpió cuando sus manos se tocaron.

Sintió un inmediato escalofrío, como cuando se metía en agua fresca, pero seguido de un acaloramiento. La calidez la *inundó*, subiéndole por los dedos en avalancha, acompañada por un cosquilleo casi eléctrico. Le recorrió todo el cuerpo, saturándola, imponiéndose a todo otro pensamiento, sentimiento y sensación.

Al intentar tocar la manta no había notado nada. Ni siquiera un hormigueo cuando sus dedos la atravesaban. Tampoco nada cuando sus asistentes habían pasado a través de ella.

Pero ese otro efecto era inesperado del todo. Se soltó y retrocedió a toda prisa, inhalando una bocanada, con el sudor haciéndole cosquillas en la frente. Él miró boquiabierto su propia mano, en una postura que evidenciaba que también lo había sentido. ¿Una conexión entre el espíritu de Yumi y su cuerpo, tal vez? Por un momento se le hizo un nudo en la garganta, aunque al no tener cuerpo la metáfora no funcionase del todo. Pero al mirar al héroe, se sintió como si estuviera sonrojándose desde la punta de los pies hasta el cuero cabelludo.

«Muy bien —pensó—, igual es mejor no tocarlo. Demasiado… desconcertante».

—Qué pasada —dijo él—. Tocarte ha sido como poner el dedo en una

línea de hion.

Yumi retrocedió, avergonzada.

—Quizá —dijo— podría ir a ver qué está pasando en el pueblo. Es posible que, en mi estado actual, sea capaz de comunicarme con los espíritus.

—Venga. Esto… quiero decir, valerosa sugerencia.

Yumi asintió y, vacilante, salió del carromato. Había dormido descalza y le preocupaba no llevar zuecos, pero no sintió el calor del suelo en los pies. En cambio, cuando se alejó solo un metro de la puerta, notó un repentino tirón. Fue incapaz de avanzar más, como si estuviera atada a ese joven. Retrocedió y probó a correr con carrerilla para escapar de la presa, pero al llegar al límite salió despedida hacia atrás, como si llevara una goma elástica.

Dio media vuelta y regresó al carromato a trompicones. Él dio un paso como para sostenerla y el pecho de Yumi rozó con el suyo.

La calidez la embargó de nuevo, irradiándola hasta lo más profundo. Dio un gañido, logró apartarse de un salto y cayó al suelo. Al no tener cuerpo, no se hizo daño, pero el rubor fue más intenso esa vez. El celibato era un hecho en la vida de una yokihaijo, por supuesto. Y Yumi tenía muy controlado ese aspecto de sus emociones. Absolutamente controlado. Pero mucho mucho.

La rescató del bochorno una figura severa que llegó a la puerta del carromato, todavía abierta. Ese día Liyun iba vestida de amarillo sobre negro, según dictaba el ritual del cuarto día del mes. Como de costumbre, no *parecía* enfadada. Nadie hablaba con enfado a una yokihaijo.

Además, Liyun era experta en expresar emociones sin verbalizarlas.

—Me han contado, elegida —dijo, dejando los zuecos en el suelo y subiendo con elegancia al carromato—, que hoy, en tu sabiduría, has decidido incumplir el ritual.

Pasó atravesando a Yumi, que aún estaba tirada de cualquier manera en el suelo.

—Huy —dijo el héroe—. Claro. Vale, se supone que tengo que explicarte que no soy quien crees. Soy un héroe, esto… ¿traído por los espíritus? Mira, vengo de esa estrella de ahí fuera, de un lugar donde

la luz es normal. Aguamarina y magenta, no… lo que sea que tenéis aquí.

Yumi gateó hacia Liyun, se levantó como pudo y asintió con ansia. Sin duda la guardiana sabría cómo ocuparse de aquello. Seguro que podría ayudarlos a los dos a comprender lo que querían los espíritus.

—Como bien sabes —respondió Liyun con voz suave—, una elegida debe continuar sirviendo, incluso cuando atraviesa dificultades personales.

—Eh… claro —dijo el héroe—. Supongo.

—Si una elegida —añadió Liyun— intentara *evitar* sus deberes excusando en idioteces inventadas… vaya, solo conseguiría complicarse más la vida. La suya y la de todo el mundo. El remordimiento por tales embustes terminaría destrozándola por dentro. —

Liyun agachó la cabeza, como en gesto de sumisión—. Elegida, mis disculpas por haberme atrevido a explicarte algo de lo que ya eres muy consciente.

Yumi volvió a caer de rodillas, con la garganta atenazada. Aquello era… era justo lo que debería haber esperado de Liyun. Si hubiera estado menos alterada, habría caído en la cuenta antes.

—Ya veo —dijo el héroe. Se quedó un momento pensando y luego… ¿hizo una pose?

¿Con los brazos cruzados? ¿Creía que quedaba teatral, llevando un camisón de dormir?—. Me parece que no estás tomándome lo bastante en serio. Soy…

—Por favor —lo interrumpió Yumi con un susurro—. Por favor, héroe. Mi plan anterior tenía fallos. Mejor… síguele la corriente.

Él le lanzó una mirada a Yumi y frunció el ceño.

—Liyun nunca creerá —añadió Yumi— que yo, de todas las yokihaijo, haya recibido esta bendición de los espíritus. Por ahora, ¿podrías hacer lo que te digo?

—¿Quién es esta mujer? —preguntó el héroe.

—La jefa de mi servicio.

El héroe puso cara de escepticismo. Liyun, que solo había oído su parte de la conversación, abrió la boca para ofrecer otro «consejo» pasivo-agresivo. Yumi habló primero.

—Dile esto: «Lo lamento, guardiana-nimi. Aún sentía los restos de un sueño y he hablado conforme a ellos. Al esforzarme demasiado ayer, me dejé a mí misma debilitada, como me advertiste con tu sabio consejo. Disculpa mis deslices».

Él repitió las palabras titubeante, sin dejar hablar a Liyun.

La guardiana se quedó callada, observándolo.

—Arrodíllate —susurró Yumi—. Por favor. ¿Y puedes inclinar la cabeza? Sé que no es muy heroico, pero…

El héroe obedeció.

—En ese caso, ¿debo ordenar que prosigan los rituales? —preguntó Liyun—. ¿Sin interrupción? Por supuesto, es prerrogativa tuya, elegida.

El héroe miró hacia Yumi, como preguntándole si le quedaba alguna otra opción.

Yumi no la tenía.

—Continuaré con los rituales —dijo, y el héroe lo repitió—. Por favor, haz que vuelvan las asistentes. Y discúlpate de mi parte con Hwanji por haberme dirigido a ella.

Liyun lo aceptó, dio media vuelta, salió del carromato y sus zuecos tañeron contra la piedra mientras iba a buscar a Hwanji y Chaeyung. Yumi se llevó las manos al pecho e inclinó la cabeza, intentando amansar su corazón desbocado. Qué *tensa* se ponía siempre cuando Liyun la atendía. Y más ahora. La guardiana ya estaba convencida de que Yumi intentaba evitar sus responsabilidades… y con buen motivo. Yumi sabía que dejaba mucho que desear como representante de las elegidas.

Pero los espíritus le habían pedido ayuda a ella. Le habían enviado un héroe. Eso tenía que significar algo, ¿verdad?

—No lo pillo —dijo el héroe—. ¿Esa mujer es tu sirviente?

—Todo el mundo es mi sirviente —respondió Yumi en voz baja— para

que yo pueda servir al mundo. Es mi honor y mi deber invocar a los espíritus y vincularlos al servicio del pueblo de Torio. Por tanto, la gente se… vuelca mucho en liberarme de los problemas terrenales para que me concentre solo en mis importantes obligaciones.

—¿O sea que el cielo no es lo único raro aquí? —preguntó él—. ¿La (bajo) gente también?

—Me he fijado —dijo Yumi, inclinándose más— en que estás tomándotelo todo muy bien, héroe. Muchos insistirían en que esto no es más que un sueño. Debes de haber tenido unas aventuras excepcionales e interesantes para que esta situación te resulte tediosa.

—Tampoco la llamaría tediosa —respondió él—. Es solo que… tengo experiencia con los sueños. Me llamo Pintor, por cierto.

—Pintor —repitió ella, vocalizando la palabra—. Significa «aquel que pinta» en nuestro idioma. Qué curioso.

—Creo… que es justo como lo he dicho, en tu idioma. El cual parezco ser capaz de hablar y leer. En todo caso, es más un título que un nombre. —Pensó un momento—.

Entonces, ¿tengo que fingir que soy tú? ¿Por lo menos hasta que resolvamos todo esto?

—Sí —dijo ella—. Si conseguimos superar las primeras horas del día, deberíamos poder hablar con los espíritus y averiguar qué esperan de nosotros. Quizá… quizá después sabremos cómo explicarle esto a Liyun.

A Yumi no le parecía muy probable, pero el héroe, Pintor, no sabía lo suficiente para poner objeciones. Se rascó la cabeza. Por supuesto, a Yumi le resultaba extraño que los espíritus le hubieran enviado a un joven de su misma edad como héroe. Tal vez tenían que coincidir en edad para que la transferencia fuese posible. Y, sin duda, un héroe tan joven tenía que ser incluso *más* increíble si había logrado tanto en solo dos décadas de vida.

—Esas otras mujeres se han ofendido —dijo Pintor— cuando he cogido la comida.

¿Era para ellas o algo?

—Tienen que darte de comer —dijo Yumi.

—¿Qué? ¿Como a un bebé? —Debes permanecer libre —explicó ella— de toda preocupación mundana. Los demás harán por ti cualquier cosa que necesites.

—Suena… de lo más condescendiente —respondió Pintor—. Puede que hasta humillante. Yumi se sonrojó. Bueno, pensándolo bien, no era tan raro que le diera esa impresión a un forastero. Pero a ella no, por supuesto. Pese a sus reservas, Pintor no se opuso cuando las asistentes regresaron y colocaron sus cosas. Habían preparado otro cuenco de arroz y, con las indicaciones de Yumi, el héroe hizo los movimientos rituales

adecuados y permitió que le dieran de comer un bocado tras otro. Liyun rondaba cerca de la puerta, aunque lo normal era que no acudiera a Yumi hasta después de las plegarias matutinas.

A lo largo del desayuno, Yumi logró tranquilizarse un poco. Pintor se dejaba guiar bastante bien. Habría cabido esperar que un héroe fuera más arrogante, pero aquel hacía lo que ella le pedía. Al terminar la comida, Yumi se notaba mucho más serena y confiada. Podía salirles bien. Podían hablar con los espíritus y recibir instrucciones. Lo único que tenían que hacer era…

Era…

Oh.

Oh, no.

Las asistentes se levantaron y cogieron sus abanicos. Liyun le hizo una seña a Pintor para que se levantara y saliera.

—Vale —susurró el joven a Yumi, que se puso en pie con él—. Creo que ya le voy pillando el tranquillo. ¿Qué toca ahora?

—Ahora —dijo ella— tenemos que darnos el baño ritual.

Baño ritual? —preguntó Pintor, pensativo. No sonaba nada mal. En aquel sitio hacía mucho más calor que en casa. Refrescarse un poco le vendría bien—. La verdad es que sí que me apetece bañarme. No estará muy caliente, ¿verdad?

—El baño ritual se toma en el manantial fresco del pueblo —le explicó Yumi—. Cada día trabajo en un sitio nuevo, así que no sé dónde es, pero el manantial debería estar en terreno elevado. Mientras estés aquí, lo tienes reservado en exclusiva, héroe.

Eso *sí* que no sonaba nada mal, y menos después de lo que acababa de sufrir. ¿Cómo podía un simple desayuno ser tan agotador?

Por desgracia, su conciencia estaba aguijoneándolo. Pintor ya se había metido en líos otras veces por asuntos como aquel, por las expectativas ajenas, fundadas o no. Aunque recordar aquellos tiempos le dolía, había jurado que nunca volvería a provocar ese tipo de problemas.

Sin embargo, allí estaba. Como las dos asistentes habían salido, se descubrió con la mirada fija en la extraña chica fantasmal del pelo largo. Y le salieron las palabras.

—Me has preguntado si soy un gran guerrero —dijo—. ¿Es porque necesitas que luche contra algo?

—No *creo* que vaya a hacer falta —respondió ella—. La verdad es que no lo sé. Será necesario dar forma a los espíritus y preguntarles. Dicen que están atrapados de algún modo. ¿Quizá tengas que rescatarlos?

—¿Dándoles forma? —dijo él, relajándose un poco—. ¿Para eso es

necesario pintar?

—¿Pintar? —repitió ella, ladeando la cabeza—. Los convocamos. Mediante el arte.

Mediante el arte.

Vale. Bien. Eso podía hacerlo. Quizá hasta con algo que no fuera el bambú. ¿Sería cierto que lo habían invocado a un mundo distinto por completo solo para… para pintar? Supuso que debería asegurarse. Miró a la chica para seguir hablando, pero no le salieron las palabras.

¡Qué *esperanzada* la veía! Las emociones fluyeron en su interior como sangre de una herida, cálidas e intensas. ¿Cuánto tiempo llevaba sin sentir que lo *necesitaban*, que lo *aceptaban*? No había tenido intención de mentir. Y *en realidad* no había mentido,

¿verdad? Los espíritus de la chica lo habían elegido a él y lo habían llevado allí, quizá para que los pintara.

En ese momento, ardió en deseos de ser el héroe que alguien necesitaba. Tener la ocasión de compensar los errores del pasado. Convertirse en algo. No era arrogancia, como quizá algunos supongáis. Era más bien desespero.

En el fondo, Pintor se veía a sí mismo como un lienzo echado a perder, como un cuadro estropeado por derramarle tinta encima y luego tirado a la basura. Aquella era su oportunidad de alisarse otra vez y empezar un dibujo nuevo al dorso. Se aferró a esa oportunidad como un hombre famélico a su primer cuenco de arroz en días enteros.

—Guíame —dijo, renunciando a su fachada de solitario misterioso y hablando con sentida pasión—. Lo haré. Lo que sea que necesites, te prometo que lo *haré*.

Yumi señaló hacia la puerta. Las asistentes y aquella mujer tan horrible —Liyun, la había llamado Yumi— se habían marchado en esa dirección. Pintor se asomó fuera y miró alrededor, esperando que le permitieran caminar por sí mismo en vez de llevarlo en volandas o algo. Curiosamente, el edificio, que en efecto era un carromato como había dicho Yumi, parecía estar flotando. Era… raro. Pero no mucho más que…

Puso un pie en el suelo.

Descalzo.

Pintor dio un chillido y saltó de vuelta a los peldaños de madera, sacudiendo el carromato-habitación. El suelo estaba *caliente*. Muy caliente, en plan caliente como un horno.

Por primera vez, se fijó bien en los zuecos que llevaba todo el mundo. Liyun y las asistentes, por su parte, lo miraron con una expresión horrorizada en el rostro. Era la

misma que se dedicaba a alguien que se sentaba a cenar y empezaba a dar mordiscos al plato.

—¿Qué ocurre, héroe? —preguntó Yumi—. Entiendo que eres fuerte y poderoso, pero no hay motivo para que tengas que andar sin zapatos.

La chica frunció el ceño, mirando sus pies descalzos.

—Este lugar es…

Se interrumpió para no romper la ilusión ante Liyun y las asistentes. Al cabo de un momento, respiró hondo y se puso los zuecos que había junto a la puerta. No parecía que se hubiera hecho una quemadura grave, porque el dolor ya cesaba, pero aun así pisó el suelo con reparos.

La procesión emprendió la marcha. Pintor se enorgulleció de lo bien que caminaba con aquellos gruesos zuecos. Parecían más incómodos de lo que eran en realidad. Solo tenía que prestar atención a cada paso. Miró a Yumi, pero la joven bajó la mirada, con aspecto reticente. Incluso más que antes. ¿Qué había hecho Pintor ahora?

Había otras muchas extrañezas con las que distraerse. Por ejemplo, las asistentes sostenían unos abanicos enormes para ocultarlo de la mirada de los habitantes del pueblo que se iban congregando. Pero los utensilios dejaban huecos por los que era posible entreverlo, y al parecer el pueblo entero estaba intentando echarle aunque fuese un vistazo fugaz.

¿A qué venía tanta pompa? ¿No podrían haberlo llevado en el carromato donde tuviera que ir? Aquella solución intermedia de los abanicos daba una sensación deliberada, como fingir que te daba igual si la gente se fijaba o no en tu nuevo peinado mientras te pasabas la mano por el pelo cada vez que alguien miraba en tu dirección.

También estaban aquellas plantas flotantes, pero al menos esas ya las

había visto desde el carromato. Así que no lo dejaron boquiabierto. No mucho. Pero luego vio un artilugio muy extraño que había en el centro del pueblo, un enorme aparato metálico compuesto de amplios cuencos, tan ancho como un edificio. ¿De qué iría *ese* asunto?

Por lo menos la gente parecía humana. Pintor habría esperado que los alienígenas de otro planeta tuvieran… no lo sabía. ¿Extremidades adicionales? ¿Siete ojos? Pero eran personas normales y corrientes. En su mayoría de ojos anhelantes y vestidas con una ropa colorida de un diseño y un estilo absolutamente distintos a los que Pintor conocía.

Le recordó a las prendas formales y los chales que se llevaban para las bodas entre los suyos, o al menos los colores eran similares. Pero aquellos atuendos eran mucho más

aparatosos, sobre todo los de las mujeres, cuyos vestidos tenían forma acampanada en vez de ser lisos y ceñidos como se llevaban en Kilahito. La ropa de los hombres era ancha y holgada, a menudo en tonos pastel diluidos como acuarelas, y cerrada con cordones en los tobillos. Acentuaban la suavidad de los colores con algún que otro sombrero negro, y muchos llevaban una barba corta, que rara vez se veía entre la gente de Pintor.

Los lugareños se quedaron atrás mientras las asistentes dirigían a Pintor hacia unas colinas cercanas. Cerca de la cima, entraron en una cavidad oculta a la vista donde el agua llenaba una cuenca natural de casi cinco metros de ancho. Parecía llegar solo a la cintura y no ascendía vapor desde ella. Buena señal. Pintor ya estaba sudando. ¿Cómo podía vivir allí la gente, con esa bola de fuego gigante en el cielo achicharrándola sin cesar?

Las asistentes esperaron fuera mientras Pintor llegaba al borde del agua. Sí, esa parte iba a gustarle. Miró a Yumi, que lo había seguido detrás de unas rocas que les proporcionaban intimidad. Estaba muy sonrojada. ¿Por qué…?

Ah. De pronto lo entendió. Yumi no podía alejarse más de unos tres metros de él, pero Pintor tenía que darse un baño.

—No pasa nada —le susurró—. Ve a sentarte detrás de esas rocas de ahí al lado.

—¿Héroe? —dijo ella—. Eso no sería apropiado.

Entonces Yumi empezó a quitarse la ropa, deshaciendo el lazo de la capa exterior. Era algún tipo de fantasma, pero por lo visto la ropa formaba parte de lo que quiera que fuese, porque pudo quitarse la prenda y dejarla en el suelo, quedándose con una ropa interior parecida a un fino camisón.

—Un momento —dijo él—. ¿Irte *ahí atrás* no sería apropiado pero *esto* sí?

—Tal vez esté en forma espiritual —respondió Yumi—, pero sigo siendo la yokihaijo y debo seguir las instrucciones de los espíritus. Debo hacer mis abluciones rituales. Si queremos averiguar para qué te han enviado aquí, es necesario que me muestre pura ante sus ojos.

Pintor puso todo su empeño en contener el rubor. Supuso que los héroes no se sonrojaban. A no ser que… ¿que acabaran de derrotar a su cuarto dragón y hubieran bebido demasiado, quizá?

—Bueno —dijo—, podemos bañarnos con ropa y ya está.

—No se pueden hacer así las abluciones rituales —replicó ella—. Además, a Chaeyung y Hwanji les resultaría muy raro.

Señaló con el mentón a un lado, desde donde venían sus dos asistentes hacia él.

Pintor había creído que se quedaban atrás para concederle intimidad, pero en realidad solo habían hecho un alto para recoger unos jabones. Y al parecer para desnudarse.

Porque ninguna de las dos llevaba ni un jirón de ropa.

Por un momento, Pintor se quedó clavado en el sitio. No era por bochorno, claro, ya que él era un héroe poderoso o alguna idiotez por el estilo. Debía de ser por algo mucho más gallardo. Como la indigestión.

—Por lo menos, te ven como si fueras yo —dijo Yumi—, así que no las

avergonzarás.

Avergonzarlas *a ellas*.

Claro.

Eso era lo que inquietaba a Pintor.

Las dos mujeres dejaron sus jabones a un lado y empezaron a desvestirlo, porque

¿cómo no iban a hacerlo? Ojo a esto: si alguna vez os veis en una situación parecida, *este* sería el momento de impedir que siguiera adelante. Da igual si estáis en una historia o si está en juego el destino del mundo o si la situación es el mero resultado de unas pocas decisiones estúpidas. Nunca tenéis por qué dejar que alguien os quite la ropa si no os hace gracia la idea.

Pintor, sin embargo, estaba *decidido* a ayudar. A no fastidiar esa oportunidad como había fastidiado su vida real. Así que intentó hacer como si no fuese nada. Le salió fatal, eso sí, pero sería posible admirar las agallas que le echó. Casi *podría* suponerse que su sonrojo se debía al calor, y le faltó poco para proyectar una imagen estoica. Hasta que lanzó una mirada a Yumi, que se había quitado el camisón interior pero lo aferraba cohibida contra el pecho. Su largo y reluciente cabello negro le caía sobre los hombros y en torno a los brazos.

—Debes de… haber hecho esto cientos de veces —le dijo la chica, con la mirada baja—. Ya habrás estado… en situaciones como esta. Con mujeres. Un héroe como tú recibirá veneración y alabanzas.

—Eh… —empezó a responder Pintor. Las asistentes lo miraron—. Estoy hablando con un espíritu —dijo a las mujeres—. Por favor, hum, no me hagáis caso.

Las dos fruncieron el ceño al oírlo, pero aun así le quitaron la ropa interior.

—Para mí… es algo *muy* nuevo —dijo Yumi—. ¿Crees que tal vez podrías… apartar la mirada?

Ah. Claro. Tenía esa opción, ¿verdad?

Quizá os hayáis molestado un poco con Pintor por no haberlo pensado antes, dado que era el evidente acto caballeroso. Pero recordad que todo aquello estaba pasándole de forma bastante inesperada. Es difícil

ser caballeroso cuando el mundo te suelta coces como un caballo.

Pero si no se puede mostrar caballerosidad, al menos hay que evitar comportarse como un asqueroso. Pintor cerró los ojos.

Las asistentes lo llevaron al agua, que encontró tibia. ¿Y aquello era el manantial *frío*?

Empezaron a bañarlo con los jabones rituales, y no dieron voces ni huyeron chillando por descubrir ciertas partes inesperadas, así que Pintor dio por hecho que la ilusión, o lo que fuera aquello, funcionaba para todos los sentidos, incluido el tacto.

Hizo lo posible por relajarse. Las mujeres no lo veían como él mismo, así que no había nada de que avergonzarse. Pensó que Tojin, allá en casa, seguramente estaría *entusiasmado* de verse en una situación como esa. Le daría todo tipo de ocasiones para que la gente lo viera flexionando los músculos. O quién sabe, igual Tojin estaba muy acostumbrado a bañarse con mujeres. Siempre tenía a Akane detrás de él.

Sí, Tojin estaría gozando de la experiencia. Pintor se preguntó si debería tratar de disfrutar él también. ¿Acaso no era lo que haría un gran héroe? Podía ponerse de espaldas a Yumi y dedicarse a contemplar a las otras dos.

Pero la idea lo asqueó. Las asistentes no sabían quién era. No estaba bien.

«Eres un cobarde —pensó una parte de él—. Esto hasta podría ser un sueño.

Disfrútalo».

Pero… bueno, no podía y punto. Lo de Yumi era otra cosa. Ella había ido a bañarse allí sabiendo lo que era Pintor. Las asistentes eran un caso completamente distinto. Así que mantuvo los ojos cerrados mientras lo lavaban. Por desgracia, perdió el equilibrio al levantarse y empezó a resbalar. Sin pretenderlo en absoluto, se le abrieron los ojos.

Vio a Yumi de pie cerca en el agua, mirándole la cintura, o mejor dicho, por debajo de ella, con la cabeza ladeada. En el instante en que vio que Pintor abría los ojos, dio un gañido y cerró los suyos con fuerza.

—Perdón. ¡Perdón, perdón, perdón! —dijo—. No pretendía hacerlo,

de…

—Tranquila. —Pintor cerró los ojos de nuevo—. Es una… situación complicada.

Lo decía en serio. A fin de cuentas, él había hecho más o menos lo mismo.

Cuando las asistentes terminaron esa ronda de enjuague y Pintor se metió de nuevo en el agua, su mano se movió a un lado y sin querer tocó la de Yumi. De nuevo palpitó en su interior aquella poderosa sensación de calidez. Opresiva, *agotadora* incluso.

Pero con ella, esa vez, vinieron emociones. Las emociones de Yumi. Pintor pudo sentir su miedo, su bochorno, su remordimiento. Su terror más profundo a que algo iba muy *muy* mal, y a que no sabía cómo resolverlo.

(Ella, por su parte, sintió a grandes rasgos lo mismo de él, aunque cuando captó el escudo que Pintor levantaba para proteger su timidez natural, lo interpretó como confianza. Yumi sintió la vergüenza que también embargaba a Pintor y el remordimiento enterrado tan por debajo de sus emociones superficiales que podría haber sido magma arremolinándose bajo la corteza del planeta).

Entonces, cuando interrumpieron el contacto, ambos se sintieron mejor. La situación era horriblemente incómoda, pero en ese momento comprendieron que era una vivencia *compartida* de horrible incomodidad la que tenían que afrontar juntos. El trauma no mengua con la compañía, pero sí que se vuelve más llevadero cuando sabes que alguien más lo entiende.

Las asistentes lo hundieron en el agua y Pintor, a instancias de Yumi, hizo lo posible por quedarse sumergido la cantidad de tiempo que dictaba el ritual. Después de eso, las mujeres salieron del manantial para secarse y se retiraron al otro lado de las rocas para vestirse y preparar el tobok de la yokihaijo, lo cual les llevaría unos minutos. A solas con Yumi, Pintor echó atrás la cabeza y se relajó en el agua tibia, con los ojos cerrados.

Dejó que la mano se le separara con la vaga esperanza de volver a tocar la de Yumi.

—De verdad que lo siento —susurró ella desde algún lugar cercano. No había salido del agua, pues—. Verás, es que no tengo… mucha experiencia… con los hombres. No forma parte de mi entrenamiento.

—¿Forma parte del de alguien? —preguntó él.

—No lo sé —dijo ella—. ¿Tú llevabas… una vida normal siendo más joven? ¿Antes de convertirte en héroe?

—Depende de a lo que llames normal. Diría que fue… como cualquier otra en casi todo. ¿La tuya no? ¿Tú has vivido con *esto* desde siempre?

—Este es mi deber desde que los espíritus me escogieron siendo un bebé. —Hizo una pausa—. Te parecerá una vida limitada, pero es un honor *inmenso*. Proporciono un servicio importantísimo a la gente. Nuestra sociedad no podría existir sin las yokihaijo.

Miles de personas morirían de hambre.

Pintor quiso darle ánimos, pero no encontró las palabras. Llevaba tanto tiempo fingiendo ser un héroe que, ahora que debía hacer justicia a ese ideal, hasta pensar lo que iba a decir se le hacía complicado. Aun así, flotando en el agua, allí cerca de ella, se descubrió cada vez más encantado de que lo hubieran arrancado de su otra vida para llevarlo a aquel lugar tan extraño.

Quizá os deis cuenta de que esto es un poco distinto a muchas historias. Pintor no era reticente. No ansiaba regresar a su vida. ¿Qué había para él en casa? Lo que estaba era emocionado por buscar la forma de ayudar de verdad a Yumi. De cambiar el mundo.

«Pero espera —pensó—. Había una pesadilla estable. No llegué a informar de ella».

Solo tenía el recuerdo vago de regresar como pudo a su piso con la mente nublada, aquejado de lo que, visto en perspectiva, parecía un agotamiento sobrenatural.

Como no hallara la forma de volver a casa, esa pesadilla podía provocar daños muy graves. Matar y arrasar. Era una cruel y repentina ironía que justo el único momento de su vida en que su monótono trabajo era urgente… fuera el mismo momento en que se embarcaba en una aventura mística.

Tenía que ayudar a Yumi deprisa para regresar a Kilahito e informar de esa pesadilla.

A menos que hubiera algún modo de enviar un mensaje. De momento, se concentró en Yumi. ¿Cómo podía resolver su problema? ¿Necesitaría un lienzo pintado?

Entonces sus pensamientos se desviaron un poco. Regresaron a cuando había abierto los ojos un instante y la había visto de pie en el manantial… a su pelo y su piel reflejando la luz…

Un momento.

—¡Un momento! —exclamó, chapoteando al enderezarse, abriendo los ojos para comprobar que no le había engañado la vista—. ¡Yumi, tienes el pelo mojado!

Ella también abrió los ojos, se levantó y se tocó la larga melena negra. Que de verdad *estaba* mojada.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿No puedes tocar ninguna otra cosa, pero sí el agua?

Ella arrugó la frente.

—No me ha… *parecido* que me mojara al meterme en el manantial. No he sentido nada, igual que cuando he intentado tocar la manta o la pared. Pero ahora *sí* que lo siento. Estoy flotando. Noto el frescor del agua, como todas las veces que he estado en un manantial como este. —Inclinó la cabeza a un lado—. Significa algo. Tienes razón.

Cruzaron la mirada. Y entonces, casi a la vez, se dieron cuenta de dónde estaban y de qué no llevaban puesto. Los dos se ruborizaron y apretaron los párpados.

Sí, lo sé.

Pero vosotros también fuisteis jóvenes y nerviosos. Todos lo hemos sido. No hay nada malo en ser un pelín torpe. Es señal de que se tiene una nueva vivencia, y las nuevas vivencias se cuentan entre las mejores formas de levadura emocional que existen en el Cosmere. No debería darnos tanto miedo mostrar nuestra inexperiencia. El cinismo no es interesante: a menudo no es más que una máscara con la que ocultar el tedio.

—Tus asistentes ya se han vestido y están volviendo para secarte, héroe —dijo Yumi con suavidad—. Esperarán a que estés preparado, porque es tradicional concederte un tiempo aquí dentro. Yo voy a vestirme y luego me pondré de espaldas y te indicaré que puedes salir.

El agua chapoteó un poco cuando Yumi salió del manantial. Cumplió su palabra y lo llamó al poco tiempo. Pintor abrió los ojos y la encontró de nuevo con el camisón puesto, dándole la espalda.

Recordándose a sí mismo que *en realidad* no estaba mostrándose desnudo a las asistentes, Pintor salió también del agua y dejó que las mujeres lo secaran. Una le había preparado prendas nuevas, incluso más ornamentadas que las de antes. Ropa interior seguida de una falda acampanada de aquellas, con una parte de arriba a juego que caía sobre la falda, un poco más oscura. Lazo por delante, aunque no era tanto para sujetar el conjunto como para adornarlo.

La ropa estaba hecha de una seda tan rígida y almidonada que casi se arrugaba al manipularla. Iba tan suelta que le entraba, aunque era varios centímetros más alto que Yumi y sus medidas distaban mucho de las de ella.

Se fijó en que la ropa fantasmal que acababa de ponerse la chica estaba oscurecida al empaparla el agua de su piel. Yumi no había tenido toalla con la que secarse. ¿Cómo era posible que el agua la hubiera mojado y luego hubiera mojado también su *ropa* fantasmal?

Trató de pensar en alguna explicación, pero de nuevo empezó a sentir un extraño cansancio. Mientras las mujeres hacían el lazo al vestido de Pintor, aquella rara sensación se incrementó, acompañada de náuseas. El calor que caía del cielo… el calor que subía de abajo… las capas de ropa…

Se unió todo en un momento ultraterrenal que su cuerpo *no* estaba en absoluto preparado para soportar. Heroico o no, Pintor se balanceó, notó que se oscurecía la visión y se desmayó.

Despertó al oír el sonido de alguien aporreando una puerta. Pintor gimió y vio que estaba en su futón. Sacudió la cabeza y miró alrededor en su piso. Ropa tirada aquí y allá, una caja de cereales a medio comer en la mesa, luces de hion —aguamarina y magenta— brillando en la línea de fuera de su ventana, pintando el entorno de familiares colores modernos. ¿Al final sí que había sido un sueño? Sonaron más golpes furiosos en la puerta.

—¡Ya voy! —gritó mientras seguían llamando—. ¡He dicho que ya voy! Se incorporó y se llevó una mano a la cabeza. Yumi levantó la espalda desde el suelo al lado del futón, vestida con un pijama de Pintor. La camiseta demasiado grande le dejaba el hombro al descubierto, y las mangas le quedaban tan largas que sus manos apenas asomaban. Tenía el pelo revuelto y encrespado, y una expresión perpleja en la cara.

Pintor la miró embobado y extendió la mano hacia ella. Su brazo atravesó el borde de su estrecha mesa de comedor.

Se quedó muy quieto un momento y volvió a pasar la mano a través de la mesa. No podía tocarla. Como tampoco podía tocar el calcetín que había encima por algún motivo. Ni la almohada, ni…

Yumi se levantó con torpeza y se dio un golpe contra la mesa que hizo temblar un cuenco de fideos usado y tiró un palillo maipon traqueteando al suelo de madera. Miró un momento el palillo, y luego sus propias manos, y luego cruzó con Pintor una mirada también temerosa.

Oh, *no*.

Yumi estaba en el lugar más oscuro de los espíritus muertos.

Era la única explicación que les encontraba a las extrañas y hostiles luces que se colaban por la ventana, no cálidas como el sol, sino frías y terribles. Era la única explicación que le encontraba al aire gélido, sobre todo bajo los pies descalzos.

La puerta recibió más golpes y se sacudió. Allí fuera había algún tipo de monstruo.

No, alguna fuerza terrible procedente de más allá de la vida.

Yumi debía de haber muerto. Pero en ese caso, ¿por qué tenía tantísima hambre? Se notaba como si llevara semanas enteras sin comer. ¿Aquello sería otra parte de la tortura? ¿Se la… se la habían

llevado a los fríos cielos, donde ascendían flotando las almas de los indignos? ¿Tan… *tan* mala yokihaijo había sido? ¿Tanto les había fallado a los espíritus?

Cerca de ella, el héroe gimió.

El héroe. Estaba allí. Yumi sintió una oleada de esperanza. ¿Aquello formaba parte de la misión que tenían? Yumi sabía por las historias que muchos héroes viajaban al lugar de los espíritus fríos y congelados. Trató de contener el pavor y obligarse a ser fuerte.

Tal vez aquello era lo que los espíritus querían. Tal vez… ¿tal vez no estaba muerta, sino siguiendo la senda que le habían asignado?

Golpetazos en la puerta de nuevo, más fuertes.

—¡Nikaro! —gritó una voz desde fuera—. ¡Abre ahora mismo!

—Genial —dijo el héroe (bajo)—. Es el capataz. Yumi, vas a tener que abrirle tú.

—¿Qué? —preguntó ella con voz aguda.

—Yo no puedo tocar las cosas —dijo él, y lo demostró pasando la mano a través de una mesa que había junto al altar donde había estado tendido al despertar los dos.

Entonces el héroe pareció reparar en su confusión—. Esta es mi habitación en mi mundo, Yumi, igual que yo he estado en el tuyo.

—¿Tu… mundo? —se sorprendió ella—. ¿Vives en la tierra de las almas congeladas?

¿La tierra del cielo?

—Sí, más o menos.

—¿Estamos muertos? —susurró Yumi.

—Eh… No creo. Pero si el capataz tiene que echar la puerta abajo, es posible que estrangule a alguno de los dos.

Aporrearon de nuevo la puerta.

—¡Te oigo hablar ahí dentro! —bramó la terrible voz.

Sería algún tipo de demonio, quizá mitad persona y mitad animal.

Yumi dio un paso atrás, y en ese momento se dio cuenta de la ropa que llevaba puesta. Una especie de pantalones sueltos y una camisa abotonada, hecha de un material grueso pero suave.

Dio un respingo. Se veía su *figura* exacta. Eso y la curva de sus…

—Yumi —dijo el héroe—. Mírame. ¿Estás bien?

—¡No! —exclamó ella.

Miró alrededor otra vez y, a medida que los ojos se le acostumbraban a la penumbra

—allí debía de ser de noche, pero ¿qué era esa luz tan extraña?—, distinguió cosas que antes había pasado por alto. Ropa tirada por el suelo. Cuencos sin lavar amontonados en una encimera. Basura.

¿El héroe… era un guarro?

No, por supuesto que no. Los héroes no se dedicaban a limpiar. Tenían criados para eso. Lo que pasaba era que sus sirvientes se habían descuidado en su ausencia. La estancia era muy pequeña. Seguro que los aposentos del héroe no se limitaban a ese espacio. Yumi se inclinó hacia la ventana y miró fuera. Allí vio un cielo oscuro, sobrecogedor. No había estrellas en absoluto. Solo una lúgubre *nada* por encima que parecía ansiosa por devorarla. Pero estaban en algún tipo de edificio grande.

¿Un palacio? Desde luego era más grande que ningún otro edificio en el que Yumi hubiera estado. Y sin embargo, la calle estaba *repleta* de ellos. ¡Más de una docena de

palacios seguidos! Más altos que erupciones de pozo de vapor. ¿Cómo habían construido unos edificios tan enormes, de diez pisos nada menos, sin que se derrumbaran? ¿Cómo vivían sin el calor del suelo?

«Es la tierra de los héroes —pensó—. Aquí las reglas son distintas». Era un lugar más frío y oscuro que el que había imaginado, pero al menos era *probable* que no estuviese muerta.

Aporrearon de nuevo la puerta.

—Ve —dijo el héroe—. Ábrele y líbrate de él.

—No puedo abrir la puerta yendo así. —Yumi señaló su atuendo—. ¡La ropa me marca la silueta! ¡Es una indecencia!

—Yumi, hace nada nos hemos bañado juntos.

—En servicio a los espíritus —replicó ella, cada vez más frenética—. Abluciones rituales. ¡Esto es una cosa *muy distinta*!

—Te verá con mi aspecto —dijo el héroe—. ¿No lo entiendes? La gente me miraba y te veía a ti. Ahora el que es incorpóreo soy yo. Nadie va a verte a *ti* en un estado indecente.

Era… un argumento válido. Así que, tratando de controlar la ansiedad, resistiéndose al hambre canina que tenía, fue a la puerta y la abrió despacio. Hacerlo por sí misma le habría resultado novedoso de estar en otra situación. Tal y como estaban las cosas, casi ni lo pensó mientras veía al gigantesco hombre mayor de pelo canoso que esperaba al otro lado. Llevaba unos pantalones gruesos y una camisa hecha de un material que Yumi no reconoció.

El hombre se quedó muy quieto, mirándola fijamente.

—Pero ¿qué…? —Miró por encima de Yumi hacia la pequeña habitación—. Vaya, que me aspen —murmuró—. En la vida me habría esperado encontrar a una chica abriendo la puerta de Nikaro.

Yumi se envaró.

Ese hombre la veía.

¿Ese hombre *la* veía?

Pintor gimió detrás de ella. Pero aquel capataz no parecía capaz de verlo, porque de nuevo clavó los ojos en Yumi.

—¿Dónde se ha metido?

—¡Dile que estoy enfermo! —exclamó Pintor en tono alarmado.

—¡Está enfermo! —se apresuró a decir ella, y al instante se angustió por la falsedad.

Liyun estaría decepcionada.

—¿Ah, sí? —dijo el capataz, entornando los ojos—. ¿Y tú… estás bien? ¿No hay ningún problema por aquí?

—Eh… —Yumi respiró hondo e hizo una profunda reverencia ritual de conciliación—

. Oh, gran ser de los fríos cielos, disculpa cualquier desaire u ofensa que haya cometido.

No era mi intención. Por favor, pídeme lo que desees. Haré cuanto esté en mi poder por concedértelo.

—Oh. Eh… —El capataz empezó a cambiar el peso de un pie al otro—. Tú dile que quiero hablar con él, ¿vale? Ayer no hizo su ronda y ya vamos bastante cortos de personal. Se supone que tiene que avisar si está enfermo.

—Me encargaré de transmitir ese mensaje con toda diligencia y valentía —susurró Yumi, inclinándose aún más—. Ahora ve con la bendición de los espíritus y halla la paz en tu vida.

—Gracias —musitó el hombre, en tono… ¿avergonzado?

—Espera —dijo Pintor, llegando al lado de Yumi—. Tienes que decirle una cosa importante. A ver, repítele esto: «Pintor dice que vio una pesadilla estable y que, a pesar de estar enfermo, es tan aplicado en su trabajo que ha salido a buscar más información.

Me ha pedido que te informe de que esto es una emergencia y deberías llamar a la Guardia del Sueño».

Yumi repitió las palabras al pie de la letra y alzó la mirada, sin erguirse aún de la reverencia. El capataz frunció el ceño.

—¿Eso ha dicho? —le preguntó a Yumi.

—Sí —dijo ella—. Lo juro.

Se arrodilló y tocó el suelo con la frente en solemne consumación de las palabras.

—Caray. Vale, muy bien —respondió el capataz, y se marchó pisando fuerte pasillo abajo.

—Gracias —dijo Pintor con evidente alivio en la voz—. Una cosa hecha, por lo menos.

Ya puedo dejar de preocuparme.

Yumi se enderezó y miró por el pasillo mientras el capataz desaparecía. Sintió que se sonrojaba con el calor de mil piedras.

Un hombre la había visto. Estando *así*. No solo llevando… lo que fuera que llevaba, sino además con el pelo desgreñado. Se suponía que Yumi debía representar a los espíritus en todos los aspectos, pero ese día le habría costado esfuerzo representar como era debido a un montoncito de *polvo*.

—Qué raro —dijo el héroe paseándose por la habitación—. ¿Cómo es que te ha visto, Yumi? Nada de esto tiene ningún sentido.

Yumi empezó a cerrar la puerta, pero en ese momento se abrió otra puerta que había justo enfrente en el pasillo. Y por ella salió una diosa. Que apenas llevaba ninguna ropa.

Su falda terminaba a *medio muslo* y estaba hecha de algún tipo de material negro lustroso. La blusa era vaporosa y pendía baja, revelando la profundidad de su busto.

Yumi la habría tomado por un demonio de no ser por su belleza. La mujer tendría más o menos la edad de Yumi, pero el pelo negro le brillaba con un lustre que ella jamás lograría por mucho que se cepillara el suyo. Llevaba un maquillaje que, en vez de aclararle la cara a un blanco pálido como se acostumbraba en Torio para los actos formales, le delineaba los ojos en colores oscuros, volviéndolos amplios y seductores.

Sus labios eran de color rojo cereza, sus mejillas espolvoreadas con un matiz rosado.

Yumi se quedó tan pasmada por lo hermosa que era esa mujer que casi ni se dio cuenta cuando Pintor dio un grito a su espalda y movió las manos incorpóreas a través de la puerta como si intentara cerrarla.

La mujer se volvió hacia Yumi, se detuvo y ladeó la cabeza.

—Huy —dijo, reparando en la vestimenta de Yumi—. Eh… hola. ¿Eres… amiga de Nikaro?

—Ahora va a pensar que nos acostamos juntos —dijo Pintor—. Mal asunto. *No* volverá a hablarme en la vida. ¡Rápido! Eh… ¡Dile que eres mi hermana!

—Soy su hermana —susurró Yumi—. Yumi.

Y entró en pánico al instante.

Su anterior mentira sobre que Pintor estaba enfermo había sido más

bien… estirar la verdad. En cierto modo estaba enfermo, porque era incorpóreo. Por tanto, aunque en

términos estrictos no era el comportamiento propio de una yokihaijo, Yumi podía racionalizarlo.

Aquello era distinto. Era un embuste deliberado. Del tipo que no había pronunciado jamás desde que, siendo muy pequeña, le inculcaron lo fundamentales que eran sus deberes y los requerimientos de los espíritus. Se encogió, esperando que los espíritus se alzaran y la destruyeran. Era su obligación no rebajarse a tales comportamientos.

Sin embargo, no cayó sobre ella ninguna recriminación divina.

La mujer del pasillo se relajó.

—Claro, cómo no —dijo, a todas luces divertida por haberse planteado alguna otra opción—. Tiene sentido. Me llamo Akane. ¿Es la primera vez que visitas a Nikaro?

—Sí —apuntó Pintor a toda prisa—. Dile que has venido para ver la gran ciudad.

Yumi repitió las palabras, con la mente entumecida. Quizá… bueno, si el héroe estaba pidiéndole que dijera esas cosas, tal vez no *contasen* como mentiras. Al fin y al cabo, los espíritus lo habían enviado con ella. Debía de saber lo que se hacía. Así que, en vez de preocuparse, Yumi intentó comprender a esa mujer del vestido extraño y la sonrisa amable.

—Cierra la puerta —dijo Pintor.

Pero Yumi preguntó a la mujer:

—¿Conoces bien a Pintor?

—¿A quién, a Nikaro? —dijo Akane—. Bueno, nos conocemos desde el colegio y vivimos enfrente, así que… supongo que sí, ¿no?

Yumi frunció el ceño, inclinando la cabeza a un lado. Pero entonces todo encajó.

Akane vivía en el palacio de Pintor. Iba vestida de aquella manera. Pintor estaba preocupado por si creía que Yumi estaba acostándose con él.

—¡Ah! —exclamó Yumi—. ¡Debes de ser una de sus concubinas!

—¿Sus *qué*? —preguntó Akane.

Pintor gimió y se dejó caer de espaldas sobre el altar donde había yacido antes.

—Me dijo que había estado con *muchas* mujeres —dijo Yumi—. Hum, íntimamente, me refiero. Los héroes como él hacen muchas conquistas de ese tipo en las historias.

Discúlpame por sonrojarme. Soy… inexperta. Me lo ha explicado él cuando nos

bañábamos juntos. ¡Me ha hablado de los centenares de mujeres con las que ha estado!

¡Tendría que haberme dado cuenta al verte de que eras una concubina suya!

Yumi hizo una inclinación. Lo apropiado era mostrar deferencia a la concubina de un héroe importante. Cuando enderezó la espalda, sin embargo, vio una expresión de repugnancia en el rostro de Akane. Que pasó a ser al instante un gesto de violenta ira, con la nariz de Akane arrugándose despectiva.

—Conque eso te ha dicho —respondió Akane con voz tan fría como el aire de aquel extraño lugar.

—Eh…

Oh, no. Yumi había sacado conclusiones precipitadas, ¿verdad? Quizá Akane era una mujer con la que Pintor había intimado pero a la que no había hecho su concubina. Eso explicaría el enfado. Aunque había algo en su forma de encolerizarse que…

—¿No eres… una conquista suya? —preguntó Yumi.

—Chica —dijo Akane—, a tu hermano ya le cuesta conquistar un cuenco de fideos si lleva demasiadas especias.

—Pero… es un héroe poderoso, ¿verdad?

Dentro de la habitación, los gemidos de Pintor se intensificaron.

—¿Un héroe? —rio Akane.

Se volvió y echó a andar por el pasillo, sobre unos zapatos que no tenían ninguna pinta de poder sobrevivir al calor del suelo. Pero a

Yumi empezaba a darle la impresión de que quizá en ese lugar nunca hiciera calor.

Cerró la puerta y apoyó la espalda en ella.

—Lo he hecho… fatal, ¿verdad? —preguntó.

Pintor se limitó a seguir mirando el techo.

—Pintor —dijo Yumi—, ¿eres un héroe, como me has estado diciendo?

—Esto…

— *Pintor* —dijo ella, con voz cada vez más firme mientras avanzaba hacia él—, ¿me has *mentido*?

Él volvió la cabeza y la miró a los ojos.

—Escucha —dijo—, soy un pintor de primera. Bueno… en realidad soy un pintor mediocre. Pero soy lo bastante capaz, ¿vale? Así que cuando dijiste que necesitabas a alguien como yo, pensé…

Le sostuvo la mirada un momento y luego la apartó con evidente vergüenza y dejó caer la espalda de nuevo sobre su altar.

—No es culpa mía lo que tú supusieras —murmuró.

Yumi tuvo una sensación aplastante en su interior, como si algo le exprimiera el aire de los pulmones y le atenazara el pecho.

Pintor no era… Y ella…

Respiró jadeando unas cuantas veces y luego se sentó en el suelo. No estaba caliente.

¿Cómo vivían allí sin que el calor de debajo los impulsara?

—¿Qué querías que hiciera? —preguntó Pintor—. Volví a casa del trabajo y cuando quise darme cuenta estaba en tu mundo. En tu cuerpo. Y te vi allí, pidiéndome ayuda. Y

sí que me considero así como un poco heroico, ¿sabes? Así que…

—Me mentiste —dijo ella—. Me *mentiste*. Y ahora… ahora no tengo ni idea de lo que está pasando. Creía que los espíritus te habían enviado conmigo y que… que sabrías lo que había que hacer… —Fijó la

mirada en él—. ¡Y me miraste mientras me bañaba!

— *Tú* me miraste a *mí*.

—¡Tú no eres un recipiente sagrado elegido por los espíritus! —exclamó Yumi—. Yo sí. Tengo que… tengo que apilar algo.

Cruzó como un aluvión la pequeña estancia, recogiendo cuencos de varios tamaños, algunos platos y otros… utensilios de cocina. La verdad era que no sabía muy bien qué se necesitaba para preparar la comida. No lo había hecho nunca.

Descendió con brusquedad al frío suelo sin vida cerca de la mesa de Pintor, que era baja, como las que Yumi conocía. ¿Por qué hacer mesas bajas si el suelo estaba frío?

Le rugió el estómago.

Yumi no le hizo caso y se puso a apilar los platos. Pero no fue un apilamiento normal.

No fue una simple torre con los más grandes debajo. No, aquello fue un ceremonial nivel experto, un apilamiento *artístico*. Con un aire vengativo.

Pintor la observó, absorto a medida que la obra de Yumi iba ganando altura. Entonces se incorporó para fijarse mejor mientras ella situaba varios cuencos con el borde hacia

abajo, usando palillos maipon para equilibrarlos y hacer que la pila pareciera estar tambaleándose sobre unos zancos, aunque, si alguien la tocara, la encontraría sorprendentemente firme.

—Guau —dijo Pintor al cabo de un tiempo.

Yumi hizo como si no estuviera. Esperó, rezando, deseando que los espíritus vieran aquella creación y se presentaran. Que le ofrecieran su sabiduría, que le explicaran qué querían de ella. ¿Por qué estaba en aquel lugar espantoso? ¿Por qué le habían enviado a un embustero en vez de a un héroe?

No llegó ningún espíritu. Yumi no sintió nada más que un hambre atroz.

—Necesito algo de comer —dijo.

—¿Te valen las tortitas de arroz que hay en la alacena? —propuso él,

señalándolas—.

O fideos instantáneos secos. Te los puedes comer tal cual están, sin cocer. Yo lo hago.

Yumi fue en la dirección de su gesto impreciso. La comida que encontró, envuelta en un extraño material transparente que Yumi tenía demasiada hambre para cuestionar, resultó ser una sustancia asquerosa y crujiente, como si alguien hubiera dejado verdadera comida para que se cocinara en el suelo demasiado tiempo.

La devoró de todos modos, y luego llevó otras cinco tortitas, todas las que tenía Pintor, a la mesa y siguió comiendo. ¿Por qué no le habían respondido los espíritus?

¿No existían en aquel lugar? ¿O estaban ignorando su ofrenda?

¿O quizá… había una respuesta más terrible? Podían haberle anulado su don, retirado de ella la bendición de ser la yokihaijo. La posibilidad la aterrorizó.

—Es alucinante —dijo Pintor, sin dejar de mirar la torre que había hecho Yumi—.

¿Cómo has logrado (alto) apilarlos así, *borde con borde*?

—Yo no he logrado nada —susurró ella entre bocados de aquella comida tan rara—, salvo ejercitar los talentos que me concedieron los espíritus. No soy nada más que un mero recipiente de su voluntad.

—Escucha —dijo él—, lamento que…

—No quiero oír tus mentiras, ni tus excusas para las mentiras —lo interrumpió Yumi—. Por favor, resérvate ambas cosas.

—Como quieras.

Un momento después el edificio tembló (como solía hacer cuando pasaba un autobús por fuera). Fue suficiente para cambiar el equilibrio del apilamiento, que se vino abajo con un estrépito de madera y cerámica. Yumi, incluso en su estado mental, se sorprendió de que no se hiciera todo añicos.

—Lo siento —susurró Pintor.

—Las creaciones son inestables —repuso ella—, a menos que estén bendecidas por los espíritus. Y las mías… quizá jamás vuelvan a estarlo.

Se limpió unas migajas de los labios y se abrazó a sí misma, sintiendo que se encogía dentro de aquella ropa extraña. Deseando poder desaparecer.

Pero no había sido elegida por ser débil. Tenía que creer, o al menos fingir que creía, que podía arreglar su situación.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Pintor—. No es por ser grosero, pero *acabas* de fastidiarme mis posibilidades con Akane. Llevaba *meses* intentando reparar mi relación con ella. Prefería no dejar que arrases con el resto de mi vida como una demoledora.

—Los espíritus acudieron a mí —respondió ella— y me dijeron que necesitaban ayuda. Tengo que creer que me escogieron por algo especial, a pesar del aspecto que tenga todo esto o la sensación que dé. Pero ¿por qué te eligieron a *ti* para ayudarme?

—Vete a saber —dijo él (bajo). Se incorporó de nuevo y dio un suspiro —. Tengo que averiguar cuánto tiempo he perdido. Me pareció que pasaba solo unas horas en tu mundo, pero el capataz ha dicho que falté todo un día al trabajo.

—¿Aquí cómo sabéis qué día es? —preguntó Yumi—. ¿Miráis las estrellas?

—La *estrella*, querrás decir. Tu planeta es lo único que hay aquí en el cielo. No nos diría nada ni aunque se viera ahora mismo. —Se levantó y caminó hasta un cristal sujeto a una pared. Intentó tocarlo y murmuró algo cuando su mano lo atravesó—.

Siempre se me olvida. Anda, ven y gira este interruptor.

Yumi lo hizo, provocando que aparecieran dos líneas de luz, de suaves colores púrpura y azul, tras el cristal. Vibraron y se agitaron hasta adoptar la forma de…

¿personas? Sí, personas pequeñas, como de medio metro de altura, pero increíblemente detalladas. Salió sonido del cristal cuando se pusieron a hablar, una mujer hecha de la línea azul y un hombre hecho de la línea violeta.

—Pero tu hermano… —dijo la mujer, moviéndose para tocar el brazo

del hombre. La imagen ganó detalle y se aproximó a su cara, aunque seguía pareciendo estar todo hecho mediante una sola y sorprendente línea continua—. ¿Qué va a decir?

—¿Lee? ¿Y a mí que (bajo) me importa lo que diga él? Vivo mi propia vida. Tengo que hacerlo.

—Ah —dijo Pintor—, *Los tiempos de la noche*. Significa que es samado por la tarde. Este episodio no lo he visto, así que es su primera emisión. Por tanto, he perdido un día, no me presenté al trabajo anoche y el capataz ha venido la tarde siguiente a preguntar.

Yumi se sentó en el suelo y contempló las líneas en movimiento con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo es…? ¿Qué le ha pasado a esa gente? ¿Por qué se han transformado en líneas de luz?

Pintor soltó una risita.

—No les pasa nada. Esas dos personas son actores. Como en una obra, ya sabes. Has visto alguna obra de teatro, ¿verdad?

Yumi negó con la cabeza.

—Demasiado frívolas para una yokihaijo —susurró—. Pero he oído hablar de ellas.

—¿No te dejan tiempo para relajarte?

—Tengo tiempo de sobra para meditar y rezar.

—No, digo para… ¿divertirte?

—Si pierdo el tiempo divirtiéndome, la gente se muere de hambre —respondió ella, aún mirando las dos figuras hechas de luz—. ¿Cómo pueden hacer esto unos actores?

—No, ellos están en otro sitio —explicó Pintor—, y se proyecta a las líneas de hion.

Hum… no sé cómo funciona. Será como una fotografía, supongo.

Ella lo miró inexpresiva.

—Claro —dijo él—, no tenéis de eso. Tú… imagínate a dos personas en una sala de algún sitio representando esta obra. Estas líneas imitan

las cosas que hacen. Cualquiera de la ciudad que tenga un visor de hion puede mirarlo.

—¿Es… lo que es el cristal? ¿Un visor de hion?

—Qué va, el visor son esas cajas del lado, que manipulan la forma de las líneas. El cristal es solo para impedir que toques el hion.

Ella asintió distraída, hipnotizada. La obra, por lo que entendía, trataba de un hombre que había despertado un buen día sin recuerdos. Era importante porque antes era el único que conocía la posición de un tesoro fantástico. Pero la historia no parecía centrarse en el tesoro, sino en toda la gente que intentaba convencer al hombre de que habían sido buenos amigos suyos, y de cómo el hombre iba juntando los fragmentos de la persona que había sido y descubría, poco a poco, quiénes eran verdaderos aliados y quiénes estaban mintiéndole.

Yumi sabía que debería estar haciendo otras cosas. Meditar, como mínimo. Pero, por alguna razón, la historia *conectaba* con ella. Un hombre con una vida en blanco. Todo lo que probaba a hacer era nuevo.

Qué cansada estaba. Qué abrumada. Había algo de lo más *terapéutico* en sentarse, envolverse en una manta y ver los problemas de otra gente durante un rato.

Cuando la historia terminó, dio un leve respingo.

—¡No puede acabar así! —protestó—. ¿Qué hay en la caja fuerte?

—Siempre hacen lo mismo —dijo Pintor—. No falla nunca. El episodio termina justo antes de que se revela algo importante o interesante. Creo que lo hacen para que tengas que ver el siguiente.

—¡ *Tenemos* que verlo! —exclamó Yumi—. ¿Cuándo es?

—Esta serie es semanal —dijo él—. Unas son diarias, otras las ponen día sí, día no.

Pero los actores de esta tienen otras obligaciones, así que solo pueden hacerla de vez en cuando.

—¿Toda una *semana*?

Sin duda, los espíritus estaban castigándola.

Yumi se arrebujó en la manta, intentando darse calor. Tal vez fuese

para bien. Así no se distraería con la historia. Pero entonces las líneas la sorprendieron al vibrar otra vez y cobrar nuevas formas.

—¡Ya vuelve!

—Eso es el siguiente programa —dijo Pintor—. *Estaciones de lamento*. Es de los mejores.

—¿Otro programa? ¿Cuántos hay?

—Uno distinto cada hora —respondió él—. Durante todo el día. Aunque de madrugada y por la mañana temprano echan sobre todo reposiciones. Está bien, por si te has perdido algún episodio.

¿Cada hora? ¿Todo el día?

Aquel aparato era peligroso. Yumi alzó el brazo y lo apagó antes de que pudiera absorberla. *Tenía* que concentrarse en su atolladero. Los espíritus la necesitaban.

—¿Te pasó alguna cosa? —preguntó a Pintor—. ¿Algo fuera de lo normal antes de que despertaras habiéndome robado el cuerpo?

—Yo no te *robé* nada —replicó él, reclinándose en su mullido altar y frotándose los ojos con los pulpejos de las manos. La verdad era que Yumi también se notaba algo agotada—. Pero sí que hubo algo. Lo que te he pedido que le cuentes al capataz. Una pesadilla, una que era casi corpórea del todo. Es muy poco frecuente. Nunca había visto una como esa.

—¿Pesadilla? —preguntó Yumi, frunciendo el ceño—. ¿Estabas dormido?

—Las pesadillas caminan por mi mundo, Yumi —explicó Pintor. Como si no fuera lo más terrorífico que nadie hubiera dicho jamás. Pero a él no parecía darle miedo. Así que a lo mejor no era un inútil total—. Aunque lo normal es que sean amorfas, sin la fuerza ni la capacidad suficientes para hacer daño a la gente. Ya te dije que soy pintor de pesadillas. Nos ocupamos de mantenerlas a raya.

—Eso… sí que suena un poco heroico, la verdad —reconoció ella.

—¿Lo ves? —dijo él irguiéndose. Entonces se desinfló—. Pero no soy

un guerrero.

Usamos tinta y… en general no es peligroso. Es aburrido y rutinario, la verdad. Pero sí que encontré a una. Aunque será el capataz quien se ocupe de ella. Mandará llamar a unos expertos que…

Se levantó de golpe, haciendo que Yumi diera un gritito y se apartara.

—¡La Guardia del Sueño! —exclamó Pintor—. Son guerreros, Yumi. Luchan contra pesadillas estables. A lo mejor, si vienen a la ciudad, podemos explicarles tu problema.

¿Es posible que los espíritus quieran que hablemos con ellos? —Titubeó—. Pero no tiene

sentido. ¿Cómo van a ayudar a tu mundo? ¿Y por qué los espíritus no enviaron a uno de *ellos* en vez de a mí? Así que… no sé.

Yumi asintió, aunque apenas estaba escuchando. Notaba la mente rara, nublada.

Tenía… tenía que…

De repente estaba cansada. Agotada hasta la médula. Aunque pretendía responder a Pintor, lo que hizo fue tumbarse y hacerse un ovillo en el suelo, acurrucada en la manta.

Y quedarse dormida.

Yumi despertó con una deliciosa calidez bajo la espalda. Cuando entreabrió los ojos e hizo ademán de sentarse, por desgracia su mano atravesó el suelo.

Sentía el calor, pero su cuerpo había vuelto a hacerse etéreo. A su lado, Pintor se incorporó, moviendo las mantas, envuelto en un grueso camisón de Yumi. Miró hacia la ventana, por donde entraba un torrente de luz solar, y gimió.

—Supongo —dijo— que vamos a tener que hacer algo con ese problemilla del baño.

M e he preguntado muchas veces qué propósito tienen las pesadillas. Vuelvo a referirme a las del tipo normal, no a las del tipo acechador. ¿Por qué las tenemos?

¿Sirven para algo?

Tal vez sean una forma brutal de hacernos más resistentes.

El ser humano es extremadamente maleable. Pese a la amplitud de mi experiencia, nunca deja de sorprenderme lo tenaces que pueden ser los humanos. Son capaces de sobrevivir en casi cualquier entorno. Se recuperan de pérdidas devastadoras. Pueden estar machacados física, mental, emocionalmente, y aun así preguntarte qué tal llevas el día.

Quizá las pesadillas son el método que tiene Cultivación de proporcionarnos una forma de sobrevivir al trauma en un entorno extrañamente seguro. O al menos, seguro en términos físicos. Una manera de dejar atrás el trauma y olvidar sus detalles, pero retener el desarrollo. Las pesadillas son un sucedáneo de vida que llevamos a cabo en nuestra propia mente.

En ese sentido, las pesadillas vienen a cumplir la misma función que nosotros los narradores. Son el favor que la evolución les hace a los pobres desgraciados que nunca me han conocido.

Pintor terminó de comer y a duras penas se impidió a sí mismo limpiarse los labios.

Tenían que hacerlo sus asistentes.

Yumi caminaba de un lado a otro detrás de él, invisible para toda otra

persona. Casi no le había dirigido la palabra desde que habían despertado. Pintor intentaba una y otra

vez cruzar la mirada con ella, pero ella le hacía caso omiso como al mal olor de alguien demasiado importante para apestar.

Al poco rato las dos asistentes se retiraron y las reemplazó Liyun, en su estricto atuendo formal, con el peinado impecable y simétrico. Había un cierto arte en cómo la mujer se alzaba sobre él. Pintor se preguntó si practicaba. ¿Cómo si no se explicaría su postura perfecta, mirándolo desde arriba sin bajar la cabeza, insinuando que incluso el acto de observarlo era una enorme molestia? O su forma de doblar los brazos para que su sombra cayera sobre él, aislándolo en la oscuridad. O que permaneciera allí *solo* un pelín más de tiempo del que resultaba cómodo.

Era impresionante. Igual que un hermoso plato de alta cocina. Hecho de fango.

La mujer se sentó sobre los talones.

—La gente del pueblo —dijo— está preocupada por ti, después de tu… incidente de ayer.

—¿Lo… siento? —respondió Pintor.

—Dudo que deba explicarte —prosiguió Liyun— la humillación que sería para ellos que los espíritus les negaran sus bendiciones. Lo verían como un presagio funesto.

Pasarían a ser el pueblo que hizo que la yokihaijo se derrumbara. El oprobio sería grave, elegida.

—Escucha —dijo Pintor—, no es que me desmayara a *propósito* para…

—¡No! —intervino Yumi yendo hacia él.

Pintor se volvió, frunciendo el ceño. ¿La chica por fin reconocía su presencia? Abrió la boca para responder, pero ella lo interrumpió.

—Repetirás solo las palabras que yo te diga. No debes interactuar con Liyun sin mi guía *explícita*.

—Pero…

—Repetirás —dijo ella— *solo* las palabras que *yo* te *diga*.

Pintor había admirado la capacidad que tenía Liyun de hacerle sombra. Pero por un momento, Yumi eclipsó a su maestra. Llegó junto a él, con los ojos muy abiertos, retándolo, las manos cerradas en tensos puños. *Amenazadora*.

Lo embargó una súbita desconexión. Se vio… elevado, podría decirse, a un nivel superior de entendimiento. Como un niño aprendiz de pintor que por fin obtiene la suficiente habilidad para observar a un verdadero maestro ejercitando su arte, Pintor estaba enfrentándose a una imposición que de algún modo era más grandiosa. Aunque Liyun se había erigido ante él con gestos precisos, la sensación había sido funcional.

Yumi era apasionada. La chica tímida que le había hecho una reverencia al capataz acababa de verse consumida por completo por… aquella criatura. Pintor se había enfrentado a pesadillas, pero en esos momentos habría preferido desafiar a cualquiera de ellas antes que a Yumi.

Asintió.

—Honorable asistente —dijo Yumi, y le hizo un gesto para que lo repitiera. Pintor obedeció—. El fracaso es responsabilidad mía por completo. Mi carne estaba debilitada por mi necedad de hace dos días, cuando me esforcé demasiado. Mi alma, no obstante, confía en los espíritus. Es mi más profundo deseo continuar con mis deberes de hoy.

Pondré todo el empeño en evitar que se repita el fracaso de ayer.

Pintor terminó de recitar las palabras. Y tuvo que reconocer que, con toda probabilidad, era una manera mucho mejor de lidiar con Liyun. A él nunca se le había dado nada bien disculparse por cosas que no eran culpa suya. Siendo sinceros, tampoco era ningún prodigio disculpándose por las que sí lo eran.

Hizo una inclinación siguiendo las instrucciones de Yumi. Cuando alzó la mirada, se sorprendió al encontrar a Liyun *pensando*. Esa mujer de verdad parecía necesitar *plantearse* si Yumi merecía o no el perdón. Por desmayarse. Después de haberse obligado a servir cuando era *evidente* que no se encontraba bien.

¿Qué clase de sociedad retorcida generaba personas a las que eso les parecía razonable?

Liyun por fin asintió.

—Eres sabia, como siempre, elevada. Fingiremos que lo de ayer no merece más atención. Ven, procedamos con la invocación del día como debe ser.

Abrió el paso hacia fuera y Yumi fulminó con la mirada a Pintor hasta que echó a andar en silencio tras la guardiana. A continuación dieron otro paseo por el pueblo, tapados por los abanicos, y de nuevo Pintor tuvo que maravillarse de que esa gente viviera con aquel calor *abrasador*. Hasta con los zuecos separando sus pies del suelo, lo

notaba irradiar, haciendo que su falda acampanada se ondulara con las corrientes termales. Quizá por eso usaban tela tan gruesa en la ropa, para evitar accidentes.

Mantuvo la compostura a pesar del calor hasta que llegaron al principio de una cuesta que llevaba al manantial frío. Entonces un repentino estruendo, como una explosión cerca del centro del pueblo, hizo que Pintor se volviera y contemplara boquiabierto un chorro de agua a altísima temperatura que hacía erupción y se alzaba unos diez o doce metros en el aire. La procesión entera se detuvo para permitirle mirar.

Era como si allí el terreno fuera tan inhóspito que hasta las mismas leyes de la naturaleza se corrompían. En vez de caer del cielo, el agua *ascendía* desde *abajo*. Se dispersaba, evaporándose en parte, con un rugido y hasta un tenue gimoteo, como si la torturasen.

—¿Se puede saber qué (bajo) le pasa a este sitio? —susurró.

Yumi se interpuso entre él y las vistas.

—Continúa —le ordenó con firmeza.

—Pero…

—Una yokihaijo *no* rompe la compostura —dijo ella—. Una yokihaijo mantiene el control, la tranquilidad y el aplomo. Si algo te sorprende, bajas la mirada o la apartas.

No te lo quedas mirando. No te embobas. No estás aquí para permitirte caprichos. Estás aquí para servir.

—Yo no soy una yokihaijo —siseó él.

—No —replicó ella en la forma de habla más baja, reservada para referirse a cosas como el limo que sale entre los dedos de los pies—. Tú eres un *embustero*.

Yumi le sostuvo la mirada hasta que por fin se volvió y retomó la procesión. Pintor bullía de rabia, un poco como aquella agua tan caliente. De acuerdo, había… exagerado en algunas cosas. Pero no se merecía que lo trataran así. Se había ofrecido a ayudar.

¿Era ese el acto de un *embustero*? ¿O de alguien merecedor del habla más baja?

Llegaron al manantial fresco. Pintor se quedó plantado con los brazos a los lados para que sus asistentes le quitaran la ropa. Luego cerró los ojos, sin mirar ni un instante a Yumi, y entró en el agua. Una vez allí, soportó las atenciones de las asistentes mientras se cocía en el caldo del manantial no-tan-fresco.

¿De verdad era mucho pedir que le reconocieran lo difícil que le resultaba todo aquello? ¿Que le agradecieran su disposición a ayudar? Aunque Pintor tal vez no se

diera cuenta en el momento, eran unos pensamientos típicos de él. Característicos, incluso. No estaban *infundados*, pero un pensamiento puede ser correcto y aun así dañino.

Los numerosos frotes con diferentes jabones y aromas, y luego las unciones y los preparativos, llevaron más tiempo del que recordaba. Al final tuvo que hacer la misma inmersión larga, siguiendo las órdenes de Yumi. Por fin las asistentes se retiraron.

Pintor se quedó allí, medio de pie, medio flotando. Disfrutando del agua, intentando dejar que se llevara su mala gana.

Y al final… bueno, terminó entreabriendo un ojo.

Encontró a Yumi justo delante de él, con la cara a su misma altura, tan cerca que si fuese corpórea habría notado su aliento. Dio un salto involuntario y se apartó chapoteando.

¿Llevaba todo el rato haciendo eso? ¿Mirándolo fijamente? ¿Malcarada? ¿Esperando a ver si Pintor intentaba echar un vistazo?

(La respuesta es sí. Quizá os hayáis dado cuenta de que Yumi tenía su propia clase especial de terquedad).

El primer impulso de Pintor fue contemplar las vistas. Yumi estaba allí de pie sin recato alguno, en marcado —o mejor dicho, en *desnudo*— contraste con el comportamiento que había mostrado cuando llevaba puesto el pijama de Pintor. A pesar de que no adoptaba una postura demasiado amenazadora, con el agua hasta la cintura y el pelo mojado adherido a la pie, había *confianza* en su mirada.

Así que, esforzándose por controlar sus ojos, Pintor trabó la mirada con ella. Dio un paso en su dirección y se inclinó hacia delante hasta que temió que sus narices se tocaran y experimentar de nuevo aquella calidez surrealista.

Yumi sabía mirar furibunda, sí. Y hasta alzarse imponente sobre él, por mucho que midiese menos. Pero Pintor era un artista, y una cosa que aprenden a hacer los artistas es *observar*. Hay algo desconcertante en la mirada de alguien con conocimientos sobre sombras, formas y anatomía. La mirada de un artista es como un cuchillo que separa las capas de piel, grasa y músculos. Los de Pintor eran los ojos de alguien capaz de arrancarte el alma y recrearla sobre el papel con tinta o grafito.

Tras un minuto así, los ojos de Yumi se entornaron y sus labios se torcieron un poco de lado. Aunque esa expresión puede interpretarse de muchas maneras, Pintor eligió la

correcta. En esa ocasión era un gesto sorprendido de que le hubiera aguantado la mirada, acompañado del más ínfimo ápice de respeto.

—¿Qué? —le dijo a Yumi—. ¿Vamos a tirarnos todo el día haciendo esto?

—Los espíritus te escogieron —replicó ella—. Y te enviaron conmigo. *Tengo* que creer que lo hicieron con buen motivo. Pensar lo contrario sería aceptar que a *mí* me eligieron sin saber lo que se hacían, y eso sería una locura.

—Vale —aceptó él—. Pero eso no nos sirve para saber qué misión tenemos.

—Debemos comulgar con ellos —dijo Yumi—. Lo cual significa que *tú* tienes que invocarlos. Yo no puedo, al no ser capaz de tocar las cosas que tengo alrededor. Si hacemos que vengan, con un poco de suerte bastará para demostrar nuestra valía.

Puede que hasta sea suficiente para acabar con esta… asociación que se nos ha impuesto a los dos.

—¿Y si no basta?

—De todos modos, el primer paso *sigue* siendo invocarlos —respondió ella—, para obtener respuestas. Los espíritus que ya han cobrado forma y están dedicados a un servicio dejan de poder hablar, o quizá elijan no hacerlo. Pero un espíritu recién invocado sí puede. Me responden cuando les hago peticiones. Nuestra mejor opción es que nos expliquen qué pretenden de nosotros. —Bien —dijo él, acercando la cara un poco más.

—Bien —dijo ella, acercando la cara incluso más.

Conque era una competición de orgullo, ¿eh? Pintor se inclinó una pizca. Ella lo imitó. Entonces él se quedó a apenas un pelo de Yumi, sonriente, ya que no quedaba ningún espacio entre ellos.

Así que ella avanzó un poco más y, con tozudez, hizo que sus narices se tocaran.

Calidez envolvente. Comprensión. Una frustración, una ira, una perplejidad compartidas.

Conexión.

Pasión.

Se separaron chapoteando, y Pintor dio un respingo. No era nada justo lo muy…

—¡Aaah! —gritó Yumi al cielo—. ¡Pero qué injusto es lo… desconcertante que es eso!

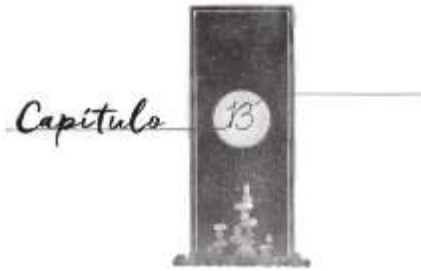
Entonces lo miró, todavía iracunda, y de pronto se hundió en el agua hasta la barbilla, cubriéndose lo mejor que era posible en esas circunstancias. No parpadeó ni una vez mientras lo hacía.

—No mires —murmuró.

—¿Mirar? —dijo él volviéndose, fingiendo indiferencia—. ¿El qué? Tendría que haber algo digno de verse para que me tentara mirarlo, Yumi.

Y entonces, porque en realidad no era un canalla a pesar de lo que sugería que hubiera pronunciado esas palabras, se sintió culpable. Salió del manantial diciéndose a sí mismo, y a su rubor, que le daba igual si ella lo miraba. Chaeyung y Hwanji se acercaron, cargadas de toallas y ropa.

—¡Esta vez no te desmayes! —le gritó Yumi desde atrás—. Tenemos trabajo por delante, embustero.



Yumi se reprochaba la cantidad de pueblos que había visitado cuyo nombre no recordaba. Estando al servicio del reino de Torio, ¿no debería ser capaz de *enumerar* los lugares a los que había ayudado?

Pero veía muy poco de cada uno de ellos. Solo su manantial fresco, o sus baños públicos si no tenían uno, su templo y su lugar del ritual. Los distintos pueblos se le entremezclaban, intercambiables en su recuerdo. A veces casi pensaba que podrían ser el mismo sitio una y otra vez, que cuando se iba a dormir llevaban su carromato en círculos para crear la ilusión de movimiento antes de detenerse otra vez en el mismo punto de partida.

Se avergonzaba de pensar así, porque cada lugar era importante y reflejaba las peculiaridades de sus habitantes. Como aquel templo donde Pintor estaba arrodillado en esos momentos, según las instrucciones de Yumi. La mayoría de los templos estaban en jardines, pavimentados con piedra fría para que las flores pudieran flotar cerca del suelo.

Pero ese estaba en el centro de un huerto. Los árboles frutales se mecían y topaban unos contra otros, encadenados para evitar que se los llevara la corriente pero lo bastante sueltos para estar siempre en movimiento. El aire era demasiado fresco para su gusto, y la tenue luz del sol tras tantas ramas le recordaba al mundo de Pintor. Sin embargo, aquel era un *tipo* distinto de penumbra: quebrada en vez de absoluta, confiriendo un aire festivo a la luz solar. Los propios árboles estaban repletos de fruta.

Allí la celebración era calmada.

Aunque los hortelanos se habían marchado para que la yokihaijo

pudiera meditar en silencio, era evidente que aquel terreno estaba cultivado. Habían recogido la fruta caída

antes de que se asara en el suelo y se convirtiera en una pasta pegajosa. Allí siempre había gente trabajando.

Lo cual significaba que ese pueblo no cumplía estrictamente la tradición de tener el templo apartado de las zonas más frecuentadas. Yumi ya lo había visto en otras ocasiones, y… bueno, una parte rebelde de ella lo veía con buenos ojos. La gente quería tener el templo cerca de donde trabajaba. Había estatuas espirituales en el tejado, creadas por una yokihaijo sin más propósito que el de reconfortar con su vigilante presencia a los trabajadores.

¿Por qué no debería la gente adaptar la tradición a sus necesidades? Era una forma de pensar peligrosa, así que, cuando Liyun reparó en los árboles cultivados y las estatuas en el techo del templo, frunció el ceño. Luego, por suerte, hizo una inclinación y se retiró, dejando a la yokihaijo con sus plegarias rituales.

Mientras Liyun se marchaba, Pintor soltó un largo suspiro.

—Esa mujer no es trigo limpio.

—Liyun- *nimi* —replicó Yumi— es una guardiana *intachable*. Elimina de tu mente esas ideas tan terribles.

—¿Por qué? —preguntó él—. Tampoco es que se lo haya dicho a la cara.

—Pensarlo es igual de malo —dijo ella—. Eres una yokihaijo. Estás por encima de esos pensamientos. Debes ser puro, no solo en tus actos, sino también de *mente* y de *alma*.

—Pero…

—Protestar es indigno de ti. Espalda recta. Cabeza agachada.

—No soy una yokihaijo.

—Hoy sí —dijo Yumi, rodeándolo mientras Pintor se arrodillaba en el templo abierto—. Si quieres que esto termine, debes hacer lo que a mí me es imposible. Además de eso, existen consecuencias, aunque rara vez se pongan en práctica, para una yokihaijo que se demuestra incapaz de servir. Corremos el riesgo de provocar que Liyun tome medidas extremas que nos harían imposible cumplir nuestros

objetivos. De modo que, si no quieres que nos quedemos así para siempre, tienes que seguir el protocolo y *hacer* lo que yo te *diga*.

Pintor dejó escapar un largo e irritado suspiro.

—Bien —dijo (bajo).

Yumi asintió. Durante el baño había tenido una idea. Se le había ocurrido un motivo por el que los espíritus podían haberle enviado a esa persona, en apariencia inútil, para ocupar su puesto. No tardarían mucho en comprobar su teoría. Pero antes, meditación.

—Ahora debes pronunciar las oraciones adecuadas —dijo—. Como eres nuevo en esto, lo dejaremos en las seis que son estrictamente necesarias.

—¿Seis? —preguntó él—. ¿Cuánto vamos a tardar?

—Media hora —dijo Yumi—, más o menos.

—¿Media hora *rezando*? Pero…

—¿Quieres que esto acabe o no?

Pintor gruñó, pero cuando ella se puso a recitar plegarias, las repitió. Yumi se preguntó si debería arrodillarse también. Se puso a su lado y lo hizo, con los dedos entrelazados ante ella en la postura de reverencia y la cabeza inclinada. Como mínimo, le serviría de modelo a Pintor.

¿Eran las palabras o el corazón lo que importaba en una plegaria? Tal vez los espíritus aceptarían las palabras de él y el corazón de ella.

La media hora pasó en un suspiro. Pronunciar solo seis oraciones era una novedad, y apenas le dio la sensación de que fueran suficientes. Pero al final Pintor gimió como si Yumi lo hubiera obligado a hacer algo horrible, como llevar su propio equipaje. Se dejó caer de lado y Yumi decidió dejar que descansara antes de…

—¡Eh! —restalló—. No cierres los ojos.

—Solo un momentito —dijo él, con los párpados pesados.

—¡Si te duermes, a lo mejor volvemos a cambiar!

—Eso no lo *sabes* —farfulló él.

Así que Yumi hizo lo único que se le ocurrió para espabilarlo. Le metió el dedo por el centro de la frente.

El efecto inmediato fue aquella calidez abrumadora, que se extendió por todo su cuerpo en oleada con un cosquilleante *escalofrío* por delante, como una flor empujada por una corriente termal. Luego llegó el desdibujado de la identidad, esa conexión con él. Yumi sintió su fatiga, su inquietud, su frustración. Las emociones de Pintor se

arremolinaron con las suyas, mezclándose como oraciones superpuestas, diluyéndose juntas, pero distinguibles aun así.

No fue *espantoso*. Pero sí perturbador, ya que los emborronaba a ambos juntos de un modo que era absolutamente antinatural.

Pintor se incorporó de golpe y se apartó de ella.

—¡Eh! ¿Se puede saber qué (bajo) *haces*?

—Mantenerte despierto —dijo ella—. Debemos ir a ver a los espíritus. No puedes permitirte echar un sueñecito.

Pintor bufó, pero se levantó y sacudió los brazos; al parecer se le había pasado el adormecimiento.

—Bien. Pues pongámonos a ello.

—Ahora tenemos que meditar —dijo ella— hasta el momento ritual.

—Momento ritual —repuso él—. Baño ritual, ropa ritual, lugar ritual. ¿Cuánto me darán la carterita ritual? ¿Los calzoncillos rituales? ¿El cortaúñas ritual?

—La frivolidad —dijo Yumi— *no* es propia de una yokihaijo. Tu deber es para con nuestro pueblo. Menospreciar tu posición es menospreciar sus vidas.

—En ese caso es una lástima —dijo él en tono adusto— que sus vidas sean una (bajo) ridiculez que hace inevitable la burla.

—¡Basta! —gritó ella, señalándolo—. Vas a tomarte esto en serio.

—Pero ¿qué te ha pasado? —murmuró Pintor, retrocediendo antes de que Yumi pudiera volver a acercarle el dedo—. Me gustaba más tu versión tímida.

—A mí no me *ha pasado* nada —dijo ella—. Esto es lo que *soy*. La

persona que debo ser. Si me vuelvo negligente, mueren personas, Pintor. ¿Eso lo entiendes? Entre mi gente, la agricultura *depende* de la yokihaijo. Si no doy lo mejor de mí, la gente *pasa hambre*. ¡Disculpa, por tanto, que me ponga un poco *tensa* si no puedo cumplir mi deber sin la cooperación de un embustero a quien todo esto le parece gracioso!

Pintor apartó la mirada con gesto avergonzado. Y bien que debería estarlo. Así era como habían entrenado a Yumi, con un condicionamiento implacable para la solemnidad. Con una severidad inflexible. Hasta que le extrajeron todo deseo frívolo o individualista como el pus de un grano.

Con ella había funcionado. Ella había salido bien. O mejor dicho, había salido como la persona que debía ser.

También funcionaría con Pintor. Yumi solo tenía que mantenerse firme. Por el bien del propio Pintor y también por el de los espíritus.

—Esperamos, entonces —dijo él por fin.

—Meditamos —lo corrigió ella, arrodillándose.

Pintor se puso de rodillas junto a ella.

—Meditar, ¿eh? Entonces… ¿nos quedamos aquí en el suelo y pensamos?

—Nada de pensar —dijo Yumi, separando las manos a los lados y alzando la cara hacia el cielo—. La meditación es lo contrario del pensamiento.

—Eh… Puedo tranquilizarme a la fuerza. ¿Así está bien?

Yumi le lanzó una mirada, y la confusión de Pintor parecía genuina. ¿De verdad tenía que… explicarle algo tan simple?

—Es más que tranquilidad —le aclaró—. Es un rechazo absoluto de toda emoción, sensación e individualidad. Lo normal es empezar concentrándote en algo rítmico, como tu respiración o la tensión y el relajamiento deliberados de algún músculo. Hay quienes ven útil vocalizar un tono o un mantra. El objetivo es vaciar tu mente de todo pensamiento, abandonando incluso el foco inicial con que se inició la meditación.

—¿Y qué objetivo tiene?

Yumi ladeó la cabeza, perpleja.

—Centrarte en el Cosmere —respondió—. Limpiar la mente igual que limpias el cuerpo. Expulsar los residuos emocionales, igual que hace tu cuerpo con el excremento físico. Lavarte, hasta la misma alma, y renovarte. ¿No lo habías hecho nunca?

Pintor negó con la cabeza.

No era de *extrañar* que fuese tan… bueno, tan él. ¿Cómo de atrasada debía de ser su sociedad para que no supieran nada de una necesidad tan fundamental?

Yumi empezó instruyéndolo, como se haría con un niño, para poner el foco en su respiración. Se centró ella también y se permitió simplemente existir. La envolvió la familiar sensación de ir a la deriva, seguida de la… nada.

Un vacío completo. Ser. Nada más. Yumi era como las piedras, como los árboles en el aire. Como…

Él estaba allí a su lado.

Podía *sentirlo*. Estando así de centrada, notaba que Pintor *tiraba* de ella. Entreabrió un ojo y vio que él los tenía cerrados, pero sonreía y se le contraían los labios.

—Estás pensando en algo —le dijo.

—Es que *pensar* es inevitable —protestó Pintor—. Y en todo caso, no quiero dejar de hacerlo. Me gusta pensar en las cosas.

—Controlarás mejor incluso esos pensamientos placenteros —dijo ella— cuando tengas experiencia en la meditación.

—En la vida hay más que el control.

—Tú prueba —insistió Yumi, centrándose de nuevo—. Practica. Ya lo verás. Los mejores artistas se concentran mucho mejor en su arte después de aprender a meditar.

El control lleva al enfoque, y el enfoque al logro.

—Depende de lo que quieras lograr.

Siguieron arrodillados y entonces fue *Yumi* quien tuvo problemas para dejar de pensar. En él. No es que hubiera nada concreto que le

resultara atractivo en Pintor. Era solo que nunca se había imaginado a sí misma arrodillada en un templo junto a alguien.

Era… algo que hacían las parejas casadas.

Cosa que Yumi no estaba destinada a experimentar. Casarse significaría desafiar a los espíritus y al don que le habían concedido. Tener un amor, tener una familia, significaría dar la espalda a su deber. Yumi era un recurso valioso, para el que se requería una dedicación *absoluta*.

Aun así, era raro que muchas de las historias favoritas en su mundo trataran de una yokihaijo enamorándose. Liyun había hecho bien en intentar apartar esas historias de Yumi, pero ella las había escuchado de Samjae, una yokihaijo que había sido su amiga de pequeñas y se las había transmitido con un jubiloso aire desobediente.

Samjae decía que las historias transgresoras eran las mejores. Porque el amor prohibido era, de algún modo, el que más dulce sabía.

—Muy bien —dijo Pintor, haciendo que el templo temblara al levantarse.

Yumi se sobresaltó, pensando que de algún modo había sentido sus pensamientos.

Pero Pintor se refería a que Liyun estaba llegando por el camino.

—Eso significa que hemos terminado, ¿verdad?

—Verdad —respondió Yumi, levantándose también—. Vayamos a invocar a los espíritus.

Él asintió y dio un paso adelante. Entonces se detuvo.

—Un momento. No puedo creer que aún no te lo haya preguntado, pero ¿ *cómo* se invocan? El otro día mencionaste algo sobre el arte, creo.

—Sí, es fácil —dijo ella—. Lo único que tienes que hacer es apilar unas piedras.

Había llegado el momento de poner a prueba la teoría de Yumi.

La repasó mientras Pintor entraba en el lugar del ritual, el recinto

vallado de terreno donde le habían dejado preparadas las piedras. Los lugareños se apiñaron a lo largo de la valla, las músicas prepararon sus instrumentos y Yumi se quedó atrás con ellas…

hasta que Pintor se alejó lo suficiente y tiró de ella, contra su voluntad, unos pasos al interior.

Pintor volvió la mirada hacia ella, notando también el tirón. Ella le hizo un asentimiento de ánimo. Le había dicho que la tarea sería fácil, lo cual era una *especie de* mentira. Aprender a apilar piedras como debía hacerse era difícil, y había constituido una gran parte de su entrenamiento.

Pero Yumi sospechaba que a *él* le resultaría fácil. Era la idea que se le había ocurrido mientras se bañaban y, de ser cierta, explicaría muchas cosas. Los espíritus habían acudido a ella suplicándole ayuda, pero no les bastaba con Yumi. No tenía la suficiente habilidad, la suficiente pericia. Era inadecuada.

Así que le habían enviado a alguien capaz de hacer lo que ella no podía. Pintor quizá no fuese un héroe… pero a lo mejor era un *prodigio*. Sería una buena razón para que lo hubieran elegido a él. Yumi confiaba en que demostrara ser un apilador nato, bendecido con un talento que superaba el suyo propio aunque jamás lo hubiera conocido en su mundo. La respuesta era tan sencilla que la hizo sonreír.

El feliz delirio de Yumi duró hasta el preciso instante en que Pintor «apiló» su primera piedra. Cayó al suelo.

La *primera* piedra que había colocado se derrumbó. De algún modo, Pintor acababa de ingeniárselas para fallar equilibrando una roca grande y plana en el *suelo*. Se vino abajo de lado y se alejó rodando.

La gente que había detrás de Yumi dio un respingo. Pintor ni se dio cuenta, solo puso una sonrisa bobalicona y amontonó otras piedras como si estuviera… empujando guijarros unos contra otros de cualquier manera. Y ni siquiera eso logró hacer sin aplastarse un dedo, dar un grito y sacudirlo en el aire. Yumi miró hacia Liyun, que observaba lo sucedido boquiabierta, horrorizada.

Pintor puso una piedra encima del montón, que se derrumbó. Entonces miró hacia Yumi y señaló el desastre.

—¿Así? —preguntó—. ¿Voy bien?

«Oh, no —pensó Yumi—. Oh, espíritus. No».

Tenían un problema muy *muy* grave.

Pintor despertó en su habitación, de vuelta en su mundo, con la humillación del fiasco de las piedras todavía fresca en la mente. Seguía sin comprender qué había hecho mal.

No, un momento.

Lo que no entendía era qué habría estado *bien*. ¿Piedras? ¿Qué sentido habían tenido esas piedras?

Yumi se incorporó de la manta tendida en el suelo, con el pelo encrespado.

—Au —dijo en voz baja—. Creo que… he dormido apoyada en la nariz, vete a saber cómo. —Fijó la mirada en él y, a pesar del pelo revuelto y el pijama arrugado, adoptó un aire más autoritario—. Fracasaste.

—¡Amontoné las piedras! —dijo él, irguiendo la espalda—. Lo hice de seis maneras diferentes antes de que me hicieras salir.

A medida que el público iba consternándose más y más, Yumi le había pedido que se excusara con Liyun diciendo que estaba agotado. Aquella mujer tan circunspecta, al parecer muy afligida por lo que fuese que Pintor había hecho mal, se lo había llevado de vuelta al

carromato, donde había sucumbido al sueño. Para entonces no debía de llevar ni seis horas despierto. Había algo en aquella transferencia que requería un montón de energía, y tanto Yumi como él se cansaban mucho más rápido de lo normal.

—El apilamiento —dijo Yumi, levantándose y poniendo los brazos en jarras— debe hacerse con *destreza* y *arte*.

—Apilar —repuso él— no requiere ningún arte.

—Hacerlo ritualmente sí.

—Ritualmente. Cómo no. ¡Debería haberlo imaginado!

Yumi se acercó a él y le señaló la cara como amenazando con tocarlo. Pero Pintor se tendió en su futón y se encogió de hombros.

—Adelante. Me ha entrado un poco de fresco, de todas formas. Igual así me caliento.

Yumi cuadró la mandíbula y se alejó con paso fuerte, cruzada de brazos. Parecía estar temblando. El piso estaba como lo habían dejado, pero Pintor sospechaba que habían perdido otro día. Lo cual significaba que el capataz estaría furioso.

Con un poco de suerte, ya se habría encargado de la pesadilla estable. Pintor no le había advertido sobre la familia que podría necesitar dinero para mudarse. Pero el capataz lo habría deducido por sí mismo, ¿verdad?

Quizá debería comprobarlo de todos modos. Cerciorarse de que la Guardia del Sueño hubiera llegado y lo tuviera todo bajo control. Ya no era problema suyo después de haber informado, pero no dejaba de recordar a aquel niño pequeño con sangre en la mejilla por las garras de la pesadilla. Como mínimo quería ponerse al día.

Pero ¿cómo? No tenía teléfono, porque requerían unas carísimas líneas de hion dedicadas, prohibitivas para el salario de un mero pintor de pesadillas. Así que, si quería información del capataz, tendría que ir con Yumi a buscar un teléfono público y hacer cola, o bien, dado que la oficina estaba cerca, pasarse por allí sin más. Pero ambas opciones supondrían salir del piso.

Yumi estaba hablando otra vez.

—Para apilar como es debido, hacen falta años de entrenamiento.

—¿Y esperabas que yo lo hiciera sin tener ni un solo día?

—Esperaba… que tuvieras un talento natural —reconoció ella—. Es evidente que me equivocaba. La única solución que nos queda es complicada. Tenemos que contactar con los espíritus, lo que significa que te tocará aprender. Pensaremos qué excusa darle a Liyun y te entrenaré, como me entrenaron a mí de niña. Hasta que seas lo bastante bueno para atraer a los espíritus.

Estupendo. Tenerla de maestra sonaba más o menos igual de divertido que participar en un concurso de comer avispones. ¿Y esos espíritus? ¿Eran reales siquiera? En el mundo de Yumi todo el mundo parecía creer que sí, y era cierto que la chica le *había*

enseñado unas estatuas con pinta de trasgo que había bajo el carromato y hacían que flotara. De algún sitio tenían que haber salido.

En todo caso, Pintor tenía sus propios problemas.

—Quiero ir a hablar con el capataz —dijo—. Y presentarme al trabajo. Asegurarme de que aún tengo un empleo y…

—No —lo interrumpió ella—. Vamos a quedarnos aquí y empezaré a entrenarte. Tu formación empieza ya.

—¿Mi formación? ¿Mi entrenamiento? ¿Para hacer qué, apilar? —Pintor se incorporó de nuevo y atravesó la mesa con la mano—. Vaya, seguro que dará un resultado maravilloso, Yumi.

—Puedo darte ejemplo —dijo ella—. Instruirte.

—No —zanjó él, levantándose—. Este es mi mundo. Aquí debería poner yo las normas. Hay una pesadilla peligrosa ahí fuera, y quiero confirmar que se han ocupado de ella. El capataz no siempre… tiene muy buena opinión de mí.

—Caray, ¿por qué será?

—Yumi —dijo Pintor—. Esa pesadilla es un peligro. ¡A estas alturas podría ser ya estable del todo, violenta y asesina! Matará a decenas de personas o más si no la detenemos, y ningún pintor normal está capacitado para ocuparse de una tan fuerte.

Hace falta más talento del que tiene alguien como yo.

»Iremos a asegurarnos de que el capataz comprendió bien mi

advertencia, y a pedirle que cuide de una familia a la que ayudé. Quién sabe, ¡a lo mejor esos espíritus te enviaron a *ti conmigo*, y no al revés! ¡Puede que seas tú quien tiene que hacer algo aquí!

¿Te lo habías planteado?

Yumi dio un bufido, con los brazos aún cruzados, pero entonces desvió la mirada.

—Bien —dijo en voz baja—. Pero… no puedo salir así. Estoy, y me siento, mugrienta.

No creo que bañarme cuando soy un espíritu limpie este cuerpo.

—Bueno, eso tiene arreglo —respondió él, cruzando la sala de estar hacia el pequeño cuarto de baño.

Hizo un gesto hacia él y Yumi fue a regañadientes y abrió la puerta. Pintor le enseñó cómo funcionaban los mandos de la ducha, que ella giró. Entonces dio un gañido y se le pusieron los ojos como platos cuando empezó a caer agua.

—Tienes un géiser —dijo—. Pero… ¿esta agua está fría?

—Se calentará —explicó él—, a no ser que la señora Shinja haya vuelto a terminársela toda. Evita darte una ducha a las nueve de la mañana si no quieres congelarte. Ah, y otra advertencia: se pone muy posesiva con el agua. Procura no usar demasiada.

—Ducha —repitió ella con suavidad, dejando que el agua le pasara por la mano.

—Ahí está el jabón —dijo Pintor, señalando—. Y ahí el champú y el acondicionador.

Las toallas limpias son esas.

Le hizo un asentimiento y regresó hacia la puerta.

—Espera —dijo Yumi, volviéndose para mirarlo.

—¿Qué pasa?

—¿Tengo que… hacerlo yo misma? —preguntó ella—. ¿No tienes ninguna… asistente para mí?

—Hum, no. En mi mundo no es lo normal.

—Claro —dijo ella, con una rara expresión de temor.

¿Cómo podía nadie intimidarse por algo como una *ducha*? Pintor sonrió, encontrando liberador verla a ella, la tirana, repentinamente aterrorizada por algo tan trivial. Era como averiguar que un tigre temible temía que le hicieran la manicura.

Cerró la puerta, pero, como no podía alejarse demasiado de Yumi, apoyó la espalda en ella. Lo hizo distraído, pero al momento reparó sorprendido en que no había caído a través de la puerta. Igual que no caía atravesando el suelo. Pero… ¿por qué a veces atravesaba las cosas y a veces no?

(Yo se lo podría haber explicado. Por desgracia, en esos momentos estaba ocupado sosteniendo un abrigo enorme y demasiado acolchado, tres bolsas, un cachorro en su transportín y *tres* huevos duros. No preguntéis).

El sonido del agua creció en el cuarto de baño y luego llegó el revelador sonido de chapoteo cuando Yumi se metió en la ducha. Un poco después, Pintor estuvo bastante seguro de haberla oído suspirar de satisfacción.

—Está bien, ¿eh? —dijo.

—Está caliente —respondió la voz de Yumi, resonando en el pequeño lavabo—. Ya empezaba a pensar que tu gente no tiene ni idea de lo que es el calor como debe ser. —

Calló un momento—. Hum… ¿qué es el champú?

—Es para el pelo —explicó Pintor—. Frótatelo en el pelo para limpiarlo. Y luego ponte acondicionador para… esto… no sé, pero se ve que es bueno para el pelo.

Créeme. ¿Lo… eh… humidifica?

—De acuerdo. ¿Me doy… champú, entonces? ¿Lo hago ya o después de usar el jabón?

¿Y hasta qué número tengo que contar antes de enjuagarlo?

—No hay reglas, Yumi —dijo él—. ¿ *En serio* no lo habías hecho nunca tú sola? ¿Ni de niña?

—Ya te conté que los espíritus me escogieron siendo un bebé —

respondió ella—. Las guardianas me apartaron de mis padres y me criaron ellas para cumplir mi singular propósito.

—Qué horror —dijo Pintor (bajo)—. Entonces, ¿no tuviste infancia?

—Una yokihaijo no es una niña —respondió Yumi, con una voz que sugería que aquella era una cita frecuente—. Ni tampoco es una adulta. La yokihaijo es una manifestación de la voluntad de los espíritus. Su existencia entera es servicio.

Normal que fuera una chica tan rara. Aquello no excusaba que Yumi fuese la manifestación humana de la sensación que daba perder el último autobús de vuelta a casa, pero tenerlo en cuenta hacía que Pintor le encontrara mucho más sentido. La voz de Yumi resonó desde la ducha.

—¿Cómo es que tu gente ha capturado este géiser y lo ha canalizado a voluntad?

—No es un géiser. Es agua bombeada desde el lago, filtrada y calentada.

—¿Bombeada? ¿Hay gente trabajando ahora mismo en esas bombas para que me llegue el agua?

—No, eso lo hacen máquinas alimentadas por las líneas de hion —respondió Pintor—

. Y calentarla también. Si pones en contacto líneas de hion opuestas con un metal, se calienta. Luego es solo ciencia básica convertirlo en un motor de autobús o un simple calentador.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Por la escuela —respondió él.

—Pero eres pintor.

—En la escuela te enseñan más cosas que pintar.

—A mí no me enseñaron nada aparte de mis deberes —respondió ella, en voz más suave—. Es mejor así. Debo mantenerme concentrada. Otras cosas podrían… nublarme la mente con frivolidades.

La conversación remitió y Pintor dejó que Yumi se entretuviera en la ducha más de lo que se habría permitido a sí mismo. Al cabo de un tiempo, Yumi salió por iniciativa propia. Unos minutos después dijo:

—¿Vuelvo a ponerme esta ropa?

—No, por favor —dijo él—. Lleva días sin lavarse. De momento, ponte una toalla.

Unos instantes más tarde, Yumi salió envuelta en *tres* toallas. Bueno, comprensible.

Pintor la llevó a su montón de ropa limpia.

—No tuve tiempo de doblarla bien.

Yumi enarcó una ceja.

—Era mi intención —dijo él—. Lo doblo todo siempre justo después de lavarlo.

—Ya, seguro —repuso ella, moviendo un poco el montón con la punta del pie—. Me vendrá todo muy grande, ¿verdad?

—Yumi, en tu mundo te pones unos vestidos que vienen a ser como colchas. Esto no te dará problemas.

Yumi subió una mano a las toallas y entonces se detuvo. Pero Pintor ya estaba yendo hacia el baño, que estaba lo bastante cerca como para no llegar al final de la correa.

Entró dentro para darle intimidad.

—Gracias —dijo ella desde fuera—. Por ser tan… cortés.

—Esto no es cortesía —respondió él—. Es decencia básica.

—Aun así, no me lo esperaba.

—Casi como si fuera injusto juzgar a alguien por cómo reacciona después de que lo obliguen a ocupar el cuerpo de otra persona, se lo lleven a un lugar extraño y lo desnuden a la fuerza, ¿eh?

—Supongo —dijo ella— que los dos hemos sufrido… cantidades inusuales de tensión. —Calló unos minutos y luego añadió—: Muy bien. No me gusta, pero tendrá que bastar.

Pintor salió y la encontró vestida con…

Bueno, desde luego encajaba en la definición de un conjunto. Por lo menos era *ropa*.

Puesta sobre un cuerpo. Yumi había encontrado una camiseta de las más largas, gruesa y de cuello alto, y se la había echado. Eso no sorprendió demasiado a Pintor, pero es que luego se había puesto un suéter encima de eso, y la combinación de la larga camiseta con el suéter más corto era cómica. De hecho, el suéter estaba un poco abombado, como si llevara otro más pequeño por debajo. ¿Cuántas capas se había puesto?

En todo caso, fue el otro suéter que Yumi estaba usando a modo de *falda*, con las mangas metidas en la cintura, lo que de verdad hizo que Pintor alucinara. Además llevaba unos pantalones por debajo, lo cual supuso que estaba bien. Pero…

Guau. El efecto general era de no te menees.

—¿Las mujeres *realmente* salen así a la calle? —preguntó Yumi—. ¿Entre tu gente?

¿Llevando pantalones?

—No exactamente así —dijo él—. Hum, sabes que eso… se pone arriba, no como falda, ¿verdad?

—He tenido que improvisar. Para mantener aunque sea una *pizca* de recato. —

Levantó un pie—. Al menos tus sandalias me vienen bien, siempre que lleve tres pares de calcetines. Pero no he visto zuecos por ninguna parte.

—Aquí no necesitas zuecos ni… —empezó a decir, pero se quedó sin palabras.

¿Cómo podía la ropa quedarle tan suelta y a la vez tan embutida? Se la tragaba por completo, como si su cabeza asomara de la boca de algún pez estrambótico hecho de tela.

Yumi fue al espejo que había en la puerta del baño y pareció desinflarse un poco al verse. Pero en fin, después de lo mucho que había sufrido Pintor en el mundo de ella, era difícil tenerle lástima. A lo mejor eso la ayudaba a sentir un pelín de empatía.

—¿No te asas, con todo eso puesto? —preguntó.

—En tu mundo hace un frío antinatural —dijo ella—. Creo que es mejor ir preparada.

Estoy lista para ir a hacer nuestra súplica a tu capataz. Por favor, llévame.

Pintor tuvo que enseñarle a cerrar con llave después de salir, porque al parecer era otra cosa que Yumi no entendía.

—Si no, ¿entraría gente? —preguntó mientras le daba la vuelta a la llave—. ¿En tu casa? ¿Mientras tú no estás? ¿Por qué? ¿Para esperarte?

Pintor negó con la cabeza y la guio por la escalera hasta la planta baja. Yumi se detuvo en el umbral del edificio, con la mirada en el cielo oscuro.

No se lo reprocho. Había algo inherentemente melancólico en el mundo de Pintor.

En Kilahito siempre daba la sensación de que salías justo cuando había parado de llover. En Kilahito las calles siempre parecían demasiado vacías, pero de un modo que hacía pensar que llegabas durante un breve receso, con los ecos de la actividad que tenía lugar en la calle de al lado. En Kilahito siempre sentías que habían atenuado las luces para dejar dormir a la ciudad.

En Kilahito reparabas en las ausencias. Era una ciudad hecha de espacio negativo.

—Vamos —dijo Pintor, haciéndole un gesto desde la calle.

Yumi se quedó en el umbral.

—Qué… vacío está.

—Cosa que me tranquiliza —dijo él—. ¿De verdad esto te parece más inquietante que tu mundo, con esa bola de fuego enorme en el cielo? ¿Con todas esas cosas volando por ahí de un lado a otro? *Eso* sí que pone nervioso. ¡Me da la impresión de que terminaré aplastado!

—Por lo menos vemos lo que hay encima —objetó ella—. Aquí… no hay nada.

—Eso es la mortaja —explicó Pintor—. Los científicos han volado por encima y dicen que ahí arriba hay más estrellas y cosas. —Suavizó el tono—. Mira hacia ahí. ¿La ves?

¿La única que brilla a través de la mortaja?

Yumi salió a la calle con paso reacio, junto a él, y alzó la mirada hacia la estrella.

—¿Crees que *en realidad* es mi mundo?

—Tiene que serlo —dijo Pintor—. Lo que sea que me agarró venía del cielo, y los científicos dicen que allí hay gente. Es un planeta como el nuestro. Han sacado fotos de lo que parecen pequeñas ciudades, pero están borrosas, demasiado alejadas para distinguir mucha cosa. Quien sea que vive allí no parece tener radios ni nada parecido.

No están… tan avanzados como nosotros.

Yumi no se lo tomó como un insulto. Siguió mirando un momento la estrella y luego desvió los ojos para seguir en las alturas de la calle las líneas de hion, cuya luz la pintaba con el contraste azul y violeta del progreso.

—Esa pesadilla estable… —dijo ella—. ¿Crees que… hará daño a la gente? ¿Si no hacemos algo para detenerla?

—Sí —respondió él—. Pero nosotros no tenemos que hacer nada para detenerla. Mi trabajo es informar de ella. Eso ya lo hicimos, pero se me olvidó avisar al capataz sobre una familia a la que amenazó la pesadilla. Necesito confirmar que han recibido la ayuda que les prometí.

—Has mencionado que vendrían otros a ocuparse de la pesadilla. ¿No decías que podríamos reclutarlos a ellos? ¿A héroes *de verdad*?

Las palabras fueron como un puñetazo en el estómago de Pintor, pero Yumi no pareció darse cuenta, así que controló el dolor.

—El capataz hará venir a un miembro de la Guardia del Sueño. Tal vez a dos, con sus acompañantes. Son unos artistas espectaculares, pero no creo que puedan ayudar con tus problemas. Vamos.

Yumi respiró hondo, asintió y echó a andar al ritmo de Pintor. Era media tarde, según el reloj del ventanal del banco, y había bastante gente en la calle. Las avenidas principales como aquella eran lo bastante anchas para que pasaran los vehículos de emergencia, pero la idea de tener medios de transporte personales habría sido desconcertante para los habitantes de Kilahito. La mayoría se desplazaba en autobús o tranvía, que seguía las rutas marcadas por las líneas de hion y obtenía su energía de ellas.

—La oficina del capataz está cerca —dijo Pintor mientras caminaban—, así que, por suerte, no tendremos que coger el tranvía de hion. No me apetecería nada tener que orientarte con los horarios de las líneas diurnas.

Ella asintió de nuevo, aunque Pintor dudaba mucho que supiera de qué le estaba hablando. Yumi parecía poner todo su empeño en no mirar al cielo, así que fijaba la vista en toda la gente que se cruzaban. Ella misma atraía también bastantes miradas.

Suele decirse que la gente de la gran ciudad está de vuelta de todo, y sí que tiende a ser verdad, pero solo hasta cierto punto. Los habitantes de la gran ciudad suelen quedarse impávidos ante los tipos *corrientes* de rareza. Nadie le hace mucho caso al borracho que va por ahí sin pantalones, porque, bueno, ya es la tercera vez esta semana.

Pero ¿a algo tan singular como Yumi? Ir sin pantalones, de algún modo, sería menos extraño que lo que ella había decidido ponerse.

—Saben lo que soy —le susurró a Pintor—. Reconocen a la chica que da órdenes a los espíritus primordiales.

—Eh… no —dijo él—. Aquí no tenemos de eso. Solo creen que tienes una pinta muy rara.

—Lo saben —insistió ella, firme—. Me miran igual que la gente de los pueblos.

Aunque no tengáis ninguna yokihaijo, esa gente *percibe* que hay algo distinto en mí.

Esa es mi carga. Y mi bendición.

Al parecer, ser rara era su principal carga, aunque Pintor no veía muy claro qué tenía de bendición. Pasaron por delante de una tienda donde se vendían muchas variedades de visores de hion, con actores moviéndose por todos los escaparates al unísono, y Yumi se detuvo.

—Creía que una yokihaijo no se quedaba embobada —comentó Pintor.

—Ay, perdón —susurró ella, bajando la mirada—. Es cierto. Me he avergonzado a mí misma.

Pintor hizo una mueca. Había esperado una reacción más satisfactoria. Soltar una pulla a alguien y que la *interiorizase* era espantoso, el

equivalente conversacional a intentar un eructo humorístico y provocarte el vómito sin querer.

De todos modos, logró llevarla sin problemas hasta la oficina del capataz, una pequeña sala con su propio acceso en la esquina del cuartel general del Departamento de Pintura. Animada por él, Yumi entró sin más. Al capataz Sukishi le daba igual que llamaran a la puerta.

Por suerte, estaba en el trabajo. Pintor vio al anciano sentado en su sitio de siempre tras la única mesa de la pequeña estancia, con los pies sobre ella, leyendo el periódico.

Detrás de él, el casillero donde guardaba los lienzos entregados del día después de etiquetarlos y clasificarlos estaba casi vacío. Listo para recibir las ofrendas de esa noche.

Al entrar Yumi, Sukishi bajó los pies, dobló el periódico y la miró frunciendo el ceño.

—Me suenas de algo.

—Nos conocimos el otro día —dijo ella con voz suave—, en casa de Pintor. Esto… ¿de Nikaro, el pintor? Soy su hermana.

El capataz parpadeó un momento y entonces por fin la reconoció y se reclinó en la silla.

—¿Su hermana? Claro. Eso tiene muchísimo más sentido.

Pintor torció el gesto. ¿Por qué la gente decía siempre cosas así?

—Anoche tampoco se presentó en el trabajo —añadió el capataz—. ¿Vienes por eso?

—Está enfermo —dijo Yumi.

—Ya. Tan enfermo que, cuando te vi el otro día, no estaba dormido en su futón, sino por ahí en alguna parte. Y tuvo que dejar a su hermana en casa para poner excusas.

Yumi se sonrojó y bajó la mirada.

—Me disculpo en su nombre, honorable capataz-nimi.

—Ah, no es culpa tuya —respondió Sukishi.

Había dicho esa última frase en un tono más blando, lo cual era horriblemente injusto. Ese hombre siempre trataba a Pintor con cierto desdén. ¿Y a Yumi, la tirana, no?

¿Con ella era comprensivo?

Aunque claro, la chica parecía experta en exprimir al máximo aquel tipo de situaciones. Ese día se arrodilló en el suelo y le hizo al capataz una reverencia ritual completa.

—Honorable capataz-nimi —dijo dirigiendo la mirada al suelo—, estoy aquí para pedirte información. Dices que mi hermano había salido el otro día a hacer algo, pero te recuerdo que encontró algo que él llama una «pesadilla estable». Había ido a vigilar por si volvía a aparecer. Me envía para preguntarte si por casualidad hay alguna novedad al respecto.

El capataz se inclinó hacia delante, observándola. Dio unos golpecitos con los dedos en la mesa.

—Ah, sí —respondió—. La pesadilla estable.

—Habrá mandado llamar a la Guardia del Sueño, ¿verdad? —preguntó Pintor, con una punzada de alarma.

—¿Has mandado llamar a la Guardia del Sueño, capataz-nimi? —repitió Yumi, alzando la mirada—. ¿Han encontrado a ese ser? Pintor dice que podría volverse peligroso en cuestión de días si nadie se ocupa de él.

Sukishi apoyó la espalda en el asiento, que protestó con un chirrido.

—Cuéntame más sobre esa cosa que se supone que vio. ¿Nikaro salió herido de enfrentarse a una pesadilla estable?

—No —restalló Pintor—. Conseguí espantarla, muchas gracias por preguntar.

—Usó sus poderes —dijo ella— para ahuyentarla.

El capataz entornó los ojos.

—¿Nikaro usó esos cuadros suyos de medio pelo para ahuyentar nada menos que a una *pesadilla estable*?

—Eso me contó.

Yumi miró a Pintor, que asintió con gesto firme. El capataz la escudriñó un momento antes de suspirar.

—Tendría que habérmelo esperado.

Pintor frunció el ceño. ¿Tendría que haberse esperado una pesadilla estable?

—A Nikaro siempre le ha gustado ponerse teatral —añadió el capataz en voz baja, como si hablara más para sí mismo que para Yumi—. Siempre tiene que ser el centro de atención. Y todos sabemos lo mucho que le gusta una buena mentira. Hacer su trabajo nunca ha sido suficiente para él. Necesita que la gente se fije en él, que le diga lo maravilloso que es.

Pintor dio un paso atrás, notando que se le revolvía el estómago. Sabía desde hacía mucho tiempo lo que opinaba el capataz de él, pero aun así oírlo dolía.

—¿Capataz-nimi? —dijo Yumi—. Había una familia. Vieron a la pesadilla, y Pintor quiere confirmar que están bien. Les prometió ayuda económica. Me ha dado su dirección…

Yumi se levantó y la apuntó a toda prisa, capaz de escribir en el idioma de Pintor igual que él lo era de escribir en el suyo. El capataz dio un gruñido y leyó la dirección.

Eso por fin pareció hacer que se parara a pensar. Pero entonces se guardó el papel en el bolsillo y negó con la cabeza.

—Yo me ocupo.

—Gracias —dijo ella, haciendo otra inclinación—. Muchísimas gracias.

Salió y sostuvo la puerta abierta el tiempo suficiente para que Pintor se escabullera también de la oficina.

—Pues ya está —dijo Yumi y se detuvo en el bordillo—. Asunto resuelto.

—Solo que no lo está —repuso Pintor—. El capataz no te ha creído.

—¿Cómo? Pero si ha dicho…

—Ha dicho lo que necesitaba —explicó Pintor— para que salieras por la puerta. Pero cree que me inventé el cuento de la pesadilla estable por llamar la atención. ¡Menudo (bajo) es!

Yumi pareció encogerse aún más en la ropa enorme que llevaba.

—Entonces, ¿no va a detener a la criatura?

—Lo dudo —respondió Pintor—. Con suerte, irá a comprobar la dirección. Pero ya han pasado tres días y le dije a la familia que se marchara de la ciudad. Lo más probable es que se las hayan apañado para hacerlo, incluso sin el dinero que les prometí.

—A lo mejor sí que lo investiga —dijo Yumi—. Es posible que los localice y encuentre pruebas de la pesadilla, ¿verdad?

—Puede —suspiró Pintor—. Eso espero. A no ser que decida «ocuparse» de las cosas abriéndome expediente.

—Tu mundo no tiene sentido —dijo Yumi—. ¿Las personas se… engañan unas a otras porque sí?

—Seguro que en tu mundo también lo hacen —respondió él—. Solo que no cuando estás tú. Las personas son personas, Yumi. Tu mundo es diferente, sí, pero me extrañaría que *tan* diferente.

Yumi echó a andar de vuelta hacia el piso de Pintor, que apenas tuvo que darle indicaciones mientras caminaba junto a ella, hecho una furia. Y, más al fondo, sintiendo una humillación absoluta. Basándose en la expresión y la actitud del capataz, no tenía ni la menor intención de investigar nada.

Esa pesadilla había sido astuta, poderosa. Pintor le había dado un susto, así que quizá se alejara durante unos días. Pero no cabía duda de que iba a volver.

—¿Y si tienes razón? —preguntó Yumi mientras seguían andando—. ¿Y si los espíritus me han enviado aquí para ayudarte con esa pesadilla? ¿Qué vamos a hacer?

—Eso estoy pensando, ¿vale? —le espetó Pintor.

Pero cuando se acercaron a su edificio, aún no tenía ninguna buena respuesta. ¿Tal vez… alguien más encontraría a la pesadilla? Pero si

llevaba tanto tiempo haciendo incursiones sin que la capturaran, tenía que ser de lo más avispada. Lo más probable era que no llamara la atención hasta empezar a matar.

—¡Eh! —exclamó una voz—. ¡Pero si eres tú!

Pintor y Yumi se detuvieron ante el edificio mientras Akane salía por el portal.

Preciosa como siempre, volvía a ir de civil, con falda, blusa y maquillaje, en vez de llevar su ropa de trabajo. Salía casi todas las tardes antes de que empezara su turno, para ir a bailar o… ¿alguna otra cosa que hiciera la gente normal?

Le verdad era que Pintor no lo sabía. Igual se vestía así para ir a comprar comida.

—Yumi, te llamabas, ¿verdad? —dijo Akane, mirándola de arriba abajo y prestando especial atención al suéter convertido en falda.

—Sí —respondió Yumi—. Hum… perdí mi arcón de ropa de camino hacia la ciudad.

He tenido que pedirle prestadas cosas a mi hermano.

—Bien jugado —la felicitó Pintor—. Líbrate de ella. Tenemos que volver al piso y pensar qué vamos a hacer.

—No he visto por aquí a Nikaro —dijo Akane—. ¿Qué le pasa? Lleva un tiempo sin presentarse en el trabajo.

—¡Ah! —exclamó Yumi—. Tiene… hum… un gran proyecto al que está dedicándose.

En otro sitio.

—Tu hermano —dijo Akane en tono inexpresivo— te invitó a la ciudad y va y te *deja sola*. ¿Y *después* de que perdieras el equipaje?

—¿Sí? —respondió Akane, encogiéndose en su ropa. Bueno, en la de él.

Pintor gimió al ver que sus posibilidades con Akane menguaban más si cabe. (Lo cual demuestra que era un optimista, ya que había creído tener alguna posibilidad desde un principio).

—¡Rápido! —urgió a Yumi—. Vámonos.

—Gracias y disculpa —dijo Yumi con una rápida inclinación.

Pasó por el lado de Akane para entrar en el edificio. Akane se quedó en el umbral, sosteniendo la puerta. Antes de que Yumi y Pintor llegaran a la escalera, fue tras ellos y alcanzó a Yumi.

—Oye —dijo Akane—, igual no es asunto mío, así que envíame a meter la cabeza en la mortaja si quieres. Pero… ¿estás bien, Yumi? ¿Te vendría bien un poco de ayuda?

¿Alguien que te lleve a comprar algo de ropa nueva?

Pintor suspiró. Akane siempre estaba…

Yumi, sorprendiéndolo, *se echó a llorar*.

—Sí —dijo entre sollozos—. Sí, *por favor*.

Yumi, por supuesto, se abochornó al instante por su arrebato. Trató de controlar las lágrimas mientras tomaba la mano de Akane y se inclinaba ante ella en agradecimiento.

Sorprendentemente, no iba contra las normas que una yokihaijo llorara. La mayoría de esas normas estaban establecidas por otras yokihaijo más ancianas, al fin y al cabo, así que habían instaurado que lo que contravenía el protocolo era llorar *delante de otras personas*.

A mí me resulta revelador. Todas ellas lo comprendían. Para alguien que llevara la vida de una yokihaijo, las crisis nerviosas eran más bien inevitables. Solo quedaba ocultarlas como mejor se pudiera.

De todos modos, Yumi sabía que no debía comportarse de ese modo. Pero es que era un *alivio* increíble tener a alguien que prestara atención a sus necesidades. El ofrecimiento de ayuda que le había hecho Akane, aunque fuese en algo nimio, era físicamente abrumador.

Aquel lugar era demasiado *raro*. El cielo daba la impresión de ir a tragársela, pero por algún motivo eso era lo de menos. Yumi había visto unos vehículos enormes, que llevaban a montones de personas, recorriendo las calles cercanas. Aquellos edificios se alzaban imponentes a su alrededor, apilamientos de piedras rectísimos, y pegados unos a otros. Podrían haber sido montañas. Y luego estaban las líneas gemelas de luz que brillaban flotando en el aire sobre todas las calles, conectadas a cada edificio, componiendo unos chillones letreros resplandecientes.

Y la habían soltado en medio de todo eso sin la menor indicación. Se sentía perdida hasta sabiendo dónde estaba. Se sentía aterrada, incluso aunque no corriera peligro. Y lo peor de todo, había tenido que salir llevando puesto aquel… aquel *desastre*.

Akane le dio unas palmaditas en la mano, con expresión preocupada. Pintor la miraba con el ceño fruncido. Parecía perplejo. Bueno, Yumi comprendía las emociones de ambos.

—Muy bien, pues —dijo Akane, sacando a Yumi por la puerta—. Conozco un sitio.

Sus zapatos hacían un ruido hueco contra la extraña calle de piedra negra. No sonaba como unos zuecos, pero era reconfortante de todas formas.

Yumi aferró sus emociones en una presa mortal y forcejeó con ellas hasta controlarlas.

Cuando por fin cesaron las lágrimas, sin embargo, descubrió que seguía sintiéndose humillada, no solo por su estallido, sino por lo que había sucedido en su anterior encuentro con esa mujer.

—Akane —dijo—, la última vez que hablamos… me avergoncé al hacer una flagrante revelación de mi ignorancia. Por favor, acepta no solo mis disculpas, sino también mi sincera promesa de compensación. Si hay algo que pueda hacer en tu favor, me avendré a ello.

—No es culpa tuya que tu hermano sea un asqueroso, Yumi.

—¡No es un asqueroso! —se apresuró a responder ella. Entonces se detuvo. ¿Sería mentira? No estaba segura del todo—. Lo que pasa es que malinterpreté lo que me decía. Estaba refiriéndose a… a las series esas que le gusta mirar. No a nadie a quien conociera. Además de eso, yo estaba agobiada. La gente de la ciudad es… distinta a la de casa.

—He oído hablar de los pueblos pequeños —respondió Akane riendo—. Sé que allí las cosas son más tradicionales. ¡Menudo espectáculo debemos de ser para ti!

—Es más la propia ciudad —dijo Yumi, con la mirada perdida hacia la derecha mientras cruzaban una avenida—. Parece que aquí las calles no terminan *nunca*. Hay muchísima gente en un mismo sitio, construyendo monolitos hacia un cielo oscuro.

Viviendo unos encima de otros, apilados como piedras en un muro y…

Akane sonrió.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Yumi, bajando la mirada—. Mis más sentidas disculpas por mi necedad.

—No eres una necia —dijo Akane—. En realidad, estaba pensando que me gusta tu forma de hablar. Tiene como un… toque poético.

¿Poético? Yumi solo estaba hablando con la debida formalidad. Aun así, no sería respetuoso corregir a Akane, así que se mordió la lengua. La mujer la llevó a una gran estructura con ventanas más grandes y luces más intensas que la mayoría. Yumi echó una mirada atrás hacia Pintor, que las seguía a poca distancia con las manos en los bolsillos. No parecía querer hablar, pero de todos modos Yumi se preocupó de quedarse un momento junto a las puertas para que Pintor pudiera seguirla.

Entonces toda su atención se vio atrapada por el lugar que había tras esas puertas: una inmensa sala abierta llena de exhibidores y estatuas vestidas con ropa. Centenares de faldas colgadas de soportes, dispuestas con buen gusto y destreza. Blusas formando altos montones en unos casilleros de las paredes. Zapatos de mil variedades distintas, colocados encima de mesas para que lucieran mejor.

—A ver —dijo Akane—. Necesitarás por lo menos un par de conjuntos. ¿Tres, tal vez?

Con eso deberías aguantar hasta que te envíen cosas desde casa.

Yumi se limitó a mirar. Estaba todo resaltado por una luz más blanca que las líneas de fuera. Había docenas de personas moviéndose entre los exhibidores, charlando, señalando

distintas

opciones.

¿ *Todo*

aquello… estaba allí para que la gente *se llevara* lo que quisiera?

—¿Qué te gusta ponerte? —preguntó Akane con amabilidad, y le dio un suave codazo—. ¿Yumi?

—Eh… —susurró ella—. Es que hay tanto…

—Tienen una selección *aceptable*. —Akane se inclinó hacia ella—. El centro comercial Shinzua tiene tendencias más actuales, pero los precios de allí son *de locos*. Este sitio está más equilibrado.

Precios.

Claro: *dinero*. La gente normal necesitaba *dinero* para comprar cosas.

Yumi tuvo un ataque de pánico.

—¡Te he llevado a confusión, honorable Akane! No poseo dinero alguno para…

—Tranquila —dijo ella—. Te lo presto yo y se lo cobraré a tu hermano. Créeme, va a devolvérmelo. Ya me *ocuparé* de eso.

Ah. Bueno, Yumi supuso que Pintor le debía al menos eso. Se preocupó de no mirar hacia él mientras asentía.

—Entonces ¿tres conjuntos? —preguntó Akane—. ¿Una falda, dos pantalones y unas pocas blusas?

—¡No! —replicó Yumi con demasiada intensidad—. Esto… ¿vestidos? ¿Vestidos completos? ¿Eso sería aceptable?

A lo mejor encontraba algo parecido a lo que había llevado en casa. Aunque aún no había visto ni a una sola mujer con algo ni remotamente similar.

—Claro —dijo Akane—. Por aquí.

Serpentearon entre soportes repletos de ropa, y todos los atuendos parecían demasiado… livianos. Blusas que se ajustaban al torso, faldas

tan ligeras y fluidas que parecían hechas de aire y nubes. Akane y ella terminaron llegando a una zona donde se vendían vestidos, y allí la sensación intimidada de Yumi se incrementó. ¿Cómo elegía la gente? Ella siempre había llevado lo que le ponían, sin expresar jamás una opinión.

Porque ¿para qué iba a necesitarla?

Estaba a punto de decirle a Akane que le buscara el vestido más grueso y aparatoso cuando se quedó petrificada. Justo delante de ella había una estatua de una mujer sin rostro sobre un pedestal, que llevaba puesta una cosa *preciosa*. Fluido pero no insustancial, el vestido de color azul claro se oscurecía en dirección al suelo, como el capullo de una flor. Silueteaba la forma de la estatua, como todos los vestidos de aquel lugar, pero no se *aferraba* a ella como las faldas que le gustaban a Akane. En vez de eso daba una sensación líquida, ondeante.

Vestida con algo como eso… resplandecería cuando se diera la vuelta. Le dejaría los hombros casi desnudos, salvo por dos tiras de tela, pero el escote no era ni por asomo tan atrevido como el de los otros vestidos. Aun así, mostraría más de Yumi de lo que jamás había revelado.

Pero era como el vestido que llevaría una *reina*. Una reina de cuento. Una mujer, no una chica que daba órdenes a los espíritus primordiales.

—Ah —dijo Akane, retrocediendo para volver con ella—. *Alguien* tiene pero que *muy* buen gusto. ¿Qué talla tienes? Voy a traerte uno del perchero.

—¡No! —exclamó Yumi cogiéndola del brazo—. No puedo, honorable Akane. Es demasiado… atrevido.

Akane le echó un vistazo al vestido y miró de nuevo a Yumi, que se sonrojó. (Quizá Akane estuviera pensando que llevar un suéter como falda era la verdadera maniobra atrevida).

—Escucha —dijo Akane, dándole una palmadita en la mano—. No te obligaré a hacer nada con lo que no estés cómoda. Pero ahora estás en la ciudad, Yumi. No hay mejor momento para probar cosas nuevas, para ser un poco «atrevida», por así decirlo. A lo mejor a ti no te lo parece, pero en realidad aquí ese vestido es bastante recatado.

Yumi se contuvo para no mirar la falda que llevaba la propia Akane, a

la que solo parecía faltarle que su propietaria se desperezara para subirse y convertirse en cinturón.

Quizá… el vestido sí que fuera recatado. Y los espíritus no habían castigado a Yumi por las mentiras que había tenido que contar, así que tal vez *supieran* que allí tendría que hacer las cosas de otra forma. Para cumplir sus designios, claro.

Esa era su excusa, al menos. La verdad era que mirar ese vestido y darse cuenta de que podía *escoger* ponérselo despertó algo en ella. No era una inclinación que hubiera estado aletargada ni oculta muy por debajo de la superficie. Había estado acechando, incluso en su propio mundo. Liyun la habría considerado peligrosa.

Liyun no estaba allí.

—Quiero probármelo —susurró Yumi, agarrándose a Akane.

—¡Estupendo! ¿Qué talla tienes?

Yumi sintió que se ruborizaba.

—Eh… No lo sé. Nunca había ido a comprar.

— *¿Cómo?*

—Siempre me he puesto lo que me daban.

—¿Tienes hermanas? —dijo Akane (bajo)—. ¿Eres la pequeña, entonces? Qué mal tener que ponerte siempre ropa usada. Sé lo que es. ¿Así que es tu primera vez?

Yumi asintió.

—No me extraña que parezcas una polilla en una fábrica de bombillas —dijo Akane—. A ver qué te parece esto: señálame unos pocos maniquíes con un estilo que te guste y yo te haré una selección de cosas parecidas y te las llevaré al probador para que te las pongas. Así no tendrás que elegir entre cientos de opciones, solo entre una docena o así.

—Suena maravilloso —respondió Yumi (alto)—. Gracias, Akane. Eres un honor para tu familia, tu linaje y los mismísimos espíritus.

—Y tú —dijo Akane— eres un *verdadero* brazalete de la suerte como persona.

Akane la llevó con una sirviente que trabajaba en aquel lugar y allí le tomaron unas medidas muy personales a Yumi. Akane parecía pensar que eso la cohibiría, pero quedarse de pie y dejar que la manipularan era lo primero que Yumi encontraba *familiar* de toda aquella experiencia. Aunque no le hiciera demasiada gracia que sucediera delante de Pintor.

—Supongo que no sabes tu talla de suje, ¿verdad? —le preguntó Akane después de terminar con esa parte.

—Esto… —¿Decir que no sabía lo que era eso la haría parecer demasiado rara? No quería llamar *demasiado* la atención, por si la gente se daba cuenta de que era literalmente una alienígena—. ¿No?

Las siguientes medidas que le tomaron fueron incluso más personales. Pero Yumi lo soportó, y al poco tiempo la llevaron a un corto pasillo con varias estancias que al parecer servían para probarse ropa. Pintor esperó fuera mientras Yumi entraba en una de ellas, aunque todavía no tenía ninguna ropa que ponerse, porque Akane se había ido a buscársela.

—¿Qué es un «suje»? —susurró Yumi a Pintor a través de la puerta abierta.

—Ropa interior —dijo él—. Femenina.

Titubeó y luego se señaló el pecho.

—Ah —dijo ella—. ¿Y por qué no una banda de pecho?

—Eso… sería mejor que se lo preguntaras a Akane.

—Supongo —dijo Yumi— que todo esto te parecerá una distracción frívola.

Pintor se encogió de hombros, mirando hacia fuera, donde Akane pasaba a la cabeza de lo que ya eran *dos* sirvientes de la tienda.

—Necesitas ropa, Yumi. Y no conozco a nadie mejor para ayudarte con eso que Akane.

—Es muy bonita —dijo Yumi.

—La más bonita de mi clase en la escuela —asintió él.

—Dime qué te gusta de ella, *aparte* del hecho de que es bonita.

Pintor se quedó pensando y le costó una cantidad de tiempo vergonzosa (para él) responder.

—Tiene mucho estilo vistiendo.

—Eso es, en esencia, otra manera de decir que es bonita.

—¿Y a ti qué más te da? —restalló él.

—Bueno, yo ya me he fijado en que es una persona tierna y solícita —dijo Yumi—.

Solo tenía curiosidad por saber si era lo que te encandila tanto de ella.

—No estoy encandilado —respondió Pintor, y sonaba serio, no a la defensiva—. Es que tengo mucho tiempo para pensar. A lo mejor demasiado y todo. Y para soñar.

Sacudió la cabeza mientras Akane pasaba de nuevo en dirección contraria, seguida por las dos sirvientes cargadas de ropa y por… ¿había una *tercera* correteando detrás de ellas? ¿No había dicho que iba a buscarle a Yumi solo unos *pocos* conjuntos para que se los probara?

—Fue simpática conmigo —dijo Pintor por fin—. Aunque yo viniera de un pueblo pequeño. Cuando nos conocimos en clase hace tres años, había gente que se burlaba de mí. Pero Akane me preguntó por qué quería hacerme pintor.

Al ver que lo dejaba ahí, Yumi le preguntó:

—¿Tenías elección?

Le sonó estúpido al decirlo. Parecía evidente, visto en retrospectiva, que él había elegido ser pintor. Pero en Torio casi nadie podía decidir a qué iba a dedicarse. Lo normal era heredar el oficio familiar. A menos que una fuese una yokihaijo.

—Es como se hacen las cosas aquí —respondió él.

—Y tú quisiste ser pintor de pesadillas —dijo ella—. ¿Por qué?

Antes de que Pintor pudiera responder, Akane regresó dando zancadas con cuatro sirvientes en su estela, todas ellas cargadas de ropa. Yumi ya estaba aceptando el primer montón y escuchando las instrucciones de Akane cuando cayó en la cuenta de que Pintor podría haberle respondido de todos modos. Nadie más lo oía aparte de ella, así que

¿por qué callarse si había más gente cerca?

Al cabo de un momento Yumi estaba en la pequeña habitación con la puerta cerrada, rodeada por demasiadas opciones. Empezó por quitarse las capas que había elegido

ponerse y descubrió que estaba sudada por debajo. No había estado prestándole mucha atención, pero le gustó quitarse toda aquella ropa: la verdad era que le daba demasiado calor. Quizá estuviera adaptándose a aquella tierra semicongelada.

La primera pieza de ropa interior tenía sentido, pero el suje… bueno, era de armas tomar. Yumi comprendía cómo había que ponérselo, pero tenía tiras y un enganche y…

En fin, que le costó un poco. Aun así, se quedó impresionada mientras se lo ponía, maravillándose por lo mucho que se estiraba parte de la tela. ¿Cómo lograban que hiciera *eso*?

Por fin consiguió ponerse la prenda, aunque tuvo que colocársela al revés para cerrar el enganche y luego darle la vuelta y encajarse a sí misma dentro. La encontró un poco apretada, y le resaltaba la forma en vez de aplanársela como era normal. Supuso que era así como Akane y las demás hacían que su figura resultara tan… prominente. Pero ¿por qué les interesaría ser *más* llamativas?

El suje parecía un objeto vanidoso sin más, y estuvo a punto de quitárselo y prescindir de él. Pero entonces se volvió y ladeó la cabeza. Y entonces probó a saltar. Y

entonces…

Se sintió *bien*. No era que fuese una prenda *cómoda*, pero desde luego evitaba la *incomodidad*.

—¿Yumi? —llamó Akane desde fuera—. ¿Estás bien?

—Este suje —dijo ella, saltando de nuevo— es *increíble*.

—Nunca habías llevado uno de tu talla, ¿eh? —preguntó Akane—. Es sorprendente lo mucho que lo cambia todo.

Yumi había tenido intención de probarse el vestido bonito en último lugar, pero…

bueno, la curiosidad pudo con ella. Se lo puso y se miró en el espejo

del probador. Era hermoso, como nubes sobre un cielo azul oscuro, como el propio viento que hubiera cobrado forma, enviado a abrazarla.

Pero había un magnetismo en él que iba más allá de su evidente belleza. Ese vestido transformaba a Yumi en otra persona. En alguien que podía elegir. Era la primera vez en *toda su vida* que había tomado una decisión solo para *sí misma*.

Akane le había llevado una pequeña bolsa con artículos de aseo, y dentro había un cepillo. Yumi se lo pasó por el pelo unas pocas veces para quitarse los enredos y luego

se irguió y miró a aquel ser mítico que había en el espejo, sintiendo una desconexión, intentando aceptar que era ella.

—¿Y bien? —dijo Akane—. ¡Venga, déjame verte!

Yumi se sonrojó al instante y se llevó las manos a los hombros descubiertos. Las capas que llevaba antes le daban demasiado calor, pero aquel vestido era sin duda demasiado fresco.

—No sé si puedo —respondió alzando la voz—. ¡Llevo los hombros desnudos!

—¡Ah! —exclamó Akane—. Pues estás de suerte. Porque ya había pensado en eso. En la percha más a tu derecha tienes la chaquetilla a juego.

Yumi miró y vio una chaqueta corta con botones. Vosotros tal vez la llamaríais una rebeca, pero era un poco más elegante que eso, un pelín más rígida (hecha de una resistente mezcla de algodón) y algo más corta, tanto que ni le llegaba al ombligo. A Yumi le recordó un poco a la parte superior del tobok que llevaba entre su gente, solo que con menos manga.

La descolgó de la percha y se la puso con cautela. Conjuntaba bien con el vestido. No le sobraba apenas tela, por lo que Yumi lucía una silueta *a todas luces* femenina. Trató de no cohibirse por ello mientras abría la puerta.

Akane le sonrió de oreja a oreja. Eso dio a Yumi una oleada de confianza, como una flor al elevarse impulsada hacia el cielo. Una asistente se había quedado con ellas, y la mujer asintió pensativa y parecía tener también una expresión aprobadora.

Detrás de ambas, Pintor se quedó muy recto, mirándola boquiabierto. Debía de pensar que Yumi estaba ridícula, dado que sabía el tipo de ropa que *debería* llevar puesto.

—Te queda de *maravilla* —dijo Akane—. Ese nos lo llevamos seguro. ¡Pero venga, pruébate los otros! *Tienes* que ver este rosa que te he traído.

Akane se metió en el probador y buscó entre los vestidos hasta encontrar uno en particular. Yumi alzó la barbilla y miró a Pintor a los ojos. Él seguía sin apartarlos de ella. Bueno, pues por una vez, a Yumi le daba igual no tener el aspecto adecuado. Los espíritus habían exigido mucho de ella en los últimos días.

Era una blasfemia, pero Yumi había decidido que era su turno de exigir algo a cambio. Quería tener *posesiones* por primera vez en la vida. Y así fue como, una hora más tarde, salió de la tienda llevando puesto el vestido azul y sosteniendo un paquete

que contenía otros dos conjuntos de estilo levemente distinto. Suyos.

Suyos de verdad.

Aunque era cierto que no podría llevárselos con ella a su tierra, donde su vida, cuando todo aquello terminase, volvería a ser como siempre había sido.

Pero de momento, podía vivir un sueño. Y eso casi hacía que todo aquel caos mereciera la pena. Mientras caminaba hacia casa con Akane, se fijó en otra cosa. Ya no había nadie mirándola como a un bicho raro.

Pintor había *acertado*, comprendió fascinada. Allí nadie sabía quién era Yumi. Allí a nadie le importaba. Desde que no llevaba aquella ropa tan ridícula, desde que encajaba con el resto, Yumi era solo… normal.

Era lo más emocionante que le había sucedido jamás.

—Muy bien —dijo Akane, deteniéndose fuera del edificio—. Tengo que ir a cambiarme para el trabajo. El capataz se pone hecho una furia si salgo a pintar con minifalda. ¿Tienes comida ahí arriba?

—Hum… —respondió Yumi—. En teoría, *cuenta* como comida.

—Ajá. Baja otra vez al vestíbulo en diez minutos. He quedado con unos amigos para cenar antes del turno en un restaurante de fideos que hay cerca. Te vienes con nosotros.

—Estoy siendo demasiada carga —dijo Yumi, agachando la cabeza.

—¿Carga, tú? —rio Akane—. Por favor, Yumi. No vas a negarme la oportunidad de presumir de mi discípula en moda delante de mis amigos, ¿verdad?

Cerca de ellas, Pintor negaba con la cabeza, apremiante. Eso, combinado con el rugido de su estómago, fue lo que terminó de decidirla.

—Claro que te acompaño —dijo Yumi—. Dame un momento para dejar todo esto en el piso de mi hermano.

Qué es un restaurante de fideos? —preguntó Yumi mientras extendía su ropa nueva en el suelo.

—Un sitio donde pagas —le explicó Pintor— y alguien te trae comida.

Se había quedado en la puerta, mirándola. Era surrealista lo mucho que un simple cambio de vestuario hacía que pareciera encajar allí. De pronto Pintor podía visualizarla en su mundo, en su vida.

—Alguien te trae comida —dijo ella—. ¿No tienes que prepararla tú?

—No.

—¿Y te la… dan en la boca?

¿Por qué sonaba *esperanzada*?

—No —respondió él—. Esa parte tienes que hacerla tú sola.

—Bueno, menos mal que no tendré que prepararla —dijo Yumi, con las manos en las caderas mientras estudiaba la ropa que había extendido.

—¿Vas a dejarla ahí tirada? —preguntó Pintor.

Yumi titubeó y le lanzó una mirada.

—¿Hay… algún otro sitio donde ponerla?

Miró hacia los montones de ropa.

—Armario —dijo él, señalando—. Tiene perchas y una vara.

—¡Ah! —Yumi fue hacia él—. ¡Qué práctico! A tu gente se le ocurren muchas cosas interesantes.

—Eh… Sospecho que tu gente tiene armarios, Yumi —dijo Pintor.

Ella ladeó la cabeza.

—Supongo que es posible. Nunca he entrado en casa de otra persona. —Empezó a colgar la ropa—. ¿Por aquí hay dinero que pueda usar en el restaurante de fideos?

—En la lata de la encimera —respondió él—. Pero Yumi, creo que no deberías ir.

Hasta ahora hemos tenido suerte. Akane no te ha hecho muchas preguntas y no se ha fijado en tus rarezas. Pero cuanto más tiempo pases con gente, más peligroso será.

—¿Peligroso? —dijo Yumi—. ¿Comprar ropa? ¿Cenar?

—Tarde o temprano alguien te hará preguntas que no podrás responder. Es posible que empiecen a hurgar, que sospechen cada vez más. Llegará un momento en que alguien descubrirá que no *tengo* ninguna hermana. Y entonces las cosas se pondrán incómodas.

—Por eso las mentiras son malas —dijo ella al tiempo que cerraba las puertas del armario—. Tendríamos que haberles dicho la verdad desde el principio.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo nos fue decirle la verdad a Liyun? ¿Y contarle al capataz lo de la pesadilla? ¿Qué tal nos ha salido eso?

—Esos errores se deben a nuestra ineptitud —repuso ella—. Deberíamos probar de nuevo, presentarle a Liyun la verdad de forma más convincente.

—No —dijo Pintor—. Solo pensará que hemos decidido amargarle la vida por algún motivo.

Yumi apartó la mirada.

—Y aquí podría ser peor aún, si dices la verdad —añadió él—. Te exigirán unas pruebas que no puedes proporcionarles. ¿Y si creen que estás loca? ¿O que me has matado?

Yumi se miró los pies.

—Pensaba… que tal vez los otros pintores podrían ayudarme. Averiguar lo que se supone que debo hacer. Por como habla Akane de ellos… parecen simpáticos.

—¿Ese grupo? —Pintor dio un bufido—. Son demasiado exclusivos para gente como nosotros, Yumi. A lo mejor ahora eres una novedad para ellos, pero te dejarán tirada en el momento en que llegue algo más interesante. Créeme.

—Akane es maja. Dices que fue buena contigo.

—Lo fue. Al principio.

Pintor apartó la mirada, reacio a recordar aquellos tiempos. Yumi se quedó callada un momento y luego sacó el dinero de la lata y pasó junto a él de camino a la escalera.

—Quiero ir de todas formas.

Un segundo más tarde, Pintor sintió el tirón hacia ella. *Ese* aspecto de lo que estaba pasando era una verdadera injusticia. ¿Cómo podía ser que Yumi lo mangonease cuando él adoptaba forma física y luego terminara arrastrado de un lado a otro como un perro con correa cuando era *ella* la que tenía cuerpo?

Al llegar abajo encontraron a Akane, vestida de forma más sencilla, con pantalones sueltos y blusa. No era del todo lo que él llamaría ropa para pintar, pero era lo más informal que llegaba a ponerse. Akane llevó a Yumi doblando la esquina hasta el Pupila del Fideo, y Pintor las siguió taciturno. No habría sabido decir qué hacía que quisiera evitar ese sitio. A lo mejor era que Akane hubiera adoptado a Yumi con tanta facilidad.

Le recordaba a la facilidad con que lo habían abandonado a él.

Aunque, siendo sinceros, tampoco podía reprochárselo.

Sin embargo, se sintió mejor cuando entraron en el restaurante. Era un sitio que le resultaba familiar, e incluso sin cuerpo captaba el cálido aroma del caldo y el cebollino.

Allí dentro, de algún modo el estrépito de cuencos y utensilios daba una sensación *más suave* que en otros restaurantes.

Akane colgó su enorme bolsa de pintora en el brazo de la estatua que había al entrar, la que (por si lo habéis olvidado) contenía el cuerpo de un narrador hastiado. Por lo menos, los huevos ya no estaban en ese momento.

Los examigos de Pintor estaban sentados al fondo, en su lugar de siempre. Mientras seguía a las dos mujeres hasta allí, se sintió… irritado. La de tiempo que había estado deseando que lo invitaran a esa mesa. Unirse de nuevo a esas risas reconfortantes, como cuando estudiaban juntos.

Resultó que había una forma fácil de que los demás volvieran a aceptarlo: solo tenía que volverse invisible.

Akane presentó a Yumi con una floritura.

—Contemplad —dijo— a la *hermana pequeña* de Nikaro.

El grupo lo formaban otras tres personas, dos chicas y un chico. Eso significaba que Tojin estaba superado en número por tres a uno, a menos que se llevara la cuenta por masa muscular en bruto. Pintor tenía un convencimiento razonable de que Tojin pesaba más que las otras tres juntas.

—No me (bajo) fastidies —dijo Tojin.

Estaba reclinado en su silla como acostumbraba, con las mangas por los codos como si les dieran demasiado miedo sus enormes antebrazos y se hubieran encogido de respeto. Estaba apretando algún tipo de aparato para ejercitar las manos y hacía diez repeticiones con cada una antes de pasarlo a la otra, porque cómo no iba a hacerlo.

—Este es Tojin —dijo Akane, con un gesto hacia él.

—Qué hay —saludó él mientras se pasaba el aparato de una mano a otra.

—Tojin —dijo Pintor inclinándose hacia Yumi— es justo lo que aparenta. La clase de tío que se arremanga y hace ejercicio en la mesa de la cena para exhibirse siempre que puede delante de las mujeres. No se pierde *ni una* oportunidad de mostrar su cuerpo a las chicas.

—Ella es Masaka —dijo Akane, señalando a una chica que iba toda de negro, acurrucada en la silla con las rodillas en alto y un cuaderno de dibujo apoyado en las piernas.

Masaka aborrecía enseñar piel y llevaba bufanda para esconder incluso el cuello.

Miró por encima del cuaderno con los ojos entornados, oscuros bajo su flequillo. Yumi dio un paso atrás, sorprendida. Masaka tenía ese efecto en la gente.

—En la escuela se rumoreaba —susurró Pintor— que Masaka se había convertido en pintora a raíz de un acuerdo con el juez después de haber apuñalado a alguien cuando iba a primaria. No habla mucho. Está demasiado ocupada tramando.

Masaka resaltó algo en la página y alzó la mirada hacia Yumi, que retrocedió otro paso sin pretenderlo.

—No dejes que te afecte ese aire tan serio que tiene —dijo Akane en su habitual tono alegre—. Por dentro es un peluchito. Además, se cabrea si la miras mucho. ¡Y, por último, aquí está Izumakamo!

Una chica vestida con pantalones y sudadera se levantó y le tendió la mano. Yumi se quedó mirándola.

—Tienes que agarrarla —le explicó Pintor— e inclinarte. Es un tipo de saludo.

Yumi obedeció vacilante, tomando la mano de Izzy y haciendo una inclinación mientras la otra chica hacía lo mismo. Luego miró a Pintor, como esperando una explicación de quién era parecida a la que le había dado sobre los otros dos.

—Tú mira —fue lo único que dijo Pintor.

—Yumi… —dijo Izzy pensativa. Entonces sacó un grueso libro, parecido a una enciclopedia, y pasó páginas a toda velocidad—. Empieza por Y, dos sílabas… ¿Mes y año de nacimiento?

—Dile que eres del año del dragón —le apuntó Pintor—. Quedaría raro que tuviésemos la misma edad. Y pongamos que el mes de la lluvia. Porque sí.

—Esto… —dijo Yumi—. Año del dragón, mes de la lluvia.

—Ah, sí. —Izzy siguió pasando páginas—. Vale, aquí está. ¡El episodio de la boda de Guri y Shishi! La primera boda, quiero decir. Hoy vas a tener mucha suerte, Yumi. Pero que mucha. Es un día estupendo para hacer promesas.

Yumi observó a la joven, patidifusa. Tojin soltó una risita y se cambió de mano su aparato de ejercicios.

—Ni se te ocurra burlarte, Tojin —dijo Izzy—. Esto es una ciencia *más que* legítima.

—No le hagas caso, Yumi —intervino Akane, acercándose a ella para susurrarle—. Es especial.

—¡Mi talento *es* lo especial! —proclamó Izzy—. Esperad y veréis. La gente no tardará en enterarse, y entonces *todo el mundo* querrá su serióscopo. Me haré famosa por inventarlo y ya no podréis seguir riéndoos de mí. Tendréis que hacer cola.

—Hacer cola —dijo Tojin— para reírnos de ti.

—No, hum…

—Supongo —dijo él, flexionando la mano— que porque habrá mucha otra gente que también querrá hacerlo, ¿no?

— *No* me refería a eso —replicó Izzy. Entonces se inclinó hacia Masaka y, en tono conspirativo, le dijo—: Cuando sea rica y famosa, ¿quieres ser mi guardaespaldas?

Masaka se encogió de hombros.

—De lujo —dijo Izzy—. Tu primer trabajo será apalear a Tojin cuando vaya a decirle a todo el mundo que me conocía antes de hacerme famosa.

—No… entiendo nada —confesó Yumi.

—No me extraña —dijo Akane—. Es solo un juego que le gusta a Izzy.

— *No* es un juego —replicó Izzy.

—Cree —dijo Akane— que puede predecir el futuro de la gente usando las guías de episodios de los programas de línea de hion.

—Es un arte ancestral —afirmó Izzy.

—¡Pero si te lo has inventado! —exclamó Tojin, señalándola.

—Lo inventé hace mucho tiempo —dijo Izzy—, en una vida anterior. Así que es ancestral. ¿Quieres ver el serióscopo donde se explica? Espera, que te lo enseño.

Sonrió mientras Tojin ponía los ojos en blanco. Pintor nunca había llegado a averiguar lo en serio que la chica se tomaba aquellas ideas tan demenciales. En momentos como ese, sonriendo como si se hubiera pasado de la raya a propósito, eran cuando menos claro lo tenía.

Pero estando allí de pie, escuchando a Tojin bromear mientras Masaka dibujaba e Izzy desvariaba sobre algo totalmente aleatorio, Pintor sintió una dolorosa nostalgia.

Por algo que había perdido, como un papelito en el que recuerdas haber anotado algo importante pero no terminas de recordar en qué bolsillo lo metiste.

Esos jóvenes ya *no eran* sus amigos. ¿Y esa sensación que tenía? Era falsa. Se volvió para alejarse mientras llegaba la comida, traída por un asistente de Diseño. Dos cuencos para Tojin, sin fideos pero con extra de huevos y cerdo, y uno pequeño para Masaka.

Allí no había nada para Pintor. ¿Por qué había anhelado regresar a aquello durante tanto tiempo?

Se marchó. Yumi le dirigió una mirada temerosa al ver que lo hacía, pero era ella quien había querido entrar allí y hablar con esa gente. Que lo hiciera sin él. Pintor quería apartarse todo lo posible de ellos, o al menos todo lo posible sin que Yumi tirara de él al cambiar de postura. Logró llegar a la barra, donde se sentó en un taburete vacío, de espaldas al grupo.

Yumi fue con él al cabo de unos minutos.

—Me han dicho —le contó en voz baja— que tengo que venir aquí a pedir. O sea… a decirle a alguien qué comida quiero, ¿verdad?

Pintor asintió.

—¿Hay algún plato concreto que deba tomar? —preguntó ella.

—Elige el que quieras —dijo él.

Yumi inhaló, al parecer nerviosa por la idea.

—Pide un cuenco pequeño de cerdo salado poco picante —sugirió él —. Sin ningún extra. Por lo que me dieron de comer en tu mundo,

imagino que preferirás algo con un sabor… no muy complejo.

—Gracias —dijo Yumi, y sostuvo un papel en alto—. Hum… Masaka me ha dado esto.

Era un dibujo de un conejo con huecos profundos y cavernosos en vez de ojos y una expresión que daba a entender que quería tragarse el mundo entero. Debajo, un texto rezaba: «Yumi me recuerda a un conejito mono».

—Ay, madre —dijo Pintor (bajo).

—¿Qué pasa? —preguntó Yumi, levantando la voz.

—Le caes bien.

—¿Y eso es malo?

—Con Masaka nunca se sabe —respondió él.

Yumi se sentó en el taburete de al lado de Pintor.

—Tenías razón —le dijo en voz baja—. No tendría que haber venido. No sé… cómo ser una persona, Pintor.

—Bueno, igual era yo quien se equivocaba. Porque te hace falta practicar.

—No —repuso ella—. No necesito practicar para convertirme en lo que no debería.

Yo no soy una persona, Pintor.

Él frunció el ceño, mirándola.

—Pues claro que eres una persona, Yumi.

—No, soy un concepto —dijo ella—. Un objeto que pertenece a la sociedad. Me iría mejor siendo una máquina, como esa caja que muestra historias en tu habitación. Si no pensara, si no sintiera, haría mucho mejor mi trabajo. —Bajó la mirada y la fijó en la barra—. Estos bocaditos de libertad que he dado hoy son peligrosos, Pintor. Saben a cosas que *no debería* querer. Si dejo que me controlen, ¿qué pasará? Aun así, tengo que volver. Retomar mis obligaciones. ¿Crees que los espíritus pueden haberme enviado aquí para advertirme? ¿O quizá… para ponerme a prueba?

—No —respondió Pintor—. Creo que te han enviado aquí como recompensa, Yumi.

Para que *puedas* saborear estas cosas. Disfrutarlas por una vez en la vida.

Yumi lo miró y sonrió. Y de pronto Pintor se avergonzó de haber disfrutado con su incomodidad. Tal vez debería haberse dado cuenta antes, pero tenía al lado a alguien que, de algún modo, se sentía aún más aislada que él.

Pintor había considerado que estaba solo. Apenas había comprendido la palabra.

La sonrisa de Yumi flaqueó, y sus ojos se apartaron de él.

—Ojalá pudiera creer que tienes razón. Pero el espíritu que vino a mí, Pintor… estaba *sufriendo*. *Necesitaba* algo. Esto no es una recompensa. A lo mejor no es un castigo ni una prueba, pero desde luego no es una recompensa.

—Aun así, disfrútalo —dijo él—. Mientras puedas.

Yumi volvió a mirarlo. Y por instinto, Pintor extendió la mano hacia la de ella. Parecía que a la pobre le vendría bien sujetarla. Pero… entonces se detuvo, porque no podía tocarla ni aunque quisiera. Se ruborizó, sintiéndose idiota.

Un cuenco cayó al suelo.

Los dos se sobresaltaron y se volvieron hacia Diseño, que acababa de salir de la cocina. No pareció hacer ningún caso al cuenco de sopa que acababa de soltar. Solo estaba allí plantada, boquiabierta.

—¡Tormentas! —exclamó Diseño, mirando *directamente* a Pintor—. ¿Nikaro? ¿Estás *muerto*?

Yumi tardó un momento en asimilar lo que había ocurrido.

Aquella extraña mujer de pelo blanco y la figura demasiado curvilínea estaba mirando a Pintor. Lo había llamado por su nombre.

Podía verlo.

Alguien podía *ver a Pintor*.

—¡Diseño! —exclamó él, levantándose de un salto—. ¿Me ves?

—Esto… —dijo Diseño, desviando la mirada de lado hacia los clientes que había cerca, atentos a ella por el cuenco que se le había caído—. Qué va. No, no, aquí no veo a ningún fantasma. A los mortales *no les gusta nada* que se hable de fantasmas. —Alzó la mirada y subió la voz —. ¡Ha sido solo un accidente con mis torpes e ineficaces dedos carnosos! *En absoluto* he visto a ningún fantasma. ¡Espero que os estén gustando los fideos!

—¡Diseño! —dijo Pintor, afligido.

La mujer hizo un gesto exagerado hacia el suelo con el mentón. Se agachó y empezó a limpiar los fideos. Pintor rodeó la barra a toda prisa y Yumi, sintiéndose incómoda, cogió unos paños, fue tras él y se arrodilló al otro lado.

Así quedaron los tres ocultos a la mirada de los clientes pero perfectamente audibles, excepto tal vez en el caso de Pintor. A Yumi ese método le pareció más sospechoso que haberse quedado como estaban. Pero no sabía cómo se comportaba la gente normal, por lo que quizá su criterio no fuese el más fiable.

—¡Pintor! —dijo Diseño—. ¿Cómo moriste? ¿Atragantado por un fideo excesivamente grande?

—No creo que esté muerto —respondió él, susurrando por algún motivo. Señaló a Yumi—. ¡Hace un par de día, empecé a despertarme en *su* mundo! Creo que es la estrella, el sitio que visito. Y luego, al dormirme, vuelvo a despertar aquí, pero soy como un fantasma y es ella quien viene.

Diseño miró a Yumi y le tendió la mano.

—¡Buenas! ¿Querrías estrechar apéndices carnosos?

—Eh…

Yumi le tomó la mano e hizo una inclinación. Se sorprendió al ver que Diseño no se inclinaba también, sino que solo sacudía la mano un poco.

—Encantada de conocerte —dijo Diseño—. No eres un fantasma.

—No hemos podido averiguar qué está pasando —le explicó Pintor—. Ni por qué yo estoy en su cuerpo cuando viajo a su mundo, pero ella no tiene el mío cuando viene aquí.

—Hum, ¿Pintor? —dijo Diseño, señalando a Yumi con la cabeza—. Ese de ahí sí que es tu cuerpo.

—Pero tiene su aspecto —respondió él—. A ti también te lo parece, ¿verdad?

—Ajá —dijo Diseño—. Pero veo la línea de Conexión entre el cuerpo y tú. Es porque tengo un… potente aspecto cognitivo, ¿me entendéis? Es difícil de explicar sin números, y a los mortales se os calienta la cabeza cuando los uso. *En realidad* no estoy aquí, como ya te dije, así que percibo las sombras cognitivas incluso cuando no quieren que las vea nadie. Además, ahora tu cuerpo es un cuerpo de chica.

— *¿Qué?* —exclamó Pintor.

—¿Quién eres? —preguntó Diseño, sin hacer caso a Pintor y mirando a Yumi—.

Tienes un aspecto espiritual *tormentosamente* fuerte, muy Investido en cierto modo extraño. De lo contrario, no habrías sido capaz de reescribir el cuerpo de Nikaro con tu alma y deformarlo para encajar

con tu sentido del yo. Encoger y modificar los huesos, estirar y mover los músculos… Qué divertido.

Pintor palideció. Yumi trató de guardar la compostura.

—No… no pretendía hacer nada de eso, honorable anfitriona. Fue cosa de los espíritus, por algún tipo de necesidad desesperada.

—Ya —dijo Diseño—. Lo que has hecho es un trabajo muy duro. Seguro que tienes hambre.

—Muchísima —reconoció Yumi—, aunque no tanta como la vez anterior que vine a vuestro mundo.

—Debería resultar más fácil cada vez —respondió Diseño—. El cuerpo se opondrá menos y desperdiciará menos energía intentando recuperar el aspecto de Nikaro. Aun así, debería darte de comer. Es como mi trabajo. ¡Tengo un *empleo*!

Se levantó detrás de la barra e hizo que Yumi volviera a un taburete, aunque no habían recogido ni la mitad del estropicio. Diseño terminó con rapidez y efectividad mientras Pintor se quedaba cerca con aspecto taciturno.

—No *quiero* ser una chica —dijo.

—¡Venga ya! —replicó Diseño, fregando el suelo a toda prisa—. Yo llevo años fingiendo serlo, así que soy una autoridad en el tema, y la verdad es que está bastante bien. Excepto por el machismo. Pero es difícil culpar de eso al hecho de ser mujer en vez de a… bueno, a los *imbéciles*. —Calló un momento y sonrió a Pintor—. Alegra esa cara.

Es probable que el cuerpo recupere tu forma cuando ya no lo ocupe ella.

—¿Probable? —preguntó él.

—Decididamente probable. —Le pasó el paño, que atravesó los dedos incorpóreos de Pintor en el momento en que lo soltó. Lo cual le provocó una risita—. ¿Qué? —dijo al ver su expresión ofendida—. Estoy haciendo unas comprobaciones.

Diseño recogió el cubo y el paño y volvió a meterse en la cocina. Pintor rodeó la barra y se dejó caer al lado de Yumi. Ella miró alrededor, pero no parecía que nadie estuviera prestándoles mucha atención. Akane miraba de vez en cuando hacia Yumi como para ver

cómo le iba, así que Yumi le hizo un gesto que esperaba que significara que estaba bien.

—¿Cómo es que a la gente le dan igual las cosas que dice y hace Diseño? —susurró Yumi—. ¿Fantasmas? ¿Soltar un paño al suelo? ¿Hablar con el aire?

—Ahora mismo la mayoría son clientes habituales —le explicó Pintor con voz hosca—. Están… acostumbrados a Diseño. Se comporta así hasta en los días normales.

—Me salto las convenciones sociales —dijo Diseño, saliendo de la cocina con un cuenco de sopa para Yumi—. Es adorable.

Dejó el cuenco y se inclinó hacia delante. A la gente de ese planeta… le encantaba la ropa escotada, ¿verdad?

—Come —dijo Diseño, señalando.

Yumi obedeció. El sabor de la sopa era más *intenso* que los que ella conocía; de hecho, también tenía un sabor más insólito que los que conocía. Unas especias que no había probado nunca se entremezclaron en su boca, haciéndola despertar de un largo sueño.

La primera cucharada fue poderosa. La segunda fue satisfactoria. La tercera, divina.

—Lo normal —dijo Pintor— es usar los palillos maipon para comerte los fideos.

Yumi echó un vistazo a los palillos con los que sus asistentes solían darle de comer.

Ella no los había usado nunca. Así que siguió con la cuchara.

—Sigo sin entender —dijo Pintor a Diseño— cómo puedes verme.

—Es una cosa técnica —respondió Diseño—. Sobre todo se debe a que en realidad no soy humana, sino una esencia inmortal de Investidura pura con un caparazón que imita a un humano carnoso puesto encima.

Yumi se detuvo con la cuchara a medio camino de la boca y unos fideos colgando.

Intentó desentrañar esa frase, lo cual era difícil, pero al final llegó a la conclusión evidente.

—¿Eres un espíritu? —preguntó.

—Depende —respondió Diseño— de la definición que uses de esa palabra. ¿Qué es un espíritu para ti, Yumi?

—Son el alma de mi mundo —explicó Yumi entre cucharadas—. Se alzan desde el suelo cuando los invoco si, como intercesora entre lo divino y lo mortal, los satisfago con mis apilamientos de piedra, dispuestos según sus gustos. A cambio, ellos hacen lo que les pido y adoptan formas de poder y utilidad con las que, durante un tiempo, bendicen la vida de mi gente.

—Apilamientos de piedra, ¿eh? —dijo Diseño.

—Siguiendo unas pautas —respondió Yumi—. Por motivos que escapan al entendimiento mortal, a los espíritus les encanta ver el orden creado a partir del caos.

Hay otras formas de hacerlo, pero los apilamientos de piedra han demostrado ser de lo que más atractivo resulta para los espíritus.

—Es la mezcla de matemáticas y arte —dijo Diseño—. Con el añadido del aspecto humano: la concentración, la satisfacción, la emoción. Esta zona está repleta de Astillas que dejó atrás Virtuosismo. En todo caso, parece que, ¡viva!, puedo responderte. ¡Sí! Soy sin duda un espíritu. Venimos a ser lo mismo.

Yumi ya lo había sospechado, pero aun así encontró la idea sobrecogedora. Dejó la cuchara con gesto reverente y, tras un momento de indecisión sobre qué hacer, emprendió una de las oraciones.

—Para, para —dijo Diseño, dándole un golpe en la cabeza con una cuchara—. No soy una honorspren. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Debería mostrarte devoción —respondió Yumi (alto).

—No soy un espíritu de los *tuyos* —afirmó Diseño—. Además, estoy de vacaciones.

Nada de adorar a pedacitos de Dios mientras están de vacaciones. Es una norma que acabo de inventarme.

Bueno, aquello iba a ser difícil, pero el deber de Yumi era hacer lo que le pedían los espíritus, así que, titubeante, volvió a coger la cuchara y siguió comiendo. Pero mientras lo hacía, lanzó una mirada furibunda

a Pintor.

—Tenías un espíritu aquí —le dijo— ¿y no me lo habías *mencionado*?

—No sabía que Diseño era un espíritu —respondió Pintor.

—Te lo dije —intervino Diseño, con los codos apoyados en la barra—. Se lo digo a casi todo el mundo. Pero no me hacen ni caso. Si fuese un pedacito de Dios más vengativo, me ofendería. Por suerte, en vez de eso soy excéntrica. Es adorable.

—Siempre sale con cosas raras como esa —dijo Pintor, dirigiéndose todavía a Yumi—

. ¿Cómo iba a saber que era sincera y no una loca?

Diseño se inclinó más hacia Yumi y le habló en tono conspirativo.

—No creo que Nikaro prestara mucha atención a las cosas que decía. Pero tiene la excusa de que siempre está mirándome el culo.

Pintor se sonrojó cosa mala.

—¿Y esa es mi *excusa*?

—Claro —dijo Diseño, volviéndose—. Es una explicación sincera. En fin, es un culo espectacular, ¿a que sí?

—No creía que te dieras cuenta de que… miraba —dijo Pintor, flaqueando.

—Chaval, las mujeres *siempre* nos damos cuenta. Solo hace unos años que lo soy y hasta *yo* lo sé.

—Eh… —dijo Yumi—. Yo creo que no me *daría* cuenta.

Siguió comiéndose el plato, que estaba más increíble a cada cucharada que daba. Pero a medida que el hambre empezaba a saciarse por fin, estaba entrándole sueño. Esa excursión al mundo de Pintor había durado mucho más que la anterior, pero Yumi no estaba nada segura de cuánto tiempo más aguantaría despierta.

—¿Nos ayudas, Diseño? —estaba preguntando Pintor—. ¿Puedes encontrar una manera de arreglar lo que nos ha pasado?

—No lo sé —dijo Diseño—. Estas cosas… no se me dan demasiado bien. La persona que os interesa para este asunto es Hoid. Es un grano en el culo, ya sea espectacular o no, pero comprende la teoría realmática mejor que nadie a quien conozca.

(Es bonito que te valoren).

—Genial —dijo Pintor—. ¿Y dónde está?

Diseño señaló. Yumi se volvió hacia la estatua que había junto a la puerta, colocada para que la gente dejara el abrigo y la bolsa al entrar. ¿Aquello era… una persona de

verdad? ¿O tal vez otro espíritu? Para Yumi tenía sentido, ya que los espíritus a los que invocaba a menudo se convertían en metal o piedra al transformarse.

—Ah —dijo Pintor—. Ese. El otro día me hablaste de él. No te creí.

—¿Podemos despertarlo? —preguntó Yumi.

—Probad si queréis —dijo Diseño—. Yo llevo una *eternidad* intentándolo. Aunque también es verdad que, insisto, no soy muy buena en estas cosas. Lo que sí he logrado, en cambio, es abrir un restaurante respetable con una clientela fiel y aprender a hacer *diecisiete* tipos de fideos. Estaba en mi lista de experiencias humanas que probar, así que debo decir que la visita a este planeta está bastante bien aprovechada.

(En fin. De todos los spren que podía haber vinculado…).

—Entonces —repuso Pintor (bajo)—, ¿estás diciendo que eres inútil?

—¡Pintor! —susurró Yumi—. No puedes hablarle así a un espíritu.

—Sí que puede —dijo Diseño—. Hoy ya le he insultado dos veces. Tiene derecho a devolvérmela.

—Mis disculpas, honorable espíritu —dijo Yumi (algo).

—Que pares. —Diseño volvió a darle en la cabeza. Lo cual era *a todas luces* injusto. Se dirigió a Pintor—. Escucha, intentaré pensar en algo que pueda hacer, pero este mundo tuyo… es *raro*. El más extraño que he visitado nunca, y eso que hasta he ido a *Treno*.

¿Pesadillas que cobran vida? ¿Que salen arrastrándose de una miasma de Investidura en bruto? Son las cosas que pasan en un planeta donde

se ha *matado* a un *dios*.

»Es lo que veníamos a investigar. Bueno, lo que *Hoid* venía a investigar. Pero se convirtió en estatua nada más llegar, así que no tuve más remedio que probar a ser una pequeña empresaria en una de las variedades más notablemente difíciles de negocio recién creado. Tomad, aquí tenéis un cupón. —Le entregó uno a Yumi, que por supuesto no tenía ni idea de lo que era.

»En todo caso —prosiguió Diseño—, necesitaré tiempo para pensar. ¿Es posible que la mortaja y las pesadillas estén relacionadas con lo que os ha pasado a vosotros dos?

No me había dado cuenta de que el otro planeta estuviera involucrado. Quizá explicaría parte de este asunto. En todo caso, de momento tengo otros clientes. Y tu cuerpo, Nikaro, está a punto de caer dormido encima de la sopa.

En efecto, a Yumi empezaban a pesarle mucho los párpados. Dio unas pocas cucharadas más y luego fue a excusarse con Akane y el resto, avergonzada de haberse

pasado la cena entera separada de ellos después de que la invitaran. Les dijo que Diseño la había atrapado con su conversación y no había querido ser maleducada dejándola allí plantada. Parecieron aceptar la explicación, pero Yumi notó, mientras salía del local con Pintor, que el grupo la consideraba rara.

—Los he ofendido —dijo en voz baja.

—Son el grupito de los chicos populares —respondió Pintor, como si Yumi tuviera que saber lo que significaba—. Todo los ofende.

Miró atrás hacia el restaurante. Luego negó con la cabeza y los dos regresaron a su piso.

Yumi fue al baño y se puso el pijama que Pintor había llevado todo el tiempo en forma espiritual antes de sentarse en el suelo y empezar a colocar mantas. Pintor, con aspecto afligido, dijo:

—No llevamos despiertos ni seis horas, Yumi. ¿No aguantarías un poquito más?

Ella bostezó.

—Estoy al límite. Además, tenemos que regresar a mi mundo y

ponernos a trabajar.

—¿De verdad? —dijo él—. No me apetece nada que Liyun se ponga a chillarme otra vez. A ver qué te parece esto.

Fue a la pantalla de hion e intentó encenderla. Yumi se sorprendió al ver que, aunque Pintor no podía tocar otros objetos, apareció una pequeña *chispa* de luz en la yema de su dedo índice y el aparato se activó.

—¡Ja! —exclamó Pintor—. Ahí lo tienes. ¿Ves? Estoy aprendiendo.

Apareció una pareja de actores en azul y magenta. Hombre y mujer. *Cogidos de la mano*. Yumi puso los ojos como platos.

— *Estaciones de lamento* —explicó Pintor—. Es bastante buena. Un drama histórico, Yumi, ambientado hace siglos. ¡Son gente chapada a la antigua, igual que tú! Esta serie va a gustarte. Tú mira.

Yumi lo hizo, resistiéndose a la fatiga. Seguía pareciéndole hedonista que en aquella pantalla hubiera obras a todas horas del día, interpretadas para que las viese cualquiera.

Aquel mundo era embriagador, con sus extrañas comodidades, sus maravillosos sabores y algo incluso mejor que esas cosas: el peligroso atractivo del anonimato. De llevar una vida normal.

—No —dijo. Se levantó y apagó la pantalla—. No, no puedo hacer esto, Pintor. Soy una *yokihaijo*. Tengo un *deber*. ¡Y mientras estés en mi cuerpo, tú lo tienes también!

Pintor suspiró, sentado en aquella especie de altar mullido.

—Vamos a resolver esto, sea lo que sea —afirmó Yumi, haciendo lo posible por emular la fuerza de voluntad y la terquedad de Liyun—. Viajarás a mi mundo y *aprenderás* el arte de apilar. Cuando estemos en el tuyo, en vez de permitirnos frivolidades, seré yo quien aprenda tu arte.

—¿A pintar? —dijo él, frunciendo el ceño—. ¿Por qué?

—Por si tienes razón —respondió ella— y los espíritus me han enviado aquí para ocuparme de esa pesadilla estable que descubriste.

—No serás rival para una pesadilla. Sería una estupidez intentarlo siquiera.

—Entonces aprenderé tu arte para poder salir con relativa seguridad. Hecho eso, hallaré la forma de convencer a otros de que la pesadilla es real para que se ocupen de ella. Sea como sea, no es momento de relajarnos. Se acabó ver series. Se acabó ir de compras. Siento no haberte hecho caso cuando me disuadías de reunirme con esa otra gente.

—Yumi…

—¿Hacemos ese trato? —preguntó ella en tono imperioso—. ¿El de acabar con esto tan pronto como sea posible? ¿El de que te sometas a mi entrenamiento en mi mundo y yo haga lo mismo en el tuyo?

La expresión de Pintor se endureció.

—Sí, vale, como veas. No es culpa mía que no quieras relajarte ni un *momentito*.

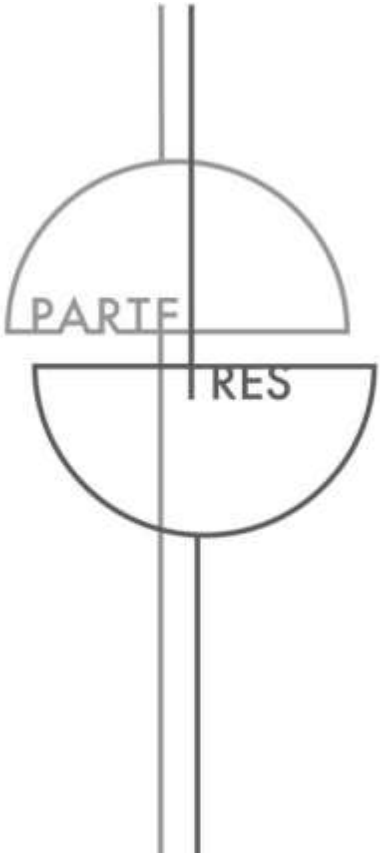
—No es cuestión de lo que yo quiera —dijo ella—. Nunca puede ser cuestión de lo que yo quiera. Esto es lo que debe hacerse. Estarás de acuerdo.

Él asintió con brusquedad.

—Solo quiero recuperar mi vida.

«Yo no», pensó Yumi. Al instante machacó ese pensamiento y se tumbó en la fría cama que acababa de hacer sobre un suelo sin calor.

Se había resistido a la tentación. Aborrecía tener que hacerlo. Pero sabía que, al menos en eso, Liyun habría estado orgullosa de ella.



Pintor llegó al manantial frío y le dio la espalda a Yumi, quien hizo lo mismo. Las asistentes lo desnudaron, se metió en el agua y volvió a

quedarse de espaldas a ella al acomodarse.

Se bañaron en silencio. Pintor aún no estaba muy seguro de por qué Yumi se empeñaba en hacerlo al mismo tiempo que él. Lo tímida que era en algunas situaciones y lo absurdamente atrevida que era en otras. ¿Por qué?

«Pero ¿qué sentido tiene intentar comprenderla?». Pintor *casi* había sentido que estaban conectando. Yumi casi había empezado a comportarse como una *persona* y no como una especie de máquina. Sin embargo, allí estaban, de nuevo en el mundo de ella, lo que implicaba un regreso a las órdenes y a la adusta aspereza.

Al concluir la parte formal del baño, con su inmersión ceremonial, las asistentes lo dejaron en el agua mientras se vestían. Pintor se quedó flotando bocarriba, contemplando aquel extraño cielo azul y las plantas que lo ocupaban a más de treinta metros de altura. Casi daba la impresión de que *aquello* era la superficie y que, de algún modo, él se había hundido muy por debajo.

—Liyun no ha venido a hablar con nosotros esta mañana —dijo Yumi desde donde estaba, flotando también en algún lugar cercano—. Lo más seguro es que le cueste decidir lo que va a decirnos. Ayer fracasamos a base de bien en nuestros deberes. Estará humillada. Solo de pensarlo me revuelve las entrañas.

—¿Estás preocupándote por *ella*? —replicó Pintor—. ¿Y qué pasa conmigo?

—Tú no eres nada —dijo Yumi con voz adusta—. La yokihaijo no es nada. Cuando Liyun venga a hablar con nosotros, cosa que por fuerza sucederá muy pronto, te pondrás de rodillas y te inclinarás ante ella en disculpa ritual.

—¿Y si no quiero? —preguntó él.

—Mi mundo —dijo ella—, mis reglas. Lo harás.

Pintor suspiró mientras un enjambre de motas lejanas revoloteaba en torno a las plantas. Insectos de algún tipo, parecidos a polillas, solo que más coloridos.

—Yumi, tu forma de actuar —dijo con suavidad— no te proporcionará lo que quieres.

No a largo plazo. Solo terminarás apartando a la gente.

—Como corresponde —repuso ella—. Debo estar apartada.

Él gruñó, se enderezó y salió del baño hacia las piedras. Las asistentes llegaron corriendo desde fuera cuando las llamó, aunque no estaban preparadas del todo, y empezaron a reunir la ropa que le pondrían ese día. Luego, para gran disgusto suyo, resultó que Yumi tenía razón y Liyun llegó dando zancadas por el camino al poco tiempo. Pintor tuvo la sensación de que debería avergonzarse de su desnudez. Aunque aquellas mujeres no lo vieran con su verdadera forma, era incómodo.

Empezaba a estar harto de esa emoción. No lograba motivarse para sentir vergüenza.

Por desgracia, Yumi llegó correteando en un llamativo estado de semidesnudez, y eso era mucho más difícil de pasar por alto.

—¡Hazle la reverencia! —le ordenó ella.

A regañadientes, Pintor se puso de rodillas y se inclinó hacia delante hasta poner las manos en el suelo y tocarse los nudillos con la frente.

—Lo siento —dijo.

Liyun lo sorprendió al arrodillarse e inclinarse también. Pintor vio los movimientos incluso teniendo la cabeza gacha. La mujer parecía igual de atribulada que él.

—¿Qué está pasando, elegida? —preguntó Liyun.

—Repítele esto —dijo Yumi—. No sé explicar lo que me ha sucedido. Es como si en mi interior residiera otra alma, una que ha perdido toda la capacidad de apilar.

—Tu desmayo de hace unos días —respondió Liyun después de que él repitiera las palabras— te ha… dejado afectada.

—Podría ser cierto —dijo Yumi, y Pintor lo repitió—. Me temo que necesitaré un tiempo, guardiana-nimi, para practicar. Tal vez hasta para aprender de nuevo lo que he perdido.

Liyun se quedó arrodillada en silencio. A Pintor empezó a dolerle la espalda por aquella postura tan poco natural, pero, cuando intentó enderezarse, Yumi le siseó. Por fin, tras una martirizante pausa, Liyun habló.

—Hablaré con los líderes del pueblo en el que ahora residimos. Les suplicaré que nos permitan usar su lugar del ritual para practicar hasta que te recuperes. Eso los…

avergonzará más, dado que ya creen que su indignidad a ojos de los espíritus es la causa de tu extraña dolencia.

—Lo comprendo —dijo Yumi a través de Pintor—. Lo lamento muchísimo.

—Bien está —respondió Liyun—. Quizá tu remordimiento lleve a que los espíritus te perdonen. —Se levantó—. Voy a preparar el lugar del ritual, ya que querrás empezar de inmediato.

Pintor por fin se levantó, y en esa ocasión no recibió ninguna regañina. Las asistentes siguieron vistiéndolo, con la cabeza agachada, al parecer humilladas por asociación.

Pintor no sabía mucho de ellas al no haberles dirigido apenas la palabra pese a todo lo que estaban haciendo por él. La más joven de las dos tendría unos pocos años más que él, con la tez blanquecina y la cara redonda. La otra era mayor, quizá de treinta y tantos, y tenía el rostro más alargado.

—No tendrías que haber salido del manantial hasta que las asistentes estuvieran preparadas —dijo Yumi mientras continuaba vistiéndose—. La próxima vez, ten más miramientos.

Pintor se volvió hacia ella para objetar, pero entonces se sonrojó y le dio la espalda de nuevo.

—No hables —prosiguió Yumi—. Las asistentes lo encontrarán raro.

Pintor se tragó sus palabras y les encontró un sabor desagradable. Cuando las asistentes terminaron de trabajar en él, salieron al otro lado de las piedras para continuar con sus propios preparativos.

—Liyun hace todo lo que le dices, ¿verdad? —le siseó a Yumi—. ¿Por qué no le ordenas que te deje comer y vestirte por ti misma? Así todo sería mucho más fácil.

—¿Por qué crees que lo que resulte más fácil tiene alguna relevancia para nosotros?

—preguntó Yumi después de ponerse por fin la parte de arriba—. Vamos, es la hora de tu primera lección.

El primer problema era que Pintor no podía arrodillarse en la piedra como Yumi le había dicho que debería ser capaz de hacer. Hasta con las rodilleras, el suelo estaba demasiado *caliente*. El aire se le metía por debajo de la falda y lo sofocaba desde dentro.

—Pues entonces, en vez de arrodillarte —dijo Yumi, caminando a su alrededor en círculo—, ponte en cuclillas. Así podrás moverte con más frecuencia y quizá ventilarte un poco más.

—Las piedras también están demasiado calientes —protestó él, señalándolas—.

Necesito unos guantes o algo.

—Te adaptarás —dijo ella.

—¿Quieres esperar a que pase y no adelantar nada hoy? —preguntó él —. ¿Aparte de verme coger piedras y soltarlas?

Yumi lo contempló con algo similar al desdén antes de decirle que le pidiera unos guantes a Liyun. La guardiana se los trajo desde el pueblo, que estaba cerca, a unos pocos pasos, en realidad. Aquel lugar del ritual era una parte expuesta de piedra demasiado caliente con una pequeña valla alrededor y rocas esparcidas, que parecía ser lo que quedaba de una cantera.

Liyun, por suerte, había conseguido librarlos de casi todos los mirones. Ese día el público consistía solo en las asistentes y unas cuantas personas importantes del pueblo, que observaban y susurraban con expresión confusa. Los hombres llevaban barba como en los cuadros antiguos del mundo de Pintor, pero una ropa muy distinta y demasiado colorida para la insulsa imagen en blanco y negro que se había hecho del pasado a partir de las fotografías viejas.

El pueblo en sí era un apiñamiento de casi cien casas, con aquel extraño aparato recolector de agua en el centro. En la lejanía, a la izquierda de Pintor, se veía un huerto compuesto por centenares de árboles que flotaban y chocaban entre ellos.

—¿Por qué no podemos ir ahí a entrenar? —susurró, secándose la frente por el calor—. Preferiría estar a la sombra. Seguro que allí no te achicharras tanto.

—La mayor parte del calor procede del suelo —dijo Yumi, arrugando la frente—. Bajo los árboles no hace mucho más fresco. Además, el lugar del ritual es *este*. ¿Quieres que la gente del pueblo mueva todas las piedras para que estés más cómodo? Sería un acto vergonzoso.

Por supuesto que lo sería.

Llegaron los guantes y Pintor se los puso, molesto por verse obligado a llevar aún *más* ropa. Habría jurado que ese día hacía más calor que los anteriores, y la luz de ese sol en lo alto *no* ayudaba en nada a mitigar la sensación.

—Muy bien —dijo Yumi—. El primer paso es aprender a evaluar las piedras. Para apilar como es debido, debes equilibrarlas, y para hacer eso es necesario que seas capaz de juzgar cada piedra. Elige una y sopésala.

Pintor lo hizo. Pesaba como una piedra.

—Fíjate —añadió ella, volviendo a caminar a su alrededor en círculos — en que es más abultada por un lado y más estrecha en el otro. Por tanto, su centro de gravedad estará desplazado hacia el lado grueso. Aprovechando eso, puedes crear unas ilusiones espectaculares al apilarla, haciendo que *parezca* que un extremo pende en el aire de un modo imposible, porque el otro lado pesa lo suficiente para equilibrarlo. Usar con precisión otras piedras mejorará ese efecto.

—Centro de gravedad —dijo él— y precisión. ¿No decías que esto tuyo de apilar era un *arte*?

—El arte se basa en la precisión.

—No, para nada —replicó Pintor, pasándose la piedra de una mano a otra—. El arte se basa en los sentimientos y la emoción. Consiste en dejarlos escapar para compartirlos. Consiste en capturar una verdad sobre ti mismo. Como si te abrieras un agujero en el pecho y revelaras tu alma.

—Son palabras bonitas —dijo ella—, pero huecas. La poesía es un lujo. Y nosotros…

—… renunciamos a los lujos.

—Exacto —asintió Yumi.

—Esto es una bobada —dijo él, soltando la piedra—. Todo este mundo es una bobada, Yumi. No necesitas a un héroe. Necesitas a un *contable*.

Yumi lo fulminó con la mirada. Silenciosa. Intensa. Hasta que por fin Pintor recogió la piedra.

—Vale —dijo—. ¿Cómo la apilo?

—No la apilas, todavía no —respondió ella—. Suéltala y elige otra. Hoy vamos a concentrarnos solo en sopesar piedras.

—¿En serio? —dijo Pintor—. ¿Voy a pasarme todo el día *recogiendo* piedras del suelo?

—Sí. Y es probable que mañana hagamos lo mismo. Tal vez tengamos que dedicar hasta una semana a que te familiarices con las piedras. Cuando yo entrenaba, fueron varios meses.

—Será…

Pintor no terminó la frase. Iba a decir «Será broma», pero por supuesto que no lo era.

Porque bromear, o de hecho sonreír o el humor en cualquiera de sus formas, era un lujo.

Yumi no entendería esas cosas.

Y era una lástima. Porque la broma más enorme que Pintor había experimentado jamás era la que el Cosmere estaba gastándole en ese instante.

Yumi tenía mucho miedo.

No la habían entrenado para aquello. ¿Enseñar a otra yokihaijo? No era lo apropiado. No era para lo que los espíritus la habían elegido.

Iba a fastidiarla. Sintió que ya estaba fastidiándola a medida que Pintor demostraba ser un alumno tozudo. Ella también lo había sido, ¿verdad? Liyun le recordaba a veces lo terca que era de pequeña, siempre exigiendo explicaciones antes de hacer lo que le decían.

Y sin embargo… el tono en la voz de aquel espíritu que le había hablado antes de que empezaran los cambios de cuerpo… Algo iba terriblemente mal, o iba a ir terriblemente mal, y *ella* tenía que

impedirlo. Quizá a través de Pintor.

Los espíritus dependían de ella. Yumi tenía mucho miedo de fallarles.

—Presta atención —le dijo a Pintor, tratando de dar a su voz el mismo peso que Liyun confería a la suya—. No te distraigas.

Él suspiró y dejó caer la piedra que tenía en la mano. Yumi lo había pillado con la mirada perdida, seguro que discurriendo formas ingeniosas de sacarla de quicio.

—¿Cómo voy a «sentir» las piedras y «conocerlas» si no tengo tiempo de reflexionar?

—Ahora no necesitas ese tiempo —dijo Yumi—. Para eso está la parte de la meditación.

—No tiene por qué ser una cosa tan estricta —protestó él—. No se puede meter cada parte de la vida bien ordenada en una cajita sin que nada se solape.

Pintor se sentó en un pedrusco grande, sin hacer caso a la razonable indicación de Yumi de que debería practicar a acuclillarse o arrodillarse.

—La vida —dijo ella— sería un *caos* sin unos límites y unas pautas adecuadas.

Pintor puso los ojos en blanco.

—¿Afirmas que esto es un arte, pero no haces ni la menor concesión a las inclinaciones artísticas? —Levantó una piedra—. Si quisiera *comprender* de verdad esta piedra, me preguntaría de dónde procede, cómo se le hicieron estas muescas en el lado.

Miraría la sombra que proyecta cuando le da la luz y las vetas individuales que la recorren.

—Nada de eso es relevante —objetó Yumi—. Necesitas conocer el peso del objeto y qué equilibrio tiene. Ahora *eso* es tu arte, Pintor.

—Idioteces —dijo él (bajo)—. Son todo idioteces.

Cada minuto de entrenamiento parecía una hora con las numerosas correcciones que requería Pintor. A medida que pasaba el día, lo único que sentía Yumi era frustración.

No habían hecho ningún progreso. Por mucho que se esforzara, él no era capaz de predecir cómo iba a equilibrarse una piedra dada.

Al final Pintor se sacudió el polvo de los guantes y se los quitó. Yumi quería decirle que continuara, pero vio que empezaban a pesarle los párpados. Teniendo en cuenta lo rápido que se les habían escapado las fuerzas en los primeros días, era extraordinario que hubiera durado tanto: ocho horas seguidas.

Liyun entró en el lugar del ritual. Se había pasado casi todo el día fuera, observando, mientras su expresión por lo general impávida iba perturbándose cada vez más. Los llevó de vuelta hacia el carromato.

«¿Debería dejar que Liyun se ocupe de la instrucción?», se preguntó Yumi. Desde luego, a la guardiana se le daba mucho mejor que a ella.

Solo que… bueno, los espíritus no habían elegido a Liyun para esa tarea. Habían elegido a Yumi. Por muy aterrada que estuviera de hacerlo mal, *era* responsabilidad suya.

Pero ¿y si Liyun tomaba medidas drásticas? La preocupación de su rostro tenía a Yumi de los nervios.

Al contar historias, fingimos que es posible interpretar todo tipo de cosas a partir de una frente arrugada o una expresión fugaz. Nos sirve como atajo para describir un fenómeno real, pero en realidad es más complejo de lo que pretendemos hacer ver.

Cuanto más tiempo pasas con una persona, mejor la conoces. Pero, aparte de los

detalles obvios como descubrir qué cosas le gusta comer, interiorizamos la forma en que esa persona concreta reacciona. Su forma de expresar preocupación.

En algunas personas es el arquetípico ceño fruncido. En otras es cómo se queda pensativa, cómo se resiste a cruzar la mirada contigo. Es más que los ojos, más que la postura, más que el ceño. Los seres humanos con fardos de emoción que manejan los músculos como una marioneta. Expresamos esa emoción no solo con el cuerpo, sino con nuestra misma alma.

Yumi sabía interpretar lo que estaba pensando Liyun mientras caminaban juntas. La mujer estaba planteándose algo peligroso. *Existía* un destino peor que tener que volver a los conceptos básicos con Pintor. En caso de emergencia, se podía retirar del deber por completo

a una yokihaijo.

Se visualizó a sí misma intentando explicar de nuevo a Liyun la verdad de su situación, frenética, y la visualizó a ella tomándoselo como fantasías provocadas por el sobreesfuerzo. A Liyun no le gustaban las fantasías. No, Pintor tenía razón en eso.

Jamás aceptaría el cuento de que un hombre de otro planeta había invadido el cuerpo de Yumi. Si insistía demasiado, Liyun se vería forzada a hacer venir a sus superiores para que… retirasen a Yumi. Para que la encerraran y la obligaran a invocar a los espíritus estando recluida.

Yumi deseó ser tan calmada y positiva como Pintor. Vio que bostezaba al llegar al carromato. Pero la decepción, incluso la ira que había en la expresión de Liyun mientras lo veía subir, agotado tras haber pasado solo ocho horas despierto…

—Por favor —dijo Yumi a Liyun—. Por favor, déjame *intentarlo*. No nos retires del servicio. No mandes llamar a las síndicas.

—¿Hummm? —respondió Pintor, volviéndose en el carromato. Había olvidado quitarse los zuecos.

—Nada —dijo Yumi mientras él se dejaba caer sentado.

Las asistentes entraron a toda prisa para darle de comer. Fueron demasiado lentas, porque un segundo después…

… Yumi abrió los ojos y se descubrió en el revoltijo de mantas sobre el suelo de Pintor. Fue una experiencia muy surrealista, porque un momento antes había estado de pie fuera del carromato. Pero se notaba atontada, como si hubiera dormido. Lo más probable era que ese cuerpo dormitara mientras estaban en el mundo de Yumi.

Además, perdían tiempo con cada transferencia, horas enteras de las que no sabían nada, durante las que Yumi supuso que estarían los dos inconscientes.

Pintor se pasó una mano por el pelo, con aspecto desaliñado y decaído, llevando puesta la tela mullida que pasaba por ropa nocturna en aquel lugar. Siempre que estaban allí, se pasaba todo el día vestido con eso, con la misma ropa que en esos momentos llevaba también Yumi.

—Deberías probar a ver si puedes ponerte otra ropa —propuso—. O

con el alma de otra ropa, al menos.

—¿El alma de la ropa? —preguntó él, embotado.

—Cuando yo soy un espíritu, puedo tocar el alma de las prendas que llevo para quitármelas y volver a ponérmelas. Tú deberías ser capaz de hacer lo mismo con tus otros conjuntos. —Se volvió y miró hacia el cuarto de baño. Qué práctico era tener una estancia como esa, donde el agua fluía directa al interior de la casa—. Voy a experimentar otra ducha de esas.

Fue en esa dirección a zancadas, resuelta a empezar bien el día. Nada de perder más tiempo como había hecho la última vez que estuvo en ese mundo. Pintor dio un gañido cuando Yumi se alejó lo suficiente para sacarlo del mullido altar y obligarlo a levantarse. Le lanzó una mirada, pero él se limitó a caminar hacia ella y hacerle un débil gesto para que continuara. Yumi asintió, cerró la puerta tras ella y encendió la luz.

Tocaba concentrarse.

Por desgracia, cuando entró en la lluvia de agua humeante, que respondía a su manipulación de las manecillas y adoptaba la temperatura perfecta a sus órdenes, se sorprendió a sí misma suspirando y derritiéndose en la fastuosidad. Qué peligroso era aquel lugar. Reticente, giró las manecillas hasta que el agua salió fría e incómoda. La gelidez caló en ella hasta los huesos, hasta su misma alma, extinguiendo el subversivo calor de su interior. Eso evitaría que se entretuviera.

Se lavó, con torpeza al no tener asistentes, y allí de pie con el agua fría pronunció sus oraciones.

Por fin salió y se envolvió en una toalla antes de ponerse ante el espejo para cepillarse el pelo. En ese momento echó de menos a sus asistentes más si cabe. Chaeyung era experta en deshacerle los nudos sin que doliera, y los canturreos de Hwanji mientras trabajaban reconfortaban mucho a Yumi. No eran sus amigas, ya que tenía prohibido

hacer amigos. De hecho, si intimaba demasiado con ellas, las reemplazarían. Pero, de todos modos, añoraba pasar tiempo con ellas.

«Es raro —pensó— que apenas le toquen el pelo a Pintor cuando lo preparan. Lo ven como si fuese yo, pero en vez de darle cien pasadas, le cepillan el pelo unas pocas veces y se acabó».

Qué curioso. A Diseño no la había sorprendido que Yumi fuera capaz de hacer que el cuerpo de Pintor cobrara la apariencia del suyo. Yumi había reescrito de algún modo la forma de Pintor, y al parecer el método tenía algo que ver con su vocación de yokihaijo.

¿Quizá, si Pintor fuese más diestro, también podría hacer que el cuerpo de *Yumi* se pareciera al *suyo*? Sería un desastre de increíble magnitud, pero a lo mejor era lo que los espíritus deseaban.

Yumi no lo sabía. Pero *pretendía* averiguarlo.

Terminó de cepillarse el pelo, tan helada que pensó que jamás volvería a sentir calor.

Ese era su deber. Anduvo hacia la puerta, pero se detuvo. Llevaba puesta solo una toalla. Aunque… bueno, al otro lado solo estaba Pintor. Salió a la habitación principal, donde hacía incluso más frío que en el baño. Al instante se le puso la carne de gallina.

Aún no había descartado del todo que aquel lugar fuera la tierra de los espíritus muertos y congelados.

Pintor estaba cerca de sus montones de ropa, y se había cambiado. Llevaba unos pantalones rígidos, una camisa sencilla y luego otra por encima de largas mangas, por fuera del pantalón y desabrochada. Le daba un aspecto… ¿descuidado, pero medido?

Así como él, en realidad.

—Tenías razón —dijo Pintor, separando las manos—. Al principio no podía tocarlas, pero luego… no sé, he despejado la mente y he pensado solo en una prenda específica.

Y cuando le he echado mano así, he podido cogerla. O una copia de ella, al menos.

—Su alma —respondió ella—. ¡Has *meditado*!

—¡Qué va! —exclamó él a la defensiva—. Estaba pensando en algo. En lo que quería ponerme.

—Antes has despejado la mente —dijo ella, señalándolo—. ¡Has *aprendido* algo!

Pintor se encogió de hombros, indiferente, y entonces se dio cuenta de que Yumi estaba eligiendo entre la ropa que le había comprado

Akane, así que le dio la espalda para dejar que se vistiera con un poco de intimidad.

—Hoy —dijo Yumi mientras se ajustaba el sujetador— vas a enseñarme a pintar.

—No sé si quiero —repuso él, cruzado de brazos, mirando hacia otro lado—. Lo que hago es peligroso, Yumi. *Sobre todo* si hay una pesadilla estable involucrada.

—Ya lo teníamos decidido —insistió ella, intentando vestirse a toda prisa para cubrirse con algo que, con un poco de suerte, la calentara —. Tal vez los espíritus me enviaran aquí para detener a esa pesadilla estable.

—No *teníamos* nada decidido —replicó él—. Habíamos hablado de la *posibilidad*. No puedes enfrentarte a una pesadilla estable, Yumi. Para eso hacen falta pintores con muchísimo talento, muy por encima de mi nivel de habilidad, así que no digamos ya del de una neófita.

—Pero no podemos dejar que campe a sus anchas. Tú mismo dijiste que andará por ahí haciendo daño a la gente.

—Que *podría* estar haciéndolo. O podría ser que no. Parecía cerca de volverse estable por completo, pero ¿qué sé yo? Nunca había visto una como esa. A lo mejor aún faltan semanas para que el proceso se complete, sobre todo si la pesadilla es lista y cuidadosa.

En ese caso, alguien más terminará descubriéndola. Y entonces llamarán a los expertos.

—¿Y si antes mata a alguien? —preguntó ella.

Pintor no respondió.

—Estoy p-preparada —dijo Yumi.

—Vale —aceptó Pintor, volviéndose de nuevo hacia ella—. Te enseñaré, pero *solo* para que puedas defenderte de… —Frunció el ceño al verla allí de pie con vestido y chaquetilla, abrazándose a sí misma —. ¿Te castañean los dientes?

—¿Así es c-como s-se llama? —dijo ella, con la mandíbula temblando de frío—. N-nunca había estado t-tan helada.

— *¿Nunca?* —preguntó Pintor con cara de sorpresa.

—No —dijo Yumi, estremeciéndose—. Si t-tienes frío, te t-tumbas y ya está. Depend-diendo de lo c-caliente que esté el suelo.

Tal vez ducharse con agua fría no hubiera sido muy buena idea. El cuerpo de Yumi no lo estaba llevando nada bien.

—Ven —dijo él, yendo hacia la pared—. ¿Ves este dial? Si lo subes, aumenta el calor en la habitación.

—¿Desde el suelo? —preguntó ella esperanzada.

—Hum, no —dijo Pintor, señalando la parte superior de la pared—. Con aire de un pequeño calentador de hion.

Lástima. Pero Yumi negó con la cabeza, y habría hecho lo mismo aunque el dial calentara el suelo.

—No.

—¿No? —preguntó Pintor—. *Ve o* cómo tiemblas, Yumi.

—La otra v-vez me acostumbré a este l-lugar al cabo de un tiempo —dijo ella—.

Además, es peligroso que esté d-demasiado cómoda en tu m-mundo. Lo que d-debo hacer es aceptar lo que m-me otorgan los espíritus.

Pintor la miró boquiabierto, como si acabaran de salirle hojas y echara a volar como un árbol.

—Estás como una (bajo) cabra —dijo.

Inspeccionó el dial de la pared y luego le clavó el dedo y hurgó. Al poco tiempo llegó un zumbido desde el conducto de aire.

—¡Ja! —exclamó—. La otra vez hice que el visor se encendiera, así que he pensado que también podría activar esto. *Percibo* las líneas de hion. No he podido mover el dial, pero las líneas sí que puedo manipularlas de algún modo, hacer que se activen y…

Una llamada a la puerta interrumpió la conversación. Cohibida, Yumi fue a abrir, preocupada por tener que mentir de nuevo. Por suerte, en esa ocasión halló solo un gran sobre pegado a la puerta con cinta adhesiva.

Volvió dentro y abrió el sobre animada por Pintor. Dentro había un papel lleno de palabras. Yumi había leído pocas cosas que no fueran oraciones, pero, por extraño que pareciera, aquello daba la impresión de tener un tono o una formalidad similar.

—Es malo, ¿verdad? —preguntó después de leerlo en silencio—. No entiendo todas las palabras, pero…

—Es una carta de suspensión —dijo Pintor con voz queda, mirando el papel con una solemnidad muy poco propia—. Del capataz. Me deja un mes sin empleo ni sueldo como castigo por mentir sobre el trabajo.

—Dice que ha ido a la dirección que le proporcionamos pero no había nada. Solo una casa deshabitada.

Pintor se volvió y movió una mano frívola en el aire.

—Seguro que apenas le hizo una inspección rápida. A lo mejor hasta envió a otra persona. Ya tenía ganas de darme una reprimenda. Cree que llevo un tiempo entregando cuadros falsos, el muy idiota.

—Así que de verdad *no* se cree lo que le contaste sobre la pesadilla estable —dijo Yumi—. Tenías razón en eso.

—Nunca le he caído bien. Piensa que no debería haber entrado en el sorteo de puestos al terminar mi formación, desde un principio, y le repatea que para colmo me tocara este sector. —Pintor se llevó una mano a la frente, con los ojos cerrados—. Bueno, así no tendré que inventarme excusas para faltar a los turnos de este mes.

—¿Y qué… pasará luego?

—Es mi primera sanción —respondió él—. A los demás pintores les dirán que estoy de baja médica. Por lo menos no tendré que sufrir la vergüenza de que sepan que estoy suspendido. —Calló un momento—. A no ser que esto dure más de un mes. A no ser que sea incapaz de trabajar de forma consistente. Entonces me despedirían. Perdería el piso.

—Resolveremos nuestros problemas antes de eso —dijo Yumi, confiada—. Aunque para eso tenga que buscar la forma de ocuparme de esa pesadilla estable.

Lo miró desafiante. Yumi no estaba segura de si se debía a lo que Pintor había hecho con el calor, o si era porque de nuevo estaba acostumbrándose a ese lugar, pero ya no tenía escalofríos. Eso le

permitió mantener cierta confianza cuando Pintor se volvió de nuevo hacia ella y cruzaron la mirada.

—Te enseñaré —dijo él al cabo de un momento, y fue hacia un arcón que tenía al lado de su mullido altar—. Pero *no* vas a enfrentarte a la pesadilla estable, Yumi. Voy a entrenarte para que puedas ocuparte de una pesadilla normal si hubiera una emergencia. Después saldremos de noche y buscaremos pruebas de que la pesadilla estable existe. Con un poco de suerte, la veremos moviéndose por la ciudad y llevaremos a otra persona hacia ella. Si tenemos otro testigo, el capataz no tendrá otro remedio que aceptar que es real. Eso demostrará que no le he mentido y tendrá que anular la suspensión y pedir ayuda.

—Un plan excelente —respondió ella, asintiendo mientras se acercaba también al arcón.

—Hay algo raro en esa pesadilla, Yumi —dijo Pintor con suavidad—. Cuando la encontré, sí que *estaba* casi formada del todo. Sé que te he dicho que no, pero… tengo la corazonada de que ya debería haber empezado a masacrar. Cuando las pesadillas destruyeron Futinoro, no fue precisamente con disimulo. Pero este monstruo es sutil, astuto. Ya hace días que lo vi y no hay informes de ningún ataque. —Negó con la cabeza y señaló el arcón—. Ábrelo.

Yumi lo hizo y vio que dentro había una colección de pinceles grandes. Algunos eran casi tan altos como una persona, como escobas con finas cerdas en la punta. La mayoría eran algo más cortos, de poco más de medio metro.

También había frascos de tinta, toda del mismo tono oscuro, y varios lienzos. Pintor le pidió que sacara un pincel de los más cortos y un gran cuaderno en vez de los lienzos, que según él eran para pintar estando «de servicio». Para practicar se usaba el papel del cuaderno.

A juzgar por lo inmaculado que estaba el cuaderno, sin abrir siquiera, no parecía que el propio Pintor practicase demasiado. Después de sacar el material, Yumi reparó en que había algo más al fondo del arcón, casi invisible en la sombra. Un gran portafolios negro, cerrado con cordel. Yumi hizo ademán de sacarlo.

—¡No! —gritó Pintor, intentando agarrarle la mano.

La trascendental calidez se llevó todo el frío, borrándolo del cuerpo de Yumi como las arrugas de una sábana al estirarla de golpe. Dio un respingo y luego dejó escapar un leve suspiro al notar que se le calentaban hasta los huesos.

Pintor no retiró la mano tan deprisa como otras veces. Bajó la mirada hacia ella después de haber intentado sin éxito aferrar la de Yumi. En vez de eso, sus manos se habían fusionado y el calor palpitaba como un corazón, llevándose por delante cualquier otro pensamiento y sensación.

Al poco tiempo Pintor apartó la mano.

—Perdona —dijo—. Pero no puedes tocar ese portafolios. *Nunca*.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo —restalló él—. Mi mundo, mis reglas. Eso no se toca.

¿Entendido?

Yumi asintió.

—Muy bien. —Pintor dio un paso atrás—. Voy a enseñarte a pintar bambú.

—Espera —dijo ella, frunciendo el ceño—. ¿Tenéis bambú en tu planeta?

—Claro que sí —respondió él—. Un momento, ¿vosotros también? No volará,

¿verdad?

Yumi negó con la cabeza.

—Crece donde la piedra deja paso a la tierra. En el exterior de la piedra ardiente, en los páramos fríos. Allí vive muy poca gente porque no hay calor, pero también he visto bambú cerca de los manantiales

frescos. —Arrugó la frente—. ¿Cómo viven las plantas aquí? No hay luz solar.

—¿Qué tiene que ver la luz solar con eso? —preguntó él.

—Hace que… crezcan las plantas.

—¿Ah, sí? —dijo Pintor—. Supongo que por eso sobrevivís sin líneas de hion. En nuestras ciudades exteriores hay unas granjas enormes donde unas pequeñas líneas de hion se entrecruzan sobre los cultivos y sustentan las plantas.

Yumi intentó imaginarlo. ¿Había otros lugares allí aparte de Kilahito? ¿Cómo se llegaba a ellos? Daba la impresión de que allí fuera todo era oscuridad pura.

Hizo a un lado esas preguntas mientras Pintor empezaba a enseñarle a pintar bambú.

Yumi seguía sin comprender qué relación había entre *pintar* y las *pesadillas*. ¿Sería que…

las asustaba el arte?

Bueno, ya recibiría explicaciones cuando Pintor decidiera dárselas. De momento trató de ser buena alumna para así darle ejemplo de lo que debería hacer él. Hizo lo que Pintor le pedía, se arrodilló junto al cuaderno para trazar líneas rectas con el pincel, y no lo interrumpió ni le hizo preguntas.

(Es exasperante la cantidad de culturas que opinan que esa es la mejor forma de enseñar. Lo convierten en un acto lo más cómodo posible para el instructor. Como si de algún modo la enseñanza fuese una función representada en exclusiva para él).

—Lo primero de todo —explicó Pintor— es hacerte una idea de cómo fluye la tinta.

Fíjate en que está oscura en la parte de arriba y va aclarándose a medida que alargas la línea, hasta que se termina ahí abajo. Al pintar, no solo creas algo a partir de tu mente.

Ves lo que la tinta *quiere* ser. Tienes que…

Dejó la frase sin terminar y Yumi miró hacia él.

—No importa —dijo Pintor—. Veamos cómo se hace el bambú.

Movió los dedos varias veces en torno a un pincel y por fin logró levantar una copia de él. Con algo de esfuerzo, se procuró también el alma de papel y tinta, y entonces se arrodilló al lado de Yumi y le mostró un método concreto de pintar bambú. En realidad era una forma bastante ingeniosa de aprovechar la forma natural en que la tinta llenaba el pincel para crear una parte superior más oscura, una parte intermedia más clara y, por fin, una mancha abajo, cuando hacía una breve pausa. Había algo orgánico en ese estilo de pintura, como si de verdad estuviera haciendo *crecer* el bambú.

Repitió el proceso, de la misma manera exacta.

Y otra vez.

Y otra.

—El bambú es fácil —dijo—. Funciona tan bien porque puedes memorizar el patrón y así crear algo que tiene buen aspecto con el mínimo esfuerzo.

—Muy bien —respondió ella, asintiendo—. Me gusta lo estructurado que es. Pero…

—¿Qué? —preguntó él.

—Nada. —Yumi bajó la mirada—. No debería preguntar.

—¿Cómo voy a saber que aprendes si no haces preguntas?

No era la manera apropiada… pero aquel era su mundo. Sus reglas.

—Cuando estábamos en el lugar del ritual —explicó—, me dijiste que el arte se basa en la emoción. Yo no estaba de acuerdo, y me gusta esta forma de crear bambú que me muestras. Es solo que se me hace raro oírte hablar de memorizar un patrón para recrearlo sin esfuerzo. Supongo… que esperaba algo distinto.

Pintor se quedó mirando el alma del papel que tenía delante. Y entonces se deshizo en humo, atraído de vuelta al cuerpo del papel, que estaba cerca. Parecía que no era capaz de mantener su alma separada mucho tiempo. Menos mal que al menos la ropa sí que seguía en su sitio, porque… Yumi se cubrió el rubor con una mano.

—No te preocupes por eso —le dijo Pintor, levantándose—. Tú practica lo que te he enseñado. Dibújalo mil veces hasta que sepas hacerlo de memoria.

Yumi asintió y empezó a pintar, aunque sus primeros intentos de novata le salieron penosos y desproporcionados. ¿Cómo podía Pintor hacer que pareciera tan fácil?

Bueno, desde luego que iba a hacer aquello mil veces. Parecía la forma perfecta de aprender. Adoptó el papel de una alumna aplicada, orgullosa del ejemplo que le daba con ello. Siguió adelante, sin abrir la boca, hasta que se le entumeció la muñeca y le dolieron las rodillas de mantener tanto tiempo la postura. No habló, no pidió un descanso. Esperaría a que él se lo ofreciera.

Pintor no lo hizo. Se quedó sentado en su altar, con expresión distante, todo el tiempo. Pintor… sabía que debería estar supervisándola, ¿verdad?

Al rato la interrumpió otra llamada a la puerta. Pintor salió de su trance, miró hacia Yumi y vio que estaba rodeada de docenas de papeles.

—Yumi —dijo (bajo)—, ¿aún estás con eso?

—Me has pedido que haga mil —respondió ella—. Llevo trescientos sesenta y tres.

Pintor se llevó una mano a la frente, como anonadado. Volvieron a llamar y Pintor le hizo un gesto. Yumi se lo tomó como permiso para dejar de trabajar, así que se levantó y fue a la puerta. La abrió solo una rendija, para que quien estuviera fuera no viese lo que había estado haciendo, por si acaso.

—¡Hola! —saludó Akane—. ¿Cenamos?

—Oh —dijo Yumi. Le rugía el estómago. Pero ese día sobreviviría a base de tortitas de arroz y fideos secos. Pintor le había enseñado donde guardaba más de todo—. No, gracias.

—Yumi. —Akane se cruzó de brazos y se inclinó hacia delante—. ¿Llevas todo el día aquí metida?

—Eh… —dijo Yumi.

—¡No puedes venir a Kilahito y quedarte encerrada! —la reprendió Akane—. No pienso permitirlo.

Pintor gimió.

—Siempre hace lo mismo —dijo en voz baja desde atrás—. Adopta a gente. Hum…

Rápido, dile que tienes que estudiar.

—¿Estudiar? —preguntó Yumi.

—Ah —dijo Akane—. ¿Aún no te han asignado puesto en la escuela superior?

¿Cuántos años menos tienes que Nikaro?

—Dile que tres, pero que no has llegado al corte por poco.

—Tres años menos —respondió ella, aunque sin duda no parecía tan *tan* joven,

¿verdad?—. Pero no he llegado al corte por poco.

—Entonces harás las pruebas de acceso dentro de unos meses —dijo Akane—. Bueno, tampoco son tan importantes como la gente quiere que creas. —Se removió inquieta—.

Te traeré unos fideos, pero no te mates demasiado a trabajar, ¿vale?

Yumi asintió, hizo una profunda reverencia y se alegró al ver que Akane por fin se retiraba.

—¿Qué mentira acabo de contarle? —preguntó Yumi después de cerrar la puerta.

—Cuando acabas la escuela inferior a los dieciséis o diecisiete años —le explicó Pintor—, haces unos exámenes para acceder a la escuela superior y aprender un oficio.

Es una cosa bastante importante aquí. Los meses anteriores a los exámenes, la gente se pasa casi todo el día estudiando. Nos servirá de excusa para que no dejes que Akane te adopte.

Yumi asintió de nuevo, agradecida porque al menos Akane le llevaría algo para comer que no fuesen tortitas de arroz. Se arrodilló para retomar el entrenamiento.

—Yumi —dijo él—, ¿no quieres descansar un poco ni nada?

—Solo si tú me lo ofreces, maestro instructor —repuso ella, tocando el suelo con la frente.

Pintor dio un bufido.

—¿Maestro? ¿Tengo pinta de ser maestro de *nada*?

—Cumples el papel de todos modos —dijo Yumi, todavía inclinada.

—Vale, espera —dijo él—. ¿Habrías seguido con ello? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta caer rendida?

—Si es lo que requiere mi instrucción.

—¿Y… harás todo lo que te pida?

—Si me ayuda a aprender.

—Acabo de acordarme —dijo él— de que es *esencial* para el proceso de pintura que lo aprendas haciendo el pino. —Yumi alzó la mirada y vio que volvía a sentarse en su altar—. Con un dedo metido en la fosa nasal izquierda. Eso hay que empezar a practicarlo. Adelante.

Estuvo a punto de hacerlo. Casi trató de ponerse cabeza abajo, llevando falda, para comprobar si *de verdad* Pintor iba a hacerle perder el tiempo dando tumbos de un lado a otro y probablemente haciéndose daño. Le estaría bien empleado.

Pero Yumi no quería sentar un precedente siguiéndole el juego. Así que enderezó la espalda, sentándose sobre los talones, y lo miró a los ojos sintiendo una frustración que *debería* haber sido capaz de controlar.

—No estás tratando tu posición con el debido respeto —dijo.

—Mi mundo —respondió él con ligereza—. Mis reglas.

—Tu mundo —dijo ella— es una (bajo) estupidez. Voy a tomarme un descanso.

Fue a la ventana, trasteó un momento con ella y logró abrirla. Gélido o no, quería un poco de aire fresco. ¿Por qué dejaba que Pintor la afectara tanto? Yumi tenía una paciencia legendaria; Liyun la había entrenado para ello. ¿Y estallaba con un chico solo porque le hubiera soltado cuatro pullas de escaso ingenio?

Inhaló el aire de fuera, frío en contraste con el de la habitación, que ya se había calentado bastante. Había un extraño *aroma* en el aire, nítido y atractivo. Como el olor a

ropa recién lavada. Y la calle de debajo… estaba mojada. Yumi contempló el cielo mientras el viento le soplaba agua en la cara. Lluvia. Una lluvia que se quedaba en el suelo en vez de evaporarse siseando nada más tocarlo. Qué cosa más estrafalaria.

¿Cómo era que la ciudad no se ahogaba inundada?

¿Ese aroma… sería a lo que olía la lluvia al acumularse? Por mucho que la repeliera el frío, había algo intrigante en unos olores y unas vistas como aquellas. Exóticas, hipnóticas. Agua que cubría el suelo… lluvia que se olía… y una calle iluminada en violeta y azul.

Miró calle arriba y calle abajo, viendo a la gente pasar, con unos coloridos paraguas y una ropa tan variada que le hacía preguntarse cómo eran capaces de decidir qué ponerse. Tal vez por eso algunas mujeres llevaran esas faldas indecentes que terminaban a medio muslo, a pesar del aire frío. Demasiadas opciones abrumaban el cerebro. No era inmoralidad: era parálisis decisiva.

Sus ojos se vieron atraídos por un callejón que salía de enfrente del edificio. No habría sabido decir por qué. Algo en la oscuridad acumulada, aunque allí no había nada que ver. De hecho, literalmente no había nada que ver. Solo sombras.

El frío del aire nocturno la asaltó justo entonces. El corte del viento, que parecía haber encontrado una piedra de afilar. El mordisco de la lluvia, súbitamente hambrienta.

Cerró la ventana y siguió practicando. Aún le quedaban seiscientos treinta y siete bambúes que pintar.

Si se hubiera fijado más, o si hubiera llamado a Pintor, quizá habrían reparado en una oscuridad viviente que ocupaba el callejón, una que rozaba los ladrillos con su sustancia demasiado real y que dejaba unas volutas de humo que se perdían hacia arriba en la lluvia, como una vela recién apagada.

Yumi hizo esperar a Pintor una semana, once días enteros, antes de permitirle avanzar a la siguiente fase de su entrenamiento.

Once. Días.

Pintor pasó cada uno de ellos sin hacer más que quedarse allí sentado. Levantando piedras y tratando de juzgar su peso, su equilibrio. Estudiándolas, intentando

«comprenderlas». *Ad nauseam*.

Para él aquello era una nueva clase de tedio. No era el aburrimiento indeciso de alguien con cien cosas que hacer, ninguna demasiado apetecible. Era ese aburrimiento despótico a la antigua usanza, el que te imponía una sociedad carente de opciones. Un lugar donde el «tiempo libre» era un pecado y el «ocio» una palabra que se utilizaba solo en conjunción con la gente rica.

El sol lo empeoraba muchísimo. El calor llegaba tanto desde arriba como desde abajo y aplastaba a Pintor entre ambos, como una tortita entre planchas ardientes. La luz solar tenía cierta refulgencia enervante que le absorbía las fuerzas, dejándolo aletargado.

Quizá, pensó Pintor, eso era lo que alimentaba al sol: consumir como combustible la fuerza de voluntad de quienes vivían debajo.

—Debes entender la piedra —dijo Yumi, caminando a su alrededor en círculo.

Cada vez que pasaba delante del sol, su forma difuminaba por un instante la luz como un vitral.

«Entender». Una semana más tarde, Pintor seguía sin hacerse una idea de a qué se refería Yumi con el verbo. De hecho, ese día, a pesar de haberle prometido que por fin

podría pasar a la siguiente fase, le había hecho sopesar piedras un rato a modo de

«calentamiento».

¿Quién iba a necesitar más calentamiento en aquel lugar?

—Cierra los ojos —dijo ella rodeándolo.

Llevaba puesto un brillante vestido verde y azul, acampanado, con un lazo enorme en la parte de delante cuyas puntas le caían casi hasta las rodillas. A él le quedaba más corto, claro, pero en realidad no le daba *mal* aspecto. Pintor había llevado falda como parte de la ropa formal para celebraciones y, aunque los colores eran un poco demasiado vivos para considerarse masculinos entre los suyos, a la gente de Torio no le importaba. Allí era normal que los hombres vistieran de rosa o amarillo.

Así que la ropa no le resultaba humillante. Por lo menos, era razonablemente cómoda. Y, para variar, ese día el calor no parecía… insoportable. ¿Sería que Pintor estaba cambiando o solo que ese día no hacía un tiempo tan duro? Qué raro. Y sí, el suelo estaba caliente, pero al menos esas corrientes térmicas que soplaban siempre hacia arriba eran agradables. Le abombaban la falda y le daban cierta semblanza de vientecillo.

(No he descubierto cómo funcionaban las corrientes termales. Mi teoría actual está relacionada con microfracturas en las piedras y el aire forzado a ascender a través de ellas y salir al exterior. Las plantas también tenían algo raro para flotar como lo hacían).

Aunque a Pintor no le importaba llevar esa ropa, la instrucción por parte de Yumi sí que era humillante. Ya había pasado una semana y seguía sin confiar en que hiciera nada sin darle órdenes directas y condescendientes.

—Cierra los ojos —dijo la joven, inclinándose hacia él para dirigirle una mirada asesina—. Ya.

Pintor suspiró y obedeció.

—Ahora recoge una piedra.

Eligió una. Casi todas las de ese día eran nuevas, reemplazadas la noche anterior por los lugareños. Los gruesos guantes le protegieron las manos del calor de la piedra.

—Siéntela —dijo ella—. Sopésala. Busca su centro de equilibrio.

—No hace falta que me expliques cada paso. Ya…

—Calla —lo interrumpió Yumi—. Eres el alumno. Tú escuchas, yo hablo. Es como se hace.

Bueno, al menos Pintor sabía por qué los espíritus los habían vuelto incapaces de tocarse entre ellos. Porque sin duda ya la habría estrangulado en algún momento de todo aquello.

—¿Entiendes la piedra? —preguntó Yumi—. Puedes hablar para responderme.

—Centro de equilibrio —dijo él, tanteándola con la mano enguantada —. Justo aquí, si la sostengo de este lado. Aquí si la sostengo en la otra dirección. Tres huecos, aquí, aquí y aquí, por los que engancharla con otra piedra para darle estabilidad.

—Bien —respondió Yumi.

—La sombra se acumula en esta muesca de aquí —añadió él en voz más suave—, y el grano lleva esta dirección, más grueso cerca de la parte de arriba, creando minúsculas sombras serradas. No es rectangular del todo, pero las sombras entran más por los lados, como una cintura, que es por donde corre su única veta de cuarzo.

Yumi se quedó callada un momento.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó—. Te he dicho que cierres los ojos.

—La he mirado antes, sabiendo que me harías elegir una piedra que tuviera cerca —

explicó él—. ¿Quieres que entienda la piedra?

Así es como yo lo hago.

—Esas cosas son irrelevantes para el apilado.

—A mí me funcionan.

Entreabrió un ojo para mirarla.

—Tendría que ponerte una semana más con esto —dijo ella, cruzándose de brazos—.

Yo tuve que pasar meses haciéndolo.

—Pues nada —replicó él, y bostezó—. Adelante, tortúrame por puro rencor. Haznos perder el tiempo mientras los espíritus esperan, quizá sufriendo, a que termines de entrenarme.

—¿Los espíritus no *podrían* haberme enviado a un hombre que no fuese tan engreído?

—dijo ella (bajo)—. ¿Es que no había nadie más disponible?

—A lo mejor —repuso él (alto)— es que eres una maestra tan *excelente* que querían plantearte un reto.

Yumi apartó la mirada, como si la pulla le hubiera dolido por algún motivo. Pintor vaciló, frunciendo el ceño.

—¿Yumi?

Ella se abrazó a sí misma un poco más fuerte, aún sin dirigirle la mirada.

—La siguiente fase de tu entrenamiento —dijo— son los apilamientos bajos, centrándonos en la estabilidad. La base de tu construcción tiene que ser la parte más firme. No te arriesgues mucho en la parte inferior: úsala para tener el fundamento más sólido posible, que te permitirá hacer elecciones más arriesgadas después. Venga, empecemos.

Se arrodilló y echó mano al alma de una piedra, que colocó encima de otra con sus partes planas en contacto. Pintor sonrió, emocionado por poder comenzar al fin.

«Me emociono por amontonar piedras». ¿Quién lo habría previsto? Se acuclilló con cautela, porque ya se había quemado muchas veces a pesar de las rodilleras, y levantó una piedra. Probó a apilarla. El resultado fue inestable, así que lo intentó de nuevo, en esa ocasión alineando los centros de gravedad.

Al final lo logró. Animado por Yumi, añadió una tercera piedra. Que permaneció en su sitio.

—Oh, no —masculló entre dientes.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Que, desde luego, ahora es más fácil —dijo Pintor, agarrando otra piedra y equilibrándola también. Añadió una más—. Hace una semana apenas conseguía poner tres piedras una encima de otra.

—Apartó la mano, dejando que la quinta piedra se equilibrara. Estaba algo precaria, pero no cayó. Pintor miró hacia Yumi y soltó un suspiro largo y molesto—. No me puedo creer que tu entrenamiento haya funcionado de verdad.

—Lo ha hecho —respondió ella ensanchando los ojos—. Sí que ha funcionado.

Sonrió, entusiasta. Era una sonrisa embriagadora, de tan genuina. Las sonrisas, como la radiación, ganan potencia con la proximidad.

Pintor añadió una sexta piedra y la construcción completa se derrumbó. Pero Yumi le indicó con impaciencia que probara otra vez, así que Pintor lo hizo y consiguió apilar cinco de nuevo.

—Ha funcionado —dijo ella en voz baja—. De verdad te… te he entrenado.

—Me habría venido bien una actitud menos tiránica. Pero supongo que debo reconocer que más o menos sabes lo que te haces. Yumi miraba el apilamiento con aspecto de estar a punto de echarse a llorar. Pintor consiguió situar una sexta piedra, muy pequeña, encima de las otras antes de que la estructura entera cayera de nuevo.

—Seis —dijo, cruzándose de brazos—. No está mal, ¿eh? Bueno, ¿y cuándo aparecen los espíritus?

—Hace falta un mínimo de treinta piedras por pila para atraerlos consistentemente —

respondió Yumi—. Y nunca basta con un solo apilamiento. Para asegurarte, necesitarás unas veinte construcciones distintas, siguiendo un patrón, dispuestas de forma artística.

—Veinte o más apilamientos —dijo él con tono inexpresivo— de *treinta o más* piedras cada uno.

—Puedes hacerlos menos altos si son construcciones difíciles que tengan un aspecto interesante —explicó ella—. Colocar cuarenta piedras directas hacia arriba es relativamente fácil, pero debe hacerse

con moderación, ya que son los equilibrios curiosos y las piedras de forma rara lo que de verdad complace a los espíritus.

Pintor contempló su montoncito de piedras caídas. Ya no… ya no se sentía tan emocionado.

—No te desanimes —le dijo Yumi con delicadeza—. Eso es lo necesario para atraerlos de forma *consistente*. Mi primer espíritu acudió después de llevar solo dos semanas entrenando, pero el siguiente tardó otros cuatro meses. Pasaron años antes de que lo consiguiera cada vez, pero no necesitamos que llegues a ese nivel de habilidad. Tengo la sensación de que hasta un solo espíritu podría orientarnos.

Pintor suspiró de nuevo, y entonces asintió y le dedicó una sonrisa.

Por desgracia, Yumi regresó a su modo de supervisora estricta al lanzarlo a su siguiente nivel de entrenamiento: crear bases sólidas para los apilamientos. No era *del todo* tan soporífero como el trabajo de la semana anterior. Tampoco era estimulante. A Pintor le recordó a sus clases de anatomía, en las que había tenido que dibujar los mismos músculos una y otra vez.

Pero un poco de éxito engendra ilusión y las horas pasaron deprisa. Sobre todo porque la propia Yumi pareció saborear también el éxito y estaba un poco menos exigente. En vez de dar vueltas a su alrededor ladrándole instrucciones, dedicó más tiempo a mostrarle ejemplos. Por desgracia, no lograba construir nada más alto que unas pocas piedras antes de que lo que tenía apilado empezara a deshacerse en humo.

Sus creaciones incorpóreas tenían una esperanza de vida de unos pocos minutos.

Paraban cada cierto tiempo para beber agua y, a medida que transcurría el día, Pintor se sorprendió descubriendo que casi estaba *pasándolo bien*. Seguía sin comprender qué

tenía de artístico apilar piedras, y los espíritus eran una gente veleidosa si reaccionaban a ello. Pero… le suponía una diversión moderada.

Además, el entusiasmo de Yumi era contagioso. A mediodía Pintor hizo una pausa para observar cómo creaba una pequeña estructura de diez piedras, con los labios fruncidos y los ojos centrados pero la postura relajada, en contraste con la rigidez preocupada anticipando un derrumbamiento con la que apilaba él. Yumi se movía con una fluida flexibilidad, acunando las piedras en vez de agarrarlas. Encontrándose con ellas en vez de buscarlas.

Situaba gran parte de las piedras sobre el borde más corto y dejaba asomar partes a los lados sobre las que apilar otras piedras, creando pequeñas torres. En vez de optar por la decisión evidente con cada piedra, de algún modo tenía en cuenta sus irregularidades individuales y las hacía encajar formando un puzle inesperado. Cada añadido era como un cambio de tonalidad en una sinfonía: abrupto pero inmediatamente *adecuado*. Tan encantador que te sorprendías de haber estado disfrutando de la canción antes de él.

«Tenía razón —pensó Pintor (alto)—. Sí que es un arte. En sus manos, al menos».

Y ella formaba parte del arte. Sus movimientos eran una

representación con la que deleitarse y luego recordar. Era… hermoso. Si Pintor fuese un espíritu, sin la menor duda se habría visto atraído hacia aquello.

Por desgracia, la piedra de abajo se desvaneció en ese momento y el apilamiento completo se derrumbó en un arremolinado humo negro. Yumi se echó hacia atrás sobre los talones y dio un largo y lento suspiro, exhalado como una elegía. Ya sabéis cuáles digo. Su materia prima son los cadáveres de los sueños.

Pintor miró a Yumi, triste por ella. Esa emoción, la que había visto en su cara…

Conocía bien esa emoción. Nunca había creído que conocería a otra persona que la sintiera igual que él.

«Su pasión —comprendió— es la misma que antes tenía yo». Darse cuenta de eso lo recontextualizó todo, y Pintor empezó a preguntarse si había otras cosas que Yumi conocía y él había sentido antes. Esa preocupación que mostraba… ¿era la misma que siempre lo había embargado a él sobre equivocarse, sobre no ser la persona que todos los demás creían?

Soledad, incluso estando en grupo. Vergüenza y sus fieles compañeros: esos susurros que insisten en que no mereces atención ni amor.

Pintor lo comprendía. Sin necesidad de tocarla, lo comprendía.

Yumi le lanzó una mirada y él cometió un error y derribó las piedras que había estado apilando.

—Pon la más pesada abajo del todo —le sugirió Yumi—. Pero ojo, porque no *siempre* es la más grande. Depende.

Él asintió, esperando que Yumi no lo hubiera pillado mirando. Mientras lo intentaba otra vez, se preguntó cómo habría sido para ella la semana anterior. Obligada a dar instrucciones en vez de hacer lo que le encantaba, porque podría haberse dedicado a construir torres de piedra sin parar. Todo parecía más trágico si los *dos* habían estado pasándolo tan mal.

Trató de ver las piedras como lo hacía ella para las siguientes construcciones, pero le resultó menos efectivo y notó que empezaba a perder terreno. Pintor no tenía su capacidad de evaluar el material sin esfuerzo, de intuir la posición idónea para una piedra, de visualizar un todo mayor que las partes. Así que se puso otra vez a apilar piedras

planas.

Yumi negó con la cabeza.

—Tienes que aprender a estimar el centro de equilibrio de la torre entera, no solo de las piedras individuales. Estás perpetuando los desequilibrios en vez de corregirlos con las piedras nuevas.

—Es que…

Dejó la frase a medias al ver que fuera se congregaba la gente del pueblo. Miró a Yumi, que frunció el ceño. Se suponía que Liyun debía mantener apartados a los mirones para que pudieran practicar en paz. ¿Qué estaba…?

No se estaban reuniendo por él. Allí pasaba algo. Pintor alcanzaba a captar ruido. Un alboroto.

—No creo que tenga nada que ver con nosotros —dijo Yumi, pero no parecía muy convencida.

Pintor se puso en pie, rígido de llevar tanto tiempo trabajando más o menos en la misma postura. Cruzó el lugar del ritual hasta la valla, fuera de la cual Chaeyung y Hwanji también estaban atentas a la multitud. ¿Parecía que había llegado un carromato? Sí, otro transporte flotante, más grande que el de Yumi, tirado por aquellos dispositivos voladores hechos a partir de espíritus.

Distraído, Pintor salió del lugar del ritual, reparando en que Liyun ya no estaba a la vista. Las dos asistentes dieron un respingo y se apresuraron a alcanzarlo para que los abanicos lo taparan mientras caminaba hacia el gentío. Aunque iba vestido, en teoría en esos momentos no estaba en exhibición, así que el deber de las mujeres era ocultarlo.

—Deberíamos quedarnos en el lugar del ritual —dijo Yumi, que avanzaba tras él unida por la cuerda invisible—. ¡Pintor, no tenemos que salir!

Pero él ya había visto muchedumbres como aquella. En el lugar de un disturbio. De la aparición de una pesadilla. Apartó los abanicos de sí mismo y, cuando regresaron, los empujó con más ahínco y las asistentes se quedaron atrás. La gente le abrió paso, hablando en susurros mientras Pintor se acercaba a la fuente de su consternación.

No era una escena de violencia o miedo, por suerte. Del carromato

había salido un grupo de hombres con largo bigote, barbita de chivo y ropa blanca. Su rasgo más notable eran los extraños sombreros que llevaban. Negros, con la parte de atrás alta y la de delante más corta, como… bueno, como si fuesen sillitas. Solo que también tenían alas a los lados.

—Académicos —dijo Yumi, colocándose a su lado. Se llevó una mano a los labios—.

De Ciudad Torio. De la *universidad*. Siempre había… querido verlos.

—… oye hablar de la desafortunada naturaleza de vuestro apuro —estaba diciendo el académico jefe—, incluso en Ciudad Torio. De modo que hemos acudido para bendeciros.

Se dirigía al rechoncho alcalde de la ciudad, aunque era evidente que hablaba para toda la multitud. El alcalde, a su vez, hizo una inclinación a los académicos y luego se inclinó de nuevo por si la primera vez no bastaba.

—Honorables académicos —respondió en la más alta y florida forma —, sed bienvenidos a nuestro humilde pueblo.

Pintor frunció el ceño. Aquellas eran las formas lingüísticas que se empleaban en las series históricas para tratar con la *realeza*. Oírla dejaba poca ambigüedad de cómo se consideraba allí a los académicos.

Tras los cuatro recién llegados, un grupo de hombres más jóvenes con sombreros más pequeños, simples gorros negros, abrieron las puertas traseras del carromato y descargaron algo. Tendría más o menos el tamaño de una cómoda, pero estaba hecho de metal y con una gran cantidad de largas varas. Recordaba a una araña si a dicha araña le hubieran salido unas decenas de patas adicionales.

—Este pueblo —dijo el académico más alto— ha padecido un embarazoso fallo en nuestro sistema. La más (alto) apreciada yokihaijo —añadió inclinándose hacia Pintor—

es, por supuesto, una parte reverenciada de nuestra tradición. No obstante, el ser humano está limitado en su capacidad, y es *de lo más* ineficiente que debamos depender de él para satisfacer las necesidades de nuestra sociedad. En el Instituto de Soluciones Mecánicas, con la bendición de Su Majestad, hemos desarrollado algo para ayudar en esta situación.

Hizo un gesto con una mano hacia la máquina y entonces todo encajó para Pintor.

Incluso antes de que los académicos asistentes soltaran piedras en el suelo alrededor del aparato, lo supo.

—¿De qué están *hablando*? —preguntó Yumi.

No tardaría en verlo. El académico más alto mantuvo la pose durante tanto tiempo que se hizo incómodo, mientras sus ayudantes trasteaban con el cacharro. Al final lanzó una mirada al grupo y uno de ellos se acercó corriendo para hablarle al oído.

La respuesta fueron unos susurros bruscos, acompañados de briosos gestos. Luego el académico jefe se volvió de nuevo hacia el gentío.

—La demostración —dijo— tendrá lugar, por supuesto, después de que hayamos dispuesto de tiempo para organizarnos y relajarnos tras nuestro arduo viaje.

—Pero ¿la demostración de qué, honorables académicos? —preguntó el alcalde, inclinándose otra vez.

El académico jefe sonrió.

—De nuestra máquina —dijo— para apilar piedras.

Es una abominación —dijo Yumi, dando vueltas por la habitación de Pintor—. Peor que eso: ¡es una *blasfemia*! Una cosa muerta no puede invocar a los espíritus. Y si lo hiciera, sería como mentir. Un engaño. Sería… ¿Por qué sonríes?

—Ah, no, por nada —respondió Pintor, reclinándose en su altar—. Tú sigue despotricando.

—No estás de acuerdo conmigo —dijo Yumi yendo hacia él, con los ojos entornados.

Estaba tan furiosa que ni se había puesto otra cosa en vez de la ropa de dormir, así que iban vestidos igual—. Suéltalo. ¿Por qué no coincides?

—Bueno, es solo que me sorprende. La manera en que describes el apilamiento, centrándote siempre en la idea de la precisión, es muy mecánica. Te quejas siempre de que le pongo un poco de emoción, y una vez hasta dijiste que te iría mejor siendo una máquina. Y ahora… aquí estamos.

Yumi soltó el aire por la nariz y se cruzó de brazos.

—Te *prohíbo* que le encuentres ninguna ironía a esta situación, Pintor.

Él enarcó las cejas.

—Pero solo en mi mundo —añadió ella con un asentimiento—, donde se aplican mis reglas.

Se marchó en dirección opuesta, tratando de poner en orden la hueste de emociones desplegadas para asaltarla.

Una máquina. Para apilar piedras.

Una máquina para… reemplazarla.

Si funcionaba, ¿significaría que se habían acabado las yokihaijo? ¿Que no habría más chicas pasando la vida atrapadas entre las invisibles paredes de la expectativa y la responsabilidad?

Pero era un *honor*.

¿Tan horrible sería que nadie tuviera que cargar con ese honor?

«Los espíritus están sufriendo —pensó—. Quieren que haga algo para salvarlos».

—Seguro que los espíritus —dijo volviéndose hacia Pintor— me pidieron ayuda por *esto*. Quieren que detenga esa abominación. —Dio

un leve respingo—. Por eso enviaron a alguien inútil a mi cuerpo… Tenía que fracasar apilando… ¡para que vinieran esos académicos y pudiera ver cómo se desarrollaba su plan malvado!

—Voy a pasar por alto la ocurrencia de que soy un inútil —repuso Pintor—. No creo que esos académicos sean malvados, Yumi.

—¡Están creando aparatos que reemplacen los esfuerzos honrados de la buena gente!

—exclamó ella, girando para mantenerse encarada hacia él—. ¿Y si hicieran máquinas que cosecharan? ¿O que cosieran la ropa? ¡Al final nadie tendría nada útil que hacer con su vida! La gente se marchitaría como fruta caída al suelo.

—Esto… Yumi —dijo él—, ¿de dónde crees que ha salido ese pijama? ¿O los vestidos que te compraste?

Yumi bajó la mirada hacia la ropa. Ya se había fijado en lo increíblemente precisas que eran las puntadas.

—Aquí ya tenemos esas cosas que dices —añadió Pintor—. Hay máquinas que ayudan a plantar y recolectar el grano. Máquinas que hacen ropa. ¿Esa ducha que tanto adoras? Es otra máquina. Como el visor. ¿Y sabes qué? La gente de mi mundo aún tiene cosas útiles que hacer. Las máquinas necesitan trabajadores que las construyan y las mantengan, además de gente que cultive y coloque las líneas de hion. A tu pueblo no le pasará nada.

—Vuestras máquinas no reemplazan un propósito sagrado —objetó ella—. Los espíritus van a ofenderse.

—Si lo hacen, ¿no se negarán a aparecer si el apilamiento lo hace una máquina?

Bueno… quizá.

A menos que algo fuese muy muy mal. Algo que les impidiera buscar ayuda en ninguna otra parte.

«Danos la libertad…».

—¿Cómo alimentarán ese trasto? —preguntó Pintor, levantándose y mirando hacia la luz de la habitación, a la que llegaba un tenue par de colores gemelos, el omnipresente hion—. Tu gente no ha descubierto el hion todavía, ¿verdad?

—Dudo que exista en mi mundo —dijo ella.

—Igual utilizan algo más primitivo. ¿Tenéis motores de carbón?

Yumi lo miró sin comprender. «¿Carbón?».

—Ya veo que no —dijo él.

—No somos un pueblo primitivo —replicó Yumi señalando a su alrededor por la habitación— solo porque no hagamos aparecer caras en unas cajas de la pared. *Vosotros* no sabéis cómo hacer que un edificio flote.

Pintor no respondió, así que Yumi apartó unos cuantos fajos de bambú pintado y emprendió su rutina matinal. Después de ducharse, cepillarse, vestirse y demás, se sentaba con su tinta y su pincel.

—Estoy preparada para tus enseñanzas, maestro instructor —dijo con una profunda reverencia.

—¿Me llamas así porque me molesta? —preguntó él.

—Sí —dijo ella, inclinándose de nuevo.

—¿Lo *reconoces*?

—¿Por qué si no iba a llamarte cosas que no te gustan? —dijo Yumi—. En fin, pensaba que era evidente.

Pintor meneó las manos y se sentó en su altar.

—¿Chinchar a la gente no va contra el… código de las chicas espirituales, o lo que sea?

—Tu mundo —dijo ella alzando la barbilla—, tus reglas. Y por lo que he visto, Pintor, chinchar a la gente viene a ser una *religión* para ti.

Lo cierto era que sí que se sentía traviesa al decirle esas cosas, y lo apropiado habría sido parar. Pero… ¿cómo podía ser ese chico tan divertido de pinchar? Si Pintor agachara la cabeza, lo más probable sería que Yumi tuviera remordimientos. Pero lo que hizo fue alzar las manos hacia el firmamento y negar con gesto teatral.

—No te entiendo —dijo— en *absoluto*.

—Soy tu humilde discípula —afirmó ella con otra reverencia— en el complejo arte de la pintura.

—Supongo que sí.

—Y el arte aún más complejo de ser irritante.

Esa vez Pintor sonrió. Lo cual preocupó a Yumi. A pesar de sus intenciones, estaba relajándose demasiado en aquel lugar, ¿verdad? ¿Qué más podía hacer al respecto?

Necesitaba disfrutar menos de aquello.

«Concéntrate en el trabajo», pensó, cogiendo un pincel.

—¿Cuál es mi siguiente lección?

—Bambú —respondió él.

Yumi volvió la cabeza para mirar por toda la habitación, que estaba repleta de fajos de bambú pintado. Habían tenido que ir a la tienda de material artístico *tres veces* ya esa semana. Yumi pensó que debería limpiar la estancia, ya que estaba contribuyendo en buena medida al desorden. Quizá podría pedirle a Pintor que pidiera consejo a Chaeyung y Hwanji la próxima vez que estuvieran en su mundo. Para ella, limpiar lo que ensuciaba sería una novedad.

«No. No lo disfrutes. Y no está bien hablar con tus asistentes. No deberías ni pensarlo».

—Ya domino el bambú —dijo—. Ayer yo te enseñé algo nuevo. A cambio, tú también deberías enseñarme una técnica avanzada.

—No hay motivo —respondió Pintor—. Solo necesitas saber lo básico para defenderte si encuentras alguna pesadilla.

—¿Y puedo derrotar a esa pesadilla estable con… bambú?

—No —dijo él—. Te repito que *no* vas a enfrentarte a la pesadilla estable. Si nos cruzamos con ella, lo que haremos es *correr*.

Yumi suspiró pero hizo una inclinación, esa vez sincera. Tenía que hacer caso a su sabiduría, o mejor dicho a su experiencia, en ese asunto. Así que se puso a pintar. Hasta que la distrajo una llamada a la puerta. Una mirada al reloj la informó de que el día ya estaba muy avanzado, al menos según lo medía aquella sociedad. Aunque Yumi y él siempre se despertaban por la mañana en el mundo de ella, Pintor

llevaba un horario extraño en el suyo, trabajaba mientras muchos otros dormían.

Era la hora de cenar. O de desayunar, para los pintores. Los colegas de Pintor solían reunirse antes o después del turno para charlar, y Yumi había tenido que rechazar muchas invitaciones de Akane a esos encuentros.

Abrió la puerta, ya preparada con otra excusa que ponerle a Akane. Pero encontró allí fuera al grupo entero. No solo estaba Akane, elegante hasta con los pantalones y la camisa de pintar que llevaba estando de servicio, sino también Tojin, arremangado para lucir los músculos. Y la bajita Masaka, con suéter de cuello alto y sus ojos penetrantes ensombrecidos y resaltados con una cantidad excesiva de maquillaje oscuro. Por último estaba Izzy, la chica de extremidades largas con el cabello decolorado a rubio.

—¡Esto es una intervención! —exclamó Tojin.

—Venimos a rescatarte de tus libros, Yumi —añadió Izzy, cogiéndola de la mano.

—No necesito que… —empezó a decir Yumi.

—Todos hemos pasado por lo mismo —la interrumpió Akane— cuando estudiábamos para los exámenes. Yumi, créeme. Si no te relajas de vez en cuando, te estresarás tanto que se te pudrirá la mente. Sí que *necesitas* un descanso.

—Hay que dejar reposar los músculos entre repeticiones —afirmó Tojin.

—Ah, *estupendo* —dijo Pintor (bajo), llegando detrás de ella—. Ya casi había conseguido olvidar las metáforas de halterofilia.

—Será solo comer algo —insistió Akane—. Hoy es el día de la Ceniza. Hasta nosotros tenemos media jornada libre, intercambiando turnos con el Departamento Tres para que ellos se lo tomen más adelante.

—Líbrate de ellos —dijo Pintor, y se volvió de nuevo hacia la habitación bostezando.

Sí. Eso era sin duda lo que debería haber hecho. Pero la idea de pasar otro día pintando bambú una vez y otra y otra más…

Miró alrededor por acto reflejo, por si Liyun andaba cerca para

oponerse.

—Muy bien —dijo Yumi con voz suave.

—¿Ah, sí? —se emocionó Izzy, y empezó a dar saltitos.

—¿Qué? —exclamó Pintor dando media vuelta.

Yumi pidió a los demás que la esperaran un momento, cerró la puerta y se puso a toda prisa un vestido en vez de la camisa de pintar demasiado grande y los pantalones que llevaba.

—Espera, espera —dijo Pintor—. ¿Yo tengo que suplicarte para que me des un *descanso* y *beber agua*, pero tú puedes salir a cenar fideos?

—Me has dicho que no necesito técnicas avanzadas —replicó ella, poniéndose la chaquetilla para luego mirarse en el espejo y devolver a su sitio una tira rebelde del suje—. Ya tengo el bambú controlado, ¿verdad? Por tanto, no *necesito* más entrenamiento.

—Supongo que…

—Así que —dijo ella con el corazón palpitando— saldré a cenar con ellos. —Calló un momento y lo miró—. ¿Puedo, por favor?

—Depende de ti —respondió Pintor—. Siempre que te apetezca salir, puedes hacerlo.

No soy tu amo, Yumi.

¿Decidía ella? Titubeó.

¿Qué estaba haciendo? Subió la mano para empezar a quitarse la chaqueta.

—Ve —dijo él—. No le des más vueltas, Yumi. Sal y ya está. No pasa nada. De todas formas, ya quería hablar con Diseño.

Y eso hizo. Nerviosa, exultante, aterrada. Salió con los demás, que la llevaron al restaurante de fideos. Habían propuesto ir a algún otro sitio a cenar, pero vieron la cara de pánico de Yumi al oírlo y enseguida descartaron la idea. A los pocos minutos ya estaba sentada con ellos después de haber dejado dinero en la mesa, porque Pintor le había sugerido invitarlos a todos a modo de agradecimiento, y con un menú en las manos.

Pidió caldo de un sabor que no había probado nunca. A fin de cuentas,

si de todos modos iba a temer la experiencia, bien podía añadirle más extrañeza. Al cabo de poco, Diseño hizo un gesto a Pintor para que fuese a hablar con ella, con lo que Yumi se quedó a solas con cuatro personas que eran casi completos desconocidos.

Fue *apasionante*.

Hablaron de las vacaciones, de su salario y del capataz. Fue un zarzal de enredaderas y pinchos entrelazados en el que Yumi no se *atrevió* a internarse. Parecían comprender que ya estaba amilanada por haber salido y no la obligaron a participar en la conversación. Eso le permitió observar. De cerca. A *gente interactuando*.

Nunca le habían concedido hacerlo. Debía permanecer distante. Y como suele ocurrir con las cosas prohibidas, eso lo volvía misterioso. Yumi se quedó fascinada por la forma en que la gente normal conversaba y bromeaba y se interrumpía y reía, y… y era como una representación en la que cada participante tenía sus frases memorizadas. ¿Cómo sabían cuándo hablar y cuándo callar? ¿Cuándo hacer un chiste y cuándo explicar un hecho?

Para tratar de encontrarle sentido a todo, decidió concentrarse en una sola persona.

Como ya tenía la impresión de conocer un poco a Akane, dedicó su atención a Tojin.

Pintor había dicho que el joven siempre estaba luciendo músculo ante las mujeres. Yumi había dado por sentado que era para persuadirlas a aparearse.

Liyun afirmaba que los detalles del cortejo solo la distraerían de su deber, así que aparte de unos pocos chismes que había oído de pequeña… no tenía ni la más remota *idea* de cómo se emparejaba la gente. A ella ya le costaba trabajo elegir un *vestido*.

¿Cómo se elegía *pareja*? Esperó, por las palabras de Pintor, que Tojin la iluminara al respecto.

Era cierto que le gustaba exhibir sus músculos. Solo que, mientras les traían los fideos, Tojin se levantó de un salto y fue a hablar con una gente que acababa de sentarse en otra mesa. Allí no había mujeres. Uno del grupo era tan fornido como Tojin, y Yumi se preguntó contra qué bestias combatirían para necesitar una musculatura como aquella.

—Gaino —dijo Tojin al hombre gigantesco—, tenías toda la *razón*

sobre la tracción al pecho. Mira.

Y procedió a *quitarse la camisa* y tensar los músculos. Yumi lo miró con los ojos como platos. Sí, los vistazos fugaces a Pintor mientras se bañaban habían sido interesantes, pero aquello fue… ilustrativo. Yumi casi se olvidó de masticar los fideos mientras varios otros hombres corpulentos de la mesa aplaudían a Tojin.

—¿Qué repeticiones haces? —le preguntó Gaino.

—Cuatro series de veinte —dijo Tojin—. Pero si te inclinas hacia delante en vez de hacia atrás, de verdad lo aíslas donde quieres.

—Yo estoy estancándome —intervino otro hombre, y flexionó un brazo—. Tengo que perder al menos otro uno por ciento. Fijaos, apenas se distingue el contorno.

—Estás genial —le aseguró Tojin, y entonces flexionó su propio brazo —. Pero igual te conviene trabajar un poco las mancuernas en banco con agarre inverso, ¿no crees?

Yumi no podía apartar los ojos. No era que aquello fuese *atractivo*, sino más bien *cautivador*. Ni siquiera se sonrojó. En vez de eso, se quedó boquiabierta. Era como si algo en su cerebro se hubiera descolocado y estuviera confundiendo las reacciones.

—¡Tojin! —lo llamó Izzy—. ¡Estás rompiéndonos a la nueva! ¡Para ya de comparar tamaños!

Tojin miró hacia la mesa y entonces fue él quien sí se sonrojó. Se vistió de nuevo a toda prisa. Era posible que todo aquello hubiera sido una exhibición destinada a ella y a las otras chicas, como Pintor había sugerido con frivolidad. Pero no terminaba de encajarle. Parecía más emocionado por hablar de técnica con los otros hombres. Y

cuando volvió a su asiento, se disculpó con Yumi sonando sincero de verdad.

—No quería dar el espectáculo —dijo bajando la mirada.

—Eh… —tartamudeó Yumi—. Esto… hum… ¿Contra qué clase de bestias peleas?

—¿Bestias? —preguntó él—. *¿Pelear?*

—Con esos músculos —dijo ella—. ¿Entrenas para la… guerra? ¿La

batalla?

Izzy se rio tanto que estuvo a punto de disparar fideos por la nariz. Tojin parecía cohibido. ¿Era… tímido? ¿En serio? ¿Por qué iba una persona tímida a labrarse un cuerpo tan espectacular, si no era para la batalla?

—No es por nada de eso —explicó Tojin—. Es solo que me gusta mejorar todo lo que pueda. Ver hasta dónde llego. Alcanzar mis límites y luego rebasarlos.

—¿Para lograr qué? —preguntó Yumi.

—Es que eso *es* el logro —dijo él, y dobló el brazo de un modo muy específico que le resaltó las *venas*. Fue casi grotesco, pero de algún modo impresionante aun así—.

Nuestro cuerpo es la herramienta más increíble que existe. ¿No es raro que afinemos un motor hasta hacerlo ronronear pero no hagamos lo mismo con el cuerpo?

Yumi apenas entendió a qué se refería. Pero se fijó en que Akane miraba a Tojin con aprecio. Y cuando la joven fue a traer un poco de salsa para los fideos, le pasó una mano por el brazo y dejó que se separara al caminar. Tojin le dedicó una sonrisita bobalicona y luego bajó la mirada, ensanchándola para sí mismo.

Sí que *era* tímido con las mujeres. O eso, o Yumi estaba malinterpretándolo por completo, lo cual debía reconocer que también era muy plausible. Pero ya le parecía entender la forma en que una mujer podría mirar a un hombre. Quizá Liyun hubiera intentado apartarla de la gente, pero Yumi no dejaba de tener ojos. Akane no miraba a Tojin con los ojos de una mujer hambrienta, ansiosa por darse un festín. Yumi había visto bastantes de esas miradas en el local unos momentos antes.

¿De verdad Tojin quería tener músculos… porque sí? ¿Era aquello lo que le pasaba a una sociedad cuando tenía líneas de hion para hacer todo el trabajo duro? ¿Y era…

malo que ocurriera?

—Qué raro —dijo Yumi—. Cuando mi hermano me habló de ti, Tojin, no me…

Se detuvo al darse cuenta de que quizá no debería revelarlo. De

hecho, todos los demás la miraron directamente, llenos de curiosidad.

Hablar con gente era difícil.

—… no me explicó esa parte —terminó la frase Yumi—. La de los músculos. La de por qué los trabajas.

—Seguro que no —dijo Izzy con una sonrisa.

—Por cierto, ¿dónde *está* tu hermano, Yumi? —preguntó Tojin—. Si no te importa que cotillee. Lo normal es que veamos a tu hermano cada noche o dos, patrullando cerca de nosotros. El capataz dice que está de permiso por asuntos personales, pero supongo que aun así deberíamos encontrárnoslo de vez en cuando.

—Es que… —El corazón de Yumi empezó a aporrearle. ¿Podría ir a buscar a Pintor para que le propusiera un embuste? Se decidió por algo parecido a lo que le había dicho—. Es que tiene que hacer una cosa importante. Muy importante.

—¿Más importante que su trabajo? —dijo Akane, que regresaba para darle la salsa a Tojin.

—No, no —se apresuró a responder Yumi—. Es por su trabajo. —Se inclinó hacia los demás—. Está persiguiendo a una *pesadilla estable*.

Había esperado provocar sorpresa.

Pero Akane puso los ojos en blanco. Tojin se quedó callado y negó con la cabeza, bajando la mirada. Izzy se echó a reír directamente.

—No os lo creéis —dijo Yumi con un hilo de voz.

¿Por qué todo el mundo reaccionaba así a Pintor? ¿De verdad era tan *tan* inútil? Yumi se sorprendió al constatar que la idea no la enfurecía tanto como antes. En esa ocasión sintió tristeza por él. Además de… ¿una extraña indignación?

«No están siendo justos con él —pensó—. Tal vez no sea el mejor, pero sí que intenta aprender a apilar. Y lo capta rápido».

Quizá no era tan raro que Pintor estuviera algo resentido con ese grupo, si su primera reacción a una noticia como aquella no era preocuparse, sino desdeñarlo.

—Ya basta, ya basta —dijo Izzy, levantando unos papeles con palabras escritas por todas partes. No era un libro. Eran páginas sueltas y de un

tamaño inmenso—. ¿Habéis leído esto?

—Por favor, nada de horóscopos —suplicó Tojin, vaciando lo que parecía ser media botella de salsa en su sopa.

Todos parecieron satisfechos de cambiar de tema sin mirar atrás, y dejar de hablar de Pintor y sus rarezas.

—El horóscopo está *prohibido* en esta mesa —respondió Izzy—. Es la competencia.

Pero esto no es ni siquiera un serióscopo. Van a lanzar la nave muy pronto.

—Lo mismo dijeron la semana pasada —objetó Akane.

—La mortaja era demasiado densa —dijo Izzy—. Pero esta vez sí que va en serio.

—Estoy segura —murmuró Masaka— de que son *muy muy amistosos*.

—¿Quiénes? —preguntó Yumi, mirando alrededor mientras sorbía un fideo—. ¿De qué estamos hablando?

—De los alienígenas —explicó Akane—. Los que viven en la estrella, ya sabes.

Yumi se atragantó al instante. Se bebió medio vaso de agua de cebada por pura vergüenza antes de hablar.

—¿Los *qué*?

—¿No hay periódicos en el sitio de donde vienes? —le preguntó Izzy —. ¡Estamos planeando un lanzamiento! El de una nave que puede recorrer el espacio entre mundos.

Llevan una eternidad construyéndola. Pero por fin llega el momento de que zarpe.

— *Amistosos* —siseó Masaka, echándose hacia delante—. Los aliens son *todos amistosos*.

—¿De verdad no te habías enterado, Yumi? —se sorprendió Izzy—. Qué pasada.

Necesito mi cuaderno. Es buena información para perfeccionar tu serióscopo.

—Anda, calla —dijo Akane—. No todo el mundo se obsesiona leyendo el periódico, Izzy.

¿Cómo se mantenía Akane tan refinada incluso comiendo? ¿Se suponía que Yumi también debía ser así? Parecía complicado comer fideos sin sorber. En realidad, ella no había comido nunca delante de nadie aparte de sus asistentes.

—Seguro que los aliens están *buenos* —dijo Izzy.

Yumi empezó a atragantarse otra vez.

—Pero buenorros —añadió Izzy, reclinándose—. Los hombres, de ensueño. Las mujeres, sensuales.

—¿Cuántas series hay últimamente sobre alienígenas? —dijo Tojin con una sonrisa.

—Como la mitad —respondió Izzy—. ¿Y los aliens? Buenorros. Sin excepción. Pero es normal que estén cañón, ¿verdad?

—Esto… ¿por qué? —preguntó Tojin.

—Porque voy a salir con un alienígena o dos —dijo Izzy, alzando el mentón—. Viene en mi serióscopo. Y nunca saldría con uno que no esté bueno.

Yumi se alegró al ver la expresión perpleja de los demás, que le reveló que no era la única pensando que Izzy era muy rara. Hasta Masaka se había quedado mirándola.

—Tu lógica, Izzy —dijo Akane—, es… hum…

—¿Espantosa? —propuso Tojin.

—Buscaba algo más diplomático.

—¿ *Presuntamente* espantosa?

—Ya lo veréis —dijo Izzy—. Cuando tenga a un tiarrón alienígena apuesto y a una bombón alien exuberante peleándose por mí.

—Disculpad —dijo Yumi—. Tengo que… esto… irme. Un momentito. Para una cosa.

Escapó hacia la barra, donde Pintor estaba charlando con Diseño. Al llegar encontró a Diseño estirando algo brillante entre los dedos. Era

como un cordel hecho de *luz*. Yumi se olvidó de lo que iba a decirles, atenta a aquella extraña visión. Un cordel resplandeciente, cuyos extremos se desvanecían en la nada.

—Tu redespíritu —estaba diciendo Diseño— sabe qué cuerpo es el tuyo. Se mantiene Conectada a él, ¿sabes? Formas Conexiones como esa con todo el mundo, y en menor medida con todas las *cosas*, que has conocido. Está chulo, ¿eh?

—¿Y ese cordel es el mío? —preguntó Pintor.

—¡Ajá! —exclamó Diseño—. Así no voy a cortarlo, no te preocupes. Solo estoy alargándolo, y también revisándolo por si hay algún problema. No se me ha ocurrido mucho más para ayudaros. Lo siento, a veces soy incorregiblemente inútil. Está en mi patrón. Pero al menos así tendréis una correa más larga, por así decirlo.

—¿Qué hace? —le susurró Yumi a Pintor.

—Está poniéndolo de forma que no nos demos tirones entre nosotros —explicó él— si nos alejamos demasiado.

—En realidad seguiréis haciéndolo —dijo Diseño—, pero la distancia a la que podréis separaros sin que ocurra será mucho mayor. Es probable que pueda darle una longitud de varios edificios sin arriesgarnos a que se degrade en absoluto vuestra Conexión.

Sonaba práctico, aunque había algo en ello que… le resultaba pesaroso a Yumi. Había pasado muchos años sola. Siendo egoísta, a una parte de ella le había gustado que hubiera alguien que no pudiera dejarla sin compañía. Apartó de un empujón aquellas emociones impías.

—Pintor —susurró—. ¿Sabes algo de ese lanzamiento del que hablan los demás? ¿Un barco que navega por el cielo?

—Ah, es verdad —dijo él—. Sí, pero es más bien como un autobús que sigue la línea de hion hacia el cielo. Llevan años dándole vueltas a ese tema. Para ir a… —Irguió la espalda y se dio una palmada en la cara —. Soy imbécil. Va a tu planeta, Yumi.

—¿Y qué? —preguntó Diseño—. Nikaro, no pretenderás *colarte a bordo*, ¿verdad?

—¿Qué? ¡No!

—Oh —dijo Diseño en tono decepcionado.

—Parece una coincidencia un poco rara, ¿no creéis? —preguntó Yumi —. Que yo viniera aquí apenas unos días antes de que tu gente envíe exploradores a mi mundo.

Podría significar algo.

—Un momento —dijo Diseño—. ¿Estás *segura* de que eres de ese otro mundo, Yumi?

—No —reconoció ella—. Es la teoría de Pintor.

—No dejaba de fijarme en la estrella —explicó él— el día en que pasó el intercambio.

Y… en fin, le veo sentido. ¡Diseño, su mundo tiene una bola de fuego enorme en el cielo!

—Como la mayoría, Nikaro —repuso Diseño—. Como prácticamente todos los mundos menos este.

—¿Ah, sí? —dijo Pintor.

—Ajá.

—¿Y todos tienen calor? —preguntó él—. ¿Y también sale del suelo?

—¿Calor que procede del suelo? —dijo Diseño mirando a Yumi, que asintió con ahínco—. No, eso es de lo más raro.

—¿Es posible que provenga de algún otro lugar de *este* mundo? —preguntó Yumi.

—Examinamos el planeta antes de venir —respondió Diseño—. No presté la suficiente atención, así que es posible, pero creo que está todo recubierto por la mortaja.

—Se encogió de hombros—. La hipótesis de que procedes de ese otro mundo, el que orbita con este tan extrañamente cerca, está fundada. Podrías venir de algún lugar más lejano, supongo, pero la Conexión a este nivel rara vez cubre tanta distancia. Por ejemplo, a mí me costó horrores salir de mi mundo natal, dada mi Conexión a él.

—¿Y viste… algo sobre ese otro mundo estando en el cielo? —preguntó Pintor—.

¿Antes de venir aquí?

—Me temo que no hicimos parada en él. ¿Calor que sale del suelo, dices?

—¡Sí, y plantas que vuelan! —exclamó Pintor.

—¡Chachi! —repuso Diseño—. Bueno, a lo mejor puedo intentar confirmarlo. La Conexión de la redespíritu de Yumi con su mundo será más tenue que la que os une a vosotros dos, así que no podré verla sin ayuda. Pero Hoid tiene un aparato en alguna parte de nuestro equipaje. —Se encogió de hombros—. Dadme un tiempo. Procuraré encontrarlo.

—En todo caso —dijo Yumi—, ese grupo de personas que van a viajar desde aquí al otro planeta, probablemente el *mío*, podría estar involucrado en todo esto. A lo mejor es por *eso* por lo que los espíritus hicieron lo que hicieron.

—¿No estabas convencida de que nuestro intercambio tenía algo que ver con esa máquina? —preguntó Pintor.

—Quizá las dos cosas estén relacionadas —dijo ella.

Pintor, sorprendiéndola, asintió despacio.

—¿Estás de acuerdo? —le preguntó Yumi—. ¿ *Coincidimos* en algo?

—Y no es lo primero —dijo él. —¿A qué te refieres? Pintor sonrió.

—Te lo enseñaré. Mañana.

Al día siguiente, Pintor despertó ansioso y se desperezó. El suelo aún estaba un poco caliente después de que hubieran bajado el carromato la noche anterior. Llegaba a imaginarse lo agradable que sería acomodarse con ese calor en una noche fría, con una manta encima y la calidez del suelo debajo. Aunque todavía no estaba dispuesto a renunciar a su suave futón, quizá la forma en que Yumi hacía las cosas sí que tenía *algo*.

Bueno, algunas de las cosas que hacía.

Mientras la joven se incorporaba adormilada y se recolocaba el aparatoso camisón, Pintor fue a la puerta. Se abrió antes de que llegara y vio a Chaeyung fuera con una mesa y a su lado a Hwanji con la bandejita del desayuno. Siempre llegaban temprano y esperaban allí a que el ruido del interior las avisara de cuándo debían entrar.

Pintor cogió la bandeja de comida.

—¡Gracias! —dijo—. Hoy desayunaré sin ayuda.

Les guiñó un ojo y cerró la puerta.

A su espalda, Yumi ahogó un grito.

Regresó a su manta y se sentó. Empezó a comer, usando los palillos maipon para el arroz, aunque las asistentes siempre se lo daban con cuchara. Era raro, pero quizá se debiera a algún ritual.

Vio la mirada horrorizada de Yumi.

—¿Qué pasa? —preguntó, limpiándose la boca—. ¿Tengo arroz en los labios?

Perdona. Es que tenía hambre.

Siguió comiendo con ganas, probando todos los pequeños cuencos de sabrosas delicias que siempre le traían para acompañar el arroz. Era todo un detalle; le hacía sentir que estaba dándose un gran festín, aunque en cada cuenco solo había un bocado o dos. Una variedad enorme, pero en microcosmos.

—¡Pintor! —exclamó Yumi—. Eh… ¿Qué…?

Era evidente que le costaba hablar. Casi hiperventilaba. Pintor dejó de comer. Ya esperaba que se alterase, pero no había anticipado… bueno, aquello.

—Yumi —dijo—, respira. No pasa nada. El mundo no se acabará porque haya decidido comer por mí mismo.

Las inhalaciones de Yumi se hicieron más frenéticas. Casi como si pensara que no era imposible del todo que el mundo se acabara.

Pintor extendió la mano hacia ella, pero se detuvo justo antes de tocarla.

—Yumi —dijo—, recuerda lo que has estado haciendo en mi mundo. Comer sin ayuda, moverte por ahí con libertad. Eso te lo concedieron los espíritus. No les va a importar que desayune yo solo.

Yumi se sentó cerca de él y apartó la cara, sin mirarlo. Era… una reacción mucho más fuerte que la que Pintor se había esperado. Tal vez… debería dejar entrar a las asistentes. Se volvió para hacerlo, pero en ese preciso instante la puerta se abrió de sopetón.

Fuera estaba Liyun, inmaculada como siempre, ese día con un vestido acampanado de color bermellón, el lazo blanco bien ceñido, ni un solo pelo fuera de su sitio. Aunque parecía más… demacrada de lo habitual. Tenía ojeras. ¿No habría dormido bien?

Liyun entró al carromato, dejando fuera los zuecos, y se arrodilló ante Pintor para observarlo.

—Te veo pálida —dijo—. Parece que no te has recuperado por completo de tu…

dolencia de la semana pasada. Quizá deberías tumbarte y luego levantarte de nuevo para empezar el día desde cero. Después de recordar quién eres.

—Lo recuerdo —respondió Pintor, y dio otro bocado por fastidiar. Aquella mujer…—

. Dime, Liyun, como yokihaijo, ¿estoy en mi derecho de elegir comer por mí misma?

—Estás bendecida por los espíritus —afirmó Liyun, enunciando cada palabra con precisión—. Se te concede la *sabiduría* de decidir que *seguirás* sus dictados.

—¿Y si esa sabiduría me lleva a comer sin ayuda? —Pintor dio otro bocado—. Hoy no estoy de servicio, solo voy a practicar. Así que, si me parece que debería relajarme un poco, ¿qué harías tú?

—Yo te sigo —dijo ella—, como es mi responsabilidad. Y espero que no estés volviéndote *inadecuada* para tu puesto.

La respiración de Yumi se aceleró de nuevo.

Pintor no reculó. Había algo en Liyun que lo sacaba de quicio sin remedio. ¿Quién no ha tenido esa experiencia con algún que otro mosquito humano? Si no es el zumbido, terminará por conseguirlo la absorción de nuestra sangre. Pintor odiaba que Liyun nunca dijera lo que quería, sino que dejara gotear su intención de frías palabras. La condensación de la más pura condescendencia.

—¿Crees que soy inadecuada? —le preguntó.

—Yo no determino la idoneidad —dijo Liyun, inclinando la cabeza con lo que a Pintor le pareció humildad fingida—. Tan solo sirvo.

—Genial —respondió Pintor—. Pues hoy vas a servirme asegurándote de que tenga paz y tranquilidad mientras desayuno. Quiero pensar en la mejor manera de recuperarme.

—Si es lo que deseas —dijo ella muy despacio—, y si estás *segura* de que no prefieres seguir el protocolo *adecuado*…

—Estupendo, gracias —la interrumpió Pintor—. Nos vemos en el lugar del ritual. Te agradezco tu ayuda.

Liyun se levantó y se quedó allí, alzada sobre él.

Pintor captó la indirecta. Y se la devolvió en toda la cara.

—Ah, sí —dijo—. ¿Podrías traerme un pincel pequeño, tinta y algo donde pintar?

Déjalo en el templo. Hoy me apetece pintar un poco.

—Pintar —dijo Liyun inexpresiva.

—Pintar, sí. Gracias.

Al ver que Pintor no reaccionaba a su presencia dominante, Liyun, con evidente reticencia, se marchó. Cuando se cerró la puerta, Pintor dejó la comida y gateó hasta Yumi.

—Eh, tranquila, tranquila. Liyun tiene que hacer lo que yo diga.

—Estoy. Intentando. *No*. Chillar. Ahora mismo deberías —dijo Yumi entre jadeos—

dejarme. En. Paz.

Bueno, como quisiera. Su mundo. Sus reglas. O algo. Pintor terminó de comer, abrió la puerta del carromato y asintió mirando a las confusas asistentes, que esperaban fuera.

—Vámonos.

Las mujeres alzaron sus abanicos y corretearon junto a él hacia el manantial fresco.

Un momento después, Yumi salió tras él de un tirón. Pintor se detuvo. ¿Diseño no les había alargado la correa? Lo habían comprobado y funcionaba…

«Alargó la correa entre nosotros en mi mundo —pensó—. Será que no se aplica aquí».

Era una lástima, pero Yumi le *había* pedido que la dejara en paz, así que no dijo nada.

Siguió adelante hasta el manantial fresco, seguido por Yumi. Al llegar, Pintor detuvo a las asistentes cuando empezaban a desvestirse.

—Me bañaré también sin ayuda —les dijo—. Dadme esos jabones. Gracias. Ah, y podéis dejar mi ropa encima de esa roca de ahí. Gracias. Os llamaré cuando esté lista para proceder hacia el templo.

Se quedaron plantadas mirándolo. Pintor les dedicó una sonrisa tranquilizadora e hizo un gesto con la cabeza hacia el camino de salida. Cuando se fueron, empezó a desvestirse. Yumi se puso de espaldas a él, como Pintor hacía cuando ella se cambiaba, pero con muchísimo más subtexto. Caramba, ahí abajo había una enciclopedia entera.

Pintor se metió en el manantial con la bandeja de jabones, que estaba pensada para flotar por sí misma. Conocía el orden de los jabones y lo siguió sin errar.

Yumi se quedó de pie al borde del manantial, sin meterse. Pintor tuvo la fugaz tentación de tirar de ella hacia el agua, pero se resistió.

—He decidido —le dijo mientras se enjabonaba— que voy a hacer lo que querías.

Aceptar mi lugar aquí.

Yumi no respondió.

—Si estoy en tu mundo —añadió él— es porque tus espíritus decidieron escogerme.

Hasta ahora me consideraba una yokihaijo de imitación, pero no es así. A mí me eligieron exactamente igual que a ti. Es solo que me pasó con la vida un poco más avanzada.

Pasó al siguiente jabón, que tenía coloración roja y se deshacía en gránulos. Raspaba en la piel, y Pintor tuvo que salir a una parte menos profunda del manantial para llegar a sus zonas más bajas.

Mientras volvía a sumergirse, Yumi suspiró y se encaró hacia él, sentada en el borde del estanque. Pintor vaciló por su propia desnudez, pero ella estaba mirándose los pies metidos en el agua, no a él. Además, era solo Yumi. Pintor echó mano al siguiente jabón.

—Afirmas —dijo ella— que todo esto ha empezado a *importarte*. ¿Y lo que haces es incumplir el protocolo?

—Si me han elegido los espíritus —replicó Pintor—, ¿no puedo tomar decisiones como esta? ¿No estoy en mi derecho?

—Lo estás —dijo Yumi—. Pero *no puedes*.

Él negó con la cabeza.

—Eso es una (bajo) hipocresía, Yumi. Si puedo tomar las decisiones, si es *legítimo* que las tome, entonces tienes que dejarme hacerlo. Liyun tiene que dejar que lo hagamos, aunque no esté de acuerdo con ellas. De lo contrario, no son decisiones. De lo contrario,

¿eso que dice de que la última palabra la tenemos nosotros? Es un embuste. —Lanzó una mirada a Yumi—. Y sé muy bien lo que opinas de ellos.

Por fin Yumi suspiró y se quitó el aparatoso camisón, de una tela tan gruesa que Pintor no sabía cómo podían dormir con ella puesta en un mundo tan caliente, y la ropa interior antes de meterse en el manantial. Pintor le acercó la bandeja de jabones para que creara

versiones espirituales de ellos. A Yumi le gustaba por lo familiares que le resultaban, a pesar de que se desvanecieran de sus dedos a los pocos minutos.

Se volvieron para su ritual de costumbre y se bañaron dándose la espalda en el estanque de tres metros de ancho, lo bastante cerca para que Pintor hiciera flotar hacia ella la bandeja a intervalos regulares.

—No puedo refutar tus palabras —dijo Yumi—, porque la lógica tiene sentido.

Aunque sepa que te equivocas.

—Eso es porque llevas mucho tiempo viviendo esto —repuso él—. A ti te resulta normal. A veces hace falta un forastero para señalar lo roto que está algo.

Oyó que Yumi se sumergía para enjuagarse el pelo y volvía a levantarse. Le apartó el jabón mientras ella lo miraba y entonces Yumi se quitó el agua de los ojos y se echó el cabello hacia atrás.

—¿Así que *esto* es la cosa misteriosa en la que «coincidimos»? ¿Me has hecho esperar un día para descubrir que, por algún motivo demencial, tu «revelación» es que deberías pasar por alto el decoro y la devoción?

—Coincidimos —dijo él, lavándose también el pelo— en que no pasa nada por relajarte un poco. Tú saliste a comer con los demás. Yo he decidido comer a solas.

—Acciones opuestas.

—Hechas por el mismo motivo.

—Creo que es una exageración pensar que *coincidimos* en esto.

—Bueno, sonaba gracioso —dijo él.

—¿Y toda esta confusión merece la pena por la oportunidad de que hagas un chistecito?

—Bueno, es evidente que sí. —Pintor sonrió y volvió la mirada hacia ella—. A mí me ha parecido divertido, al menos.

—¿Divertido? ¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Divertido… y ya está.

Yumi negó con la cabeza.

—El humor no funciona así, Pintor.

(Por supuesto, eso era un disparate. Recordad lo que dijo el poeta: «Nunca dejes que algo trivial, como el sentido del humor de alguien, te fastidie un buen chiste».

El poeta era yo.

Y lo dijo justo ahora).

Después los dos se pusieron bocarriba y flotaron un rato para empaparse, sin hablar mucho. Al cabo de un tiempo salieron del baño. Pintor le tendió la ropa para que Yumi sacara una copia. La ropa, por suerte, no se esfumaba después de ponérsela. No sabían por qué. (Tiene que ver con que, de forma automática, incorporaban las prendas a su visión de sí mismos en cada momento, pero tampoco viene al caso).

Volvieron a darse la espalda como muestra simbólica de pudor mientras se vestían.

Lo cual era curioso, porque *ponerse* ropa no era precisamente la parte impúdica de aquella experiencia.

A Pintor le resultó exasperante lo difícil que era atar el lazo de aquel atuendo. Se lo hizo demasiado ceñido, luego lo intentó otra vez, entonces más suelto, y, por fin, miró perplejo a Yumi, que se había atado el suyo en un nudo básico como acostumbraba. La joven se encogió de hombros.

—Por lo menos —le dijo—, yo no he echado a quienes podrían habérmelo atado como corresponde.

Un argumento válido.

Poco después, las asistentes los dejaron en el templo del huerto, donde los árboles se dejaban llevar y entrechocaban como gente haciendo cola para comprar entradas de un concierto. Pintor lo lamentaba cada vez que iban allí, pues sabía a ciencia cierta que estaban interrumpiendo el trabajo de los labradores. Pero claro, a lo mejor tampoco les venía mal la excusa para tomarse un descanso.

Liyun no estaba a la vista, porque en teoría la yokihaijo debía estar sola durante la meditación, pero había cumplido la petición de Pintor dejándole allí un rollo de papel, tinta de pintar y un pincel pequeño. A juzgar por el símbolo que había en la funda de cuero del pincel, se lo había requisado a los académicos. En fin, seguro que estaban demasiado ocupados intentando poner en marcha su máquina para molestarse en escribir nada, de todas formas.

—¿Y esto por qué? —preguntó Yumi, señalando el material.

—Bueno —dijo Pintor—, siempre estás repitiéndome que tengo que despejar la mente para meditar…

—Y debes.

—… lo cual viene a ser imposible…

—Te aseguro que no.

—… pero he estado pensando y resulta que *sí* que hay un momento en el que tengo la mente casi despejada del todo. —Levantó el pincel—. Cuando pinto.

Yumi ladeó la cabeza y lo observó mientras Pintor desenrollaba el papel y se arrodillaba para empezar a pintar. Él se puso a ello, esperando que Yumi lo reprendiera.

Si no le había hecho gracia que Pintor hubiera improvisado esa mañana, sin duda aún

se la haría menos aquello, dado que se suponía que era para adorar a los espíritus. O

algo por el estilo. Pintor aún no terminaba de encontrarle sentido a aquella parte.

—Estás… intentándolo de verdad —dijo ella con suavidad, sorprendiéndolo—. Has pensado un poco en esto.

—He pensado mucho —reconoció él.

Hizo un dibujo rápido, solo cuatro florituras del pincel para trazar líneas curvas.

Yumi se arrodilló a su lado.

—Cuando estaba pintando esos tallos de bambú… me perdí en el ritmo. El tiempo pasó volando. Casi como si meditara.

—¡Así que tengo razón!

—Te *equivocas* —dijo ella—. No deberías estar *haciendo* nada. Pero… está bien de todos modos, me parece. —Miró con más atención lo que Pintor había hecho, tratar de capturar un rostro sobre el papel con las menos líneas posibles. Lo señaló y preguntó—:

¿Esa es Hwanji?

—Sí —respondió Pintor—. Es una técnica artística que sirve para practicar ver formas y líneas en todo lo que te rodea. La idea es plasmar a una persona con solo unos pocos trazos.

—Parece fácil —dijo Yumi—. Como si… no quisieras dedicarle todo el esfuerzo de un retrato de verdad.

—Es más difícil de lo que aparenta. Es como… como escribir poesía reduciendo al máximo el número de sílabas.

Yumi parecía escéptica.

—Es bonito, supongo. Pero sigo pensando que parece de vagos. Y no da la impresión de que pueda servir de mucho contra las pesadillas.

—No sirve.

—Entonces, ¿por qué…?

—Oye —la interrumpió Pintor—, que estoy intentando meditar.

Le guiñó un ojo.

La mirada que le devolvió Yumi podría haber puesto agua a hervir.

Así que, por supuesto, él hizo un dibujo rápido de esa cara: los labios, los ojos, la forma del mohín. Todo con trazos rápidos y floridos de pincel para evocar la imagen correcta. Un atajo artístico que se había convertido en una forma de arte en sí misma.

Yumi se lo tomó con filosofía. Era el tipo de pulla que Pintor sabía que no la molestaba, o… bueno, que la molestaba como *debía*. Si quería que Yumi le siguiera el juego, tenía que pincharla a *ella*, no a su posición ni a los espíritus.

Siguió pintando y tardó poco en abandonar las caras, para las que prefería tener modelos, y retomar su vieja costumbre. El bambú. Cuanto más familiares fuesen los movimientos, más le daba la

impresión de que serían mejores para despejar la mente.

De algún modo, pasó una hora.

Cuando llegó Liyun, Pintor cayó en la cuenta de que había llenado el papel de bambú. Una parte de él se quedó un poco decepcionada, porque había confiado, a pesar de las palabras de Yumi, en que pintar llamaría la atención de los espíritus. Según Yumi, aunque era posible lograrlo mediante otras artes, la pintura no estaba entre ellas, que ella supiese.

Yumi lo miró a los ojos y echó un vistazo a su obra. Pintor casi pudo leerle la mente: una parte de ella también se había preguntado si sería posible. No hacía falta estar en un lugar del ritual para que los espíritus acudieran. Ese sitio era solo donde se apilaban las rocas, donde resultaba más fácil. Si la destreza en la pintura pudiera lograrlo también, una hora allí debería haber bastado.

O quizá su pintura no contaba como diestra.

En todo caso, había sido relajante. Pintor sonrió, apartó su decepción y se volvió hacia Liyun.

—Ha sido perfecto —le dijo—. Querré pintar así todos los días, por favor.

—¿Por qué? —preguntó la guardiana.

—Es la voluntad de los espíritus.

Aunque Yumi frunció el ceño al oírlo, Pintor creía estar diciendo la verdad. Los espíritus querían que estuviera allí meditando, así que lo aprobarían. Dejaron el templo los tres juntos, Yumi, Liyun y él, y salieron del huerto para cruzar el pueblo. Al llegar al límite, cerca del lugar del ritual, vieron que habían montado una enorme tienda. Oyó voces dentro, enfadadas en su mayoría.

—Parece que esos académicos aún no han conseguido que su máquina funcione —

dijo a Liyun sin levantar la voz.

—No —confirmó ella—. Su llegada me sorprendió. Es una ofensa para nosotras, rayando en la blasfemia, que traigan aquí una cosa de esas. Las aborrezco.

—Un momento —intervino Yumi—. ¿Liyun ya *sabía* que existen?

—¿Ya sabías de ellas? —preguntó Pintor.

—No es nada de lo que debas preocuparte, elegida —dijo Liyun haciendo ondear los dedos—. Los intentos de los académicos son un jueguecito, nada más. —Titubeó—. Aun así, ¿cómo *osan* traer una cosa de esas a un pueblo en el que estamos de servicio?

Hizo entrar a Pintor en el lugar del ritual y se quedó revoloteando cerca, como esperando a que apareciera carroña. Pintor se acuclilló dispuesto a practicar, aunque lo distraían de vez en cuando las discusiones de la tienda.

—Esa máquina sí que es el motivo de que estemos aquí —dijo Yumi en voz baja—.

Creo que debemos detenerla, pero necesitamos que nos lo confirmen los espíritus. —Lo miró—. ¡Venga, sigue practicando! Nada de hacer el tonto. ¡Que hayas decidido ser

insolente respecto al protocolo no significa que vaya a permitirte holgazanear bajo mi tutela!

Pintor gimió, pero se puso en cuerpo y alma, esforzándose en sus apilamientos bajo la luz de aquel extraño sol. ¿Por qué no se apagaba? ¿Qué era lo que *de verdad* lo alimentaba?

Al cabo de unas pocas horas, las asistentes le llevaron la comida. De nuevo, Pintor no dejó que Chaeyung y Hwanji se la dieran en la boca, pero, sintiéndose magnánimo, les permitió sentarse e ir pasándole los cubiertos y las servilletas. La mirada de Liyun mientras lo observaba podría haber puesto *piedra* a hervir.

—Me sigue preocupando que nos declare inadecuados —susurró Yumi mientras las asistentes se marchaban con la mesa—. Podría enviarnos a sus superiores para una…

atención especial. Es lo que se hace con las yokihaijo que cumplen demasiados años o que muestran algún otro tipo de debilidad.

—¿Qué pasaría con ella si lo hiciera? —preguntó él.

—Bueno, tendría que esperar su turno con las demás guardianas desempleadas —le explicó Yumi— hasta que le asignaran a otra yokihaijo.

—A la cual tendría que entrenar desde la infancia —dijo él—. No dará ese paso a la ligera, Yumi. Me juego lo que quieras a que podríamos tirarnos meses, o incluso *años*, practicando aquí antes de que se rinda. No querrá poner su vida tan patas arriba.

—No querrá —convino Yumi—, pero tienes que entender una cosa: Liyun hará lo que deba hacerse. También es estricta consigo misma, no solo conmigo.

Pintor quiso rebatírselo, pero… lo más probable era que Yumi estuviera en lo cierto.

Liyun parecía la clase de persona que se tomaba su propio veneno. Aunque fuese solo para desarrollar tolerancia.

—Siento que hoy esté siendo difícil para ti —dijo Pintor—. Igual tendría que haberte contado mis planes. Pensé que, como no dudaste mucho en cambiar las cosas estando en *mi* mundo, yo debería tener la misma oportunidad, ¿no crees?

—Tal vez —respondió ella, dando unos golpecitos a una piedra para que Pintor no dejara de apilar—. Pero… esto es distinto. Tú llevas mi cuerpo, Pintor. Tus actos se ven como mis actos. En tu mundo no funciona igual.

Pintor se lo planteó así y reconoció que las cosas que hacía afectaban a Yumi de manera distinta. Pero estaba cada vez más convencido de haber tomado la decisión correcta. Aunque fuera solo por su propia cordura.

Sin embargo, se esforzó en hacer lo que ella le pedía durante el entrenamiento, como una especie de… disculpa. Ese día logró hacer una pila de doce, y además no de las rectas. Tenía sus rarezas y algo de personalidad. Seguía estando lejísimos de las construcciones de Yumi, pero se sintió orgulloso de todos modos.

Para entonces, Liyun se había marchado a atender algún asunto, así que las asistentes lo acompañaron a casa. Le dolía el cuerpo de esa forma agradable que resulta de hacer algo difícil. Como recorrer a pie una gran distancia. O pensar en un chiste de primera.

Pintor pensó que ese dolor podría ser de lo que siempre hablaba Tojin después de estar haciendo pesas. Lástima que Tojin no estuviera allí, de hecho. Le habría encantado levantar esos pedruscos; no hacía falta oír mucho tiempo su incesante charla sobre repeticiones y músculos para comprender lo dado que era a las obsesiones raras.

Ya en el carromato, Pintor hizo un asentimiento a las mujeres. Chaeyung le entregó el camisón, ya lavado.

—Querrás… ponértelo tú sola, ¿verdad?

—Sí —respondió él.

—Deja la ropa fuera, elegida —dijo Chaeyung—, para que nos ocupemos de ella.

Hizo una inclinación y se marchó.

Hwanji, en cambio, seguía allí delante. Pintor vaciló en el umbral. Apenas había hablado con las asistentes y, para su bochorno, cayó en la cuenta de que apenas las distinguía entre ellas, y toda diferenciación de la que era capaz se basaba en su aspecto.

Hwanji era la más baja y redondeada de las dos.

Yumi se asomó desde detrás de él con ademán curioso.

—¿Hwanji? —dijo Pintor—. ¿Necesitas algo?

La joven hizo una reverencia completa formal hasta el suelo, utilizando un pequeño cuenco de madera para la rodilla y una tela para apoyar la mano en la piedra. El esfuerzo que tenía que hacer esa gente para no quemarse viva era, como quizá ya hayáis observado, legendario.

—Honorable yokihaijo —dijo la mujer—, si Liyun te lo pregunta o… bueno, te lo insinúa, ¿le dejarás claro que este nuevo comportamiento tuyo no es por mi culpa?

—Pues claro que sí —respondió Pintor—. Pero Hwanji, ¿por qué iba a pensar algo así?

—¡Ah! —exclamó Hwanji—. Elegida, antes de entrar a tu servicio fui asistente de la yokihaijo Dwookim. Era… muy defensora del movimiento reformista.

Pintor miró hacia Yumi, que negó con la cabeza y levantó los hombros.

—¿El movimiento reformista? —preguntó Pintor.

Hwanji alzó la mirada de golpe.

—Pensaba… que habías oído… Por como actuabas…

Se le pusieron los ojos como platos, se levantó a toda prisa y dio media vuelta como para salir corriendo. Pintor la agarró de la mano, tropezó y estuvo a punto de caer a la piedra ardiente.

—Hwanji —dijo—. He estado muy confusa últimamente. Te lo ruego. No se lo contaré a Liyun, pero necesito saberlo.

La asistente miró hacia atrás, reacia. Pintor soltó la mano, dejándola marchar si quería. Pero Hwanji habló en voz muy baja.

—Creía que por fuerza habrías oído que… algunas otras yokihaijo…

—¿Comen sin ayuda? —adivinó Pintor—. Se visten ellas solas.

—Deciden por sí mismas —respondió Hwanji, asintiendo—. ¿Que viven su vida hasta que eligen retirarse? Es verdad.

—No —dijo Yumi, bajando al suelo sin zuecos, aunque no se dio cuenta, así que el calor no la afectó. Es lo que tiene ser un espíritu—. No, está… está…

—¿Mintiendo? —dijo Pintor.

—¿Honorable yokihaijo? —repuso Hwanji temerosa—. No, *ni* se me ocurriría. Es la verdad. Todo el mundo sabe del cisma. Excepto… bueno, tú, supongo.

—Liyun me entrenó —dijo Pintor—, ¿y nunca me habló de ello?

—Ella y las guardianas ortodoxas se lo ocultan a sus elegidas —le explicó Hwanji—.

Para Liyun es crucial preservar la tradición. Las que son como ella se esfuerzan mucho.

Es bueno recordar el pasado.

—¿Cuántas? —preguntó Yumi con voz rasposa—. ¿Cuántas otras yokihaijo pertenecen a ese… movimiento reformista?

Pintor repitió la pregunta.

—Ah —dijo Hwanji, apartando la mirada—. Son la mayoría, elegida. De las catorce yokihaijo actuales, creo que solo hay otra ortodoxa. El… Bueno, es normal que no lo sepas, pero el movimiento reformista

no es precisamente *nuevo*. Ya tendrá un par de siglos. Casi todas las demás opinan que no hay motivo para ser tan estrictas con las yokihaijo.

¿Solo había catorce yokihaijo en aquel momento? A Pintor le pareció un detalle interesante, porque revelaba que Torio quizá fuera más pequeño de lo que había imaginado, pero había otro hecho que lo eclipsaba casi por completo.

Un cisma en la religión.

Desde hacía un par de siglos.

Estuvo a punto de echarse a reír. Lo habría hecho de no ser por la expresión horrorizada, traicionada, que vio en el rostro de Yumi. ¿Cómo podía ser que nadie se lo hubiera *contado* nunca?

«Pasa la vida entera en el ritual —pensó Pintor—. ¿Quién se lo va a contar? ¿Quién va a decirle ni una (bajo) palabra siquiera?».

Se le partió el corazón cuando ella cayó de rodillas.

—Pero… —dijo Yumi—. Pero los espíritus… no harán caso a esas mujeres, ¿verdad?

Cuando Pintor lo repitió, Hwanji respondió a toda prisa:

—No, no. No como te hacen caso a ti. No te preocupes, elegida. Eres la yokihaijo más fuerte de todas. Lo sabe todo el mundo. Vaya, mi anterior yokihaijo, antes de retirarse, tenía un promedio de solo unos diez espíritus invocados por sesión.

Yumi se vino abajo.

—Diez. Mi promedio… era de unos doce… y la mayoría de las yokihaijo no atraen a más de cinco o seis, me dijo Liyun. Así que…

Así que los espíritus no rechazaban a una mujer solo porque decidiera llevarse ella misma la comida a la boca. Pintor debería estar sintiéndose justificado. Pero se sentía abatido.

—¿Las demás… se retiran? —preguntó Yumi—. Me habían dicho… que no era posible. Que tenían que seguir trabajando incluso cuando les fallaban las fuerzas.

—Insisten en dejar de hacerlo al llegar a los setenta —dijo Hwanji después de que Pintor repitiera las palabras de Yumi—. Y bueno,

tampoco creo que los años anteriores a la jubilación sean tan duros para ellas como lo son para ti. Porque… —Hizo una mueca—. Porque se toman días libres. Siempre que creen necesitarlos. Dwookim trabajaba más o menos la mitad de los días de la semana durante casi todo el tiempo que estuve a su servicio.

—Días libres —dijo Yumi, y Pintor lo repitió—. ¿Para hacer qué?

—Lo que se les antoje —respondió Hwanji encogiéndose de hombros —. Lo siento, elegida.

—Dale las gracias, por favor —pidió Yumi, haciendo una inclinación a Hwanji—.

Agradéceselo, Pintor. Agradécele ser la única persona, por lo visto, a quien le *importa* lo más mínimo que sepa la *verdad*.

—Gracias —susurró Pintor—. De corazón, Hwanji. Fingiré que no me he enterado de esto por ti.

La mujer asintió y dio media vuelta. Miró alrededor ansiosa mientras se iba, como si temiera que Liyun fuese a aparecer en cualquier momento.

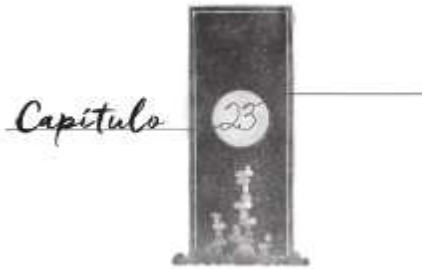
—Parece ser —susurró Yumi, alzando la mirada hacia él con lágrimas en los ojos—

que tenías razón. Bien hecho.

—Yumi… —dijo él, acercándole la mano al hombro.

Se detuvo de golpe. No quería infligirle aquellos sentimientos. No parecía el momento adecuado.

—Si no te importa —le dijo Yumi—, ¿podrías entrar y dormirte? Tengo una necesidad *nítida* e *imperiosa* de ser otra persona por un tiempo.



Dos días después, cuando volvieron a despertar en su mundo, Yumi se encontraba *un poco* mejor. Había pasado el día en el mundo de Pintor meditando mientras él deambulaba por la ciudad, poniendo a prueba la nueva libertad que les proporcionaba el cambio que había hecho Diseño en su vínculo.

Con qué rapidez y desenvoltura había regresado Pintor a la libertad. ¿Se sentiría oprimido ahora que habían vuelto al mundo de Yumi, donde su correa apenas se extendía tres metros? ¿Qué decía de ella que se hubiera quedado todo el día en la habitación de Pintor, pensando?

Fue a la ventana y miró hacia fuera escuchando a Pintor recoger el desayuno que le traían las asistentes. Contempló los cultivos ascendentes ganar incluso más altura en el cielo mientras los puntos calientes del suelo pasaban de tibios a abrasadores. Las plantas giraban como niños jugando en una infrecuente lluvia primaveral. Yumi vio cómo volaban y les envidió la libertad. Hasta a los cultivos se les concedía más independencia que a ella.

En el instante en que le vino ese pensamiento, lo sofocó. Aplastó su anhelo, su ansia de aventura, sus sueños hasta dejarlo todo plano como el papel para archivarlo con más facilidad al fondo de su alma.

«A pesar de todo, ese sigue siendo mi instinto —pensó mientras oía comer a Pintor—.

Sé que me han mentido, pero mi entrenamiento aguanta». Es un hecho deprimente. El abuso es una forma de cautiverio más efectiva que ninguna celda imaginable.

Llamaron con suavidad a la puerta y Yumi se volvió, ladeando la

cabeza. ¿Por qué había alguien llamando? Durante toda su vida, si la gente la buscaba para algo, entraba sin más.

Pintor invitó a pasar a quien estuviese fuera. Liyun abrió la puerta, prístina en un vestido blanco y azul oscuro, con las largas mangas del tobok ceremonial tragándose sus manos.

Hizo una inclinación.

—A tu servicio, elegida.

Pintor le indicó que entrara con un gesto de los palillos maipon. Liyun dejó los zuecos fuera y se arrodilló ante él en una postura que otra persona podría haber encontrado humilde. Liyun, sin embargo, parecía incapaz de obligarse a doblar del todo la espalda, tenía los codos demasiado rígidos sobre las rodillas y apenas bajó la cabeza unos grados. Era una postura que *podía* considerarse de arrepentimiento, según la definición más estricta.

Parecía apesadumbrada del mismo modo que un comandante de tanque quizá lamentaría haber destruido tu casa. Quizá se hubiera equivocado. Pero seguía estando en un tanque.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó por fin Liyun a Pintor.

Él siguió comiendo, pero lanzó una mirada a Yumi, concediéndole la iniciativa. Ella asintió en agradecimiento.

—¿Enterarme de qué, Liyun? —dijo Yumi.

Pintor repitió las palabras con el apropiado aire de indiferencia. ¿Cómo lo conseguía?

Ella se habría apocado bajo la mirada de Liyun.

—Del movimiento reformista —reconoció Liyun por fin.

Había algo que no había dejado de tensarse dentro de Yumi. Cedió por fin del todo cuando Liyun dijo las palabras. Hasta ese momento, una parte de Yumi había pensado que Hwanji estaba mintiendo o confundida.

—Eh… —dijo Yumi.

—Alguien se puso en contacto conmigo —afirmó Pintor, inventándose la mentira con tanta desenvoltura que preocupó a Yumi—. Alguien que creía que estaban tratándome injustamente. Me dejó una nota

hace unas semanas. No había nombre. Algún activista, supongo.

Liyun se tragó el embuste sin problemas.

—No debiste enseñarme a leer —dijo Yumi, y Pintor lo repitió—. Habría sido una cautiva mucho mejor de ese modo.

—No eres una cautiva —respondió Yumi—. Eres…

—Una sirviente, sí —dijo Yumi para que él lo repitiera—. Lo sé.

Liyun respiró hondo.

—Entonces, ¿ese es el motivo de todas las… rarezas de las últimas semanas?

Pintor miró a Yumi.

—Sí —le dictó ella las palabras—. Hasta cierto punto.

El engaño también le salía fácil. Tan fácil que asustaba. Liyun se levantó y asintió.

—Muy bien. —Se volvió para marcharse—. Nos reuniremos en el lugar del ritual, donde atenderé tus necesidades del día, elegida.

—Espera —dijo Yumi a través de Pintor—. ¿Y ya está? ¿Eso es todo? ¿No vas a decir nada más?

—No es extraño —respondió Liyun mientras se ponía los zuecos— que la gente joven busque sobrepasar sus límites. Había esperado que esa actitud tan común no se apoderase de ti, pero todos somos débiles a ojos de los espíritus. —Miró a Pintor—.

Seguimos siendo siervas del pueblo. Hasta la yokihaijo más reformista cumple con su deber a ese respecto. Así que continuaremos. Además, sé de primera mano que estás bien entrenada. Superarás esta rabieta.

Yumi dio un leve respingo. Liyun no le había hablado con tanta franqueza desde los primeros años de su formación.

La mujer se volvió de nuevo. Yumi descubrió que tenía una palabra burbujeando en la boca, demasiado caliente para contenerla.

—¡Liyun!

La guardiana miró hacia atrás cuando Pintor le transmitió la palabra.

—¿Las demás viven con su familia? —preguntó Yumi—. ¿Vuelven con ellos? ¿Al menos hacen visitas a casa?

—No es inaudito —dijo Liyun— que las yokihaijo de tendencias más… liberales pasen unas semanas cada año con su familia de nacimiento. —Hizo una breve pausa—.

No te gustaría Yumi. ¿Estar sin nada que hacer? ¿Sentarte cada día con gente desconocida? ¿Con extraños que intentan fingir que son tus padres? Lo pasarías fatal.

—¿No crees que habría querido al menos tener la *opción*? —preguntó Yumi por medio de Pintor.

—Tienes la opción —repuso Liyun—. Siempre la has tenido. Discúlpame por no guiarte hacia ella, dado que te habría destruido.

Entonces se marchó.

—Cómo la (bajo) *odio* —murmuró Pintor.

—No digas eso, por favor —susurró Yumi.

—¿La defiendes? —dijo Pintor, levantándose—. ¿Después de lo que te hizo?

—Es mi… —No logró componer la palabra—. Es quien me crio. Lo hizo tan bien como supo. Y tiene razón: sigo siendo sirviente del pueblo y de los espíritus. Así que no cambia nada.

—¿Nada? —dijo él.

—Muy poca cosa de importancia.

—Tu felicidad no es «poca cosa», Yumi.

—¿Crees que ahora soy más feliz? —preguntó ella—. Mírame y dime que soy *más feliz* así, Pintor.

Él la miró a los ojos y enseguida apartó los suyos.

—Bueno —dijo al cabo de un momento—, creo que sí que *serás* más feliz cuando pase esta época difícil. Creo que los espíritus opinan lo mismo. ¿Se te ha ocurrido que a lo mejor es justo por *eso* por lo que nos metieron en este asunto? ¿Para que aprendas a ser libre?

—¿Y a ti se te ha ocurrido que a lo mejor acudieron a mí y no a otra yokihaijo porque estoy entrenada para obedecer por completo su voluntad? —replicó Yumi—. Por lo visto, es menos frecuente de lo que pensaba.

Salió furiosa por la puerta que Liyun había dejado abierta. Pintor la siguió, y menos mal, porque de lo contrario la correa le habría dado un tirón de vuelta hacia él.

Al llegar al manantial fresco, Yumi se quitó la ropa con gestos bruscos, se metió derecha en el agua y se sumergió para dejar que la suave frescura la envolviera. Se

volvió hacia arriba y, al flotar en la superficie, fijó la mirada en el cielo repleto de plantas que se arremolinaban, mantenidas más o menos en su sitio por los atentos cuervos y aparatos voladores. Tan lejos de su alcance que era como si estuviesen en otro planeta.

Pintor entró en el agua, pero no empezó a lavarse. Se limitó a flotar bocarriba también, callado, acercándose poco a poco a ella.

Yumi apretó los párpados con fuerza y trató de que Pintor no oyera cómo se sorbía la nariz. Si lo oyó, no dijo nada.

—Me alegro de saberlo —susurró Yumi por fin—. Aunque me duela darme cuenta de lo mucho que me han mentido. Aunque no sea más feliz ahora *mismo*. Es bueno saberlo.

Así que gracias. Por empeñarte en revelar la verdad.

—No lo hice por buscar la verdad —respondió él, también susurrando—. Estaba enfadado y me sentía temerario.

—Era como necesitabas estar —dijo ella—. Puede que tengas razón. Quizá los espíritus querían esto para mí.

A Yumi le costaba imaginar que fuese cierto. Seguro que otras miles de yokihaijo habían vivido siguiendo las mismas tradiciones que ella. Si los espíritus estuvieran disgustados por esa clase de trato a sus siervas, sin duda habrían hecho algo al respecto mucho tiempo antes. Los cambios en las imposiciones a las yokihaijo parecían más culturales que doctrinales.

Pero eso despertaba una pregunta muy fea: ¿a los espíritus les importaba en absoluto? Yumi había hablado con ellos, interactuado con ellos, les había hecho peticiones. No pensaban igual que la gente.

No comprendían igual que la gente. En consecuencia, ¿qué más les daba si ella comía por sí misma o le daba la comida otra persona?

Antes, su confianza en el sistema había evitado esa clase de dudas. Pero esa barrera ya no existía. ¿Podría visitar Ciudad Torio? ¿Podría conocer a su familia? ¿Tener amigos? ¿Podría tener algo que se pareciera a una vida normal?

Al fin y al cabo, ¿qué era una vida normal?

—¿Cómo es? —preguntó con voz queda—. ¿Cómo es ser capaz de decidir por ti mismo lo que harás cada día?

—Ya lo has probado un poco en mi mundo. Es como eso.

—Tiene que ser abrumador —susurró ella— eso de… poder hacer cualquier cosa.

Hacerte amiga de quien quieras. Elegir una profesión. A mí ya me cuesta escoger un caldo para los fideos. Pero a ti esas cosas se te dan muy bien, Pintor. ¿Cómo lo haces?

—No es tan… fácil para mí como crees.

Yumi giró la cabeza en el agua y miró hacia él, que flotaba cerca, contemplando el cielo. ¿Qué pensaría al ver las plantas allí arriba, tan altas? ¿Al ver dispersarse las bandadas de mariposas por el vuelo de un cuervo, al ver las plantas que hace girar?

¿Pintor también veía libertad, o veía otra cosa?

— *Poder* hablar con todo el mundo —añadió Pintor— no significa que vayas a saber qué decir.

—¿Por eso son tan raras las cosas entre los otros pintores y tú? ¿Porque todos tenéis muchas cosas que decir, tantas que no os decidís por ninguna?

—Algo por el estilo.

—Podrías hacer otros amigos —dijo ella.

—La verdad es que nunca he sabido cómo —respondió Pintor, en voz baja mientras flotaba—. *Debería* ser fácil. El resto de la gente hace que lo parezca. Pero… en ese caso…

¿por qué no funcionó conmigo?

—¿Quizá no te esforzaste lo suficiente? —aventuró ella.

—Eso opinan mis padres. Que tendría que… salir e intentarlo. Me decían: «¡Tú ve a hablar con alguien!». Así que lo hacía. Me armaba de valor, me acercaba a quien fuera y decía lo que no debía. Me hacía sentir como un idiota torpón, y la gente se burlaba de mí. Y entonces, mis padres decían: «Es que no se hace así, hijo». Pero, entonces ¿cómo se hace? —Pintor volvió la cabeza para mirarla.

»Sé que para ti suena ridículo. Yo tuve todas las oportunidades. Llevaba una vida fácil, liberada. Pero… siempre me ha dado la sensación de estar al otro lado de una ventana de cristal enorme. Veía el mundo pasar más allá, y hasta podía fingir que formaba parte de él. Pero esa barrera seguía presente. Separándome de todos los demás.

—Apartó la mirada—. Sí que suena estúpido, ¿verdad?

—No… —Yumi cerró los ojos—. Sé de muros invisibles, Pintor.

Dejó que su mano flotara hacia fuera, cerca de la de él. Notó que él hacía lo mismo, que acercaba la mano hacia ella, pero entonces se detuvo. Y entonces Yumi dudó. Podía tocar el agua y flotar en ella, porque pensaba que *debería*. Podía coger ropa por un motivo similar.

¿Habría una versión de aquello, una forma de pensar, que le permitiera tocarlo a él?

Dejó que sus dedos rozaran los de Pintor.

No funcionó. En vez de sentir sus dedos, sintió ese escalofrío, esa oleada de calor que le subió por el brazo y la embargó por completo. Dio un respingo y se enderezó con un chapoteo de la impresión. Luego se agachó para que solo le asomara la cabeza del agua.

Él escupió agua y se volvió hacia ella, con la cara chorreando.

—Pintor —dijo Yumi ansiosa—, saltémonos las reglas. ¡Hasta Liyun admite… que puedo hacerlo! Vamos a *probar*.

—¿No es lo que ya estoy haciendo? —preguntó él, quitándose el agua de la cara.

—Hagamos algo *más* —dijo ella con los ojos muy abiertos—. Hagamos algo loco.

Algo inesperado.

—¿Como qué?

—¡No lo sé! Elige tú. Eres el que tiene voluntad propia.

Pintor arqueó una ceja.

—Quizá yo también la tenga —reconoció ella—, pero la mía es provisional. Venga,

¿qué vamos a hacer?

Pintor la observó un momento y entonces se ruborizó mucho. ¿Por qué sería?

Ah.

—¿En serio? —dijo Yumi salpicándolo—. ¿ *Eso* es lo que se te ha pasado por la cabeza?

—¿Y te extraña? —replicó él, gesticulando—. ¿De verdad?

Negó con la cabeza y comenzó a enjabonarse para empezar la parte del baño de…

bueno, de bañarse.

Yumi se quedó pensando y al poco tiempo se sintió tonta por su repentino impulso de incumplir las reglas. ¿Qué habría hecho si estuviera sola? ¿Correr por todo el pueblo insultando a la gente? ¿Clavar los ojos en todo el mundo en vez de bajar la mirada? Una parte de ella se entusiasmó con la idea.

—¿Y si…? —dijo Pintor—. ¿Y si averiguamos qué están haciendo los académicos en esa tienda suya?

—¿Qué? —Yumi se levantó y cogió un jabón—. ¿Preguntándoles?

—Hum, no, Yumi. —Pintor sonrió—. No les preguntaríamos.

—Y entonces, ¿cómo lo sabríamos?

—Colándonos en su tienda —dijo él, haciendo movimientos furtivos con los dedos—.

A ver qué descubrimos sobre su máquina. A lo mejor hasta podemos

sabotearla.

Yumi notó que se quedaba boquiabierta, con grumos de jabón goteándole de los dedos.

Pintor se dio cuenta, dejó de hablar y la miró.

—¿Qué?

— *Pintor* —dijo Yumi—, ¡sería *ilegal*!

—¡Querías hacer algo transgresor!

—¡Como vestirme, salir corriendo y ponerme a dar saltitos a plena vista de la gente del pueblo! —Se encogió, pensando en lo bochornoso que sería—. Puede que detrás de un abanico o dos.

—Los espíritus quieren que consigamos algo —dijo él—. Y tienes razón en que seguramente no es que aprendas a comer sin ayuda. ¿Aún crees que nuestra tarea tiene algo que ver con esa máquina?

Yumi asintió, se hundió para enjuagarse el jabón y se levantó.

—Eso creo.

—Entonces necesitamos información —dijo Pintor—, así que…

Yumi dio un paso hacia él en el agua y entonces se descubrió sonriendo, con las manos juntas cerca de la barbilla y los codos pegados a los costados.

—Hagámoslo. —A fin de cuentas, *posiblemente* era la voluntad de los espíritus—. Pero

¿cómo? Seguro que nos descubren.

Iba a ser una prueba. Sin duda, si saltarse la ley a propósito no enfurecía a los espíritus, entonces… bueno, nada aparte de insultarlos a la cara lo haría.

—Es una suerte que la gente nos deje solos varias horas cada día, ¿verdad? —Pintor le lanzó una mirada y sonrió—. En un lugar al que no puede acercarse nadie, y donde

hasta se han molestado de que no haya trabajadores que podrían pillarnos escabulléndonos. Conveniente, ¿eh?

Yumi asintió, con sentimientos encontrados sobre lo entusiasmada que estaba. Casi no aguantó la espera que suponía lavarse, pasando por los jabones rituales a velocidad de vértigo, y vestirse. Pintor no parecía nada nervioso mientras Chaeyung y Hwanji los llevaban por el camino hacia el huerto, entre los árboles flotantes, hasta el templo elevado. Pero ese día no hizo ningún caso al material de pintura y se arrodilló hasta que las asistentes se perdieron de vista.

Entonces miró a Yumi, que asintió expectante con las manos temblorosas y el corazón… Bueno, no tenía corazón en esa forma, pero le parecía que sí, y lo notó acelerado. ¡Qué *impropio* iba a ser aquello!

Lo primero que hizo Pintor fue ir a por sus zuecos, quitarse las calzas y envolver la madera con la tela.

—No iré con mucho sigilo si monto escándalo a cada paso.

—¡Hala! —exclamó Yumi—. Sabes mucho de esto.

Pintor se sonrojó.

—En las series pasa mucho. Allí la gente suele descalzarse del todo. Pero he pensado que mejor hacer esto, porque tampoco quiero dar un chillido a cada paso.

Probó a pisar con los zuecos y resultó que el sonido se amortiguaba bastante con la tela alrededor. (Si queréis estimar el calor que emanaba del suelo en Torio, la piedra de sus asentamientos no era ni por asomo lo bastante abrasadora para encender la tela. Te quemaba la piel si la dejabas tocándolo mucho tiempo, pero, excepto en los puntos calientes, un roce no hacía daño).

Pintor asintió mirando a Yumi y bajó del templo de un salto. Ella titubeó. Había llegado el momento. ¿ *De verdad* iba a hacerlo? ¿Después de toda una vida aprendiendo cuál era el comportamiento apropiado?

Cerró fuerte los ojos, lo siguió y luego entreabrió un ojo y el otro. Pintor no se había fijado en su preocupación. Estaba cerca de un árbol de los grandes y estaba empujándolo con el dedo, haciendo que se moviera de un lado a otro en su cadena.

—¿Cómo decías que flotan los árboles? —preguntó.

—Por las corrientes termales.

Pintor movió otro con el dedo.

—Qué *ligeros* son. Aunque estén flotando, no debería poder moverlos con tan poco esfuerzo.

Tocó uno y entonces dio un salto atrás y se miró la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Yumi.

—Me he notado más ligero al tocarlo —dijo él, y probó de nuevo. Después envolvió un tronco con ambos brazos—. Qué *surrealista*. Me he sentido como un globo.

—¿Un qué?

—Ya te lo enseñaré —dijo Pintor, apartándose del árbol—. Puede que los árboles floten sobre las corrientes termales, Yumi, pero de algún modo antes se vuelven más ligeros.

(Tenía razón. Si estáis preguntándoos cómo funcionan, eso es una pista importante.

Las plantas del mundo de Yumi en realidad no desafían a la física, sino que más bien se cuelan por detrás mientras la física está distraída mirando una buena serie en el visor.

Supongo que algo relacionado con péndulos. A la física le encantan esas cosas).

Embargada por una creciente sensación de euforia clandestina, Yumi fue tras Pintor entre los perezosos árboles, que les abrían y les cerraban caminos al levitar en sus cadenas. Tardó poco en darse cuenta de que no sabía muy bien cómo estaba dispuesto el pueblo, aparte del pozo de vapor en el centro, las colinas del manantial fresco al oeste y el huerto al sur. Pintor, en cambio, parecía orientarse mejor. Quizá era la clase de habilidad que aprendías cuando no tenías siempre a alguien llevándote a todos los sitios donde debías ir.

Pintor logró evitar las partes donde había trabajadores recolectando frutos secos de los árboles. Después guio a Yumi hasta el borde del huerto, cerca del límite oriental del pueblo, cerca del lugar del ritual. Una vez allí, se agachó junto a un árbol.

Aunque se habían acercado bastante, la tienda que habían montado los académicos estaba a casi cincuenta metros de distancia. Con piedra caliente de por medio, además de la valla que bordeaba el lugar del

ritual. Habían encadenado tres árboles grandes al suelo cerca de la parte trasera de la tienda, para darle sombra. Les proporcionarían cobertura cuando se acercaran, pero antes tenían que cruzar cincuenta metros de terreno abierto.

Pintor bajó la mirada al tobok ritual del día. El vestido era de vivos colores amarillo y rojo.

—Canta un poco, ¿no te parece? —preguntó.

—Se hacen a propósito para eso —dijo Yumi.

Él asintió. Y se quitó el vestido.

Yumi ahogó un grito. No por el motivo habitual, ya que se bañaban juntos cada día.

Además, había otras dos capas por debajo. Pero esas capas eran *ropa interior*.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó imperiosa mientras Pintor se quitaba también la segunda capa de faldas—. ¡Para!

Él sonrió de oreja a oreja y señaló la última capa que le quedaba: unos finos pantalones de seda que a vosotros os recordarían a unos bombachos, teñidos de marrón claro, y una camisola suelta verde. También de seda, titilante y demasiado reveladora de su figura. Por debajo estaba la banda de pecho y se acabó.

Yumi rezó en silencio para que Pintor se quedara como estaba.

—Esto —dijo él— se parece mucho a lo que llevan los hombres por aquí.

—Qué va —replicó ella—. Su ropa es muy distinta.

—Se parece lo suficiente. Creo que, de lejos, se me verá como a un trabajador que sale del huerto.

—¡Pero si alguien se fija, me verá a mí, casi desnuda y enloquecida del todo! No va a funcionar.

Pintor miró hacia la tienda, como si pretendiera salir dando zancadas de todos modos, pero no se movió. Volvió la mirada hacia ella.

—Lo dejo estar si quieres —dijo—. Es tu vida con lo que juego, Yumi. Si me pillan, sufrirás tú las consecuencias, suponiendo que

deshagamos el cambio en algún momento. Así que ¿prefieres que pare? Tú decides.

¿Decidía ella? Qué mala idea.

Pero se sentía temeraria. Y resuelta. A la vez, de algún modo. Así que antes de poder pensar en lo que hacía, se quitó también el vestido y la segunda capa, quedándose solo con la prenda de seda.

—¡Vamos! —exclamó.

—¿Por qué… *te* has quitado la ropa? —preguntó él—. Eres invisible.

—¡Por solidaridad! —gritó Yumi.

Respiró hondo y empezó a cruzar la piedra.

Antes habría dado por hecho que no podía esconderse, por muy bueno que fuese el disfraz. Habría supuesto que la gente reconocería a una yokihaijo al instante.

Pero luego había vivido en el mundo de Pintor. Había sido una persona *normal* durante semana y media ya. O bueno, al menos durante la mitad de cada día que pasaban en ese otro mundo. Quizá… quizá Pintor estaba en lo cierto y nadie iba a darse cuenta.

Aun así, se sentía como un ratón de campo. Sí, como un ratoncillo que se hubiera caído del nido en la planta de arroz y estuviera en las piedras calientes de día, obligado a corretear en busca de terreno elevado a plena vista de todos los halcones y los cuervos gigantes. Quemándose a cada paso que daba.

Confundía cada sonido en la lejanía con un grito de alarma. Estaba convencida de que todas las figuras que se movían por el pueblo iban a avisar a Liyun. La gente tardaría poco en saber que la yokihaijo se había vuelto loca e iba corriendo por ahí en ropa interior.

Pintor avanzaba con paso tranquilo.

—¡Date prisa! —le siseó Yumi.

—Correr echa a perder la ilusión —dijo él—. Créeme. Lo he visto al menos tres veces en las series.

—¿Tres veces? ¿Esa es toda la experiencia que tienes?

Dio un salto despavorido, mirando hacia la sombra de varias plantas

de arroz que pasaban por encima. Aquello era un suplicio. Un suplicio embriagador. Y pese a su aparente calma, Pintor pareció incapaz de no apretar el paso a medida que se acercaban al escondrijo. Casi recorrió a la carrera los últimos metros para detenerse contra el tronco de uno de los árboles que habían colocado allí para dar sombra.

La pequeña arboleda, como Yumi había deseado, les proporcionaba cierta cobertura.

Los árboles no dejaban de tensar las cadenas, movidos por las corrientes termales, ya que tan cerca del lugar del ritual la piedra estaba muy caliente. Pintor se secó la frente y, cuando sacudió la mano, las gotas de sudor se evaporaron deprisa en el suelo.

—Te juro que no entiendo cómo sobrevivís en este sitio —susurró—. Pero vamos a…

Dejó de hablar al ver a Yumi, con el corazón atronando como el tambor ritual, sus nervios un grupo de danza contorsionándose ante los espíritus, sus ojos las fulgurantes hogueras de un festival nocturno.

—¿Estás bien? —le preguntó Pintor.

—¡Es lo peor que he hecho en la vida! —exclamó ella, lanzando las manos al aire—.

¡Ha sido maravilloso!

—Chica —dijo él—, *de verdad* que tienes que salir más.

—¡Eso intento! —respondió ella, con una sonrisa incontrolable. Entonces juntó los brazos bajo la barbilla y se le ensancharon aún más los ojos—. Podríamos huir. Escapar juntos. Recorrer el ancho mundo, como en las historias que me contaba Samjae…

—En general —dijo Pintor con una sonrisa mordaz—, prefiero tener al menos una cita con una chica antes de fugarme con ella. Llámame tradicional.

—No me refería en ese sentido —restalló ella (bajo)—. Es solo que… esto es muy liberador. Y da mucho miedo. No les importa. A los espíritus en realidad les da igual.

—No sabría decirte —respondió él. Señaló en torno al tronco hacia la tienda, que flotaba a unos palmos del suelo sobre su plataforma—. Los espíritus os dan cosas como esa tarima, ¿verdad? ¿Sin coste? ¿Sin

precio?

—Sin precio —confirmó Yumi—. Quieren ayudar, después de que los invoquemos.

Creo que nos encuentran intrigantes y les gusta observarnos.

—Pues eso suena a que no les da igual —dijo él—. Les importáis vosotros, aunque luego no hagan caso a muchas cosas que os habéis inventado sobre ellos.

Yumi sonrió.

—Muy bien, ¿y ahora qué? ¿Cómo nos metemos en esa tienda sin que nos vean?

—Supongo que basta con que vayas andando hasta ella —respondió Pintor.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Yumi, ahora mismo eres *literalmente* un fantasma.

—¡Ah! —Yumi se miró a sí misma. Y a pesar de llevar más o menos la misma cantidad de tela que cuando estaba en el mundo de Pintor, se sonrojó por su casi desnudez—. Supongo que… eso será útil, ¿no?

—¿Para espiar? Diría que quizá sea una ventaja, sí.

Pintor echó un vistazo a la tienda. Era grande, casi más bien un pabellón, y hecha de gruesa lona. La habían montado sobre una plataforma de madera que tendría más de seis metros de lado, y dispositivos flotantes debajo para levantarla de la piedra.

—¿Y si…? —empezó a decir Pintor.

—¿Qué?

—Es solo… que esto es lo que las pesadillas hacen en casa. Moverse a escondidas, ocultarse, colarse en sitios para observar a la gente. —Arrugó más la frente—. Pueden atravesar las paredes. Supongo que…

Le lanzó una mirada y Yumi asintió al comprender por dónde iba.

Luego, recordándose que no la veía nadie, salió de detrás del árbol y cruzó la última franja de terreno que los separaba de la tienda. Ella no había envuelto sus zuecos, así que siguieron provocando un estruendo de madera contra piedra.

Ese sonido no era real. Ella no era real, no del todo. Cuando intentaba agarrar cosas, sus manos las atravesaban a menos que se concentrase.

Así que… al llegar a la tienda, hizo una inclinación a los espíritus de debajo y subió al borde de la plataforma flotante de madera. Una vez arriba, dio un paso decidido al interior de la pared de tela.

Pared que, tan decidida como ella, le devolvió el empujón.

Yumi fulminó la lona con la mirada, frotándose la nariz. Quizá no estuviera mostrándole el suficiente respeto. Le hizo a la pared la mejor reverencia que pudo, dado el escaso espacio de que disponía.

—Oh, muro de lona —dijo—, concédeme el honor de…

—Pero ¿qué haces? —le susurró Pintor desde atrás.

—Hacer una petición a la pared.

— *¿Qué?*

Yumi se volvió hacia él y señaló la tienda.

—Todas las cosas tienen alma, y el alma de la pared es similar a los espíritus. ¡Todas las cosas no vivas son de su sustancia! Es por lo que…

—¡Yumi! —susurró él.

—… se convierten en estatuas cuando les hacemos peticiones. Y por lo que las piedras les llaman la atención. Es…

—¡Mírate la mano!

Yumi vaciló y echó un vistazo a su mano, que al gesticular había enviado al otro lado de la lona. Caray. ¿Era que su petición había funcionado? ¿O que…?

¿O que no había estado atenta, sin más? Según Diseño, tocaban las cosas que querían o que esperaban tocar. Así que tal vez…

Cerró los ojos y dio un paso adelante, sin pensar en la lona. Y al

hacerlo así, la atravesó. Cuando abrió los ojos, estaba dentro de la tienda. Y vaya si los académicos viajaban con *estilo*. Gruesas alfombras en el suelo. Mullidas almohadas y cojines para sentarse. Una encimera con diversos licores, y aquellos chicos del servicio, que Yumi supuso que serían aprendices de académico, atendiendo sus necesidades.

Aquella exhibición de lujo se veía interrumpida por la enorme máquina metálica que ocupaba el centro de la tienda, con las válvulas y las varillas abiertas de par en par, como el corazón arrancado de una bestia con las arterias seccionadas.

El académico jefe tenía el rostro chupado y la cabeza casi puntiaguda, como un lápiz sin aguzar. Caminaba de un lado a otro, con aspecto menos amedrentador sin el sombrero. El pelo a lo casco no le favorecía. Era la clase de estilo con la que uno terminaba al dar por sentado que, habiendo estudiado literatura e ingeniería, sabía más de peluquería que quienes se dedicaban a ella.

—Deberíamos probar otra vez con las bombas de vacío —estaba diciendo el académico sin dejar de andar.

—No son las bombas de vacío —respondió otro académico que estaba sentado en el suelo junto a la máquina, trasteando con ella—. Es la fuente de alimentación, Gyundok-nimi.

—La fuente de alimentación nunca nos ha dado problemas en la máquina padre —

espetó el académico jefe.

—Disculpa, Gyundok-nimi —intervino otro académico, recostado en unos cojines con una fruta a medio comer—, pero *desde luego* que hemos tenido problemas con la energía de la máquina padre.

—¿Te refieres al Incidente? —preguntó Gyundok, y Yumi percibió la letra mayúscula en la palabra—. Ya hace años que no es preocupante.

Los otros tres académicos se miraron entre ellos.

—De acuerdo —dijo Gyundok, poniendo los brazos en jarras—. Si es la fuente de alimentación, cárgala, Sunjun. La máquina es pequeña. No pasará nada.

Sunjun, el académico que trabajaba en la máquina, levantó las manos

y se apartó de ella.

—Ni lo sueñes.

—Necesitamos un espíritu —afirmó el hombre reclinado en los cojines.

—¿Solo eso, Honam? —replicó el líder, volviéndose de golpe hacia él—. ¿Que nuestra máquina que atrae espíritus necesita un espíritu para arrancar, dices? Qué observación más *útil*.

—A lo mejor esa yokihaijo invoca a uno —dijo Honam, y dio un mordisco a su fruta—. Podríamos atraparlo.

—Pero ¿tú has *visto* sus apilamientos? —objetó Sunjun—. Lo único que va a invocar en este pueblo es una disculpa.

—Tú prueba a activarla, Honam —propuso el líder—. Cuando esté cargada, funcionará ella sola. En este pueblo debería haber bastante energía para eso. Mientras no la apaguemos, todo bien.

—Ni siquiera sabremos si valdrá para cercenar —dijo Sunjun—. A lo mejor deberíamos replantearnos todo este fiasco.

—Si no funciona —respondió el académico jefe—, probaremos otra cosa. Pero *antes* vamos a ejecutar mi plan. —Miró por la solapa frontal de la tienda hacia el pueblo—. Lo que está pasando aquí es peligroso. Honam, carga la máquina.

—No —dijo Honam—. Ni de milagro.

—Te ordeno que…

—Lo haré yo.

Quien había hablado era el cuarto académico, desde cerca de la pared, donde estaba semioculto en las sombras. Yumi escrutó la zona y distinguió a un hombre de tupida barba en el mentón pero con un bigote que no cumplía su parte del trato. Dio un paso adelante, haciendo que Sunjun se alejara aún más de la máquina, despavorido.

—Es una máquina pequeña —añadió el cuarto académico—. No pasará nada. Solo necesita un poco de carga.

Yumi se adelantó, buscando un punto de vista mejor mientras el último académico, cuyo nombre no sabía, se arrodillaba delante de la máquina y abría un panel. Tuvo que esquivar a los otros y acercarse

bastante, lo que la llevó al límite de la correa que la unía a Pintor, para ver como el académico vacilaba un momento antes de apretar la mano contra una placa que había en el núcleo de la máquina.

Y allí, a Yumi no le cupo la menor duda de que dos líneas de luz cobraron existencia.

Una era de un vivo color magenta. La otra de un líquido azul celeste.

Líneas de hion.

Dio un respingo y se tapó la boca con una mano. *Al instante* se sintió estúpida. No podían oírla. Así que se inclinó más hacia delante, a meros centímetros del hombre, para asegurarse por completo de que estaba viendo lo que pensaba que era. Sí, de verdad *eran* líneas de hion. Sus característicos colores eran inconfundibles. Conectaban la mano del académico con la…

Otro par de líneas emergió de su propia cara en dirección a la placa.

Dio un gañido y se apartó con un movimiento brusco. Se encendieron luces a lo largo de los lados de la máquina, y el académico que estaba arrodillado se relajó a ojos vistas, apartó la mano y se la secó en los pantalones. El académico jefe y el que estaba reclinado vitorearon emocionados.

Pero el que estaba sentado cerca, Sunjun, el que aún tenía grasa en las manos de haber trabajado en el aparato, no estaba nada atento al logro. No miraba las luces ni a sus compañeros. No, Sunjun miraba directamente a Yumi.

Sintió un pánico repentino y retrocedió a toda prisa, agarrando el espíritu de una sábana y sosteniéndolo ante ella. Si veían que…

El hombre siguió con la mirada fija en el lugar donde había estado. No en ella. Yumi todavía era invisible.

—Aquí dentro hay un espíritu —dijo Sunjun, levantándose deprisa.

—¿Qué? —respondió el académico jefe.

—He visto un segundo conjunto de líneas —dijo Sunjun, señalando hacia la anterior posición de Yumi—. Un espíritu.

Dio media vuelta para revolver entre el material y sacó una caja con un cable colgando, que conectó a la máquina más grande. Yumi sintió

una oleada de frío. Un frío *físico*, real, no solo un temor. La máquina le había robado calidez.

Sunjun giró la caja y la aguja que había en un dial de su parte superior giró hacia ella.

Yumi echó a correr, esquivó a los académicos y se dirigió hacia la pared de la tienda.

La aguja la siguió.

—¡Ahí! —gritó Sunjun, señalando—. Se mueve. ¡Deprisa! ¡Sacad el dispositivo de captura!

Aterrorizada de *lo que* pudiera ser eso, Yumi cerró los ojos y saltó a través de la lona.

Mientras esperaba a que Yumi terminara en la tienda, Pintor pasó el rato probando su teoría sobre los árboles. Aunque los que habían llevado hasta allí para dar sombra eran relativamente grandes, la mayor parte de su volumen estaba en el follaje, no en la altura que alcanzaban. Con un esfuerzo mínimo, se aupó a las ramas y entre las hojas, donde se sentía más oculto.

La cadena que retenía el árbol lo rodeaba por allí, en la parte superior del tronco, ceñida con un recio mosquetón. Era una cadena pesada, pero no lastraba el árbol, sino que tan solo lo retenía en su sitio. Algo estaba haciendo el metal más ligero, supuso Pintor, igual que hacía su cuerpo más ligero. Como antes, cuanto más cerca estaba del tronco,

más intenso era el efecto.

Al empezar a subir al árbol, su peso había provocado que descendiera y golpeara el suelo. Pero abrazarse a él con fuerza pegando la mejilla a la corteza —el tronco era tan ancho que sus manos apenas se tocaban al otro lado— provocó que ascendiera de nuevo. Al hacerlo, fue como si Pintor pasara a formar parte de la esencia del árbol, añadiéndole un peso inapreciable. Cuando se alejó del tronco sobre una rama, su peso regresó, Pintor notó otra vez la carne en los huesos y la ropa se le asentó en el cuerpo.

El árbol, por su parte, se desplomó y dio contra el suelo otra vez. Era extraordinario que las plantas se hubieran *adaptado* a aquel lugar con el suelo tan caliente. Apenas tenían raíces, solo unas pocas pequeñas, enroscadas y vestigiales en la parte de abajo, que recordaban a dedos nudosos. ¿Cómo se las ingeniaban para…?

Yumi salió a través de la lona de la tienda. Corriendo.

Pintor se dejó caer a una rama más baja para mirarla.

—¡Los académicos me han visto, no sé cómo! —gritó ella, frenética—. ¡Vienen a por mí! ¡No deben encontrarte! ¡Ni a ti! ¡Todo el mundo me verá así y sabrá que hemos espiado a los académicos y que he renunciado a toda semblanza de cordura en favor de la truhanería y el vandalismo!

Pintor no estaba seguro de qué lo sorprendió más, que hubieran descubierto a Yumi o que acabara de usar la palabra «truhanería» en una frase hablada.

Por desgracia, no exageraba al estar alarmada. Llegaron gritos desde la tienda y un académico salió y la rodeó sosteniendo algún tipo de dispositivo con el que apuntó hacia los árboles entre los que estaba Yumi.

—¡Van a encontrarte ahí arriba! —exclamó, y se puso a hiperventilar de nuevo—. No puedes esconderte. Estoy muerta. Estoy acabada. Se acabó. No… no… no…

—¡Yumi! —susurró él.

Empezaba a formarse un plan en su mente. El más obvio, en realidad, teniendo en cuenta las circunstancias. Tendió la mano hacia Yumi. Con la otra aferró la cadena que retenía el árbol y vocalizó una frase:

«Hacia arriba».

—¡Pintor, eso es muy *mala* idea!

Pero los académicos ya salían en tropel de la tienda y Yumi no tenía tiempo de pensar nada mejor. Pintor le hizo unos gestos más apremiantes y, tras solo un breve instante, Yumi saltó hacia arriba y se agarró a la primera rama.

Pintor desenganchó la cadena, trepó más arriba, donde lo tapaba mejor la prodigiosa copa del árbol, y rodeó el tronco con los brazos, sintiendo que el corazón le aporreaba al imaginar su espectacular huida.

El árbol empezó a ascender poco a poco, indolente. No tan espectacular. Más bien letárgico. Pero los académicos tardaron demasiado en darse cuenta y para cuando señalaron hacia el árbol, las raíces ya estaban fuera de su alcance, aunque fuese por poco. Pintor metió la cara entre unas ramas para que los académicos no pudieran identificarlo.

A los pocos minutos el árbol había ascendido casi quince metros y el suave viento se lo llevaba un poco hacia el sur, hacia el huerto, como Pintor había deseado. Aterrizar allí dificultaría a cualquier perseguidor que los localizara.

Yumi se izó a una rama más alta, resollando. Pintor miró hacia ella preocupado, pero no podía moverse sin que peligrara la flotabilidad. Por suerte, el árbol no parecía afectado por el peso de un fantasma.

—¿Yumi? —susurró.

Ella giró la cintura, aferrada con fuerza a su rama, y Pintor vio que estaba llorando, con la respiración entrecortada.

Y riendo.

Se relajó.

—Esto —dijo ella— es lo más delictivo que he hecho en la vida. ¡No sé cómo reaccionar! Estoy temblando como un pozo de vapor justo antes de entrar en erupción.

Pero, por algún motivo, me siento *estupenda*. Como si quisiera *repetirlo*. ¡Estoy perturbada!

—No. —Pintor sonrió—. Eres humana.

—Aun así, van a atraparnos —dijo ella—. Mirarán dónde aterrizamos.

—Puede.

Pintor se retorció contra el tronco y separó un poco el torso para añadir algo de peso.

Así ralentizó su ascenso mientras seguían flotando a la deriva hacia el huerto.

Se habían elevado lo suficiente para alcanzar el nivel inferior de plantas en el cielo, sobre todo compuesto de malezas y flores silvestres. El árbol asomó a través de la capa de follaje como si emergiera a la superficie de un lago. Las flores que brotaban del centro de los nenúfares danzaban con arbustos que extendían sus ramas a lo ancho para atrapar las corrientes termales. En el aire se arremolinaban hojas y vilanos, parecidos a los que libera el diente de león en Scadrial o la planta duluko aquí. De un matorral surgió una explosión de mariposas, que aletearon para rodear el árbol.

El movimiento del árbol causó pequeños torbellinos en el aire de alrededor, haciendo que la fecunda vegetación a la deriva lo surcara en rizos y tirabuzones. Pintor se quedó sin aliento, olvidando por un instante todo lo demás. Las flores, los pétalos, las mariposas, la chispeante luz… eran como pintura arrojada a la paleta por un maestro de alguna incomprensible disciplina artística. Una súbita belleza improvisada contra el brillante lienzo del profundo cielo azul.

Allí arriba en el aire se condensaban perlas de humedad en las hojas gruesas y exuberantes. Una cierta decadencia líquida le roció la piel, como la transpiración pero pura, con sabor a algo resplandeciente y limpio.

«Por eso se elevan —pensó—. El aire tiene humedad a esta altura, evaporada por la piedra caliente de abajo. Así que las plantas ascienden para llegar a ella».

En ese momento envidió aquel mundo que tenía luz en el cielo, mientras la fragmentada luz del sol incidía en el rocío y hacía que todas y cada una de las plantas parecieran ir adornadas con sus joyas nupciales. La escena cambió y se transformó, los colores se combinaron y separaron, todos incendiados de luz, centelleantes.

Yumi, más alejada en su rama, casi incorporada a las vistas, parecía

embelesada. El cabello ondeaba a su alrededor, mecido por el viento. Extendió la mano mientras una mariposa se posaba cerca de ella. El pequeño animal no la veía, así que Yumi pudo inclinarse para observar sus alas temblorosas.

Miró hacia Pintor, con aquel prodigio a modo de luz de fondo, y sonrió de oreja a oreja. Un plano de verdor, rebosante de colores, se extendía tras ella como una infinita y tentadora carretera. «Viaja con nosotros», parecía decir. Pero no había ningún lugar al que Pintor quisiera ir. No mientras tuviera lo que quería con él, allí mismo.

—Miras fijamente —dijo ella.

Él era pintor. No poeta. Pero de algún modo encontró las palabras correctas.

—Solo miro fijamente —respondió— cuando veo algo demasiado hermoso para que mis ojos lo absorban de una vez.

Yumi se volvió de nuevo hacia el paisaje, al parecer suponiendo que era eso a lo que se refería.

—Es como otro mundo —susurró—. Siempre aquí arriba, todos los días. Tan cerca.

Entonces se inclinó hacia fuera y alzó la mirada hacia la estrella diurna. El mundo de Pintor. Reflejaba la luz del sol. ¿Toda esa oscuridad no debería hacerlo negro?

—Si voy a perderlo todo —dijo Yumi con suavidad—, me alegro de haber visto esto antes.

—No vas a perderlo todo.

Pintor había vuelto en sí lo suficiente para apartarse más del tronco y hacer que el árbol descendiera poco a poco hacia el huerto de abajo.

—Nos encontrarán —dijo ella, mirándolo de nuevo—. Verán dónde se posa el árbol.

Pintor negó con la cabeza.

—No nos pasará nada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—Porque este día es demasiado perfecto para que nadie lo arruine.

Veinte minutos más tarde Liyun encontró a Pintor arrodillado en el templo, la viva imagen de la inocencia. Si llevaba el tobok torcido, en fin, acababa de empezar a vestirse él solo, así que tenía sentido que se lo hubiera puesto mal. Si respiraba un poco fuerte y sudaba como si hubiera hecho una carrera de fondo, por supuesto era porque había estado rezando con vigor, y comulgar con los espíritus podía ser extenuante para los devotos. Por último, si tenía ramitas en el pelo, bueno, el templo estaba en un huerto.

Esas cosas caen de los árboles, según he oído.

Liyun se cruzó de brazos, inspeccionándolo.

—Huy —dijo Pintor, volviéndose—. ¿Ya es la hora?

—¿Has visto a alguien sospechoso merodeando por aquí? —preguntó ella—. Ha habido cierta… truhanería en el pueblo.

«Ah —pensó él—. Conque de ahí lo sacó Yumi. Lógico».

—Estaba demasiado absorta en mis meditaciones para darme cuenta —respondió—.

Lo siento.

—No es… culpa tuya, elegida. Me alegro de que te esfuerces con más empeño en hacer peticiones a los espíritus, dados tus recientes fracasos. —Hizo un gesto—. ¿Nos vamos? Los académicos por fin han puesto su máquina en funcionamiento.

—¿Ah, sí? —dijo él—. Lástima.

Se levantó y siguió a Liyun, con Yumi detrás de él como si intentara esconderse en su sombra. La expresión de Yumi no dejaba de alternar entre la vergüenza y el júbilo, como resultado de algún extraño cortocircuito emocional por el que sus dos

intermitentes se encendían a la vez y dejaban patidifusos a quienquiera que fuese detrás.

Pintor dejó que Liyun se adelantara lo suficiente para no oírlo y le susurró a Yumi:

—¿Estás segura de que has visto líneas de hion?

—Por completo —respondió Yumi, también susurrando—. ¿Qué significa?

—Tu gente debe de estar cerca de descubrir cómo manipular el hion —dijo él—.

Estáis al borde de la revolución industrial. Las cosas van a cambiar mucho en tu mundo, Yumi.

—¿Se volverá oscuro como el tuyo? —preguntó ella con un hilo de voz.

—¿Te refieres a la mortaja? No, eso ya existía antes de que descubriéramos el hion. O

mejor dicho, antes de que aprendiéramos a controlarlo. Fueron… tiempos difíciles. La gente vagaba por el humo y solo vivía cerca de estallidos de luz que se alzaban desde el suelo, donde podían crecer las plantas.

Se estremeció al pensar en cómo tuvo que ser aquello. Cruzar la mortaja en tren ya era bastante horrible. ¿Caminar a través de ella? ¿Vivir en ella? Vale que las pesadillas no eran tan comunes por aquel entonces, pero aun así…

—Tengo un libro de historia por algún lado, entre mis cosas de la escuela —le dijo a Yumi—. Léetelo cuando estés en mi cuerpo. Explica lo que podría estar esperándole a tu mundo.

—¿Qué has dicho, elegida? —llegó la voz de Liyun.

—Solo rezaba —respondió Pintor, dándose cuenta de que había dejado que su voz ganara intensidad.

Fuera del huerto recogieron a Chaeyung y Hwanji, y por una vez Pintor cruzó el pueblo sin que la gente lo observara. Estaba todo el mundo reunido en el lugar del ritual. Al acercarse la gente le abrió paso hasta que llegó cerca de la tienda. Los académicos habían sacado allí su máquina, de metro veinte de lado, y colocado una gran cantidad de piedras. La mayoría eran más pequeñas que las del lugar del ritual, pero el aparato mecánico se movía con una espeluznante fluidez, creando cuatro apilamientos de roca distintos a la vez.

—Podemos vencer a eso —dijo Yumi—. ¡Mira lo *vulgares* que son esas pilas! Rectas hacia arriba.

Pintor estaba intimidado de todos modos, incluso después de que la máquina derribara una construcción por accidente y tuviera que ponerse a despejar las piedras con tres brazos antes de empezar otra vez. Yumi tal vez fuera capaz de hacerlo mejor, pero los apilamientos de Pintor no eran ni de lejos tan buenos como aquellos.

Aun así, animado por la determinación de Yumi, entró en el lugar del ritual y comenzó a trabajar. Se sorprendió al descubrir que recibía de buen gusto la actividad de apilar. Habían pasado muchas cosas ese día, y regresar a algo normal lo reconfortaba.

Lo cual dice mucho sobre la capacidad humana de redefinir lo que significa la palabra

«normal».

No tardó en empezar a sudar, pero su apilamiento se derrumbó a la séptima piedra.

El siguiente solo llegó a seis. Pintor gruñó y dio un puñetazo en el suelo, sin apenas notar su calor.

—Tranquilo —dijo Yumi—. Medita un momento. No puedes apilar si te tiemblan las manos.

Pintor contuvo su irritación. Yumi estaba en lo cierto. Respiró hondo unas pocas veces y comenzó de nuevo.

Pasaron las horas, pero casi todos los lugareños permanecieron allí. Parecieron intuir que allí estaba ocurriendo algo cuando Pintor logró una pila de diez, luego una de nueve y luego otra de *doce*, nada menos, todas seguidas. Dejando esas tres construcciones en línea, emprendió una cuarta: se secó las manos en la falda antes de colocar piedras una tras otra, con más audacia que antes.

Y *sintió* algo. Lo había sentido, ¿verdad? ¿Una Conexión con la misma tierra? Le pareció ridículo al intentar explicarlo, pero algo tiraba de él. Atraía directamente sus emociones y, mientras trabajaba, Pintor tiró de vuelta.

Algo asomó del suelo cerca de él. Se desvaneció cuando Pintor miró hacia allí, pero Yumi dio un respingo y juntó las manos por delante, sonriendo como una maniaca. Le hizo señas para que continuara, pero

entonces pareció recordar su papel de instructora y lo animó a respirar. A calmarse.

No era tan fácil con la gente armando cada vez más escándalo, murmurando y charlando. Pintor se lanzó a su octavo apilamiento, extrañado de que ninguno de los otros hubiera caído. *Casi* pudo visualizarlo antes de situar las piedras. Iba a hacerlo el

más alto de todos. Tenía las piedras y sabía cómo iban a encajar entre ellas. Podía hacer que esa torre pareciera decantarse a un lado, pero en realidad sería robusta por el peso de esa piedra de ahí que…

Volvió a sentir ese tirón.

Estaba funcionando de verdad.

Todo aquello era *real*.

Una bola de luz etérea se filtró hacia arriba desde el suelo cerca de la valla, más o menos a medio camino entre él y la máquina. Brillaba como una gran masa informe de metal líquido, titilando suavemente con los colores del hion.

Pintor colocó otra piedra, esforzándose por mantener la calma. El espíritu permaneció allí y luego se volvió como si mirase hacia el rechinar de la máquina, aunque no tuviera ojos. Una parte de él se extendió en esa dirección y al momento lo siguió el resto, como una goma elástica destensándose. Mientras sus partes se fundían, alzó el vuelo sobre el suelo de piedra como si estuviera nadando. Pasó entre la sorprendida gente, que, atenta a la máquina, no lo había visto aparecer.

Nadó derecho hacia los académicos.

—¡No! —gritó Yumi levantándose—. ¡No, nos lo han *robado*!

Pintor se volvió, dejando que la piedra que manejaba resbalara. La torre se vino abajo, desestabilizando otra, que cayó también. Fuera de la valla, los lugareños jalearon cuando un académico recogió el resplandeciente espíritu y lo levantó con las manos. La gente se amontonó alrededor, impidiendo que Pintor viera lo que sucedió a continuación.

—¡Y ahora…! —La voz del hombre llegó al lugar donde Pintor se había dejado caer al suelo, casi sin notar el calor que emanaba—. ¡Ahora fijaos en cómo hacemos que este espíritu se transforme en un

objeto útil mediante las ilustraciones que le presentamos como sencilla comunicación! ¡Contempladlo! ¡Ya está hecho!

—¡Os ha llevado todo el día! —gritó una voz. ¿Liyun?—. Vuestra máquina nunca reemplazará a una yokihaijo. ¡Una chica competente puede atraer a media docena de espíritus en un día! ¡Una maestra a veces puede conseguir *decenas*!

—¿Y cuántas yokihaijo hay? —replicó el académico, también a voz en grito—.

¡Dieciséis como mucho! Ahora mismo solo tenemos catorce. ¿Cuánto tiempo espera la

gente de este pueblo entre visitas de las yokihaijo? ¿Meses? ¿Años? Puede haber máquinas como *esta* en cada pueblo y aldea, trabajando sin descanso.

Liyun no respondió.

—¡Ya lo veréis! —exclamó el académico—. Nos quedaremos aquí invocando espíritus hasta satisfacer toda necesidad de todo residente.

Pintor, agotado, con los dedos en carne viva incluso llevando guantes, se volvió hacia Yumi.

—Lo has hecho bien —le dijo ella.

—No lo bastante. Yumi, no creo que ese espíritu lo haya atraído yo. Creo que ha sido la máquina.

—No —respondió ella, firme. Entonces vaciló y habló con un poco menos de certeza—. Puede que hayáis sido los dos. Los espíritus siempre suben muy cerca de mí cuando actúo, pero ese estaba entre tú y los académicos.

—Así que la máquina funciona —afirmó Pintor—. Ha llamado al espíritu.

—Lo que tú has hecho también ha funcionado, Pintor —dijo ella, arrodillándose a su lado—. Ya era evidente que la máquina funciona. No la habrían traído si no fuera capaz de atraer a un espíritu. Pero sus apilamientos son mediocres, apenas viables. Puedes derrotarla, Pintor, hacerlo mejor que ella. Conseguir a un espíritu para que hablemos con él y le preguntemos.

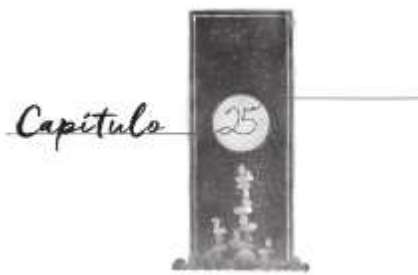
Pintor miró las muchas rocas que tenía alrededor.

—¿Practicando más? —dijo con un suspiro.

Yumi asintió.

En respuesta, Pintor dio un sorbo a la cantimplora que le llevó Hwanji, se sacudió la rigidez de las manos y volvió al trabajo. Aunque no atrajo ningún otro espíritu ese día, y aunque sabía que habían pasado meses entre la primera vez de Yumi y la segunda, al menos había sido un mordisquito de éxito.

Esperó que lo sustentara durante el tiempo que pudiera costarle encontrar el siguiente bocado.



Una semana después, Yumi vio la escena más impactante que había presenciado jamás. Dos personas besándose. Delante de ella. ¡Delante de todo el mundo, en el visor!

Un hombre hecho de las líneas azules de hion y una mujer de las de color magenta.

Juntando los labios con intimidad. *Allí* mismo.

Inhaló de golpe y se subió la manta hasta la barbilla.

—¿Pueden *enseñar* eso? —preguntó.

Pintor solo soltó una risita.

Yumi le tiró una almohada en respuesta, que ni siquiera hizo oscilar

su espíritu pero la hizo sentirse mejor. Luego se inclinó hacia delante, con los ojos como platos.

Había adoptado la costumbre, tras practicar pintando varias horas, de parar y mirar una serie. Le daba la impresión de ser una frívola pérdida de tiempo, pero Pintor decía que era importante relajarse de vez en cuando y, al fin y al cabo, estaban en su mundo.

Sus reglas. Poco más o menos, estaba *obligada* a hacerlo.

Además, la historia seguía cada noche, y Yumi *necesitaba* saber lo que iba a pasar.

Seguía tres series distintas, pero *Estaciones de lamento* era la mejor. Y la más escandalosa.

Ladeó la cabeza mientras el beso continuaba. Y continuaba. Y…

—¿Cómo respiran? —preguntó.

—En un beso como ese —dijo él—, se comparte el aliento. El aire pasa de lado a lado, exhalado a los pulmones de la otra persona. Es posible estar así más de quince minutos.

Yumi se lo creyó por un instante fugaz y entonces vio la sonrisa divertida de Pintor.

Eso le ganó otra almohada, esa directa a través de la cabeza.

En el visor, sir Ashinata y lady Hinobi separaron los labios. Aquella era una serie

«histórica», según Pintor. Significaba que fingían ser de otra época, antes de que hubiera cosas como las duchas. Yumi suspiró al ver cómo se miraban, con el visor mostrando sus rostros muy de cerca y las diminutas líneas de hion reproduciendo incluso sus pestañas.

Qué mirada. ¿En serio podían estar fingiendo? Pintor debía de equivocarse y aquellos actores estaban enamorados de verdad. Por esa mirada. Yumi llevaba *esperando* a ver cómo se miraban así desde hacía ya una semana.

Sir Ashinata era una especie de guerrero errante, y el emparejamiento entre ambos estaba prohibido. Pero por fin habían reconocido su amor mutuo. Era maravilloso.

—Ahora —dijo sir Ashinata— debo irme. Para siempre.

—¿Qué? —gritó Yumi—. *¿Qué?*

Sir Ashinata se marchó, con una mano en su espada de hion. Lady Hinobi le dio la espalda para ocultar las lágrimas de sus ojos.

—No —dijo Yumi levantándose de un salto—. ¡No!

Pero empezó a sonar la música del final. La hora había terminado. ¿Ashinata se marchaba?

—¡Es horrible! —exclamó Yumi señalando—. Con la de tiempo que llevábamos esperando, ¿y ahora *se va* sin más?

—Es un ronin —dijo Pintor—. Su gente actúa así.

Ella lo miró furiosa, pero… bueno, Pintor giró la cara, limpiándose una lágrima del ojo. No le había gustado ese final más que a ella. Y él no tenía la culpa de lo que había hecho la gente que creaba la serie.

Yumi se dejó caer en un batiburrillo de mantas y almohadas sobre el futón. Por fin había descubierto que no era un altar. Pintor se había pasado un día entero soltando risitas después de que a Yumi se le

ocurriera preguntar.

—Pero… —dijo—. Pero ¿por qué?

—Algunas historias terminan así. —Pintor se levantó y se desperezó—. Depende de lo que busque quien la escribe. Es bueno que todas sean un poco diferentes. Tampoco querrías que todas fueran felices.

—Sí. Que. *Quiero*. —La voz de Yumi se suavizó—. Esa gente podría crear cualquier cosa. Hacer cualquier cosa. ¿Por qué crear algo *triste*?

—He oído que la gente lo encuentra más realista.

—¿Y lo es? —preguntó Yumi, arrebujándose en las mantas—. ¿La tristeza es realista?

Sonaba incluso más deprimente que aquel final.

—Antes pensaba que sí —dijo Pintor—. Y Yumi, muchas cosas en la vida son tristes.

Así que es realista por lo menos para algunas experiencias. Está bien que algunas historias sean felices y otras tristes. Esa parte sí que es realista.

Yumi sacudió la cabeza y se secó las lágrimas en la manta.

—A veces —añadió Pintor—, cuanto más piensas en él, mejor final te parece. Puede ser el adecuado, aunque duela.

—Aún queda esperanza —repuso Yumi, feroz—. El programa no ha terminado.

Podría ocurrir algo mañana.

—No sé yo —dijo Pintor—. Sí que era final de arco. Se sabe por los títulos de crédito más largos. Mañana cambiarán a otro grupo de personajes.

—No —respondió ella—. No se ha acabado. Ya lo verás.

Lo dijo con más confianza de la que sentía. Pasar diez horas despiertos en cada cuerpo les complicaba un poco el horario para según qué cosas, pero al menos Yumi llegaba a ver una serie cada día. Esa aún podía terminar siendo feliz.

¿Verdad que sí?

Pintor fue al visor para apagarlo; le gustaba experimentar con lo que podía conseguir siendo un espíritu. Yumi paseó hacia la ventana para mirar aquel cielo de un negro puro. Con su único punto de luz, distante como los sueños de anoche.

(Por desgracia, no vais a obtener respuesta de por qué la luz de «la estrella»

atravesaba la mortaja y la del sol y las estrellas de verdad no. Lo cierto es que aún no sé el motivo. Tengo algunas explicaciones sobre la mortaja en sí y acerca de la naturaleza de lo que estaba ocurriendo a las tierras de Yumi y Pintor. Os las daré cuando corresponda.

Pero ¿sobre la forma en que un planeta podía colarse entre la oscuridad y llegar a ojos anhelantes en Kilahito? Ni idea de lo que pasaba con eso. Siento dejaros con ese misterio, pero consideradlo, en vez de un agujero, una promesa para futuras historias aún por descubrir).

—¿Quieres entrenar un rato más? —propuso Pintor, señalando los montones de papeles.

—No —dijo ella, apartándose de la ventana y alejando los pensamientos tontos sobre una serie tonta, aunque tuviera aún los ojos llorosos—. Creo que es el momento de que salga. A cazar pesadillas.

—No estás preparada.

—Dijiste que esto es todo lo que necesito aprender —repuso Yumi, señalando los fajos de bambú pintado—. Dijiste que lo tenía dominado hace una *semana*, Pintor.

¡Llevas días y más días haciéndome pintar bambú y nada más que bambú!

—Saber pintar —dijo él— no es lo mismo que ser capaz de hacerlo en una situación tensa. Eso requiere reflejos e instinto. Como hacer un saque.

—¿Un saque? —preguntó ella, recogiendo el pequeño cuenco de sopa que había olvidado al llegar el final de la serie. Frunció el ceño mientras se sentaba en el futón—.

¿Qué saque?

—Ya sabes —dijo él haciendo un movimiento con la mano, como si así

lo explicara—.

¿Darle a la bola? ¿Con una raqueta? No… no tenéis de eso en tu mundo.

—Es obvio que no —respondió ella, probando los fideos.

¡Eh! *Casi* no eran espantosos.

—A ver qué te parece —dijo Yumi con entusiasmo, tendiéndole el cuenco y levantando la cuchara entre dos dedos para ofrecérsela.

Pintor levantó el espíritu de la cuchara y logró probar el alma de la sopa. Alzó la mirada hacia ella.

—Solo llevo dos semanas cocinando —dijo Yumi.

—En esta sopa hay más sal que sopa, Yumi.

—Ponía que salara generosamente —se justificó ella—. No sabía lo que significaba.

—Podrías haber preguntado.

Era… difícil recordar que podía hacer preguntas. Aparte de eso, cocinar por sí misma era una experiencia extraña.

—Bueno —dijo, levantando el cuenco—, yo lo considero un éxito. Es casi casi comestible. —Fue al fregadero y lo vació allí con movimientos ceremoniales—. Pero por muy mal que se me dé la cocina, Pintor, *está claro* que he mejorado pintando. Es el momento. Deberíamos salir esta noche y buscar esa pesadilla.

Pintor fue con ella.

—Ni siquiera piensas que sea el motivo por el que estamos enlazados. Crees que es por esa máquina y los académicos.

—Sí —respondió Yumi. Para entonces ya habían confirmado que el aparato podía atraer espíritus por sí mismo, sin ayuda de una yokihaijo. Lo que pasaba era que lo hacía muy despacio, al ritmo aproximado de uno al día—. Pero ¿y si me equivoco?

Él la miró a los ojos.

—No entiendo nada de esto —dijo Yumi—. Pintor, eres tú quien dijo que creía que la razón era la pesadilla estable. Así que tenemos que encontrarla. Intentarlo, al menos.

Pintor se metió las manos en los bolsillos para pensar, frunciendo el ceño. Por desgracia, ya casi se les habían acabado sus exiguos ahorros, y su suspensión de empleo y sueldo terminaría pronto. Tendría que volver de inmediato al trabajo y demostrar su valía ante sus superiores para no meterse en más problemas.

Por tanto, o bien ella tendría que hacer el trabajo de Pintor, o bien necesitaban resolver el asunto para que su vínculo se disolviera.

¿Era lo que quería Yumi?

Bueno, por supuesto que sí. Tenía obligaciones y, aún más importante, los espíritus le habían asignado una tarea especial. Tenía que completarla para ayudarlos. Y luego tenía que regresar a su vida. Mejorada, sí.

Pero aun así irremediablemente solitaria.

No quería afrontar esa realidad. Al menos… al menos estaba ese barco volador que iban a enviar desde el planeta de Pintor para que viajara entre sus mundos. Eso significaba algo. Para el futuro.

—Muy bien —dijo Pintor levantándose—. Metamos el material de pintura en la bolsa.

Yumi asintió con firmeza. Ese día se había vestido con ropa de trabajo resistente. Para *trabajar*. Cosa que en realidad no había hecho nunca, pero que le parecía lo correcto.

Calzas bajo el vestido y una chaqueta más gruesa que la ligera que solía ponerse, corta, tanto que ni siquiera le bajaba hasta la cintura, pero sólida, con numerosos broches y botones metálicos. Casi como de armadura.

—Está pasando algo raro —dijo Pintor, acercándose con paso tranquilo mientras ella llenaba la bolsa del trabajo—. Yumi, a esa pesadilla estable ya tendría que haberla visto alguien. Han pasado semanas. La Guardia del Sueño ya debería estar llamada y trabajando en la ciudad. Pero si lo hubieran hecho, saldría en las noticias. Que venga la Guardia del Sueño es un acontecimiento importante y…

—Un momento —interrumpió Yumi, señalándolo—. ¿Estabas

retrasando el momento?

¿Por eso me has hecho practicar otra vez toda esta semana? ¿Creías que a lo mejor alguien atraparía a esa cosa?

Él se encogió de hombros. Yumi no quería considerarlo un cobarde, pero sí que *había* momentos en los que parecía más que dispuesto a dejar que otras personas hicieran el

trabajo difícil. Aunque Yumi tenía que reconocer que se había pasado la vida entera haciendo bien poco ella misma. Hasta extremos que la incomodaban. Así que supuso que tampoco debería acusar a nadie.

Metió el último gran lienzo en la bolsa y asintió. Era el momento, por fin, de que intentara ser una pintora de pesadillas.

Pintor hizo que esperasen a que el turno ya hubiera empezado, por si acaso. Dijo que quería minimizar la probabilidad de que los otros pintores vieran a Yumi, aunque más adelante sería importante para su plan que ocurriera justo eso. Y de todos modos, posiblemente no pasaría nada si alguien la veía por casualidad. Habría otra persona patrullando el sector de Pintor hasta que terminara su suspensión, sí. No obstante, le había dicho a Yumi que la zona era muy amplia y que los pintores a menudo cambiaban de sector mientras patrullaban, siguiendo pistas. Mientras Yumi no se encontrara de cerca con ningún pintor capaz de identificarla como la hermana de Nikaro, no habría problema.

El plan era sencillo. Tenían que buscar signos de la pesadilla estable, confirmar si seguía merodeando por esas calles. Si aún lo hacía, llamarían la atención de algún grupo de pintores que estuviera patrullando cerca. Cuando ellos la vieran, irían al capataz y corroborarían lo que Yumi le había contado. Y entonces el capataz mandaría llamar a la Guardia del Sueño.

Era un plan directo en su concepto general, pero cada una de sus partes concretas consternaba a Yumi. Había llevado un aparato que, según Pintor, hacía un ruido de emergencia. Era un artilugio metálico con dos cosas redondas a los lados que él decía que eran campanas. Pero Yumi había visto campanas y no se parecían en nada a aquello. ¿Cómo iban a ser campanas, si tenían forma de galletas grandes?

Aun así, confiaba en que funcionaría. Los pintores novatos llevaban aquellos aparatos para pedir ayuda. De modo que Yumi lo activaría si

veían a la pesadilla estable. Pero ¿y si no había más pintores cerca? ¿Cómo iban a acercar a la pesadilla lo suficiente para determinar si era la que buscaban, y al mismo tiempo estar lo bastante lejos para que no atacara a Yumi?

No dijo nada de todo eso a Pintor. Él ya estaba bastante nervioso también, como demostraba el hecho de que le hubiera sugerido, no menos de tres veces, que regresara

al piso. Yumi se negaba, aunque nunca había visto las calles tan vacías como esa noche.

Al poco tiempo salió de entre la línea exterior de edificios, construidos casi como una fortificación, con paredes sin ventanas formando un inmenso círculo.

Allí fue donde *por fin* vio de cerca por primera vez la mortaja, una muralla cambiante y agitada de oscuridad. Era más negra que la noche habitual, porque la noche no se tragaba la luz. Y la noche no daba la sensación de estar devolviéndote la mirada. Le fallaron los nervios y no se atrevió a acercarse del todo a la mortaja. Prefirió quedarse cerca de la última línea de edificios y mirarla fijamente.

No había esperado que se *moviera* de ese modo. Turbulenta. Ondeante. Y aun así, por la ausencia de color, era imposible distinguir detalles. Eso le daba la apariencia de ser algo que estaba mucho más lejos. Una imagen imposible.

—¿Alguna vez deja de impresionarte? —preguntó en voz baja.

—Te vas acostumbrando —dijo él—. Como a un ruido constante. Y como con el ruido, de vez en cuando te fijas otra vez en ella y, de pronto, se vuelve ajena otra vez.

Terrorífica otra vez. Y tienes que volver a acostumbrarte desde el principio. Es casi como hacerte amigo de alguien que siempre está cambiando de personalidad. Alguien que te mira de una forma que hace pensar que en algún momento intentará matarte.

Yumi se obligó a apartar la mirada de la mortaja y llevarla a aquellos últimos edificios de la ciudad. Los ladrillos estaban encalados en muchas partes, una elección a todas luces deliberada para crear una muralla de blanco que ahuyentara el muro de oscuridad. Y en muchas de esas secciones encaladas había murales. Enormes cuadros creados con la tinta de un pintor de pesadillas, monocromáticos, pero con un detalle y un contraste increíble en la sutileza del sombreado.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Los pintores los hacen cuando les apetece —respondió él—. Una sección por pintor.

—¿Dónde está la tuya?

Pintor negó con la cabeza. ¿Sería porque no tenía sección? A lo mejor nadie tenía muchas ganas de ver otro cuadro de bambú.

Comenzaron la patrulla, retrocediendo desde la mortaja por los anillos de calles más exteriores de la ciudad. A pesar de lo que Yumi había dicho, Pintor no le había hecho pasar la última semana *solo* pintando bambú. También habían hablado de cómo se

patrullaba y del protocolo de los pintores. Así que Yumi comprendía a qué se dedicaba Pintor por la noche y cómo buscaba rastros de una pesadilla.

Aun así, Pintor vio la primera pista antes que ella.

—Ahí —dijo, señalando hacia delante.

En la esquina de una pared, como a metro y medio de altura, el ladrillo estaba manchado por un punto negro humeante.

¿Tan alto? Yumi había estado buscando por el suelo. Al acercarse vieron que el oscuro humo surgía de lo que parecía ser brea negra, un pedazo de la mortaja que cubría una zona de la esquina del tamaño de una mano. Una señal de que la pesadilla había pasado por allí hacía poco, rozando el edificio y dejando un rastro.

—¿Cómo es que lo has visto? —susurró Yumi.

—Práctica —dijo él— y suerte.

Cuanto menos se tiene de la primera, más se necesita de la segunda.

Aunque Pintor le había enseñado que el siguiente paso era seguir el rastro y buscar otras marcas, se quedó observando esa. Luego escudriñó el callejón lateral.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Es una marca muy evidente —dijo Pintor—. En la misma calle, a

simple vista y más grande que muchas. Ya debería haberla visto algún otro pintor. Pero desde aquí se distingue la siguiente marca, en esa escalera de incendios que hay al principio del callejón. Y no hay pintor.

—Bueno, pues esta no la ha visto nadie aún —respondió Yumi—. Somos los primeros. ¿Qué problema hay?

—Ninguno concreto —dijo él—. Es solo que se me ha ocurrido una idea horripilante.

El capataz cree que no doy ni chapa.

—¿Que no das ni qué?

—Cree que llevo meses sin hacer mi trabajo, desde mucho antes de que llegaras. Por eso me ha suspendido de empleo, porque afirmar que he visto una pesadilla estable fue el trazo final en el retrato que ha estado pintando de mí en su cabeza. El caso es que opina que he estado haciendo el gandul, pero, de todos modos, nadie más informa nunca de que haya ningún problema por aquí, así que… —Miró a Yumi y quizá vio lo perpleja que estaba.

»Me preocupa —le explicó— que el capataz *no* me haya reemplazado por nadie en este sector después de suspenderme. Vamos cortos de personal y, desde su punto de vista, esto es una zona tranquila. Temo que haya supuesto que el sector ya lo estaban cubriendo otros pintores, o que las pesadillas no suelen entrar por aquí, lo cual supuestamente me permitía holgazanear en vez de hacer el trabajo.

—Y si *no* te asignó un reemplazo…

—Explicaría que nadie haya visto la pesadilla estable —concluyó Pintor—. Que haya podido estar semanas merodeando por la ciudad sin que la descubran. La mayoría de los pintores de pesadillas solo patrullan y buscan rastros por la periferia, porque las pesadillas tienen que pasar por aquí para adentrarse más. Si esa pesadilla entra siempre por mi sector del perímetro, ha podido moverse por toda la ciudad sin que la molesten.

Sí que era una idea inquietante. Pintor le indicó que entrara con él en el callejón, aunque Yumi no distinguía el segundo signo que él había visto. Mientras caminaban, Yumi le susurró con cuidado:

—Pintor, ¿por qué supone el capataz que no hacías tu trabajo? ¿Por qué todo el mundo está tan dispuesto a suponer que mientes?

Pintor bajó la mirada. Y el instinto de Yumi fue reprenderlo, *insistir* en que se explicara *de inmediato*. Aquella reacción era un signo evidente de culpabilidad.

Pero ¿esa actitud había funcionado alguna vez con él tan bien como con ella, cuando Liyun la trataba de ese modo?

¿Y *de verdad* había funcionado alguna vez con ella? ¿Las exigencias, los reproches, el castigo verbal? Yumi recordaba días de puro agotamiento en los que lo único que deseaba era una palabra amable, el peso de una lágrima en empatía.

Opciones. Yumi tenía *opciones*.

«No hace falta que seas como ella —pensó—. De verdad que no».

Era una idea novedosa, y mucho más difícil de llevar a la práctica de lo que habría creído jamás. Pero Yumi se obligó a decir las palabras. Unas parecidas a las que siempre había deseado poder escuchar.

—No pasa nada —susurró—. Ya sé que lo intentas. Eso es lo importante.

Prestad atención. De vez en cuando, *ese* es el aspecto que tiene el heroísmo.

Pintor la miró y entonces dejó escapar un largo suspiro.

—Gracias —dijo en voz baja—. Pero tienes razón sobre mí. A veces es difícil, ¿sabes?, seguir haciendo lo mismo un día tras otro, sintiendo que no te lleva a ninguna parte.

Señaló la escalera de incendios, un entramado metálico que subía por la pared de un edificio. Yumi entornó los ojos y a duras penas vislumbró un rastro de humo que salía de una esquina metálica en la segunda planta. Empezaron a subir.

—En la escuela —le susurró Pintor— los profesores siempre hablaban de lo *importante* que es nuestro trabajo. Predicaban sobre el significado del arte, sobre su teoría. Decían que pintar se basaba en la pasión y en los caprichos de la creatividad. Nos enseñaban que debíamos ver la *forma* de la pesadilla y pintar eso.

»Pero luego sales al mundo real y descubres que no es fácil ser así de creativo en todo momento. Te das cuenta de que no te han enseñado algunas cosas importantes, por ejemplo cómo trabajar cuándo *no*

sientes esa pasión, o cuando no te vienen los caprichos de la creatividad. Y entonces, ¿qué haces? ¿De qué te sirve la teoría cuando tienes que llevarte comida a la boca?

»En el mundo real, acabas descubriendo que es posible hacer el trabajo pintando lo mismo una y otra vez. El bambú captura a las pesadillas sin ningún problema, digan lo que digan. Todas esas aspiraciones elevadas de la escuela ceden ante la simple verdad, Yumi, de que a veces esto… es solo un trabajo.

Pararon en un rellano. Yumi no dijo nada, aunque le costó guardar silencio. Se limitó a indicarle con un asentimiento que siguiera hablando.

—Así que me estanqué un poco en la rutina. Sí, supongo que es lo que pasó. Pintaba solo bambú, día sí y día también. Al capataz Sukishi no le hacía ninguna gracia. Nunca le he caído bien. No estaba… bien considerado en la escuela, como te conté. Así que siempre ha pensado lo peor de mí. Y siempre ha dado por hecho que le llevaba lienzos con bambú porque en realidad no estaba encontrando pesadillas.

Llegaron al segundo rellano de la escalera de incendios, cerca del rastro de la pesadilla. Y cuando Pintor miró de nuevo hacia ella, Yumi cayó en la cuenta de que lo entendía. Ella había tomado decisiones diferentes, quizá poniendo *demasiado* de sí misma en su trabajo en vez de retraerse como había hecho él. Pero aun así, comprendía con sinceridad que lo que había hecho Pintor no era por pereza, sino por algo más personal y con lo que era mucho más fácil identificarse.

—Es muy difícil ser un gran pintor —susurró él mientras se arrodillaban junto al signo dejado por la pesadilla—. Pero es (bajo) fácil ser uno decente. Y piense lo que

piense el capataz, yo hacía mi trabajo y no dejaba que nadie saliera herido. Eso nunca lo permitiría. Puede… que no sea un guerrero, como querías. No soy la persona que *nadie* quiere. Pero lo intento.

Yumi asintió y llevó la mano hacia su hombro para consolarlo, aunque no se atrevió a tocarlo.

—Fíjate bien —dijo Pintor, señalando hacia el humo que ascendía desde la esquina entre dos pequeñas varas de metal—. Cuantos más de estos veas, más fácil será que distingas otros estando de patrulla.

Yumi se inclinó para inspeccionar el metal y la capa negra de encima. Parecía sangre, en cierto modo. Una sangre que se evaporaba.

—¿Por qué no dejan rastro en el suelo? —preguntó—. Huellas, no sé.

—De vez en cuando verás alguna huella —dijo él—, pero no es frecuente. Nunca hemos descubierto por qué.

Qué curioso. Parecía probable que la pesadilla hubiera dejado esa señal al rozar la esquina mientras subía la escalera.

—A lo mejor tiene que pasar sin querer —susurró—, como cuando atravesé aquella lona.

Pintor asintió, pensativo. Luego señaló hacia la cima del entramado, donde había otra voluta de humo en un barrote cercano a una ventana, todo ello resaltado por los reflejos de las líneas de hion que pasaban cerca por arriba.

—Pintor —susurró Yumi—, ¿de verdad son peligrosas?

—Claro que sí.

—Pero si esa pesadilla estable lleva semanas libre… ¿por qué no ha matado a nadie?

Él no respondió, solo siguió mirando aquella ventana.

—A lo mejor lo que sabes está equivocado —dijo Yumi—. Yo creía entender mi vida, pero resulta que me habían mentido desde el principio. ¿No es posible que pase lo mismo contigo?

—No. He visto fotos de ciudades destruidas por esas cosas.

—¿Cómo puede una criatura, aunque sea una pesadilla, destruir una ciudad?

—Son difíciles de parar cuando se hacen estables —dijo él—. Y llaman a otras. Una alcanza la estabilidad y entonces otras la siguen. —Calló un momento—. Creemos.

—¿Creéis?

—La última vez que pasó fue hace décadas, y los pocos supervivientes de la ciudad no podían explicar gran cosa. Docenas de pesadillas desbocadas. —Pintor la miró—.

Pero te prometo que son peligrosas. He visto con mis propios ojos a un niño sangrar después de que lo atacara una cosa de esas. A lo mejor no tengo todas las respuestas, y puede que haya lagunas en nuestra comprensión, pero sé que son una amenaza.

Yumi asintió, respiró hondo y empezó a subir peldaños para ver qué había en esa ventana. Sin embargo, Pintor le indicó que se detuviera.

—Ahora me toca a mí ser el fantasma —dijo—. Saca la campana por si acaso. Tiene cuerda, así que solo has de activar el interruptor, el sonido debería llegar a los sectores cercanos.

Yumi quería discutir, pero el argumento era válido. No tendría que arriesgarse ella si Pintor quizá podía acercarse inadvertido a la pesadilla. Al volver le diría si habían encontrado a la estable o tenían que seguir buscando.

Pintor subió en silencio las últimas dos plantas y miró por una ventana en la de más arriba. Yumi esperó, ansiosa, aferrando la campana en una mano y la correa de su enorme bolsa de lona en la otra, sin apenas ser consciente de que tensándola así estaba clavándosela en el hombro. No se atrevía a pensar, así que se concentró en su respiración, dentro y fuera.

Dentro y fuera. Dentro y fuera.

Pintor regresó haciéndole un gesto negativo.

—Hay una pesadilla ahí dentro, pero no es la nuestra. Sigamos adelante.

Empezó a bajar la escalera, pero Yumi se quedó donde estaba, mirando hacia arriba.

—¿Qué pasa si no la detenemos? —preguntó con un susurro.

—Podría volverse estable —reconoció Pintor, a medio camino del nivel inferior—.

Hacen falta muchas visitas.

—Llevas sin patrullar —dijo Yumi— desde hace más de dos semanas. —Veintisiete días—. Y podría no haber ningún reemplazo haciendo tu trabajo. ¿De qué nos sirve

cazar esa pesadilla estable si estamos permitiendo que otras muchas se

alimenten y vayan haciéndose reales, paso a paso, sin que hagamos nada?

—Esa pesadilla podría irse a otras zonas las próximas noches. Al final la atraparán.

—¿Y si no es así? Yo puedo detenerla ahora.

—Demasiado peligroso —dijo él.

—¿Por qué? Si no es estable, no me hará daño, ¿verdad?

Pintor llegó junto a ella.

—Se alimentan de gente, Yumi. De nuestros sueños, sí. Y también de nuestros pensamientos, nuestras mentes. Además, es posible que ya tenga alguna estabilidad. No siempre se nota por su apariencia.

Yumi lo miró a los ojos y empezó a subir escalones. Llevaba semanas entrenando. Si no era para aquello, ¿para qué?

Pintor gimió detrás de ella, pero la siguió hacia arriba. Yumi fue despacio hasta la ventana, hizo acopio de valor y miró por ella. Tumbada en la cama había una anciana, frágil. La luz que entraba por la ventana formaba un cuadrado que le enmarcaba el cuerpo, con la sombra del borde cayéndole sobre la cara. La voluminosa cama parecía haberla engullido.

La pesadilla estaba subida al cabezal. Yumi se quedó sin aliento. Había imaginado algo parecido a un ser humano. La sombra de una persona. Aquel ser era más arácnido, con patas hechas de humo retorcido que se clavaban alrededor de la anciana formando una especie de jaula. Era una (bajo) enormidad. Más grande que el mayor de los enormes halcones que cazaban en los cielos. Con aquellos zarcillos en forma de pata extendidos del todo, debía de medir unos cinco metros de largo.

Yumi se quedó paralizada, presa de una poderosa ansiedad. Quería salir corriendo, huir escalera abajo, no parar hasta quedarse sin fuerzas. Pero no podía moverse.

Algo enterrado muy en su interior reconocía a la monstruosa figura. Y esa parte de ella estaba *aterrada*. Un instinto primordial le dijo que *no se tocaba las narices* a una criatura que veía a los humanos como presas.

—Vale —susurró Pintor—. Saca el material con cuidado y ten

pensamientos tranquilos, como te expliqué. La pesadilla se centrará en su víctima, suponiendo que no te asustes demasiado.

—¿Cómo hago para…?

—Medita, Yumi. Y saca el material.

No se podía meditar *y* sacar el material. No funcionaba así, al menos no para ella.

Se quedó quieta y probó unos ejercicios de respiración. Pareció que ayudaban.

—Mientras no hagas movimientos bruscos ni hables muy alto —dijo Pintor—, no la atraerás. Con un poco de suerte, puedes empezar el cuadro sin que llegue a separarse de su víctima. Puedes disiparla en silencio, sin que esa pobre mujer tenga que saber siquiera lo que ha pasado.

Yumi no se movió.

—¿Yumi? —dijo Pintor. Luego, un poco más fuerte—: Yumi.

La pesadilla se movió, y volvió lo que *podría* ser una cabeza en dirección a ellos, con una cara de la que goteaba una oscuridad líquida al suelo. No había ojos…

¿O esos minúsculos puntitos blancos eran ojos? Como puntas de alfiler que se arremolinaban rasposos hacia el infinito. La criatura buscó con cuatro de sus muchas patas, extendiéndolas por el dormitorio hacia la ventana.

Los había *visto*.

No. Había *oído* a Pintor.

—Espera —dijo él, retrocediendo—. Espera, apunta hacia *mí*. ¿Cómo (bajo) es que me ha visto?

Yumi por fin encontró las fuerzas. Miró abajo, frenética, y hurgó en su bolsa buscando el frasco de tinta. Con dedos temblorosos intentó desenroscar la tapa, pero la encontró demasiado apretada, como si la hubieran atornillado.

—¿Puedes *oírme*? —dijo Pintor en voz más alta, con un paso adelante.

La pesadilla se detuvo y retrajo las patas. Luego equilibró su

voluminoso cuerpo en una postura imposible, apoyada solo en dos de ellas y extendiendo todas las demás de nuevo hacia la ventana, despacio, alargándolas con cuidado, como si la mismísima noche estuviera avanzando para tragarse a Pintor.

—Sí que me ves —dijo Pintor—. Supongo que si Diseño puede, tampoco es sorprendente que…

Dejó la frase a medias e hizo un sonido tenso, haciendo que Yumi lo mirase.

Para encontrarlo empezando a desintegrarse.

Pintor se había puesto rígido, con los ojos muy abiertos, mientras partes de él emborronaban y desdibujaban, mientras su forma *vibraba* hacia la pesadilla. Su esencia se retorció cuajando en dos vórtices de humo gemelos, como tornados en miniatura.

Uno azul. Uno magenta.

Hion. Su *alma* estaba convirtiéndose en hion. Y la pesadilla, con sus muchas patas extendidas en torno a la ventana y tirando de su masa central hacia Pintor, con los ojos blancos de alfiler encarados hacia él, estaba *alimentándose* de esa energía.

Yumi chilló.

Pintor le había dicho que no lo hiciera. Algunas pesadillas de las más débiles sí que reaccionaban al ruido repentino, pero el trabajo de un pintor no consistía en espantarlas, sino en ocuparse de ellas para que no atacasen a nadie más. Aun así, un sonido fuerte podía desorientar y ahuyentar a una pesadilla, y funcionaba como último recurso si un pintor se quedaba sin material o incapacitado de algún otro modo. Tampoco era que la línea de razonamiento de Yumi fuese esa.

Su línea de razonamiento se reducía a:

— *¡AAAAAAAAAAAAAAAHHH!*

Hay cosas que no se pueden enseñar en un aula. Para esas, necesitas una buena ración de experiencia de campo dejada caer en tu plato, brillando grasienta. A todo el mundo como mínimo le entran ganas de chillar la primera vez.

En ese caso, la pesadilla retrocedió, enroscando las patas. Entonces huyó, volando a través de la pared del fondo mientras Pintor se

sacudía y recuperaba la forma de sopetón.

—Eso —dijo (bajo)— sí que no me lo esperaba. Podía alimentarse de mí como de una persona durmiente.

—¿Cómo estás tan calmado? —gritó Yumi, frenética.

—Será que estoy entumecido —dijo él—. Gracias por espantarla.

—¿P-pintora? —dijo una voz desde el dormitorio.

La anciana se había incorporado y parecía desorientada.

—Dile que solo venías a comprobar que todo iba bien —aconsejó Pintor— y que te has sobresaltado por algo. A nadie le gusta saber que ha sido alimento de una pesadilla.

Es… mejor así.

Sintiéndose superada, Yumi obedeció. Luego, ruborizándose mucho, aferró su bolsa.

Seguía teniendo el cuerpo electrizado, a rebosar de todo cóctel delirante que pudiera crear. Sentía que debería estar haciendo algo, aunque fuese chillar más.

Por suerte, Pintor estaba tranquilo, como si el incidente hubiera concluido. No estaba vigilando la habitación. ¿Y si esa cosa regresaba?

El vergonzoso fracaso de Yumi hizo que quisiera arrugarse sobre sí misma y desaparecer. ¿De verdad había pensado que *él* era un cobarde?

—Podría haber ido peor —dijo Pintor.

—¿Qué? —saltó ella, estupefacta.

—Todo el mundo tiene problemas las primeras veces —respondió él, volviéndose hacia Yumi y sonriendo—. No le des muchas vueltas. Yo pasé días sin dormir después de mi primer encuentro de campo, y eso que iba acompañando a dos pintores expertos.

Creo que lo has hecho bien.

—No he hecho *nada*.

—Lo cual es mejor que correr —dijo Pintor, y frunció el ceño—.

Aunque creo que *eso* sí que va a ser un problema.

A Yumi le costó un momento comprender a qué se refería. Pintor había ido hasta la barandilla y estaba señalando hacia abajo. Habían entrado dos figuras en el callejón, preocupadas, para investigar el chillido que acababan de oír.

Akane y Tojin.

Pintor trató de evaluar si había algún modo de huir sin que vieran a Yumi, pero ya era tarde. Tojin estaba señalándola y Akane la llamó. Yumi, con aspecto cohibido, se adelantó hasta la barandilla del rellano de la escalera de incendios.

Sí, Pintor había temido que los vieran los pintores equivocados. Había esperado que Tojin y Akane encontraran a Yumi solo *después* de que hubiera cumplido el objetivo demostrando la existencia de la pesadilla estable. ¿Cómo iba a explicarles todo aquello?

Akane subió deprisa por la escalera, seguida de Tojin.

—¿Yumi? —dijo con brusquedad, fijándose en la bolsa de pintora que sostenía Yumi—. ¿Qué estás…?

Akane dejó la frase inacabada al ver a la anciana por la ventana.

—¡Perdón! —exclamó—. Hum… ¡Esto es el entrenamiento rutinario de una recluta!

Como si no estuviéramos.

Agarró a Yumi por el brazo, tiró de ella escalera abajo y se cruzaron con un confuso Tojin.

En serio, ¿dónde encontraban ropa que le entrara? ¿Tenían que coserle juntas dos camisas normales? Pintor suspiró, siguiendo al grupo. Yumi volvió la mirada hacia él, con los ojos ensanchados, temerosos. Él se encogió de hombros, porque no tenía ni idea de qué decir. Peor que eso: empezaba a dolerle la cabeza por aquel encuentro. ¿Cómo era posible que un fantasma tuviera jaqueca?

—¿Qué (bajo) estás *haciendo*? —repitió Akane a Yumi mientras bajaban al callejón—.

¡No has pasado por el entrenamiento! ¡No estás autorizada a salir aquí fuera!

Yumi miró el suelo.

—Intenta hacer los turnos de su hermano —dijo Tojin—. Nikaro está de «permiso por asuntos personales». Seguro que ha estado haciendo el vago, saltándose sus rondas. Es como… aquello, Akane. —Se acercó, miró a Yumi a los ojos y le dedicó una sonrisa de ánimo—. Intentas ayudar. Hacer el trabajo de tu hermano, ¿eh? ¿Porque sabes que hay que hacerlo, aunque él sea demasiado cobarde para ocuparse en persona?

—Ay, *Yumi*. —Akane se llevó una mano a la frente—. Eres muy amable por intentarlo, pero, chica, *no puedes* salir a cubrir el turno de un pintor así como así. No es como si Nikaro trabajase en una línea de montaje.

—Pintor no es un cobarde —repuso Yumi en voz baja. Alzó la mirada —. Y no estoy sin ningún entrenamiento. Me ha enseñado algunas cosas.

Pintor contuvo un gemido. Seguro que Yumi pensaba que decir eso ayudaba, pero no iba a ser así. Pensarían que Pintor era un temerario por haberle enseñado nada. Y quizá lo fuera.

Akane entrelazó el brazo con Yumi y se la llevó de allí, más por fuerza de personalidad que por fuerza de brazo.

—Tojin —dijo—, ve a ver si Ito y su equipo pueden hacer nuestro turno esta noche.

Creo que tenemos que montar una intervención.

—Eso está hecho —respondió Tojin, y se marchó al trote.

Pintor anduvo detrás de las dos mientras Akane llevaba a Yumi, visiblemente alterada, hacia el viejo restaurante de fideos de siempre. Y… Pintor se sorprendió por lo en paz que se sentía acerca de lo que iba a pasar. Había estado temiéndolo, en el fondo.

La verdad había estado quemándolo como un fuego que se resistía a extinguirse por mucha agua que le echara encima.

Yumi iba a averiguar lo que le había pasado en la escuela. Y… bueno, el hecho de que fuese a suceder en realidad era un *alivio*.

Mientras caminaban, Yumi contó a trompicones la historia de lo que había visto. Eso era bueno. Significaba que Akane iría a ver cómo estaba la anciana, y posiblemente apostaría un vigilante del grupo de pintores con los que había cambiado el turno para asegurarse de que, cuando la pesadilla regresara, como haría sin remedio, acabase eliminada a base de tinta.

El único perdedor de esa noche era Pintor. Bueno… en realidad había perdido hacía meses, si no años. Cuando llegaron al restaurante, comprendió que toda esperanza que hubiera tenido de impresionar a Akane o reconciliarse con los demás estaba muerta y enterrada. Pensaban que, en su pereza, había enviado a su hermana pequeña a la calle sin entrenar para que pudiera terminar herida.

Se había acabado. Ya no tenía que preocuparse por sus antiguos amigos. Había una cierta libertad en ver cómo se cerraba esa puerta, a cal y canto, para siempre.

Sí, *dolía*. Como una acupuntura mal hecha, por todo el cuerpo, clavándosele a través de los nervios en el corazón.

Por lo menos se había terminado. Por lo menos Pintor lo sabía.

Akane hizo que Yumi se sentara y le pidió un caldo tibio para que se lo bebiera. Los demás llegaron poco después. Tojin con los brazos desnudos. Izzy de blanco y Masaka de negro. Se acomodaron todos alrededor de Yumi en sus sitios habituales, y Pintor tomó asiento en una mesa vacía cercana, mirando cómo Yumi iba saliendo del cascarón.

La comida, el calor y la amistad le calmaron los nervios de su primer encuentro con una pesadilla. Los demás sabían cómo era. Por eso habían estado dispuestos a cambiar el turno e ir a hablar con ella.

Pintor echó una mirada a Diseño cuando salió de la cocina y devolvió la atención a Yumi. Qué reservada tenía la sonrisa. Sí, había cosas que decir a favor de una sonrisa que se entregaba libremente, pero él prefería la de Yumi. Revelada solo cuando de verdad se merecía, su sonrisa tenía un valor único. Era una moneda respaldada por el irresistible poder de su alma.

Diseño fue con paso tranquilo hacia él y dio un bufido.

—Se supone que tendría que hacerme la celosa —dijo— porque ya casi no me miras.

A lo mejor es que estas curvas son defectuosas. Los cálculos podrían estar mal hechos.

¿Es una cosa que os pasa a los mortales?

—Estás tan perfecta como siempre, Diseño —respondió Pintor—. Es solo que he tenido un… unas semanas un poco raras.

Diseño se sentó en una silla a su lado.

—En realidad no estoy celosa —señaló—. Soy una especie de diosa, para alguna gente al menos. Los celos no serían nada propios de mí. Pero cuando Hoid me dio esta forma, dijo que debería observar cómo interactúan los humanos. Cómo se emparejan.

—¿Por qué te sugirió hacer *eso*? —preguntó Pintor.

—Tengo algunas ideas extremadamente inexactas sobre cómo los humanos forman vínculos —dijo ella—. Es adorable y gracioso.

Pintor la miró y Diseño le sonrió. Y él se preguntó si de verdad sería algún estrambótico ser inhumano, tal y como afirmaba. Habría despreciado la idea, de no ser por… bueno, por todo últimamente.

Diseño señaló a Yumi con el mentón.

—¿Por qué te gusta?

—No me gusta. Estamos obligados a colaborar.

—Nikaro, ¿quieres volver a probar, a ver si suenas convincente o

algo? Porque solo hace unos años que tengo ojos, y hasta yo te veo el plumero.

Pintor encorvó la espalda, cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó la cabeza en ellos.

No discutió. ¿Para qué?

—¿Lo sientes? —susurró.

—¿El qué?

—El *calor* —dijo él—. Irradia de Yumi como del sol en su mundo.

Diseño clavó la mirada en él, entornando los ojos.

—¿Te encuentras bien? Yumi no está en llamas. Es posible que alucines.

—Era una metáfora, Diseño —respondió Pintor—. Yumi es *cálida* porque es *intensa*.

Renunció a todo para convertirse en la mejor de su campo. Apilar piedras, una actividad tan absurda que vuelve a Yumi más fascinante. Porque no hay nadie *más* como ella.

—Un momento —dijo Diseño—. ¿El otro día no estabas quejándote, aquí mismo, de lo intensa que es?

—Sí —sonrió Pintor.

—No puede gustarte y repelerte a la vez.

—Tu amigo acierta —dijo él—. Tienes algunas ideas inexactas sobre los mortales.

—Es adorable y gracioso.

Pintor gozó de aquel calor una última vez.

—Me encanta que Yumi lo entienda. También le ha pasado. Es de las pocas personas que he conocido nunca que sabe lo que es entregarte por completo al arte.

—Me parece un motivo terrible para que alguien te guste —comentó Diseño.

—Es la manera humana de hacer las cosas.

—Una manera estúpida —dijo ella.

—¿Cómo lo harías tú?

—Con una fórmula —respondió Diseño—. Buscando conjuntos de atributos complementarios que encajen en una matriz adecuada.

Pintor negó con la cabeza, sonriendo.

—Ojalá existiera una fórmula, Diseño. Si la hubiese, podría arreglar esto.

La dueña del local ladeó la cabeza.

—¿Esto?

Pintor señaló con la cabeza hacia la otra mesa, donde Akane había rodeado los hombros de Yumi con un brazo.

—Yumi, querida —estaba diciéndole—, tenemos que hablar sobre tu hermano. Y

sobre las cosas que ha hecho.

—Sabemos que lo admiras —añadió Tojin—. No queremos entrometernos, pero…

—Yo sí —dijo Izzy—. *Desde luego* que quiero entrometerme. Tienes que saberlo. Tu hermano es un mentiroso.

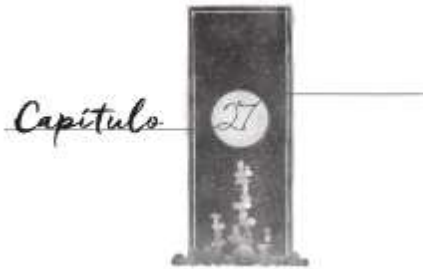
Pintor se levantó, extrañándose de que el movimiento no enviara la silla hacia atrás; en vez de eso, pasó a través de ella sin más. Sonrió a Diseño.

Los últimos días habían estado bien. Pero le resultaría liberador que todo acabara.

Saber que la puerta se había cerrado. No solo con sus antiguos amigos, sino también con Yumi.

«Eso es mentira —pensó su parte sincera—. Esto te está destrozando».

No más de lo que merecía, sin embargo. Salió del restaurante, aprovechando la correa extendida que le había proporcionado Diseño, y se fue a vagar en la noche.



Sé… que a veces cuenta embustes —dijo Yumi al grupo—. Se los he oído. Creo que sobre todo lo hace para no herir a la gente. Es más responsable de lo que parece.

Los otros se miraron entre ellos. Yumi no sabía qué pensar de su comportamiento.

Tojin no cruzaba la mirada con ella y parecía querer estar en cualquier otro sitio menos ese. Akane tenía el brazo alrededor de los hombros de Yumi, como para darle apoyo.

Fue Izzy quien empezó a explicarle lo que había pasado. Yumi había tomado a la joven rubia por una persona algo frívola, pero en ese momento habló con voz adusta.

—Yumi —dijo—, ¿sabes lo que es la Guardia del Sueño?

—Claro —respondió ella—. Son quienes se ocupan de las pesadillas estables.

—Son los pintores de élite —añadió Tojin, con las manos aferradas ante él, como si intentara exprimir el aire—. Lo mejor de lo mejor. Los artistas más diestros, los más respetados de entre nosotros. Todo pintor sueña con unirse a ellos.

—Son los auténticos guerreros —dijo Akane—. El resto de nosotros somos como… la ropa sencilla que te pones en casa, y ellos son el vestido de noche. ¿Lo entiendes?

—Eso no tiene sentido —intervino Masaka.

—Lo entiendo —respondió Yumi—. Pero ¿qué importa eso?

—Tu hermano —dijo Izzy— quería ser de la Guardia del Sueño. Mucho. Demasiado.

Yumi ladeó la cabeza.

—Mintió —siguió diciendo Izzy—. Cuando estábamos en la escuela, nos dijo que había entrado. Las pruebas de acceso se hacían después del primer curso de los dos años de entrenamiento. Nos contó que lo habían seleccionado, y se las apañó para

convencer también a nuestros profesores, no sé cómo, aunque ellos deberían haber sabido a quiénes aceptaban y a quiénes no. Nikaro se saltaba la mitad de las clases del día para «entrenar» con la Guardia del Sueño.

—Íbamos a ser su equipo —dijo Tojin sin levantar la voz—. Cada miembro de la Guardia del Sueño tiene un equipo de gente a la que llamamos compañeros. Nikaro nos prometió que seríamos los suyos. Eso… habría cambiado muchas cosas. No solo el dinero. Pero… bueno, yo se lo dije a mi familia.

—Lo hicimos todos —dijo Akane, apretando el hombro de Yumi.

—Estoy confundida del todo —confesó Yumi.

—Cuando llevábamos un año entrenando —resumió Izzy—, Pintor se presentó a las pruebas de la Guardia del Sueño y nos dijo que lo habían aceptado. Estuvo todo el año siguiente *fingiendo* que se iba a entrenar con ellos, haciéndonos promesas, dándonos esperanzas. Y luego, al acabar el año…

—Descubrimos —susurró Masaka— que nos había mentido todo el tiempo. *No* había ido a ninguna clase espacial. Se había dedicado a meterse en la biblioteca y… quedarse allí sentado sin hacer nada. Ni siquiera leía o estudiaba. Solo se sentaba. Mirando la pared.

—Un *curso* entero —dijo Tojin, estrujándose las manos.

—¡Menudo (bajo) desperdicio de persona! —exclamó Izzy, dando un tenso puñetazo a la silla—. ¡Mira que ir a sentarse en la *biblioteca*! No debería haberse graduado. Por desgracia, necesitaban pintores, y Nikaro era competente.

—Un *mentiroso* competente, al menos —dijo Tojin—. Tendrían que

haberlo enviado a la facultad de Derecho, después de una estafa tan larga como esa.

Yumi sintió que se le atenazaba el estómago. Creía… estar siguiendo el hilo de todo aquello. Pero no tenía sentido.

—¿Por qué se quedaba allí sentado? ¿No puede ser que lo aceptasen en la Guardia del Sueño pero terminara dejándolo?

—¡Qué va! —exclamó Izzy—. No lo aceptaron en absoluto. Se pasó un año entero mintiéndonos.

—Nos partió el corazón —dijo Tojin en voz baja—. Lo encontramos allí en la biblioteca, un día después de pararnos a pensar por fin y darnos cuenta de que nunca nos había presentado a ningún otro recluta de la Guardia del Sueño. Fuimos a las oficinas de administración para confirmarlo. No. Llegó. *A entrar*.

Yumi alzó la mirada y la cruzó con las demás, una tras otra, pero no con Tojin, que tenía los ojos fijos en la mesa, con expresión de estar al mismo tiempo furioso y avergonzado.

—Iba a hacerme famosa —dijo Izzy.

—Es que no es ni eso —repuso Akane—. Es que… Yumi, es difícil explicar lo que sentimos. Después de tanto tiempo, saber ue…

—Sé lo que es —dijo Yumi— descubrir un engaño hondo y prolongado por parte de alguien a quien aprecias. Siento que Nikaro os provocara ese suplicio.

—Nikaro no es de fiar, Yumi —afirmó Akane con suavidad—. Ha hecho su trabajo este último año después de la graduación, pero… bueno, tienes que saberlo. ¿Esa historia que cuenta sobre la pesadilla estable? Es solo una forma de darse importancia.

—Pero ¿y si no? —preguntó Yumi.

Pero ¿y si sí?

Yumi… no tenía ninguna prueba de que Pintor hubiera visto nunca nada parecido.

—Estoy *segurísima* de que es mentira —dijo Izzy. A su lado, Masaka asintió con firmeza—. Si de verdad hubiera visto una pesadilla estable,

a estas alturas ya habría atacado. Una vez formadas, no se dedican a esconderse y acechar. Empiezan a asesinar.

—Eso lo demuestra —convino Tojin—. Nikaro dice que vio una hace… ¿cuánto, dos semanas?

—Veintisiete días —susurró Yumi.

—Pues eso —dijo Tojin con un asentimiento—. Más de dos semanas. Ya tendría que haber atacado.

—Se va de casa por la noche, ¿a que sí? —preguntó Izzy—. Te dice que está persiguiéndola, ¿verdad? ¿Te animó a ocuparte de su patrulla por lo *ocupadísimo* que estaba rastreando una pesadilla peligrosa de la muerte? Una cosa te prometo: está yendo a una cafetería en alguna parte. A mirar la pared. Dejándote *soñar* mientras él se queda *ahí sentado*.

La mesa quedó en silencio. Yumi casi podía *notar* ella misma su sentimiento de traición. Su frustración, su ira. ¿Su odio, incluso? ¿Y

cómo reprochárselo?

Quiso defenderlo. No encontraba las palabras. Eran efímeras, como una plegaria que hubiera oído solo una vez.

—Lo que no entiendo —dijo al final— es por qué creísteis que llegaría a entrar en esa Guardia del Sueño. Decíais que solo aceptan a los mejores artistas, ¿no?

—A los mejores de los mejores —susurró Masaka.

—¿Y por qué pensasteis que aceptarían a Nikaro? —preguntó Yumi—. O sea, es hábil, pero… seguro que la Guardia del Sueño busca a gente que haga algo más que pintar bambú o alguna cara de vez en cuando, con cuatro líneas rápidas.

Los demás fruncieron el ceño y Akane se apartó, mirando a Yumi con expresión sorprendida.

—Vaya —dijo Izzy—. Daba por sentado que su familia lo sabría. Otra cosa más sobre la que mintió, supongo.

—¿Cómo? —preguntó Yumi.

—Yumi —respondió Akane—, Nikaro es el pintor *con más talento* que he visto en la vida. Es asombroso.

—Todos los demás —dijo Tojin— fuimos a la escuela de pintura porque sí. Teníamos cierta aptitud, recibimos un par de clases y nos seleccionaron. ¿Nikaro? Él había dedicado la *vida* entera a entrar en esa escuela, a hacer este trabajo. Nos enseñó las cosas que había hecho de niño. Llevaba pintando desde el día que pudo coger un pincel.

—Yo le creí —añadió Akane—. Después de ver de lo que era capaz… me creí su historia a pies juntillas, y aún creo que es cierta. Dijo que lo había dado todo, cada día de su vida, para aprender a pintar y poder unirse a la Guardia del Sueño. Por eso coló su mentira. Cuando lo conocimos, parecía inevitable que lo aceptasen.

—La Guardia del Sueño debió de ver algo que nosotros no —dijo Tojin—. Aún me parece raro que lo rechazaran. Pero vete a saber. A lo mejor ni siquiera se presentó a las pruebas, ¿verdad? Tampoco sería el embuste más gordo que ha soltado.

—Exacto —dijo Izzy—. O a lo mejor es que saben calar a un mentiroso. La Guardia del Sueño protege los sueños de la gente, no los aplasta. Nikaro habría terminado

abandonando su puesto y dejando que una pesadilla se comiera a alguien por haber encontrado una pared guapa que quedarse mirando.

Yumi lo asimiló todo, sintiéndose sobrepasada. Una pila de piedras demasiado crecida, oscilando con cada cambio del viento.

—Disculpadme —dijo—. Necesito… un poco de tiempo.

Huyó, y se lo permitieron. Pocos minutos después irrumpió en el piso de Pintor y corrió hacia el arcón que había al pie de su futón. Arrojó a un lado el material de pintura y sacó el portafolios del fondo. Le había prometido no abrirlo. Pero ¿qué era una promesa hecha a alguien como él?

Lo abrió.

Y dentro halló maravillas.

Preciosos cuadros de una habilidad deslumbrante. Dio un respingo y se llevó una mano a los labios. Docenas y docenas de obras asombrosas, increíbles en su variedad.

Calles que parecían cobrar vida. Gente con ojos chispeantes, sonrientes desde el papel.

Arquitectura que la hacía sentirse pequeña. Y luego unas ilustraciones de flores complejas y detalladas que la hacían sentir que era gigantesca.

De algún modo, Pintor hacía fluir la tinta a través de mil intensidades diferentes para dar una *sensación* de color. Una *impresión* de vivacidad. Una *semblanza* de movimiento.

Pedazos de tiempo congelados, plasmados sobre el lienzo, en los que hasta las personas lejanas del fondo transmitían emoción con la pendiente de su postura y los tonos de luz a su alrededor.

Allí, enterradas al fondo de un arcón, había verdaderas *obras maestras*.

—Ya sabía que iba a ir mal —dijo la voz de Pintor desde atrás.

Yumi se sobresaltó y giró sobre sí misma para encontrarlo de pie en el umbral. Se sonrojó, pillada con las manos en la misma masa, pero Pintor no dijo nada sobre aquella violación de su intimidad. Se limitó a apoyarse en el marco de la puerta abierta, con la mirada perdida.

—La idea era irme a caminar por la ciudad esta noche —dijo—, pero entonces se me ha ocurrido dónde irías después. Así que he pensado que es mejor que nos lo quitemos de encima, ¿no te parece?

—Eh…

¿Qué iba a decir? Yumi no sabía ni cómo pedirle a alguien que le pasara la sal. No podía manejar *aquello*.

—Ya sabía que iba a ir mal con los demás —repitió Pintor—. Que me explotaría en la cara, allá en la escuela. Lo sabía. Era consciente de lo furiosos que se pondrían cuando se enterasen. De que mis mentiras lo echarían a perder, lo romperían todo. Lo sabía.

Estos meses he estado preguntándome si era mejor así. ¿Era mejor que *comprendiera* lo que estaba haciendo? ¿O habría sido preferible si, no sé cómo, lo hubiera hecho todo sin querer?

—¿Por qué? —susurró Yumi por fin—. ¿Por qué no les contaste que no te habían aceptado en la Guardia del Sueño y ya está?

—Por qué, por qué, por qué… —Pintor se dejó resbalar al suelo contra el marco de la puerta—. Me hago esa pregunta *todos los días*. ¿Por qué no les *dije* algo y punto? —

Apartó la mirada hacia la ventana con ojos vacíos—. Cuando nos conocimos y vieron mis cuadros, era la primera vez que alguien se *emocionaba* por las cosas de las que era capaz. Mis padres no querían a un pintor. Es un trabajo de clase baja. Detestaban que lo único que quisiera yo fuese tinta y papel.

—Se encogió de hombros.

»La primera a la que conocí fue Akane, y ya sabes cómo es. Enseguida tuve todo un grupo de amigos, adoptado del todo. No paraban de halagar la habilidad que tenía. Les *importaba* que la tuviera. Nos pasamos todo el primer curso planeando. Hablando de lo que haríamos en la Guardia del Sueño, yo como el soldado central, ellos como mis compañeros. Todo dependía de que yo entrara. —La miró con los ojos brillantes.

»Y entonces… no entré. No era lo bastante bueno. Estilo deficiente. Mala comprensión de la perspectiva. Hoy por hoy, sigo sin ver esos defectos. No entiendo el motivo. Se me da tan mal la pintura que ni siquiera sé ver por qué me rechazaron. Me destrozó, Yumi. Me destruyó.

»Fui a hablar con los demás. Sabía que tenía que decírselo. Lo *sabía*. ¡Idiota, idiota, idiota! Habría sido todo distinto si se *lo hubiera dicho* sin más. Pero acababan de dejarme hecho trizas, y vi la esperanza en sus ojos y no pude machacarla. No pude hacerles lo que acababan de hacerme a mí. No… *no podía*.

—¿Así que les *mentiste*? ¿Empeoraste las cosas?

—¡Lo sé! —exclamó él, arrojando las manos al aire. Se levantó y entró en la habitación—. Pensé que se lo diría al día siguiente. Dio la casualidad de que la prueba

era el día del cumpleaños de Akane. Pensé: ¿por qué aguarle la fiesta con una mala noticia? Así que dejé que *supusieran* que había aprobado. No lo dije, pero en realidad no dije nada.

»Solo que después de eso venían los exámenes de final de curso, y no quería que se distrajeran. Y luego… más o menos continué igual. Creo que… tenía un problema grave en aquella época. Esas primeras semanas viví como en una neblina, mis esperanzas esparcidas a mi alrededor con la garganta rajada, mis emociones un nubarrón tan oscuro como la mortaja.

»Recuerdo que de verdad pensaba que a lo mejor podía dejarlo así y

ya está. Había un toque desesperado en esos pensamientos, un terror que no quería afrontar. ¿Que no podía afrontar? No pensaba bien, Yumi. Lo que hice no es normal. Pero es que *tenía* que mantenerlo. Viéndolo crecer. Era un tumor. No en los pulmones ni en la garganta, sino en mi alma.

Llegó a ella y se arrodilló al lado del portafolios. Metódicamente, poco a poco, empezó a levantar el alma de los distintos cuadros y a guardarlos en su sitio.

—¿Y qué pasa con esto? —preguntó ella—. ¿Es que ya no pintas así? ¿Por qué? No hace falta estar en la Guardia del Sueño para

crear arte.

—¿Sabes que dicen que los verdaderos artistas crean aunque no haya nadie mirando?

—respondió Pintor en voz baja—. Están motivados *de verdad*. Pensé que yo era así.

Durante años. Tiene gracia, ¿eh?, siendo yo. Fui a la escuela, encontré un público y entonces me di cuenta de que es mucho mucho más satisfactorio crear *para* alguien.

»Eso demuestra lo artista que soy en realidad. Akane y los otros eran mi público. Me encantaba enseñarles las obras nuevas que pintaba. Adoraba el gozo, el deleite, las… las alabanzas también, supongo. Pero luego lo… lo perdí todo. —Agachó la cabeza y se detuvo mientras el alma de un cuadro se evaporaba entre sus dedos—. Tuve amigos por primera vez. Durante un poco de tiempo.

Hizo un gesto hacia los lienzos, suplicante. Así que, a regañadientes, Yumi los guardó.

—Ahora ya no tiene sentido —dijo Pintor—. *Nada* de esto lo tiene, por mucho que finja y me convenza a mí mismo de que soy algo importante. —Sonrió a Yumi—. Estaba

dispuesto a hacértelo otra vez a ti. Me metí de lleno en la mentira. Acepté dejarte creer que era un héroe, aunque era inevitable que descubrieras la verdad. ¡Al menos a ti solo te ha costado un par de semanas!

Yumi lo miró y se le partió el corazón al ver las lágrimas en sus mejillas. Lágrimas fantasmales, etéreas. Alzó la mano y vaciló justo antes de tocarlo, y luego llevó la yema del índice a una lágrima… y se le mojó.

Él apartó la mirada.

—Bueno —dijo, secándose los ojos—, esta es la persona que te han encasquetado esos espíritus. A saber qué locura les entró. ¿Vamos a…? No sé. —Suspiró y echó a andar hacia la puerta—. Te dejo sola. Eso *sí* que puedo hacerlo, al menos.

—Pintor —lo llamó ella—. *Nikaro*.

Se detuvo cerca de la puerta, con los hombros caídos. Estaba… esperando una regañina, comprendió Yumi. De las que incendiarían hasta las piedras. Y se la merecía,

¿verdad? A Yumi la habían advertido contra las mentiras, y aquella era monumental. La más grande que había oído nunca… excepto la que le contó la misma persona que le había enseñado a no mentir jamás.

Qué embarullado estaba todo. Las emociones se arremolinaron en su interior, como el cuarzo en una piedra partida por la mitad. Frustración con él en un lado. Sufrimiento por él en el otro.

Yumi había saboreado la amistad en los demás pintores. Y comprendió en ese momento que también iba a perderlos. Cuanto todo aquello terminara. Nunca volvería a ver a Akane ni a Tojin.

—Nikaro, mírame —dijo al tiempo que se levantaba.

Pintor dio media vuelta y ella fue hasta él, cerca. Peligrosamente cerca.

—Salgamos —dijo con suavidad.

—¿Salir?

—Salir. —Yumi movió la mano hacia la ventana—. Vamos a *hacer* algo. Solo nosotros.

Algo que no tenga nada que ver con pesadillas, ni espíritus, ni máquinas, ni traiciones.

Quiero que… que salgamos. Por una noche.

—Sabes lo que soy, Yumi —dijo él—. Lo que he hecho. Tenemos que afrontarlo.

Lidiar con ello.

—¿De verdad? —preguntó ella, con la voz haciéndose pequeña—. ¿De verdad tenemos que *hacerlo*?

—Evitar mis problemas fue lo que me metió en esta situación.

—¿Qué estamos evitando? —replicó Yumi—. He oído lo que has dicho. He oído lo que han dicho ellos. Lo sé. —Lo miró a los ojos—. Lo *sé*. Ya lo hemos afrontado. Hala, hecho. Vamos a salir.

—Pero…

—¡A lo mejor no quiero ser responsable esta noche! A lo mejor no quiero *tener* que ser la que resuelve problemas. ¿Por favor?

Pintor le sostuvo la mirada. Luego dio media vuelta, avergonzado.

—Vamos a salir —dijo ella de todos modos. Pasó a su alrededor, salió al pasillo y le tendió la mano—. Venga. Esta noche no somos un pintor y una yokihaijo. Esta noche somos solo gente. Llevo *años* queriendo visitar la gran ciudad en mi mundo, y siempre me lo han negado. ¿Vas a negármelo tú también, Nikaro? ¿Vas a romperme así el corazón?

Por fin, maravillosamente, Pintor dio un paso adelante.

—No podría —dijo con suavidad—. Supongo… que está esa feria para celebrar el viaje a la estrella.

—Estupendo. Iremos ahí.

—No sabes lo que es una feria.

—¿Vas a venir conmigo?

Pintor titubeó un momento y asintió.

—Entonces —dijo ella— me importa poco lo que sea.

Hay algo universal en las ferias. Las encontraréis en casi cualquier sitio. En planetas donde la forma de energía más avanzada es un tiro de seis caballos. Y en planetas que literalmente están iluminados por líneas de luz que circulan libres por el cielo. Porque las ferias no necesitan electricidad, Investidura ni otras fuentes de alimentación. La energía de una feria es la *gente*.

La emoción se vierte. Fluye como en ríos. Si preguntáis a cualquier feriante, todos coincidirán en que existe una *corriente* de frenesí en las ferias. Sí, es completamente artificial. También lo es la electricidad que alimenta una bombilla. Ser artificial no significa que algo no sea genuino: solo significa que tiene un propósito.

Es esa energía de la emoción lo que las ferias aprovechan, devoran, explotan. Y por mucho que la gente las llame estafas o chanchullos, no son nada de eso. Vamos a ellas para que se nos explote. Forma parte de su encanto. Mientras uno está allí, entre la vertiginosa sobrecarga de luces, conversaciones, entusiasmo, suelos pegadizos y gente amontonada, siente que por fuerza tiene que haber energía más que suficiente para todo el mundo.

La euforia humana es un recurso renovable. Y puede generarse a base de peluches cutres y fritangas.

Pintor se sorprendió de lo ajetreado que estaba el lugar. Pero habían dejado de patrullar temprano y la noche aún era joven. La feria rebosaba de gente, embriagada por el conocimiento de que muy pronto llegarían noticias definitivas. No estaban solos en el Cosmere. Es una revelación crucial para cualquier sociedad, superada solo por el descubrimiento de que los demás llevábamos ya bastante tiempo visitándola, pero no

habíamos encontrado el momento de explicárselo. La clase de asunto que tiende a provocar un montón de desafortunado papeleo. Y a veces también pánico.

Es cierto que el planeta de Pintor no está entre los más cosmopolitas ni los más relevantes en el panorama político y económico del Cosmere. Aun así, os recomiendo visitarlo. Confiad en un tipo que pasó un par de años allí convertido en estatua. Pocos sitios saben dar una fiesta como un planeta confinado a la noche eterna.

(En su idioma, por cierto, es evidente que no utilizan el término «feria». Como en todo lo demás, estas son las palabras que uso yo para describir su mundo. Quizá os interese saber que la palabra que utilizan ellos se traduciría aproximadamente a vuestro idioma como «lugar de un millón de luces». ¿Y cómo llaman a la gente que trabaja allí?

«Guardianes de la luz»).

Pintor paseaba al lado de Yumi, intentando evitar que lo atravesara ningún viandante, porque lo desconcertaba. Yumi absorbió las vistas con sus ojos reflejando el hion giratorio de las atracciones y los ritmos centelleantes de las enormes bombillas que adornaban las casetas, como en una pista de aterrizaje, tratando de guiar a la gente para que se posara en su particular trampa. ¿Estaba asqueada por aquel revoltijo estridente?

—Qué maravilla —susurró Yumi—. Es como si alguien rompiera el mismo sol en un millón de pedazos y los lanzara al aire como confeti. ¿Y lleva aquí todo este tiempo?

—Bueno, lo normal es que solo abra en festivos y fines de semana —dijo él.

—¿Y podríamos haber venido a verlo? ¿Cómo es que no vienes siempre que abre?

Pintor se encogió de hombros, disfrutando de lo admirada que estaba.

—¿Qué son todas esas cosas? —preguntó Yumi, señalando las casetas.

—Son los puestos de juegos.

Yumi ladeó la cabeza.

—¿Puestos? —dijo él—. ¿Para echar una partida a algo?

—¿Partida? ¿Una piedra partida, quieres decir?

Pintor se detuvo en seco, mirándola.

—Qué absurda era tu (bajo) vida, Yumi. ¿En serio nunca has echado una *partida* a nada?

Ella negó con la cabeza, así que Pintor le indicó que se acercara a una caseta donde había cola. Así el feriante estaría concentrado en los clientes, no en una mirona. Yumi

observó fascinada a la gente que intentaba derribar cajas arrojándoles una pelota grande.

—Entonces… —dijo ella cuando Pintor le explicó la mecánica—. ¿Es una especie de…

reto? ¿Como intentar construir una pila más alta que nunca antes?

—¡Sí! —exclamó él, señalando—. Sí, eso es. Los juegos son retos divertidos.

—¿Esa gente está divirtiéndose? —preguntó Yumi mientras un hombre al principio de la cola daba un grito después de tumbar todas las cajas menos una.

—Bueno, te gusta cuando ganas —dijo Pintor.

En la caseta contigua alguien se marchó con una enorme criatura de peluche. Yumi lo miró incluso más consternada.

—Así que… —dijo— derribas las cajas y ganas una bestia como esa.

—Sí.

—¿Y son extremadamente valiosas?

—Esto… La verdad es que no. Son bastante baratas, de hecho. Podríamos ir a una tienda y comprar una docena por menos de lo que cuesta un buen par de zapatos.

—No sabes lo confundida que estoy.

—No es por el premio —le aclaró él, haciéndole un gesto para que lo siguiera mientras los feriantes empezaban a reparar en ella—. Es por *ganar*. El premio es la prueba. ¿Un souvenir? ¿Para recordar el día? Se vuelve más valioso por los buenos sentimientos que evoca. Y además, a la gente a veces le gusta tener cosas porque sí.

—Creo… que eso podría tener sentido —dijo Yumi, paseando a su lado, con una mano en la correa de la bolsa de pintora que llevaba al hombro.

Pintor le había dicho que la trajera porque a veces, si la gente sabía que eras pintor de pesadillas, te trataba con deferencia. Podría convencer a algunos feriantes de mirar hacia otro sitio en busca de presas fáciles.

—Me gusta mi ropa —siguió diciendo Yumi—. Es lo primero que poseo en la vida.

Me gusta *tenerla*. El vestido me recuerda a Akane y al día que fuimos de compras.

—¿Lo ves? —respondió él.

Pero, por algún motivo, Yumi estaba perdiendo el buen humor. ¿Sería porque recordaba las cosas que Akane había dicho de él? Con repentina desesperación, Pintor

quiso que pensara en *cualquier* otra cosa. Pero antes de que pudiera abrir la boca, Yumi sonrió y dio media vuelta hacia él con los brazos extendidos.

—Tu trabajo, Nikaro —proclamó— es escoltar a la yokihaijo en su primera, y posiblemente única, visita a una feria. ¡Debes convertirla en una *experiencia*!

—Creo recordar —respondió él— que esta noche no íbamos a ser ni un pintor ni una yokihaijo.

—¡Pues entonces escoltarás solo a la parte yoki! ¡A la chica que va a una feria por primera vez! Muéstramela, hombre de otro mundo. ¡Embelesa mi mente primitiva con vuestra avanzada tecnología alienígena y vuestras luces!

—Bueno, por suerte —dijo él, poniéndose delante de ella y señalándose a sí mismo—

has acudido a la persona adecuada. Llevo viniendo a ferias desde que era niño, y estaré encantado de guiarte por todos los aspectos *únicos* de este fenómeno.

—Excelente —respondió ella.

Retomó el paseo mientras Pintor caminaba de espaldas justo delante de ella, atravesando a gente de vez en cuando. Si alguien pensó que ver a una pintora solitaria hablando sola era raro… bueno, ya pensaban que los pintores eran raros de todas formas. Así que ¿qué más daba?

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Yumi.

—Por la comida. —Pintor danzó a su derecha y le señaló un puesto de

buñuelos fritos—. Es la comida más increíble, exquisita y *deliciosa* que probarás jamás…

—¡Hala!

—… durante el primer mordisco.

Yumi lo miró frunciendo el ceño.

—La comida de feria —explicó él— tiene esa extraña propiedad. Cada bocado que le das sabe más artificial, aceitoso y dulzón que el anterior. Hasta que terminas y te preguntas por qué (bajo) te *has comido* todo eso. Es verdaderamente magnífica.

—Exageras.

—¿Ah, sí?

Cinco minutos después, con los dedos pegajosos por los restos de azúcar glas y un cucurucho vacío de buñuelos en la mano, Yumi miró hacia Pintor con cara de repugnancia.

—Estaban *espantosos* —dijo.

—¿A que sí? —sonrió él.

—Necesito más.

Pintor la llevó a comprar arroz inflado con queso en polvo, ya que la parte asquerosa solía tardar un poco más en asomar la cabeza. Cuando Yumi estuvo masticándolo feliz, Pintor abrió el paso hacia el centro de las festividades.

—Estoy impresionada *hasta cierto punto* —dijo ella—, pero la comida extraña no será suficiente, Pintor.

—Bueno, también tenemos las atracciones.

Yumi lo miró y empezó a ruborizarse.

—Tampoco sé lo que son. Lo siento.

—Son… —Vaya, ¿cómo explicarlo?—. ¿Alguna vez has ido en un autobús, o un carromato, supongo, que se haya descontrolado?

—Una vez. Daba mucho miedo.

—Son como eso, pero en *divertido*.

—No tengo nada claro que sepas lo que significa esa palabra.

Pintor sonrió.

—¿Te acuerdas del vuelo en el árbol?

Yumi puso los ojos como platos.

—¿Aquí tenéis árboles voladores?

—No exactamente —respondió él—, pero sí cosas que son un poco así. Menos mágicas a lo mejor, pero también seguras, así que tienes la parte emocionante sin la parte peligrosa. Aunque te animan a *fingir*

que son peligrosas, así que puedes asustarte.

¡Pero en divertido!

—Comida deliciosa que también da asco —dijo Yumi—. Experiencias que son a la vez aterradoras y no. ¿Todas vuestras maravillas modernas son autocontradictorias?

—La contradicción es el *núcleo* de la vida moderna.

Pintor le sonrió. Y adoró la sonrisa que le devolvió ella. Hizo un gesto y la llevó por delante de varias actuaciones. Un hombre que levantaba pesos imposibles. Una «estatua

viviente» (mala imitación, a mi juicio). Un tragafuegos. Yumi parecía encantada de verdad con todos ellos.

—Tenéis expertos —susurró mientras veía a un intérprete meterse por la boca un bastón de más de un metro— en las cosas más *extrañas*.

Dejó una suma desorbitada en el platito del hombre y le hizo una inclinación formal.

Pasaron a las casetas de juegos. A Yumi se le daban fatal. Pero Pintor encontró fascinante que probase todos los de la hilera antes de decidirse por uno, el de derribar las cajas, y pagar al feriante por *diez* intentos.

—A este paso se nos acabará el dinero enseguida —advirtió Pintor, apoyado en el mostrador mientras Yumi se concentraba, lanzaba la pelota y fallaba—. Tendrías que haber elegido el de pinchar globos.

—Ese es aleatorio —dijo ella—. Solo puedes ganar por casualidad.

Entornó los ojos y lanzó otra pelota. Rebotó en las cajas.

—¿Y eso es malo? —preguntó Pintor.

—Debes ofrecerme desafíos de habilidad, no de suerte, Pintor.

—Vale, pues prueba la petanca con monedas —dijo Pintor mientras Yumi tiraba de nuevo y la pelota rebotaba inofensiva—. Para este de aquí hace falta una fuerza como la de Tojin.

—No es verdad —repuso ella.

Tiró la pelota y, por un golpe de suerte, derribó todas las cajas.

—¡Ja! —exclamó el feriante, agachándose—. Te toca el premio pequeño… pero si lo consigues otras cuatro veces, ¡te llevarás el mejor de todos!

—Sí —respondió Yumi—, ya he leído las reglas.

Dicho eso, procedió a tumbar cuatro pilas más de cajas seguidas. El feriante se quedó boquiabierto.

—Ah (bajo), increíble —dijo Pintor, dándose una palmada en la frente —. Es un truco de equilibrio, ¿verdad?

—Sí —confirmó ella—. En la parte de abajo hay una caja lastrada de forma que la construcción parece menos estable de lo que es. La clave es darle a esa.

Señaló el animal de peluche más grande que había, un dragón comiéndose un cuenco de fideos. (Bastante fantasioso. Los dragones que yo conozco prefieren el filete).

—Un consejo —dijo Yumi mientras el feriante le entregaba el dragón, que era casi más alto que ella—. No pongas siempre la caja lastrada en la misma esquina. Hace la pauta fácil de explotar.

El feriante se rascó la cabeza y le sonrió de oreja a oreja.

—Aún te quedan dos lanzamientos.

—Dáselos al primer niño que venga —respondió ella, y se marchó con la cabeza bien alta, seguida de Pintor. Le dijo—: Tenías razón. Este trofeo es… satisfactorio. Y blando.

¿Cómo los hacen tan *blandos*?

—Por tradición —dijo él, llevándola a una zona menos atestada—, ahora debes ponerle nombre.

—Hum…

—Un nombre *tonto* —añadió Pintor.

—¿Por qué tonto?

Él señaló el dragón rosa gigante.

—Claro —dijo ella. Entonces se sonrojó—. La… tontería no se me da muy bien, Pintor.

—No hay problema. Es una de mis características más impresionantes. A ver… el nombre más tonto del mundo… —Sonrió—. Esta dragona se conocerá como la temible Liyun Carafideo.

Yumi dio un respingo.

—¡Pintor! ¡Eso es irreverente!

—Perfecto —respondió él—. Misión cumplida.

Se volvió hacia una atracción en particular. La más alta de toda la feria, la inmensa Línea Jotun. Aquí no tenéis nada similar, pero en algunos mundos construyen atracciones como esa en forma de ruedas que llevan a la gente en un lento y altísimo círculo vertical por encima de la feria.

En Kilahito habían acabado diseñando algo que era parecido, pero no circular. En vez de eso, los asientos subían rectos a lo largo de un alto poste de acero y hacían una pausa en la cima para proporcionar las mejores vistas antes de descender por el otro lado. Se movía despacio, con una rotación casi constante de cabinas para dos personas.

Pintor lo señaló.

—Creo haber localizado el mejor equivalente local de un árbol volador.

Yumi echó la cabeza de la dragona a un lado para poder mirar. Se le ensancharon los ojos al ver la atracción. Luego, para sorpresa de Pintor, regaló la dragona a una niña pequeña que estaba cerca mirando admirada el peluche.

—Hasta la vista, Liyun Carafideo —dijo Yumi, saludando con la mano mientras la niñita se iba dando saltos con el peluche gigante sobre la cabeza. Al ver la mirada curiosa de Pintor, Yumi se encogió de hombros—. Creo que soy un poco demasiado novata en la posesión de cosas para tener un inmenso dragón rosa.

Pintor sonrió y la llevó a la atracción. Había mucha cola, pero el operario la vio mientras se acercaba, o, más en concreto, vio su bolsa negra de lona.

—Pintora —dijo, indicándole por señas que fuese hacia él—. Gracias por tus servicios.

La gente de la cola aplaudió con educación mientras el feriante la hacía pasar a la siguiente cabina, dejándole el asiento de dos personas para ella sola. Lo cual fue conveniente, ya que así Pintor tuvo sitio para colarse a su lado. Yumi dejó la bolsa a sus pies mientras la cabina se colocaba en posición y empezaba a ascender poco a poco por el poste mientras se vaciaban y se llenaban otras cabinas.

—¿Esto es lo normal? —preguntó Yumi—. ¿Que me hayan tratado así porque creen que soy una pintora?

—Pasa de vez en cuando.

—¿No habías dicho que a la gente le da igual?

—No les da igual estar a salvo —dijo él—. Les parece bien que haya alguien ahí fuera haciendo lo que yo hago. Pero a la vez, los incomodamos. Somos un recordatorio de las cosas que acechan de noche, alimentándose de sus pesadillas. —La cabina se acercaba al siguiente punto de parada—. No somos como las yokihaijo. Vosotras sois solo unas pocas, pero entrenar a un pintor de pesadillas es fácil. Casi cualquiera que pase por la escuela puede hacerlo. No es necesario ser un maestro para pintar algo que atrape a una pesadilla.

—Pero tú lo eres —dijo ella en tono suave—. Un maestro.

—Creía serlo. —Pintor calló un momento y la miró—. ¿Te importaría si lo fuese?

Yumi pensó en ello. Otra persona quizá habría respondido de inmediato asegurándole que era lo bastante bueno. A Pintor le gustó que ella no lo hiciera, aunque se descubrió esperando sin aliento. Y no solo porque ya no respirase.

—Importa —dijo ella por fin— que hayas dejado de pintar. No importa que no te aceptaran en la Guardia del Sueño.

—Pero sí que importa —objetó él—. Si me hubieran aceptado, mi vida entera sería diferente.

—¿Habría cambiado tu forma de ser?

—Imagino que no —dijo Pintor—. Puede que mi fracaso fuera lo que me reveló quién soy de verdad. El hombre dispuesto a mentir a sus amigos. Tal vez sea mejor que no los tuviera de más joven. Menos gente a la que traicionar.

Pintor miró hacia ella y encontró sus ojos relucientes, llorosos.

—Qué mala soy en esto —susurró Yumi.

—¿En qué?

—Se suponía que iba a distraerte. Pero aquí estamos otra vez, manteniendo la misma conversación.

—No, Yumi —dijo él (alto)—. Está bien.

—Pero no lo está. Lo hemos hecho todo mal, Pintor. Yo no tendría que haberme obsesionado en llevarme ese premio. En teoría debía lanzar pelotas y disfrutar de la compañía. Lo veo en la forma de comportarse de la gente de abajo. No… no sé cómo ser una persona, Nikaro. ¡Si hasta tienes que explicarme cómo pasarlo *bien*!

—Me gusta explicar cosas —dijo él, haciendo que Yumi lo mirara de nuevo—. Yumi, soy pintor. ¿Recuerdas por qué te he dicho que me encanta?

—Por compartirlo —susurró ella—. Por ver el deleite que provocan tus creaciones a tus amigos.

Pintor hizo un gesto hacia abajo mientras ascendían de nuevo, a tanta altura que el caos de la feria pasó a convertirse en un *patrón*. Avenidas que fluían, atracciones rodantes como imaginativas geometrías. Las luces, antes chillonas y apabullantes, se transformaron en titilantes acentos de un maravilloso tapiz.

Los ojos de Yumi se abrieron del todo.

—No es tan asombroso como volar —dijo él.

—No —susurró ella—, pero me encanta. Me encanta no estar asustada. Me encanta poder tomármelo con calma.

Siguió mirando un rato, pero entonces vio pasar a otra pareja en su cabina, descendiendo por el otro lado. Se acurrucaban con una chaqueta echada encima.

—No podemos hacer esto bien, Pintor —dijo Yumi—. No…

—Yumi —la interrumpió él, sintiendo algo muy poco acostumbrado.

Satisfacción. ¿Cuánto tiempo hacía? ¿Años? Incluso con todo lo demás, incluso en su extraña situación… estar en esa cabina esa

noche, con la luz danzando debajo de ellos…

era perfecto.

Yumi lo miró con la cabeza inclinada de lado.

—¿Eres feliz? —le preguntó él en voz baja—. Ahora mismo. Preocupaciones ignoradas. Problemas olvidados. ¿Eres *feliz*?

—Sí —susurró ella.

—¿Cuándo fue la última vez?

—Creo que no tengo un momento preciso —dijo ella—. Hay… recuerdos vagos. De gente riendo. Un hogar. Un sitio donde el suelo nunca estaba demasiado caliente, y donde alguien me tenía en brazos. Puede que sean solo imaginaciones mías. ¿Y tú?

—Mi cumpleaños —respondió Pintor—, el primer año de la escuela superior. Como un mes antes de la prueba para unirme a la Guardia del Sueño. El mes siguiente fue espantoso, estresante, porque estuve preparándome todos los momentos del día. Pero la fiesta de cumpleaños, con mis amigos y mis cuadros, en un lugar que creía que era el mío… Je, Masaka me hizo un sombrero.

—¿Era negro?

—Era más bien un yelmo —respondió él, sonriendo—. Con pinchos. Me dijo que era un sombrero de cumpleaños.

Se detuvieron otra vez para que la atracción concediera un momento a la pareja que había llegado a la cima del poste. Pintor sentía una calidez, aunque hacía más frío

estando tan arriba. Era como si estuviera envuelto en una manta. Con la mejor vista de la zona. Y no estaba mirando la ciudad.

—A lo mejor —dijo Yumi con una sonrisa— está bien que hagamos las cosas mal.

Siempre que sea de la *misma* forma equivocada.

Puso la mano en la barra que tenían delante, muy cerca de la de él, mientras la atracción los llevaba al punto más elevado. Pintor se moría de ganas de poder abrazarla, pero tuvo que contentarse con acercar la

mano otro centímetro a la suya, hasta que sintió el más tenue calor eléctrico con el contacto.

Vibró a través de él, como magma inyectado en sus venas. Si se hubiera fijado, habría visto dos pequeñas líneas, como chispas eléctricas, que conectaban su piel con la de Yumi. Magenta y aguamarina.

Disfrutaron juntos de la silenciosa presencia mutua, bebiéndose el momento. Se dice que todo lo que comes, hasta el aire que respiras, se transforma en parte de ti. Los ejes que componen la materia que ingieres pasan a componerte *a ti*. Yo, sin embargo, opino que los *momentos* que absorbemos en nuestra alma como recuerdos son mucho más importantes que lo que comemos.

Necesitamos esos momentos tanto como el aire, y permanecen con nosotros. Potentes.

Sí, una persona es más que sus experiencias, apiladas como piedras. Pero nuestros mejores momentos son la base en que nos apoyamos para tratar de alcanzar el cielo.

Al final, después de lo que pareció una vida entera que pasaba demasiado rápido, su cabina llegó a la parte de abajo. Yumi salió y se echó la enorme bolsa a la espalda. Sin hablar, los dos se alejaron paseando de la feria. Después de haber estado en el firmamento, el caos a nivel de suelo daba una impresión distorsionada. Como un cuadro visto tan de cerca que ya no se le distinguía el significado.

Se dejaron llevar más o menos en la dirección del piso de Pintor. Las calles se fueron volviendo silenciosas y la feria emprendió la retirada hacia el pasado a medida que llegaban a las partes de la ciudad que admitían lo tarde que era. Hasta las casas parecían somnolientas, las cortinas echadas como párpados que pesaban. Solo las omnipresentes líneas de hion que flotaban en lo alto iluminaban el camino, pintando adoquines y hormigón.

Ninguno de los dos quería romper el momento. Hasta que Yumi dejó de andar y metió la mano en la bolsa de pintora. Sacó el cuaderno más pequeño y se arrodilló para preparar también un pincel y un frasco de tinta.

—¿Yumi? —preguntó él, agachándose.

Ella levantó un dedo para silenciarlo y desenroscó el frasco de tinta, girándolo hacia el lado correcto en esa ocasión, antes de mojar el

pincel. Empezó a pintar la vivencia que acababan de tener. Un punto de vista en primera persona, contemplando el paisaje de abajo. En primer plano, sus manos en la barra de la cabina de la atracción. Solo que en el dibujo, sus manos se solapaban.

No era muy buen cuadro.

Teniendo en cuenta la experiencia de su creadora, no os sorprenderá. Pero para ser de una persona que había empuñado su primer pincel veintitrés días antes, era bastante excepcional, del mismo modo que el dibujo de un niño de ocho años puede ser mejor que el de otro.

En todo caso, lo que pasa es esto: el arte no tiene que ser bueno para ser valioso. He oído decir que el arte es la única creación verdaderamente inútil, sin ningún propósito mecánico. Se valora solo por la percepción de quienes lo contemplan.

El asunto es que *todo* es inútil por sí mismo. Nada tiene valor a menos que nosotros se lo *concedamos*. Todo objeto puede valer lo que sea que decidamos que vale.

Y para esos dos, el cuadro de Yumi *no tenía precio*.

—Antes me he dado cuenta de una cosa —dijo ella—. Cuando hablábamos de poseer cosas. He comprendido… que no poseo nada. Y nunca lo haré.

—La ropa…

—Se quedará atrás, Nikaro —respondió ella en voz baja—, cuando todo esto acabe.

Claro. No lo había pensado así. Cuando… lo que les hubiera pasado terminara…

cuando los espíritus decidieran interrumpir la Conexión…

Bueno, Yumi despertaría un día dentro de su propio cuerpo. Y él dentro del suyo. En planetas distintos.

Yumi se puso en pie sujetando el cuadro, dejando que se secara al aire. Sus ojos grandes, como charcos de pintura esperando un pincel. Sonrió de nuevo, con una expresión diferente. No gozosa. Melancólica.

—Esto —le dijo a Pintor— es para ti. Para recordarme cuando no esté. ¿Cómo lo has llamado?

—Un souvenir —susurró él—. Para recordar el día.

—Valioso por los buenos sentimientos que evoca —dijo ella en voz muy baja, y dobló con cuidado el papel ya seco y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta—. Si mañana despertamos y todo ha terminado, tendrás esto. Para no olvidarte de mí.

—Sería imposible. Yumi, a lo mejor podemos…

¿Qué? ¿Cruzar el espacio entre planetas? Aunque el gobierno autorizara que un par de jóvenes hicieran algo parecido, lo cual ya era muy improbable, Yumi seguiría siendo una yokihaijo. Una de las solo catorce que había en su mundo entero.

No podría tener una vida como la que Pintor se había permitido fugazmente soñar.

—Quiero que sepas —le dijo Yumi— que no creo que seas un mentiroso.

—Pero mentí, literalmente —respondió él—. Es un hecho.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque… ¿era demasiado débil para decir la verdad?

—Porque —dijo Yumi con voz intensa— no querías hacer daño a tus seres queridos.

—Te mentí a ti.

—De nuevo —respondió ella—, porque *anhelabas* ser lo que necesitaba. Querías ayudarme, Pintor. Y sí, tal vez también querías fingir que eras alguien fabuloso. Ese no es el acto de un mentiroso, sino de un soñador. —Hizo un asentimiento brusco—. A mí me enseñaron que un embustero es quien se aprovecha de los demás para beneficiarse.

Tú *no* eres así. Nunca has sido así. —Se acercó más a él, tanto como podía sin que se tocaran.

»No te culpo, Nikaro. Igual deberías dejar de culparte tú. Verás, hay una cosa que he aprendido de tu mundo, más que ninguna otra.

—¿Y es…?

—Las respuestas —dijo Yumi— no son sencillas. Nunca lo han sido.

Pintor le devolvió la sonrisa y cerró los ojos, respirando hondo. Era curioso que esas palabras supusieran tanta diferencia. Que alguien no lo juzgase. Que Yumi supiera a la perfección lo que había hecho, con todos sus horrores, y… ¿no la afectara? ¿No lo culpara?

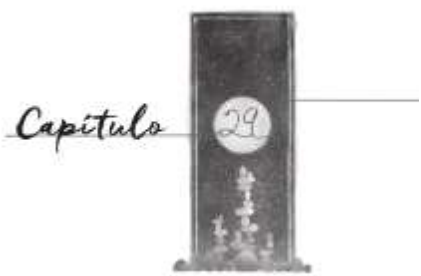
Quizá debería haber sido lo bastante fuerte para llegar a una conclusión parecida por sí mismo. Quizá debería haber sido muchas cosas que no era. Pero en ese caso, que alguien se lo dijera… alguien que le *importaba*…

Era como un cuadro que podía compartir. Abrió los ojos…

… y encontró a Yumi retrocediendo a trompicones, con los ojos como platos y los labios congelados en una máscara de terror. Se volvió para ver algo que acechaba desde el callejón que tenían detrás: una pesadilla de dentada oscuridad, con tres metros y medio de altura y unas garras que rebanaron la pared en enormes surcos. Ojos como pozos de blanco y una boca con verdaderos dientes.

La pesadilla. Ya era estable del todo.

Inexplicablemente, había ido a *buscarlos*.



Era la segunda vez que Yumi veía una pesadilla.

La anterior era a esa lo que un cachorrito a un lobo. La pesadilla estable se encabritó sobre dos patas lupinas, poderosa y de algún modo más *real* que la otra que había visto.

Su oscuridad se había solidificado, endurecido, su piel era espinas, y esos ojos… un vacío lleno de ira. Se alzó sobre ellos y, cuando dio un

paso, sus zarpas excavaron el pavimento.

—Corre —dijo Pintor—. ¡Yumi, *CORRE*!

Su voz se abrió paso a través del terror de Yumi, que se recuperó lo suficiente para volverse y poner pies en polvorosa, aferrando la bolsa de pintora no porque fuese a servirle de nada, sino porque necesitaba *algo* a lo que agarrarse.

La pesadilla le dio caza. Silenciosa excepto por lo que sonaba como metal contra piedra. Pintor corría por delante de Yumi, con un aspecto tan agitado como se sentía ella. Yumi pensó que estaba dejándola atrás, pero no. Estaba *guiándola*. Pintor le hizo un gesto mientras se metía por un callejón que se abría justo delante de ella.

Yumi lo siguió, casi tropezando por el brusco giro a la izquierda.

La bestia de pesadilla, mucho más corpulenta, reaccionó menos rápido. Pasó de largo resbalando y tuvo que retroceder hacia el callejón. Yumi, en contra de sus intereses, echó un vistazo atrás mientras corría y la vio oscureciendo la bocacalle. Entró con dos enormes patas delanteras, una contra cada pared, rastrillando la piedra y rompiendo una ventana. Luego se puso a cuatro patas y se lanzó otra vez a la carga.

—¡La campana! —gritó Pintor mientras salían por el otro lado del callejón—. ¡Toca la campana!

Cruzaron una calle y llegaron a un lugar amplio y abierto con el suelo liso de piedra, que tenía partes llenas de pedazos de tronco y extrañas construcciones de metal y madera. La primera vez que Yumi había visto uno, había pensado que podría ser algún tipo de instalación artística, y se había reído cuando Pintor le explicó que era una pista deportiva con un parque infantil anexo.

Pintor la guio más allá de unos juegos de plaza, quizá creyendo que así ralentizarían a la bestia, pero la pesadilla se abrió paso destrozando el metal, lanzando por los aires un trepador. Con un poco de suerte, el ruido atraería a alguien. Yumi añadió un chillido tardío al estrépito, y casi logró sacar la campana, pero un pedazo de metal arrojado por el monstruo la rozó y la derribó al suelo. La bolsa se le resbaló de las manos.

Se oyó un *crujido* y la tinta manchó la bolsa y empezó a fluir por la abertura.

La bestia vaciló al verlo.

—Vamos —dijo Pintor, que esperaba cerca de Yumi, haciéndole gestos apremiantes.

Ella consiguió levantarse y se volvió hacia la bolsa.

—No —dijo él—. Déjala.

Confiando en los instintos de Pintor, Yumi corrió con él por el parque infantil.

—Ve por ahí —le indicó Pintor, señalando otro callejón—. La pesadilla puede verme.

Me la llevo hacia el sur. Tú da la vuelta al edificio, vuelve a hurtadillas y recupera la campana. Tócala. *No* intentes enfrentarte a esa cosa. ¿Entendido?

Yumi asintió, demasiado aterrorizada para fiarse de su voz. Si abría la boca, chillaría.

En el parque infantil, la pesadilla había sorteado la tinta dejándole mucho margen, pero ya iba otra vez a por ellos. Pintor respiró hondo con los ojos muy abiertos, pese a ser un fantasma, y echó a correr de nuevo. No hizo aspavientos para llamar la atención de la criatura: se limitó a *correr*. La pesadilla fue tras él y Yumi no esperó a ver cómo terminaba la persecución. Hizo lo que Pintor le había dicho, cruzó el callejón a la carrera y recorrió la parte trasera del edificio, jadeando.

Al llegar a la esquina se detuvo temblando, apretó la columna vertebral contra los ladrillos, tensa y sudorosa, cada músculo como una cuerda intentando bajar un árbol del cielo. Sabía que tenía que seguir moviéndose. Le faltaba volver a hurtadillas y sacar la campana.

Debería moverse. Pintor estaba corriendo para salvar la vida. «¡Venga!».

Su cuerpo se negaba.

Para quien no lo ha experimentado, es difícil entender lo poderosa que puede ser la reacción del cuerpo a un trauma como ese. Ver que algo tan terrible te persigue y *saber* que no solo pretende hacerte daño, sino seguramente *devorarte*, contradice toda experiencia racional. Terminas en un lugar más profundo de donde alcanzan tus pensamientos, sumergiéndote en unos instintos grabados a fuego en tu misma

esencia.

Imponerte a ellos no es una mera cuestión de fuerza de voluntad. Requiere entrenamiento y experiencia. Así que Yumi siguió allí temblando, resollando, aturdida, y tuvo que *luchar* por contenerse y no escapar a toda velocidad. Fue un mérito por su parte, no algo condenable, que se quedara petrificada. La única alternativa viable que habría aceptado su cuerpo era una huida enloquecida, descontrolada.

Una mano agarró a Yumi del brazo.

Se enderezó de golpe y encontró a una figura corpulenta a su lado, que se le había acercado inadvertida no porque fuese particularmente silenciosa, sino porque Yumi no había sido capaz de concentrarse en nada que no fuera su miedo.

Histérica, le soltó un puñetazo… y la figura gruñó. Entonces… ¿entonces dijo su nombre? Los ojos de Yumi se enfocaron y vio por primera vez que era… ¿Tojin?

Sí, el pintor Tojin, arremangado, sacudiéndole el brazo y repitiendo su nombre. Otra vez. Otra. Yumi por fin lo asimiló y logró emerger un ápice de su frenesí.

—¿Ves como sí que era ella? —dijo Tojin mirando hacia atrás. Tranquilo. Demasiado tranquilo. *No lo sabía*.

Akane se acercó, cruzada de brazos, con su bolsa de pintora al hombro.

—Yumi —dijo—, nos has prometido que no volverías a salir. Te hemos *explicado* lo peligroso que es esto.

Siendo estrictos, Yumi no había prometido que no saldría de nuevo. Solo le habían dado una charla al respecto y habían inferido conformidad de sus inclinaciones contritas. Pero no estaba en estado de discutirlo.

—¿Cómo? —dijo con voz ronca—. ¿Cómo me habéis encontrado?

—Te hemos seguido —respondió Tojin— cuando has salido del piso. Se nos ha…

Bueno, se me ha ocurrido que volverías allí.

—Esperaba que tuvieras más sentido común —añadió Akane.

—Te hemos perdido la pista un rato —dijo Tojin—. ¿Has ido a la feria *a propósito* para despistarnos?

—Tojin —dijo Akane, entornando los ojos en la penumbra—. Tojin, mírala. Está *aterrada*. Yumi, ¿es que has visto otra?

Yumi solo pudo asentir.

Tojin suspiró.

— *Por eso* te decíamos que no salieras otra vez. Esto es el trabajo de un pintor.

Pintor.

La campana.

Yumi sabía, incluso tras solo una experiencia con esa pesadilla, que Akane y Tojin no bastarían para derrotarla. Necesitaban a todos los pintores de la región, a centenares de ellos, si los encontraban.

Y Pintor, *su* Pintor, corría peligro.

—¡Traed la tinta! —exclamó, y se zafó de Tojin para retroceder a toda prisa por el callejón.

No vio la expresión divertida de Tojin ni los ojos en blanco que puso Akane. Porque, por supuesto, ellos no estaban al tanto del peligro. Habían hecho aquello cientos de veces. Una pesadilla, para ellos, no era nada que diese miedo.

Yumi llegó a la boca del callejón y miró por el parque infantil destrozado, fantasmal a la luz de hion. Quieto y vacío. Se encendieron varias luces en los edificios cercanos de alrededor, pero volvieron a apagarse enseguida. Aquello era asunto de pintores.

Gracias por vuestro servicio.

Inquieta de pronto, Yumi cruzó el parque hasta la pista deportiva, donde se le había caído la bolsa. Buscó en su interior mientras reparaba en que la lona estaba hecha jirones a zarpazos, y encontró la campana rota y cubierta de tinta. Mientras intentaba comprenderlo, algo oscuro emergió de un pedazo de juego infantil caído. Creció hasta los tres metros y medio de altura mientras avanzaba acechante desde detrás de Yumi.

Pintor había escapado de ella. Pero esa cosa era lista. Peligrosamente artera. Y además de eso, había un problema más grave. Uno que Yumi y Pintor no podrían haber anticipado. Esa cosa podía *sentir* la presencia de Yumi.

Sabía dónde estaba. Siempre.

Por eso no se había desmadrado. Yumi aún no era consciente de ello, pero eso era lo que la criatura había estado haciendo todas esas semanas. Se había visto atraída hacia ella. Había estado observándola.

Esperando su oportunidad de atacar.

Yumi lo sintió antes de oírlo. Dio media vuelta y, demasiado asustada hasta para chillar, inhaló de sopetón mientras la pesadilla le descargaba una zarpa llena de garras en el pecho. Las garras la atravesaron de lado a lado, aunque se emborronaron justo antes de tocarla.

El ataque habría matado a casi cualquier persona, pero Yumi tenía algo que aquella bestia quería. Poder, Investidura, *alma*. Si con otros había tenido que lamer, con Yumi podía *engullir*. En vez de ensartarla de forma física, hizo que sus garras-hojas se

volvieran incorpóreas al entrar en contacto con ella, y eso le permitió extraerle su esencia.

Yumi sintió un frío gélido expandiéndose desde su núcleo, como si le hubieran congelado el corazón, convertido en el hielo de las bebidas que servía Diseño, y estuviese bombeándole escarcha por todo el cuerpo. Su respingo flaqueó y Yumi se derrumbó en el suelo, exhalando una neblina fría.

Se *sintió* morir. Sintió que iba a un lugar donde no había calidez y donde nunca podía haberla. Y…

Y…

Y *no* iba a morir sin luchar.

Sus emociones, los nervios primordiales que habían estado haciéndola entrar en pánico toda la noche, toparon de espaldas contra el muro de la muerte. Y de su interior manó, como la feroz ira de un géiser, un *rechazo* a que acabaran con ella así.

Con una mano temblorosa, que se sacudía como la de una mujer con cien años más que ella, buscó a un lado. Cogió un pedazo de hormigón que había arrancado la bestia al pasar.

Entonces lo apiló encima de otro que había al lado.

La bestia vaciló. El flujo de poder que emergía de ella se ralentizó.

De algún modo, Yumi encontró otro cascote, aunque ya perdía la consciencia al remitir su oleada de fuerza. No es moco de pavo que consuman por la fuerza un pedazo de tu alma, creedme.

Con dedos entumecidos, colocó la piedra.

El monstruo no pareció asustarse, pero se inclinó hacia delante, dejando de alimentarse. Observó las piedras con los pozos de color blanco hueso que tenía por ojos.

Algo en él pareció… recordar.

Un segundo después un chillido hizo que se volviera. Tojin por fin había salido del callejón y, horripilado por la visión de una pesadilla estable del todo, cayó de culo al suelo. Akane chilló desde detrás de él. Ambos habían visto pesadillas antes, sí, pero nunca nada como *aquello*. Transmitía un cierto aire, una sensación debilitante de peligro primigenio.

La pesadilla arrancó las garras de Yumi, dejándola tirada en el suelo, temblando. Se le empezó a oscurecer la visión en los bordes y tenía el cuerpo helado, como si la hubieran dejado un día entero en una ventisca.

Solo pudo mirar mientras la criatura llegaba hasta Tojin y Akane. A esos dos sí que los mataría. No daban ni para un mordisquito. A esos los haría pedazos, los destruiría.

Alzó una garra para atacar a Tojin, que yacía horripilado en el suelo.

Entonces llegó Pintor.

Su Pintor. Pasó por encima de la forma tendida de Tojin después de haber rodeado por la calle de atrás buscando a Yumi. Se situó justo entre la criatura y Tojin y lanzó a la derecha la mano, donde un gran pincel emergió de su propia esencia y cobró forma como hecho de luz plateada. Más tarde no recordaría crearlo, ni habría sido capaz de deciros cómo lo consiguió.

Akane había soltado su bolsa al huir a toda prisa y se le había roto el frasco de tinta.

Había tropezado y caído en el callejón y, en esos momentos, acordándose de Tojin, intentaba arrastrarse hacia él despavorida. Ninguno de los dos podía ver a Pintor.

Pero Yumi sí. Tenía el ángulo perfecto para verlo al otro lado del monstruo, que se alzaba sobre las patas traseras. Para ver a Pintor aferrando su pincel, enfrentándose a la criatura. Para ver que su misma forma empezaba a distorsionarse y vibrar, igual que antes,

desmoronándose como una estatua cuyas capas exteriores estuviera raspando un viento terrible.

Ese Pintor. Tembloroso. Quebrándose. Abrumado.

Ese Pintor hundió el pincel en la tinta derramada de la bolsa de Akane y comenzó a pintar.

Una larga línea en el asfalto. Nudos en ambos extremos. Un tallo de bambú. La forma de la pesadilla se retorció durante un segundo, y entonces, con los ojos abriéndose, profundizándose, *blanqueándose*, se abalanzó hacia él, obligándolo a dar un paso atrás.

Pintor, solo a escasos centímetros de aquella cosa, palideció. Su figura desmoronándose. Ojos de par en par. Pero entonces Tojin gimió desde abajo y algo se aceró en Pintor. Volvió a clavar el pincel en la tinta y, con una cara de consumada determinación, lo blandió ante él a los pies del monstruo. Y empezó a pintar.

No, no solo a pintar.

A *crear*.

Amplios arcos en torno a Tojin y él, manchando el suelo con tinta fantasmal. Trabó la mirada con el monstruo, sin bajar la vista siquiera mientras dibujaba con el pincel.

La pesadilla dio un paso atrás. Y Pintor *avanzó*. Un paso tras otro, haciendo retroceder a la criatura con cada giro del pincel, creando una obra maestra que se evaporaba a su espalda al caminar. La tinta no era real, pensó Yumi. El pincel debería haberse desvanecido también, ¿verdad?

Pero no. En ese momento, Yumi lo comprendió. El pincel era una extensión de Pintor.

Le pertenecía. Era tan natural como su propio corazón. Tendida allí, viéndolo obligar a retroceder a la pesadilla por la fuerza de su habilidad, su arte y su voluntad en crudo, Yumi se dio cuenta de algo. Había tenido razón al principio de todo aquello.

Los espíritus *sí* que le habían enviado a un héroe.

La pesadilla empezó a encogerse, retorciéndose de un modo horrible,

sus gigantescas garras se acortaron, su esqueleto pareció chasquear al comprimirse. Su cara se estrechó al verse forzada a ajustarse a la visión que Pintor tenía de ella, la que había pintado en el asfalto. No era un monstruo en absoluto. Era algo amistoso, con cuatro patitas y que meneaba la cola. El ser identificó la visión que intentaban imponerle y aulló, lo bastante estable como para emitir sonido, y huyó a grandes zancadas mientras su terrorífica forma se restauraba al liberarse del hechizo de Pintor.

Derrotada, humillada, pero no destruida, se perdió en la noche.

Pintor cayó de rodillas, abrumado, y el pincel por fin se esfumó entre sus dedos.

Detrás de él, Akane llegó con Tojin y lo ayudó a incorporarse. Los dos fijaron la mirada en el lugar por donde se había marchado la pesadilla, perplejos sobre qué la había ahuyentado.

Pintor miró con una tenue sonrisa hacia Yumi. Entonces por fin pareció darse cuenta de que no se movía.

—¡Yumi! —gritó, pero su voz sonó distante, como si Yumi estuviera… sumergida a gran profundidad…

Intentó responder, pero solo consiguió que le castañearan los dientes. Su cuerpo era todo escalofríos y espasmos, y perdía la visión al avanzar reptando la oscuridad de los lados.

—¡Yumi! —El rostro ansioso de Pintor sobre ella—. ¿Qué te pasa?

—Mucho… frío… —susurró ella, soltando vaho.

Pintor se arrodilló sobre a ella, alarmado, levantando las manos.

La oscuridad la envolvió.

Pintor la *aferró* en un abrazo.

Su esencia se mezcló con la de ella. Su yo y el de Yumi se combinaron en uno. Un brebaje sorprendente, enajenante, sensual.

El calor *detonó* en el interior de Yumi como un fuego moribundo que recibe aire de pronto. La recorrió en oleada. El calor de él. El de *ambos*. Inhaló con la fuerza de una mujer ahogándose y se puso rígida.

Pintor se apartó con el rostro surcado de sudor. Yumi se sostuvo antes de caer otra vez al suelo y siguió respirando en fuertes bocanadas, ya

no congelada. Se quedaron allí sentados juntos, temblando, hasta que llegaron Akane y Tojin para ayudarla a levantarse.

Quizá después de aquello se lo creerían.

Una hora después estaban sentados en el restaurante de fideos otra vez, con Pintor en su propia mesa cerca, observando el nervioso corrillo que hacían las demás. Las chicas no dejaban de preguntar a Yumi si estaba bien, como si la respuesta fuese a cambiar de un momento al siguiente.

Lo cierto era que *parecía* estar bien. O al menos, ya no estaba muriéndose de frío.

Habían intentado llevarla al hospital, pero ella había insistido en que quería algo caliente para comer. Y un lugar caliente para sentarse.

Así que habían ido allí y Yumi estaba tomándose su segundo cuenco de caldo esa noche, muy especiado y casi hirviendo. Pintor no entendía cómo podía bebérselo sin escaldarse, pero, pensándolo bien, la gente de su planeta tenía una relación extraña con el calor.

Pintor se notaba cansado. Esa cosa había absorbido algo de él, y abrazar a Yumi había provocado lo mismo. Por suerte, no daba la impresión de ser permanente. Parecía una fatiga hueca, como si no hubiera dormido bastante. Nunca antes se había notado somnoliento de forma espiritual.

Estaba intentando comprender por qué estaba tan lleno el restaurante

a aquellas horas, aparte de su habitual clientela de pintores. Pero antes de dar con la respuesta, llegó Tojin y fue corriendo con las demás. Estaban todas allí, ya que habían llamado a Izzy y Masaka de sus respectivas patrullas.

—El capataz me ha creído —dijo Tojin—. Sobre todo después de enseñarle cómo ha quedado el parque infantil. Ya ha convocado a la Guardia del Sueño. Hay un contingente suyo en Jito, que llegará en cuestión de horas.

—Cómo me alegro —dijo Akane (alto)—. Ellos se ocuparán de la pesadilla, Yumi. La encontrarán.

—Lo siento —dijo Tojin sentándose al lado de Akane— por no haberte creído antes.

Yumi miró a Pintor a los ojos. Misión cumplida. No tardarían en ocuparse de la pesadilla estable. Si era por eso por lo que los espíritus los habían emparejado, su trabajo había concluido.

—Patrullaremos en grupos de tres —siguió explicando Tojin— hasta que atrapen a esa cosa. Además, no debemos decírselo a nadie.

—Esa parte no me gusta nada —masculló Masaka—. Los habitantes de la ciudad merecen saberlo.

—Lo que pasa es que te encanta la idea de contárselo —dijo Izzy, clavándole un dedo en el brazo—. Porque es espeluznante.

— *Detesto* las cosas espeluznantes —respondió Masaka.

—Crees que las pesadillas son monas.

—Es que *pueden* serlo —dijo Masaka—. Pueden ser cualquier cosa.

Akane lanzó una mirada a Yumi.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —respondió Yumi en voz baja—. Mejor ahora que tengo algo caliente en el cuerpo.

—Ha sido muy valiente por tu parte —dijo Akane— salir a intentar demostrar que tu hermano no estaba mintiendo. Pero también ha sido una estupidez *como una casa*. Ahora sí que te das cuenta, ¿verdad?

Yumi asintió.

—Nikaro huyó, ¿a que sí? —preguntó Izzy—. Cuando la vio hace unas semanas.

Seguro que se fue a otra ciudad. Por eso hace tiempo que no lo vemos, por eso está «de permiso».

—No —dijo Yumi con fuego en los ojos, su objeción tan vigorosa que hizo sonreír a Pintor pese a la fatiga—. Lo he visto hoy mismo. Os equivocáis todos sobre él. Os equivocáis mucho.

Pintor le agradeció horrores el gesto, pero no se le pasaron por alto las miradas que cruzaban los demás. Yumi nunca los convencería. Saberlo no le dolió tanto como en el pasado. A fin de cuentas, aún no estaba seguro de si Yumi lo había convencido a *él* o no.

Esas últimas semanas que había estado pasando tiempo con sus viejos amigos —

invisible para ellos, sí, pero tiempo de verdad— le habían recordado lo mucho que le gustaba estar con ellos antes. Pintor aceptaba que la amargura le había envenenado la mente, como el moho en un cuadro, echando a perder sus verdaderos detalles. Había sido cruel en las descripciones del grupo que había hecho a Yumi. Dolorosamente cruel.

En realidad eran una gente estupenda. Pintor apreciaba la forma en que Akane los mantenía a todos juntos, como el pegamento de un *collage*. Cuidando siempre de que nadie se sintiera dejado atrás. Le parecía entrañable lo entusiasta que era Tojin con su musculación y lo tímido que se mostraba a la vez sobre ella. A Pintor hasta le gustaba no haber descubierto nunca si Masaka tenía un interés genuino por lo macabro o de algún modo ni lo percibía.

Hasta le tenía cariño a Izzy y su… izzytud. Tal vez ya no fueran sus amigos, pero Pintor podía ser amigo de *ellos*. En secreto. Si renunciaba a esa odiosa amargura.

Diseño llegó decidida a la mesa del grupo, con los brazos en jarras.

—Voy a averiguar —les dijo— qué es lo que estáis ocultando.

—Lo siento, Diseño —respondió Akane con dulzura—. Asunto de pintores. Son las normas.

—Las normas no se aplican a mí —dijo Diseño—. No soy una persona. Ni estoy realmente viva. —Negó con la cabeza—. Bueno, siento que

haya tanta gente. Aunque era de esperar.

—¿Y eso? —preguntó Tojin.

—¿Por la retransmisión? —Diseño ladeó la cabeza—. ¿El aterrizaje? ¿La nave espacial? ¿Habéis olvidado que vuestra gente va a hacer el *primer contacto*? O al menos el primero oficial. Las propietarias de restaurantes de fideos con buen culo no cuentan, por lo visto.

El aterrizaje.

¿Era esa *noche*?

Pintor miró alrededor y vio a la multitud con ojos nuevos. La gente charlaba con un aire de emoción, esperando a que Diseño encendiera el visor de hion del restaurante,

cosa que hizo al poco de irse de la mesa. Pintor se levantó y clavó la mirada en las líneas de luz tras el cristal, colgado alto en la pared para que se viera desde todo el local. El hion empezó a sacudirse y adoptó la forma del explorador jefe en su silla de mando, que se emitía desde el autobús espacial cerca de la estrella, lejísimos.

—Hemos completado la órbita del planeta —dijo el explorador jefe—. Coincide con las inspecciones visuales por telescopio. No captamos señales de radio, ni estando tan cerca, pero nuestros sondeos sugieren asentamientos. Hay muy pocas masas de tierra, eso sí. Parece que esa gente podría pasar casi toda la vida navegando en los océanos, porque vemos muchos barcos.

¿Barcos?

Yumi fue junto a Pintor y miró con él, casi sin parpadear.

—Extendiendo nuestras líneas de hion hacia la superficie —añadió el explorador.

Era lo que los había llevado hasta allí: un par de líneas de hion móviles conectadas desde su propio planeta, capaces de permitir que un vehículo espacial se desplazara como un tren, con alimentación constante, impulsado por las líneas. Pintor no tenía ni la menor idea de cómo reforzaban las líneas lo suficiente para que se extendieran a tanta distancia.

—¿Has visitado alguna vez los océanos en tu planeta? —susurró a Yumi.

—¿Los qué? —dijo ella—. No conozco la palabra.

—Agua —aclaró Pintor—. Enormes superficies de agua, como el manantial frío pero inmensas. Aquí tenemos algunos; nuestras ciudades llegan a sus bordes.

Podía tardarse todo un día en cruzar uno de esos océanos, había oído, usando un barco de línea de hion.

—El agua se evaporaría —dijo ella—. No hay bastante terreno elevado para más de algún manantial fresco aquí y allá. A no ser que…

¿Podrían estar más allá de la piedra ardiente? ¿En los páramos fríos, muy arriba?

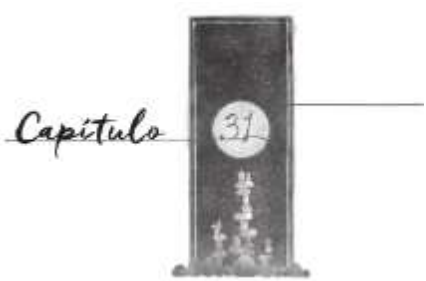
Pintor se notó cada vez más preocupado mientras veían cómo los exploradores de la cabina maniobraban su nave. Escuchó sus observaciones, oyó el traqueteo de la nave mientras recorría las líneas de hion hasta la superficie y, por fin, aterrizaba.

La compuerta se abrió. Y la cámara giró, en manos de un explorador, para mostrar la vista exterior. Allí, unos seres se acercaban con curiosidad para escudriñar el vehículo.

Flexibles, altos y con cuatro brazos, los exploradores los describían con la piel blanca como la tiza. Era más que evidente que *no* eran humanos.

Aunque quizá vosotros ya lo habíais adivinado, Pintor se quedó patidifuso. Yumi no era oriunda de la estrella.

Nunca lo había sido.



A lo mejor son viajes en el tiempo —dijo Yumi.

Medio caminaba y medio flotaba de un lado a otro en el manantial frío. Era raro cómo había empezado a encontrar el agua de allí

refrescante en vez de estremecedora.

—¿Viajes en el tiempo? —repitió Pintor, escéptico, sentado en el manantial fresco con los brazos fuera sobre las piedras, reclinado con los dedos de los pies asomando del agua.

—Vosotros tenéis un nivel avanzado de tecnología —dijo ella, contando con los dedos—. Mientras nosotros apenas hemos empezado a construir máquinas, vosotros tenéis unas capaces de viajar a las *estrellas*. Nuestros idiomas se parecen. Incluso sin el extraño don de los espíritus que nos permite entendernos, lo veo en lo familiar que me resulta vuestra escritura. Los dos somos humanos. Puede que seamos del *mismo* planeta pero en *épocas* distintas.

—Yumi —dijo Pintor, con perlas de agua brillando en su pecho desnudo—, este *no* es mi planeta. El suelo quema, el cielo está demasiado alto y no hay mortaja. Vuestras plantas *flotan*. Creo que lo sabría si las plantas flotaran en mi mundo.

—Podría ser un pasado muy *lejano* —insistió ella—. Con el tiempo cambian muchas cosas, Pintor. Al menos deberíamos plantearnos la posibilidad.

Él frunció el ceño, pero asintió. Yumi dio media vuelta y siguió andando, sintiendo el agua helada al mojarle los muslos y la cintura con cada paso demasiado ligero. Su propia teoría la asustaba. Si tenía razón, la distancia entre Pintor y ella cambiaría de increíble a *imposible*. Otro mundo ya era desalentador. Otro tiempo…

Pintor la miró a los ojos, parecía estar pensando lo mismo. Tal vez hubiera otra posibilidad, y Yumi trató de enviar su mente por esos derroteros. Era extravagante que

hubiera llegado a apreciar tanto aquel tiempo que pasaban en el manantial fresco: el agua renovadora, combinada con el sol de toda la vida y su confortable calidez. El rato tranquilo a solas con Pintor. Eso no debería ser nada del otro mundo dado lo Conectados que estaban, pero Yumi tenía la sensación de que todos los demás momentos estaban saturados de cosas que deberían estar haciendo.

O… reconoció para sí misma… quizá esa sensación de ansiedad en los otros momentos era solo cosa *suya*. Sentirse culpable por no ser de utilidad cuando Pintor habría preferido relajarse sin más.

En todo caso, para ella el baño era un intervalo de paz. El pelo mojado contra la espalda, la punta una estela en el agua tras ella, el picor en

la piel cuando su parte superior se secaba mientras las piernas seguían sumergidas, y de algún modo las notaba calientes por contraste. La parte más surrealista, la parte en la que solo reparaba si se detenía a pensar en ella, era lo natural que le resultaba.

Los últimos días ya casi ni se planteaba el hecho de que estaba desnuda. Pintor parecía reaccionar del mismo modo y ya no se quedaba mirándola, ya no se avergonzaba. Se limitaba a flotar cómodo, pensativo mientras contemplaba el cielo y las flores que giraban en lo alto. Lo que en otro tiempo había sido el momento más tenso de toda su vida había pasado a ser solo… normal.

—Igual seguimos siendo de distintos planetas —dijo Pintor—, pero más separados.

Diseño viene de algún otro lugar. Es posible que tú también.

—Puede —respondió ella, arrastrando los dedos por el agua mientras caminaba—.

Pero Diseño dijo que le parecía improbable. Si lo piensas bien, decidimos que éramos de dos planetas diferentes un poco porque sí.

—Estaba mirando la estrella cuando ocurrió el acontecimiento extraño.

—Lo cual fue pura coincidencia. Si hubieras estado mirando un cuenco de fideos,

¿significaría que vengo de la tierra del pueblo fideo?

—Sería una explicación *perfecta* de cómo eres. —Pintor levantó un dedo—. Estirada y rígida hasta que te metes en el agua.

Yumi lo miró inexpresiva.

—Venga, Yumi —dijo él—. ¿ *Cuánto* tiempo te pasaste ayer en la ducha?

Ella juntó las manos a la espalda y se volvió para andar ligera de puntillas, boyante en el agua.

—Tenías razón sobre la señora Shinja —dijo—. *Sí* que se pone hecha una furia cuando se acaba el agua caliente. ¿Por qué crees que me gustan los manantiales fríos en mi mundo y el agua casi hirviendo en el tuyo?

—Variedad, supongo —respondió Pintor. Y en voz más baja pero teatral, añadió—: Fideos fríos con hielo para los días de calor, fideos calientes con caldo para los frescos.

La princesa del fideo debe ser la señora de ambos dominios.

—Estoy *intentando* —dijo ella— resolver nuestro problema. Haz el favor de esforzarte en prestar atención.

—Pero es que ya lo hemos resuelto. Se ocuparán de la pesadilla.

—¿Y si la pesadilla no es lo que hizo que los espíritus acudieran a mí? Aún podría ser la máquina.

Aquellos académicos de verdad *eran* sospechosos. Yumi quería equivocarse, quería que todo hubiera terminado ya, que solo faltara que la Guardia del Sueño hiciera su trabajo, pero *temía* tener razón. No podía dejarlo estar, no hasta confirmarlo.

—Podría —dijo él reclinándose y sacando otra vez del agua los dedos de los pies—.

Supongo que podemos resolver el problema sin importar si somos de tiempos distintos o de planetas distintos. No cambia nada excepto…

Yumi aflojó el paso, lo miró a los ojos y vio de nuevo la tragedia tácita que distinguía en ellos. Ninguno de los dos osaba decir las palabras. Que no *querían* que aquello terminara. ¿Cómo de loco era que prefiriesen vivir en un limbo como aquel, por muy mareante que fuera, siempre que así pudieran estar juntos?

¿Por qué Yumi no lograba componer las palabras? ¿Por qué no se atrevía a pronunciarlas? ¿Era porque la asustaba que, si reconocía lo que sentía, de algún modo lo echaría a perder? ¿Enviaría a volar lo que fuese que estaba creciendo entre ellos, como pétalos de flor en una corriente termal?

¿O era algo peor, algo que la aterraba más que una pesadilla? La preocupación de que quizá él no sintiera lo mismo. ¿Y si lo que creía leer en los ojos de Pintor no era cierto?

¿Y si Pintor sí que *deseaba* que todo terminara para poder recuperar su vida y no tener que lidiar más con las imperiosas exigencias de una yokihaijo que no sabía comportarse como una persona?

Se esforzó por decir algo. Pero lo único que podía pensar era en

levantarse un día sola, sin saber dónde estaba él.

«Esto va a terminar mal, ¿verdad? —pensó con creciente pavor—. No hay manera de que funcione. No puede salir bien, no para la yokihaijo».

Su vida, como Liyun le había prometido siempre, no era una vida de regocijo. Su vida no le pertenecía.

Su vida era servir.

Al cabo de un rato los dos salieron del manantial y empezaron a vestirse.

—¿Cuánto crees que tardará mi gente en inventar los sujes? —preguntó Yumi a Pintor—. Se me hace difícil volver a esta época, envolverme una franja de tela bajo el pecho y fingir que es suficiente.

—No lo sé —dijo él—. Pero antes necesitaréis inventar el material elástico, ¿no?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Tal vez debería inventarlo *ella*. Bosquejar la prenda en papel y decirle a la gente que los espíritus se la habían mostrado en una visión, cosa que, comparada con algunas distorsiones de los hechos que se había visto obligada a hacer en tiempos recientes, se acercaría notablemente a la verdad.

Terminaron de vestirse y siguieron a las asistentes hacia el templo. Allí encontraron una pequeña cola de gente en respuesta a la petición que había hecho Pintor esa mañana. Llegados a ese punto, Liyun había renunciado a tratar de intimidarlo para que hiciera las cosas como era debido.

Los lugareños se removieron, confusos, cuando Pintor llamó al primero para que se acercara. Entonces, tras mirar a Yumi en busca de apoyo y recibir un asentimiento, empezó a pintar. Mantuvo la sencillez en el arte, como había hecho otras veces en el templo, pero ese día tenía modelos en los que basarse, así que incluso esos simples retratos le salieron más logrados, más realistas. Ponían más a prueba sus talentos, aunque no fuesen los cuadros poderosos y dinámicos a los que Yumi esperaba que regresara algún día.

Yumi se complació al ver que Pintor iba absorbiéndose en el trabajo. Aquello de verdad era una forma de meditación para él. Yumi podía

pronunciar las plegarias por los dos, y eso hizo, arrodillándose y rezando con voz queda. Como un coro para acompañar los suaves sonidos de las cerdas sobre el papel. Una música de la variedad más íntima.

Pasara lo que pasara después, aquello era un logro. Un pincel en la mano de Nikaro creando algo diferente al bambú.

Yumi terminó las oraciones básicas y pasó a la meditación. Despejó su mente. Pero cuando aplacó e hizo a un lado todo lo demás, le quedó una sensación de temor.

Ninguno de sus trucos habituales, como contar las respiraciones, repetir y repetir una frase o tararear para sus adentros, lograba desterrarla. Cada vez que se sumergía hacia las profundas aguas de la nada, hallaba la misma impresión de fatalidad. Impenetrable.

Como si fuese un estado natural. El color y la textura del lienzo después de quitarle la pintura.

Había algo que seguía yendo terriblemente mal. Resolver el problema de la pesadilla no era suficiente ni por asomo. Y se les acababa el tiempo. Yumi no sabía muy bien por qué, pero, mientras se daba cabezazos mentales contra el miedo, sabía que era cierto.

—Pintor —dijo abriendo los ojos.

—¿Hummm? —respondió él mientras una lugareña le hacía una inclinación y se iba, con una expresión desconcertada y el retrato que Pintor le había hecho.

—¿Qué hay más allá de la mortaja? —preguntó Yumi.

—No creo que haya nada más allá —dijo él mientras se acercaba el siguiente de la cola—. Lo cubre todo.

—¿Estás seguro?

—Eh… Supongo que no. Y Diseño tampoco estaba tan convencida. Nos enseñaron geografía en la escuela, pero solo hablaba de Nagadan. Hay otras naciones ahí fuera aparte de la nuestra, más pequeñas. Serán como una docena, siempre riñendo. No aprendí mucho sobre ellas. Y más lejos… bueno, la verdad es que en clase no dimos nada de eso.

—¿Y si la mortaja tiene un *final*? —propuso ella, acercándose de

rodillas hacia él, emocionada—. ¿Y si Diseño se equivoca y esto es lo que hay más allá? En tu tierra hay bambú, Pintor. Y arroz. ¿De dónde sale el arroz?

—De unas plantas con cuatro hojas —dijo él—. Las he visto en los campos.

—Como las nuestras.

—Pero no vuelan.

—Aun así, la vegetación de nuestras tierras se parece —insistió ella—. Podría ser que tengáis una… una variedad de ella que los espíritus crearon para que sobreviva sin el calor del suelo.

—Es posible, imagino —dijo él—. Podríamos buscar unos mapas en mi mundo, a ver si hay huecos o espacios en blanco que puedan contener tu reino. ¿Cómo de grande *es* Torio?

Yumi no lo sabía, aunque el hecho de que lo recorriera en bucle, visitando pueblos por todo el recorrido, hizo pensar a Pintor que debía de ser más pequeño que su nación.

No obstante, todo aquello parecía un poco disparatado. ¿Dos sociedades como las suyas viviendo casi a tiro de piedra durante siglos, sin descubrirse nunca una a la otra? Pero…

¿podía haber en medio un océano de esos que Pintor había mencionado? ¿O algún otro accidente natural?

La posibilidad la reconfortó. Cerró los ojos y se concentró en el roce del pincel, en el ocasional golpecito cuando lo mojaba en el frasco de tinta… Se hundió y por fin logró atravesar esa sensación de temor, entrando en un estado de absoluta quietud. Una nada en la que todo tiempo, identidad y naturaleza se hacían uno.

Y entonces, como si la hubieran colocado ahí *a propósito* desde fuera, una idea la asaltó.

Abrió una rendija en los párpados, expulsada de su trance meditativo, y encontró que ya no había gente haciendo cola y que Pintor estaba limpiando sus herramientas. La hora entera había pasado como si nada, lo que tampoco era infrecuente cuando Yumi meditaba.

Ese pensamiento, esa *idea*, era algo extraordinario.

—Ya sé lo que tenemos que hacer —susurró y miró a Pintor—. ¡Tengo una cosa que intentar!

—Vale… —dijo él mientras fruncía el ceño.

—No podemos esperar a que mejores lo suficiente apilando. Lo siento, Pintor, pero es verdad. Has hecho unos progresos encomiables, pero tenemos que ir más rápido.

—No te entiendo.

—Ahora te lo enseño.

Extendió la mano hacia él, pero, recordando que no podía tocarlo, se limitó a hacerle un gesto. Bajó de un salto desde el templo al espíritu de sus zuecos y esperó impaciente

mientras Pintor se ataba los suyos. Salieron con paso rápido del huerto, pasando por delante de Chaeyung y Hwanji, que se apresuraron a seguirlos. Yumi tuvo solo la más leve punzada de remordimiento por no haberse quedado en el templo hasta que la recogieran, como mandaban los cánones.

Cruzaron el pueblo, que ya le era conocido. Era la primera vez desde el entrenamiento de su infancia en que se había quedado en un sitio el tiempo suficiente para aprenderse dónde estaba todo. Cabría suponer que eso haría que el pueblo le diese cierta sensación de hogar. Pero cuando Yumi lo pensó, la palabra «hogar» le conjuró imágenes de una habitación pequeña y desordenada con un futón, iluminada por las líneas de hion de la calle. Era algo ajeno del todo a ella, y sin embargo era el lugar donde había averiguado qué cosas le gustaban de verdad. Series en el visor. Ropa que le pertenecía. Sopa de fideos, sin mucha sal, caldo de pollo con un solo huevo y una pizca de pimienta.

En el pueblo era la yokihaijo. En la habitación era *Yumi*.

Y por ser quien era, se sintió culpable al darse cuenta. Era *justo* lo que había temido que pasaría. Se había acostumbrado a las delicias del mundo de Pintor. No lamentaba

—no podía lamentar— haberse permitido apreciarlas. Pero sin duda pagaría por esa indulgencia cuando todo aquello terminara y no solo perdiera a Pintor, sino también su hogar, sus amigos y hasta su recién descubierto sentido del yo.

«No puedes permitirte ser feliz —le advirtió una parte de sí misma—.

Porque la felicidad es demasiado peligrosa».

Quizá por eso sentía tanta premura por terminar aquello antes de que la separación se volviera demasiado dolorosa para soportarla.

Mientras rodeaban el pozo de vapor, cruzando un aire húmedo y neblinoso por una erupción reciente, Yumi se distrajo al ver a un granjero manipulando su volador, que, como un insecto gigante con las alas extendidas a los lados, zumbó y flotó delante de él y entonces cayó. El granjero lo atrapó antes de que diese contra el suelo. Luego por fin logró que se moviera, ascendiendo hacia los cultivos del cielo.

Pintor pasó de largo, pero Yumi se detuvo, consternada.

—Pintor —dijo—, ¿les preguntarías a Hwanji y Chaeyung si hay algún problema con el volador de ese hombre?

Las dos mujeres parecieron cohibirse ante la pregunta.

—No es nada, elegida —respondió Chaeyung.

—Chaeyung —dijo Yumi por medio de Pintor—, me conoces desde hace años.

Puedes hablar conmigo. No pasa nada.

Las dos mujeres se miraron y entonces Chaeyung se inclinó hacia Pintor y le habló con disimulo.

—Son las creaciones de esos académicos —susurró—. No funcionan tan bien, elegida.

Hwanji asintió.

—No seremos nosotras quienes hablen mal de unos huéspedes tan honorables de este pueblo. Pero hay algo que falla en sus creaciones. Eso es un *hecho*, elegida.

En su forma de hablar… había un entusiasmo. No era solo por el tema. Parecían emocionadas por la idea de hablar con ella, ahora que les había dado permiso. ¿Y… por qué no? Llevaban años siendo compañeras, pero no charlaban. Yumi nunca se había planteado si para ellas sería doloroso servir a una mujer a la que nunca habían llegado a conocer de veras.

Siguieron adelante hasta el lugar del ritual, justo fuera del cual estaba instalada la máquina, que se movía despacio apilando sus piedras. La

tenían funcionando todo el día para atraer a un solo espíritu, pero, como los académicos habían prometido, podía trabajar sin descanso. Tal vez no derrotaría a una yokihaijo, pero un centenar de ellas superaría con creces lo que eran capaces de crear las mujeres.

Aun así, Yumi se cruzó de brazos, arrugándose el tobok, y miró furibunda a la máquina. Pintor se detuvo a su lado y le dijo en tono suave:

—No es mala solo por ser tecnología, Yumi.

—Por esa misma regla de tres —repuso ella con los ojos entornados—, no es *buena* solo por ser tecnología. Que me desagrade esa máquina no tiene por qué significar que esté en contra del progreso ni de los portentos de tu mundo. Es solo que creo que *esta* máquina, en *esta* situación, está mal.

Pintor se apoyó en la valla que circundaba el lugar del ritual.

—Tienes razón —dijo—. Siento haber generalizado. —Entró en el recinto, seguido de Yumi—. Bueno, ¿me cuentas ya esa idea tan grandiosa?

—Elige una roca para empezar una pila —pidió ella, señalando.

Pintor se encogió de hombros y se puso las rodilleras y los guantes antes de sentarse sobre los talones cerca de unas cuantas piedras de varios tamaños. Escogió bien su piedra de base y la colocó en el suelo dentro de un hueco muy poco profundo, casi invisible, pero que le aportaría estabilidad.

Sí que *había* aprendido. De hecho, en los anteriores treinta días había conseguido aprender buena parte de lo necesario para ser una yokihaijo. Por desgracia, perfeccionarlo costaba *años*. Al igual que la piedra, lo único que Pintor tenía de momento era un fundamento sólido.

Levantó una segunda piedra a instancias de ella, pero, antes de darle tiempo a colocarla, ella lo detuvo. Entonces Yumi tomó el alma de la piedra de sus manos y la sopesó, la comprobó, la *conoció*. La puso en su sitio y luego miró a Pintor, sonriendo.

—Hazla coincidir con esa —dijo.

Él se quedó quieto un momento y entonces sonrió también y colocó su piedra real donde estaba la espiritual, moviéndola, girándola hasta

que se alinearon a la perfección.

De nuevo, el entrenamiento de Pintor fue inestimable. No sabía lo suficiente para ser un maestro, pero sí que contaba con el entrenamiento básico necesario para *imitar* a una.

Emocionada, Yumi apiló una tercera piedra, y luego una cuarta, que Pintor imitó con exactitud. Juntos construyeron en altura. Arriba. Fuera. Crearon una escultura de piedra, cuidadosamente equilibrada, que superaba a cualquier otra que Pintor hubiera logrado por sus propios medios. Al llegar a las treinta piedras, miró a Yumi con una sonrisa en la cara.

—¿No te avergüenza necesitar ayuda? —le preguntó ella.

—Una de las primeras cosas que aprendes en la escuela de arte —dijo él— es a imitar el estilo de los grandes maestros. Solo cuando eres capaz de seguirles el ritmo empiezas a desarrollar el tuyo propio. Así que me alegro de estar siguiéndotelo a ti. —La miró a los ojos—. Esto va a funcionar, Yumi. Hagámoslo.

Se concentraron en el trabajo y las esculturas crecieron a su alrededor, guiadas por Yumi, pero dejando a Pintor que eligiera las piedras. Permitiéndole colocar la primera de cada apilamiento. Al cabo de un tiempo Pintor empezó a colocar otras piedras él solo, y luego la miraba mientras Yumi ajustaba su propia versión en la misma posición aproximada, aunque mejor.

«Ojalá a mí me hubieran entrenado así», pensó Yumi, con la sensación de que veía incrementarse la destreza de Pintor por momentos. Trabajaron codo con codo, rozándose los dedos a veces.

Aquello era *su* meditación. Era algo que *Yumi* había echado de menos. Comprendió que, con el paso de las semanas, había perdido aquello, esa conexión con las piedras, con los espíritus, con su propio corazón incluso. Quizá la hubieran hecho una yokihaijo, pero el arte era suyo. O juntos, *de los dos*.

Los académicos se dieron cuenta de lo que pasaba, como también los lugareños. En un momento dado Yumi oyó un respingo y, al mirar, vio a Liyun fuera de la valla, con una mano en los labios y *lágrimas* en los ojos. En los últimos tiempos Liyun parecía más macilenta, desgastada, exhausta. Era alentador verla tan feliz ese día. Probablemente le parecía un milagro de los espíritus haber recuperado de pronto a su yokihaijo. Tal vez lo era.

Los académicos comenzaron a discutir. Su máquina empezó a apilar más deprisa. Se movían todos exaltados, excepto su jefe, que sostenía el aparato con forma de caja que Yumi había visto la última vez. El que le permitía detectar a un espíritu.

El hombre estaba mirándola directamente.

«Lo sabe —pensó Yumi—. De algún modo, lo sabe».

A su lado, Pintor se había puesto tenso. Al principio Yumi pensó que a lo mejor alguna pila de la docena que tenían hechas estaba a punto de caer. Pero Pintor tenía la mirada fija en el suelo, donde estaba alzándose una brillante lágrima roja y azul.

Al instante el espíritu comenzó a distorsionarse. Los académicos gritaron y su máquina se movió aún a más velocidad. Los colores arremolinados en el espíritu se agitaron, y empezó a estirarse atraído hacia la máquina.

—No —dijo Yumi agachando la cabeza—. Por favor. Te lo *suplico*. Te hemos invocado, espíritu. Soy tu yokihaijo. Dímelo. ¿Qué necesitáis? ¿Qué debemos hacer?

El espíritu retrocedió con gran esfuerzo, como una masa amorfa de metal líquido, acumulando el grueso de su esencia cerca de Pintor y ella mientras un extremo se estiraba a una longitud imposible en dirección a los académicos.

—Por favor —susurró, y las palabras vibraron a través de Yumi. Pintor puso cara de sorpresa. Él también lo oía—. Por favor. Libertad. *Por favor*.

—¿Cómo? —rogó Yumi—. ¿Cómo?

—Detened —susurró el espíritu— la *máquina*.

Al momento se lo llevaron, recolectado por el aparato de los académicos. Llamaron a un solicitante para que recibiera su petición, aunque el académico jefe permaneció donde estaba, asiendo con ambas manos su perversa caja. No tenía una expresión satisfecha ni ufana por haberle robado su espíritu. Más bien parecía preocupado.

Detrás de él, los académicos convirtieron el espíritu en un par de estatuas repulsoras para elevar una casa. Eran más pequeñas que las que Yumi había hecho en el pasado.

«La máquina —pensó— retiene una parte del alma del espíritu. Por eso los dones que crean los académicos no funcionan tan bien». El aparato recolectaba fuerza. Para mantener su energía. ¿O… con algún otro objetivo?

—¡Yumi! —gritó Pintor—. ¡Tenías razón!

La chica se sacudió y arrancó la mirada del académico jefe para fijarla en Pintor.

¿Razón?

Había tenido razón. Sobre la máquina. Sobre las necesidades de los espíritus. Después de tantas dudas, después de tanta incertidumbre, había… ¿tenido razón?

Había tenido *razón*.

Todo aquello concluiría cuando Pintor y ella destruyeran esa máquina.

Estoy absoluta, definitiva, completamente segura de que *no* son viajes en el tiempo —

afirmó Diseño, apoyando los codos en la barra.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Pintor.

—Porque viajar en el tiempo al pasado es imposible —dijo Diseño—. Puedo enseñaros la demostración matemática.

—Un momento —intervino Yumi—. ¿Y viajar en el tiempo al futuro sí que es posible?

—Hum, sí, querida —respondió Diseño—. Estás haciéndolo ahora mismo.

—Ah. Claro.

—Podemos ralentizar o acelerar el tiempo respecto a otros lugares o personas —dijo Diseño—. Es más fácil en el Reino Espiritual, donde el tiempo fluye como agua a cualquier recipiente que le proporciones. Pero no se puede volver *atrás*. Nadie, ni siquiera una Esquirla, es capaz de hacerlo.

—¿Qué es una Esquirla? —preguntó Pintor.

—No, en eso no vamos a entrar —dijo Diseño.

—Como quieras —respondió Yumi—, pero muchas cosas que tenía por imposibles han demostrado ser más que *posibles* en los últimos tiempos. Así que a lo mejor está pasando algo sobre lo que no sabes, Diseño.

La exuberante mujer (bueno, entidad) suspiró.

—Necesitas pruebas, ¿eh? Muy bien, vamos a leerte el aura, niñita.

Se agachó y empezó a revolver cosas debajo de la barra.

—¿Leerme el aura? —susurró Yumi, inclinándose hacia Pintor.

—Es una actuación de feria —explicó él—. A Izzy le encantan esas lecturas. ¿Sabes que siempre está intentando usar las series para adivinar el futuro de la gente? Es como eso. Una anciana se sienta en una sala, te mira bizqueando y te dice qué clase de trabajo te gustará. Son… tonterías, más que nada.

Diseño se enderezó y dejó de golpe un aparato grande en la barra. Una caja negra con algún tipo de… ¿cristal en la parte de arriba? ¿Como un visor?

—¿Y las lecturas se hacen con esto, Pintor? —preguntó Yumi.

—No había… visto que se hiciera así nunca —dijo él mientras Diseño cogía la mano de Yumi y la colocaba en la placa de cristal.

Llegó un cliente a pedir y Diseño lo ahuyentó con un gesto. Al ver que

no se iba, se irguió en toda su altura y le espetó:

—¿Qué pasa? ¿No ves que estoy hablando con un fantasma y leyendo la redespíritu de su novia? Ve a sentarte en el tormentoso rincón hasta que te atienda.

El hombre frunció el ceño y se marchó. Por su parte, Pintor estaba conmocionado.

¿Novia?

—He tardado más de lo que esperaba en encontrar esto —dijo Diseño—. Estaba escondido entre toda la basura de Hoid. Ese hombre necesita un sistema de ordenación.

(Lo tengo. Se llama «mi cerebro»).

Diseño ajustó unos diales y conectó la máquina a las líneas de hion de la barra para alimentarla. Mientras esperaba, Pintor extendió el brazo, cogió el espíritu de la sopa de Yumi y se lo acercó. Logró darle dos bocados antes de que se evaporase. Como era un fantasma no tenía hambre, pero sí que añoraba los guisos de Diseño.

—Vale —dijo Diseño al poco tiempo, cuando algo empezó a resplandecer dentro de la caja—. Este fabrial nos dará una lectura de tu redespíritu mucho más precisa que la que conseguiría yo sola. A ver…

Se echó hacia atrás, ceñuda, y luego hacia delante otra vez, estudiando unas… ¿Eran palabras? Habían aparecido unas líneas onduladas en una placa más pequeña del lado de la caja.

—Anda —dijo Diseño.

—¿Qué? —preguntaron Yumi y Pintor al unísono.

—Las lecturas están descontroladas —respondió Diseño— porque estás *altamente* Investida. Investida *a lo bruto*.

Pintor parpadeó. Luego esperó más explicaciones. Luego miró a Yumi, que se encogió de hombros.

—Tormentas —dijo Diseño—. Sí, esto es… Investidura a nivel retornado. No, más que eso. A nivel elantrino. Este aparato no está construido para hacer esa clase de lecturas… y estás trastocando el sistema cosa mala. Es así como divertido. Uuuh. Me pregunto si

explotarás cuando mueras.

—¿Qué? —gañó Yumi.

—Muy improbable —añadió Diseño—. ¡Pero posible! —Sonrió—. Esto es alucinante.

—No sabemos de qué narices hablas —dijo Pintor.

—La Investidura es de lo que están hechas las almas —explicó Diseño—. Bueno, en realidad todo es Investidura, porque la materia, la energía y la Investidura son lo mismo. Pero las almas, como vosotros las llamáis, son la parte de nuestro ser que está compuesta de Investidura pura. Por ejemplo… el fuego es energía. Esta barra es materia. ¿El alma? Investidura.

—¿Y los espíritus de Yumi?

—Supongo que Investidura también —respondió Diseño—. No los he visto, así que no lo sé seguro. Pero las pesadillas lo son. Investidura pura. Es muy probable que les des un *miedo atroz*, Yumi.

—Nos hemos cruzado con varias —dijo Yumi—. Y *no* estaban nada asustadas.

—Pues deberían haberlo estado —repuso Diseño—. A lo mejor podrías consumirlas, o al menos jorobarlas de todo tipo de formas divertidas. La Investidura, y la Investidura pura en particular, es un poco guajupli.

—¿Guajupli? —preguntó Pintor.

—Una palabra que me acabo de inventar —dijo Diseño—. Significa raro. Hoid dice que debería ser más literaria. Y él no para de inventarse palabras. Así que estoy probando yo también.

(Yo *no* me invento palabras. No sé de dónde se sacaba esas cosas).

—Bueno, a lo que íbamos —prosiguió Diseño—. La Investidura en crudo reacciona a los pensamientos. A las emociones. *Sobre todo* a los pensamientos y emociones de seres muy Investidos. Pintor, cuando pintas pesadillas, es tu *pensamiento*, tu percepción de ellas, lo que provoca que se transformen. No es la pintura en sí. Pueden transformarse literalmente en cualquier cosa, y eso les supone una

debilidad. Mediante la concentración, puedes obligarlas a ser lo que visualizas.

—Vaya —dijo Pintor, sorprendido por la mucha lógica que le encontraba. Teniendo en cuenta cómo solían ir las conversaciones con Diseño.

—En todo caso, volviendo a Yumi… —dijo Diseño, y entornó los ojos mirando la máquina, no porque le hiciera falta, sino porque estaba adoptando maneras humanas.

(Lo cual era, puedo afirmar con orgullo, parte del objetivo de hacerla «humana» en un principio)—. Yumi, ¿has experimentado alguna pérdida de memoria reciente?

—Creo que no —respondió ella—. ¿Debería?

—Es difícil leer tu redespíritu —dijo Diseño—. Brillas como una hoguera, chica. Eso tapa un montón de cosas, pero sí que veo una extirpación aquí. Te han desangrado de algunos recuerdos.

Los dos volvieron a mirar a Diseño inexpresivos.

—Todo el mundo registra recuerdos en su Investidura —explicó Diseño—. Es por lo que una sombra cognitiva recuerda todo lo que el cuerpo hizo si este muere,

¿entendéis? Tormentas, aquí no sabéis nada de nada. A ver así: sobre todo en los individuos altamente Investidos, los recuerdos se esparcen por toda el alma, ¿vale? Y tú has perdido algunos. Te los extrajeron. No son muchos. En cantidad de un día, tal vez.

Cuesta ver los detalles, pero la cicatriz está justo aquí.

—Me… tocó esa pesadilla estable —dijo Yumi—. Tuve la sensación de que drenaba algo de mí. ¿Puede ser eso?

—Suena razonable —respondió Diseño, y dio una palmada, fuerte—. Muy bien, esto ya está. Aquí no hay más datos. Podría mirarlo todo el día sin llegar a ninguna parte. Es como intentar comprender uno de los chistes más obtusos de Hoid.

(Totalmente fuera de lugar).

—Tú —dijo Diseño, haciendo un gesto a Pintor mientras apartaba la mano de Yumi de la máquina—. Te toca.

—¿A mí? —preguntó Pintor, sintiéndose amenazado—. ¡Pero si no soy real! O sea, no tengo cuerpo.

—Este trasto lee almas —dijo ella, señalando.

Reacio, pero negándose a parecer cobarde delante de Yumi, Pintor puso la mano en la máquina. No sabía muy bien si fue porque lo esperaba o por algún otro motivo, pero pudo tocar la fría placa que coronaba el aparato.

Diseño observó las líneas vibrantes del lado.

—¡Ja! —exclamó, girando la máquina hacia ellos—. ¿Lo veis?

—No sé interpretar eso, Diseño —dijo él.

—Tienes la cantidad normal de Investidura en un alma —aclaró Diseño—. Justo el nivel que cabría esperar en este planeta, donde no reside ninguna Esquirla y donde a la gente no se le ha concedido una cantidad adicional a propósito. Exceptuando la mortaja y las Astillas de Virtuosismo.

—Insisto —dijo Pintor, sin retirar la mano del aparato—. ¿Esquirla? ¿Astilla?

¿Virtuosismo?

—Que no, que no vamos a entrar en eso —replicó Diseño—. Sea como sea, no veo ninguna prueba de Conexión con el pasado en tu redespíritu. Nikaro, estoy absoluta, definitiva, completamente segura de que *no* has viajado en el tiempo. Y eso es definitivo.

—¿Tengo una Conexión con otro mundo? —preguntó Pintor—. ¿Eso puedes leerlo?

—Ninguno de los dos —respondió ella— habéis estado viajando a otros mundos.

Ambos sois nativos de este planeta. *Eso* sí que no cuesta nada de ver. Aunque… Yumi tiene menos Conexiones con otra gente de las que cabría esperar. No está relacionado con su poder, sino que parece más bien que…

—¿Que no conozco a nadie? —susurró Yumi.

—¡Sí, eso! No había visto nunca a una persona con tan pocas Conexiones. Eres una persona muy reservada, deduzco.

—Sí —dijo Yumi, bajando la mirada.

—Me pregunto cómo será —dijo Diseño—. Pero no me lo pregunto lo suficiente para probar.

—¿Cómo es que has visto sus Conexiones con otros? —preguntó Pintor—. ¿No habías dicho que no podías leerla bien?

—Pues claro que *eso* lo he visto —dijo Diseño, poniendo los ojos en blanco como si debieran entender por qué—. Está Conectada *contigo*, obviamente. Eso lo veo hasta sin el dispositivo. Y con unos pocos otros. Además, hay otras trece líneas extrañas…

— *¿Trece?* —la interrumpió Yumi, levantándose del taburete.

—¡Ajá! —dijo Diseño—. Las líneas de Conexión son fáciles de ver a veces, pero notablemente difíciles de interpretar. Esas no sé a qué están Conectadas. Pero no parecen parientes. Es más una Conexión temática.

—¿Yumi? —preguntó Pintor.

—Ahora mismo hay otras trece yokihaijo —dijo ella—. ¿Dónde? ¿Dónde están?

—Eso no puedo leerlo —respondió Diseño.

—Entonces, ¿de qué sirve esto? —protestó Yumi, señalando el aparato.

—¿Que de qué…? Yumi, ¿comprendes lo *milagroso* que es este fabrial? Está leyendo cosas que hasta hace poco requerían a un individuo altamente especializado, capaz de…

—¿Están aquí? —preguntó Yumi—. ¿En este mundo? ¿Cerca?

—Sin duda en este mundo —dijo Diseño—. En algún lugar en esa dirección. —Hizo un gesto vago hacia el oeste, donde estaba el sector de la mortaja que patrullaba Pintor—. Pero…

Suspiró al ver que Yumi salía corriendo del local. Pintor, desprevenido, se apresuró a seguirla.

—¿Yumi? —gritó, saliendo también a trompicones—. Yumi, prometiste a los otros que no te acercarías a…

Yumi corría calle abajo y no parecía hacerle caso. Pintor salió tras

ella, la alcanzó y se puso a su ritmo mientras Yumi abandonaba el anillo exterior de almacenes y llegaba a la carretera que rodeaba Kilahito. Una vez allí aflojó el paso y fue hasta la mortaja, peligrosamente cerca.

—¿Yumi? —dijo Pintor acercándose desde atrás.

Extendió la mano, pero se quedó a un pelo de tocarla. Al cabo de un momento Yumi se puso de rodillas y agachó la cabeza. Pintor la rodeó y se acuclilló junto a ella, preocupado.

—Lo siento —susurró Yumi—. He pensado… En realidad no estaba pensando. He *sentido* que quería verlas. Estar con ellas. Se ha apoderado de mí. —Miró a Pintor—.

Conocía a otra yokihaijo, de niña. Nos entrenaron juntas. ¿Lo sabías?

Él negó con la cabeza.

—Después se la llevaron, nos separaron —susurró Yumi— cuando empezamos a conocernos demasiado bien. Según Liyun, no era bueno para mí formar un vínculo. En todos los años que han pasado desde entonces, no he conocido a ninguna de ellas.

—Venga, ¿en serio? —dijo él—. ¿Ni de pasada?

Yumi movió la cabeza a los lados.

—Qué triste.

Pintor se sentó a su lado y contempló la mortaja. Negro sobre negro. Sabía que siempre estaba oscilando y moviéndose, pero eso lo *sentía* más que verlo.

—¿Cómo lidiaste tú con la soledad? —preguntó Yumi con un hilo de voz—. Cuando eras más joven.

—Pintando.

—Cuando creas arte —susurró ella— es fácil olvidar.

—Hasta que no te queda nadie a quien enseñárselo.

—Yo nunca tuve ese problema —dijo Yumi—. Pero mi público nunca ha sido humano. Muchas veces deseaba que, al terminar el día,

hubiera alguien allí para decirme que había hecho un buen trabajo.

—Eh —dijo él.

Yumi lo miró.

—Buen trabajo.

—No me refería a ahora mismo —dijo ella (bajo).

Pintor le sonrió de todos modos. Y al poco ella le devolvió la sonrisa. Luego, distraída, se puso a recoger piedrecitas y trozos de adoquín del suelo. Sorprendiendo a nadie, empezó a apilarlos.

—Estamos perdiéndonos el episodio de *Estaciones de lamento* —dijo Yumi—. Ya ni me acordaba. Con toda esta…

—¿Locura?

—Eso —dijo ella, equilibrando otra piedrecita.

—Pregúntale a Izzy —sugirió él—. Sabrá lo que ha pasado. Y te lo explicará. Con todo detalle.

—Casi que… —dijo Yumi, equilibrando un cuarto guijarro—. Casi que mejor no.

Prefiero imaginármelo. Así puedo fingir que el final es feliz.

Pintor miró a un lado. Aquel no era el mejor lugar del mundo para conversar. Como mínimo, se arriesgaban a encontrarse con Akane y Tojin, que no permitirían a Yumi…

Frunció el ceño y se levantó.

La mortaja estaba *cambiando*. Ondulándose. Casi le gritó a Yumi que corriera, pensando que iba a salir una pesadilla. Pero entonces la mortaja se *replegó*. Se *alejó* de ellos.

Como la oscuridad ante la luz. Como el agua evaporándose ante un calor terrible. La mortaja se retiró en una especie de curva, combándose hacia dentro. Pintor miró a Yumi, que apiló otra piedrecita.

La mortaja se retrajo más.

—¡Yumi! —susurró, y entonces lo señaló.

Ella siguió su dedo y dio un suave respingo.

—¿Qué está pasando?

—El apilamiento —dijo Pintor—. La mortaja está reaccionando al apilamiento.

Para comprobarlo, Yumi colocó otra piedra, y la mortaja se retiró más. Reaccionaba solo en una pequeña zona, de unos tres metros de ancho. Pero a Pintor le pareció un comportamiento estrambótico… hasta que cayó en la cuenta de que había una correlación evidente.

—Es como reacciona a las líneas de hion —dijo, volviéndose hacia Yumi—. Por eso sobrevivimos, porque el hion hace que la mortaja retroceda. Construimos asentamientos nuevos extendiendo las líneas de hion en la oscuridad.

Yumi escogió otro puñado de guijarros de entre los que había cerca y se arrodilló con expresión decidida para apilar uno tras otro, más rápido de lo que él se habría atrevido.

Ni una sola de sus torres en miniatura se derrumbó. Pintor reparó en que Diseño se acercaba por detrás, todavía con el delantal puesto. Era una visión extraña, y Pintor se dio cuenta de que, a grandes rasgos, la había considerado un elemento fijo del restaurante: verla era como ver que la misma barra se arrancaba a sí misma y salía paseando a la calle.

Diseño llegó con ellos sin abrir la boca, observando la mortaja. La oscuridad se sacudía con cada piedrecita, pero entonces empezó a revolverse y burbujear, como agua hirviendo.

—Yumi —dijo Pintor por su cambio de comportamiento—, igual deberías…

Ella incrementó la velocidad, construyendo con ambas manos, haciendo crecer sus torres más y más, provocando que la mortaja se arremolinara y espumeara y se agitara y se ondulara, y entonces se *partiera*. De arriba abajo justo en el centro, revelando una mano humana, luego hombros y un rostro. Una mujer, vestida con el brillante tobok de una yokihaijo, que extendía el brazo hacia ellos con un chillido mudo. La mortaja creció de nuevo hacia delante, tragándosela, y se abombó hacia ellos tres.

Pintor dio un grito y saltó atrás. Yumi esparció piedras con las prisas por apartarse.

Hasta Diseño, que siempre afirmaba ser una especie de inmortal a quien no afectaban los miedos comunes, se escabulló hasta que los tres tuvieron la espalda apretada contra la pared más cercana: la que Pintor había encalado pero seguía sin pintar.

—¿Qué (bajo) ha sido *eso*? —preguntó Pintor con brusquedad.

—Vuestro mundo es *rarísimo* —dijo Diseño—. Tengo una cifra que especifica cómo de raro. Es alta. Superalta.

—Había una yokihaijo —susurró Yumi, mirándolos a los dos—. En la oscuridad.

¿Por qué?

Pintor negó con la cabeza, perplejo.

—Podría ser una pesadilla —dijo Diseño—. Adoptando la *forma* de una persona, porque tú estabas pensando en ellas. No confiéis en nada que veáis creado a partir de esa oscuridad, niños.

—Buen consejo —repuso Pintor—. Igual es una especie de trampa. Y aunque no lo sea, ¿ahora mismo no está distrayéndonos? Tienes a las otras yokihaijo en la cabeza, Yumi, pero ¿qué querrían que hicieras?

—Cumplir la voluntad de los espíritus —dijo Yumi—. La máquina de los académicos.

Tenemos que pensar cómo destruirla.

—Recomiendo golpearla —dijo Diseño—. Muy duro. A ser posible, con algo que sea aún *más* duro. Me ofrecería a mí misma, ya que formo una espada alentadoramente mediocre, pero hay… complicaciones.

—Usemos una roca y en paz —propuso Pintor—. Nos colamos allí dentro y le damos a la máquina mientras los académicos estén confundidos. ¿Qué van a hacernos? Son un puñado de intelectuales flojuchos.

Yumi puso cara de horror.

—¡No podría hacerlo!

—Ni tendrías —dijo Pintor, mirando de nuevo hacia la mortaja, que estaba deteniéndose. En cuestión de segundos tenía un aspecto idéntico al de antes—. Puedo destruir yo la máquina, Yumi. Quizá por eso los espíritus me enviaron contigo.

Necesitaban alguien a quien le den igual las normas de tu sociedad. Alguien capaz de meterse en esa tienda y hacer lo necesario.

—Puede —reconoció Yumi—. Pero no nos precipitemos. Antes deberíamos planearlo.

Pues claro que quería hacer planes.

—Yumi, dices que esto está empeorando. Dices que se nos acaba el tiempo. No creo que se nos vaya a ocurrir un plan mejor que

infiltrarnos en esa tienda y destrozar la máquina. No somos soldados ni tenemos recursos.

—Tal vez tengas razón —dijo ella—. Pero no puedo evitar pensar que deberíamos hacerlo teniendo más información. Diseño, vosotros estudiasteis este mundo antes de aterrizar. ¿Cómo de segura estás de que la mortaja lo cubría por completo?

—No tan segura —respondió Diseño.

—¿Tienes mapas? —preguntó Yumi—. ¿Alguna forma de saber qué hay ahí fuera, en esa oscuridad?

—Yo no —dijo Diseño—. Pero… puede que conozca a alguien que lo sepa. Alguien que la ha recorrido a conciencia.

Diseño los llevó de vuelta al restaurante de fideos. Entraron con disimulo, intentando no llamar la atención de los muchos pintores que terminaban el turno y se reunían en sus mesas de siempre. Namakudo, uno de los cocineros asistentes de Diseño, había tenido que salir de la cocina para apuntar comandas.

La propietaria los hizo pasar por ahí, la estancia llena de cacerolas hirviendo hasta llegar a una pequeña sala que había al fondo, a rebosar de… ¿números? Yumi se detuvo en el centro y frunció el ceño, mirando las paredes adornadas con largas hileras de secuencias numéricas que fluían y rodeaban la estancia. Era difícil saber dónde terminaba una y empezaba otra, o si formaban un bucle infinito.

—Ah… —dijo Diseño—. Qué bien sienta venir aquí y estar cerca de *verdadero* arte.

Vuelvo en menos que un abismoide se zampa un chull.

Se fue a toda prisa, dejando solos a Yumi y Pintor.

—¿Tú crees que se está volviendo más excéntrica? —preguntó él, sentándose en el suelo—. ¿O es solo que está lo bastante cómoda con nosotros para dejar que se le note?

—Lo segundo —dijo Yumi, alzando la mirada y viendo números escritos incluso en el *techo*—. Sin duda lo segundo.

Diseño volvió a los pocos minutos seguida de Masaka. Bajita, con demasiado maquillaje oscuro, una falda negra y su acostumbrado suéter negro de cuello hasta la barbilla y mangas que se le comían las manos.

—¡Ja! —exclamó Pintor, levantándose de un salto. La señaló—. *¡Ja!* Lo sabía. ¡Sabía que no era humana!

—Yumi —dijo Diseño—, te presento a Chinikdakordich, la sexagésima horda de la cepa Natricatich.

Masaka se replegó un poco más dentro del suéter, como una tortuga de tierra buscando la seguridad de su caparazón durante el calor diurno.

—Preferimos el nombre Masaka —dijo la chica en voz baja—. Estamos siendo una humana, Diseño. Estamos volviéndonos muy buenos en ello.

—Sé que sí —asintió Diseño, dándole unas palmaditas.

—Entonces, ¿es verdad? —preguntó Yumi, sintiéndose intimidada—. ¿Eres… una criatura como Diseño?

—No del todo como ella, pero sí —dijo Masaka, mirando al suelo—. ¿Tan… evidente es, Yumi? Estamos descubriendo muchas cosas. A las chicas humanas les gustan las cosas monas. A nosotros nos gustan las cosas monas. —Alzó la mirada y parecía a punto de llorar—. Hicimos una humana buenísima. ¡Ni siquiera se nos ven las juntas de la piel, siempre que llevemos maquillaje y ropa con la parte del cuello larga! El truco está en hacer toda la cara de una sola pieza. Costó años de cruzamiento.

¿Cruzamiento? ¿Una sola pieza? *¿Juntas?*

«Eh…». Yumi se armó de valor.

Pintor, riendo, volvió a sentarse. Yumi le lanzó una mirada, pero él levantó los hombros.

—Yumi —dijo Pintor—, que Masaka sea una alienígena es lo primero de todo esto que tiene algún sentido para mí.

—Yo creo —le dijo Yumi a Masaka, que por supuesto no podía ver ni oír a Pintor—

que estás haciendo un trabajo excelente. Eres, hum, una joven muy mona.

—¿Lo somos? —preguntó Masaka. Sonrió y se adelantó hacia ella. Yumi tuvo que impedirse retroceder mientras la chica, o la cosa, le tomaba la mano—. Gracias, Yumi.

De verdad, gracias. Toma, esto es para ti.

Se sacó algo del bolsillo y se lo entregó a Yumi. Un…

Un cuchillo.

—Buenísimo para abrir caparazones —dijo Masaka, señalando la punta ganchuda—.

Y sacarles las entrañas. Mira, mira. —Señaló el mango—. Tiene flores grabadas. Muy mono.

—Muy mono —repitió Yumi.

—No le digas a nadie lo que somos, por favor —pidió Masaka—. Estamos hartos de que la gente nos tenga miedo. Estamos hartos de las guerras. Nos gusta pintar. Por favor.

—No se lo… diré a nadie —prometió Yumi—. Pero por favor, necesitamos ayuda.

¿Tú… sabes lo que hay ahí fuera, en la oscuridad?

—Ninguna horda —intervino Diseño levantando un dedo— se aloja en un planeta sin saberlo *todo* sobre el terreno. Seguro que ha estado enviando… hum, exploradores.

Pequeños exploradores. Para investigar todo este lugar.

Masaka miró hacia la cocina y fue a cerrar la puerta.

—¿Es importante? —preguntó a Yumi—. ¿Tan importante como dice Diseño?

—Sí —dijo Yumi—. Creo que lo es.

Masaka respiró hondo.

—Nosotros… Yo no soy tan paranoica como los demás, Diseño. Yo de verdad intento ser humana. Para evitar los conflictos. Pero sí que he enviado hordinos. La mayoría del territorio exterior a las ciudades es un erial, envuelto en esa extraña Investidura. Como la escoria desechada de almas a medio refinar. Pero hay lugares a los que no podemos ir.

—¿No podéis ir? —preguntó Yumi, y miró a Pintor—. ¿A qué te refieres?

—Lugares duros —explicó Masaka—. Muros en la negrura, donde la Investidura se ha solidificado. Se alza en el cielo, hendiendo la atmósfera. Como columnas. Una inmensa a pocos kilómetros de aquí. Otras pequeñas, todas ellas círculos, como…

fortificaciones.

—¿Alrededor de pueblos? —preguntó Pintor levantándose, e hizo señas a Yumi para que lo repitiera, cosa que hizo.

—No hay forma de saberlo —dijo Masaka—. No puedo cruzar. —Decayó—. Soy joven. No soy tan… ansiosa como otros de mi especie. No tengo el conocimiento, no he reunido el poder para ocuparme de cosas como esa. Vine aquí a esconderme.

—Podría ser suficiente —afirmó Yumi— con que nos dibujes un pequeño mapa. ¿Tal vez? ¿De dónde están esos lugares?

Masaka asintió y Diseño fue a buscar papel.

—Pueblos —repitió Pintor, poniéndose al lado de Yumi—. Esos círculos que encontró. ¡Son tus pueblos!

—Es imposible —dijo Yumi—. Lo *sabría* si hubiera estado viviendo en pequeños enclaves dentro de una inmensa oscuridad. ¡Vemos muy lejos, hasta el horizonte!

—La mortaja puede tener cualquier aspecto —replicó Pintor—. Diseño

ha dicho que podría engañarnos. Y tú misma me contaste que tu gente viaja muy poco de pueblo en pueblo por el calor de las piedras que hay en medio. A lo mejor es todo algún tipo raro de engaño.

—¿Y de verdad crees que, de los miles y miles de personas que viven en mi reino, nadie iba a darse una vuelta por ahí y encontrar una barrera de esas? ¿Que algún volador no chocaría contra una pared invisible en el cielo? ¿Crees que pueden habernos ocultado algo como eso a todos nosotros durante tantísimo tiempo?

—Eh… —Pintor hizo una mueca por lo inverosímil que resultaba—. Sí, vale. Pero me apuesto contigo el cuenco de fideos más grande que puedas comerte a que, si superponemos el mapa de Masaka con uno de tus tierras, vamos a encontrar una correlación.

Masaka había estado observando todo aquello con interés, pero no parecía encontrar tan raro ver a una mujer hablando sola. Cuando Diseño volvió con un papel, Masaka se arrodilló con un pincel fino y bosquejó un círculo grande cerca de un borde.

—Kilahito —dijo señalando el círculo—. Donde estamos ahora. —Dibujó otro círculo de tamaño similar al otro lado del papel—. La zona inalcanzable más grande de todas.

—Luego trazó otros círculos más pequeños, como una docena. Sí, *podrían* ser del tamaño de pueblos—. Y las demás.

—¿Cómo de exactas son las distancias que has dibujado? —preguntó Yumi.

—Las hordas tienen una percepción espacial increíble —intervino Diseño—. Les viene de esos cuerpos suyos que pueden extenderse hasta el tamaño de una nación. Su estimación será más precisa que la de casi cualquier cartógrafo con instrumentos de medida.

—Aquí tienes la escala —dijo Masaka, dibujando en la parte de abajo una línea con unos cuantos números—. Es exacta.

Pintor se arrodilló y estudió el dibujo hasta el último detalle. Luego midió las distancias usando la palma de la mano y los dedos, como había enseñado a hacer a Yumi para calcular longitudes al pintar.

—¿Lista para dormir? —le preguntó Pintor.

—Preferiría comer antes —dijo ella—. Al final no he cenado.

Él asintió.

—Yo voy a memorizar este mapa. A ver si puedo reproducirlo exactamente. No debería tardar mucho. Después de eso volveremos a tu tierra y resolveremos esto de una vez por todas.

Yumi le devolvió el asentimiento y volvió al salón, aprovechando la correa más larga.

Diseño, que había desatendido a sus clientes demasiado tiempo, salió y se hizo cargo del restaurante. Yumi se sentó en la barra mientras Masaka volvía con los demás pintores, quienes vieron a Yumi y la saludaron.

«Resolveremos esto de una vez por todas».

Tal vez era… la última vez que iba a ver a esa gente. Su última oportunidad de ser una persona normal en vez de las esperanzas y las necesidades recolectadas de un pueblo entero. Así que se permitió levantarse de la barra y cruzar el local hacia los demás.

—Yumi, Yumi, fíjate en esto —dijo Tojin. Le hizo una demostración tensando los…

¿músculos del cuello? Ella ni siquiera había pensado en el hecho de que la gente tenía músculos en el cuello—. ¿Qué te parece?

—Tu cabeza —respondió ella— parece pequeña en comparación.

Se sonrojó al instante, pensando que había dicho una grosería. Pero Tojin sonrió de oreja a oreja.

—¡Gracias!

Akane estaba sentada cerca, mirando al techo mientras Izzy seguía hablando. Sobre series, por supuesto.

—Así que resulta —estaba diciendo— que él *no* se marchó. Creía que tenía que hacerlo porque lo estaba *amenazando* su *hermano malvado*.

A Yumi se le trabó la respiración.

—Su hermano —dijo Akane—, el que acabas de decirme que estaba muerto.

—¡Es que *estaba* muerto! —exclamó Izzy—. ¡Lo había organizado todo *antes* de morir!

Utilizando a gente que odiaba el honor de los ronin.

—Entonces —susurró Yumi—, ¿sir Ashinata volvió?

—Había un episodio adicional del que no estábamos avisados —explicó Izzy.

Levantó un dedo—. Esto demuestra mi teoría sobre lo importantes que son las series.

Estoy escribiendo un libro sobre su relevancia para mejorar la salud mental.

Tojin frunció el ceño.

—¿Y qué hay de ese… serie-horóscopo-figgldygrak-comosellame?

—Pertenece al pasado —dijo Izzy—. Ahora voy a hacerme crítica visiva. ¡Seré *famosa*!

Masaka ya se había acomodado en su silla. Y aunque no hablaba mucho, Yumi la veía satisfecha. Lo comprendía. Ser una forastera y encontrar un lugar. Estar sola y encontrar amigos.

—Ojalá —dijo Yumi, intentando contener las lágrimas— os hubiera conocido antes a todos.

—Es por culpa de tu hermano —respondió Tojin—. Podría haberte invitado cuando quisiera. Solo lo hizo cuando necesitó que alguien le hiciera el trabajo.

Yumi sintió una ira repentina, *ardiente*.

—Me extraña —añadió Akane— que no intentara enredarte para ir a clase por él en la escuela. Teniendo en cuenta que lo único que quería era tomarse tiempo libre. No…

Yumi se levantó de un salto, interrumpiéndola.

—No —dijo (bajo)—. Conocéis. ¡A Nikaro!

—Sí que… sabemos lo que nos hizo —replicó Izzy.

Tojin asintió.

—Sé que os hizo daño —dijo Yumi—. Sé que dolió. Pero ¿se os ocurrió pensar en cuánto le dolía a él?

—¿En cuánto le dolía a *él*? —restalló Akane—. ¡Pero si se dedicaba casi literalmente a papar moscas!

—Querer arreglar las cosas —dijo Yumi— y no saber cómo hacerlo es la experiencia más *angustiosa* que he *tenido* en la vida. No lo conoces, Akane. De verdad que *no*. ¿Sabes lo que es sentir la presión de tener que triunfar, no por ti misma, sino porque todos los

demás dependen de ti? ¿Sabes cómo afecta a alguien darse cuenta de que su valía se limita, casi en exclusiva, a lo que puede hacer por la gente? ¿Saber que, si fracasa, se convertirá en *nada* para sus seres más queridos?

Los demás se apartaron un poco de ella. Todos menos Akane, que se inclinó hacia delante.

—Nunca creímos que no era nada, Yumi —dijo con suavidad—. No era amigo nuestro *solo* por lo que pensábamos que podía hacer por nosotros.

—¿Se lo dijisteis alguna vez? —preguntó Yumi—. ¿Os preguntasteis cómo se sentía?

¿Puedes decirme, con sinceridad, que crees que os mintió porque *quería* haceros daño?

¿ *De verdad* piensas que estaba *disfrutando*? ¿Sentado allí solo? ¿Mirando la pared?

¿Buscando a la desesperada una forma de no decepcionaros? ¿De no fallaros?

—Debería habérnoslo dicho —respondió Akane.

—Debería —convino Yumi—. Él está de acuerdo. Yo estoy de acuerdo. Vosotros estáis de acuerdo. ¡Todos estamos (bajo) *de acuerdo*! Pero *no* os lo dijo. Pasó así. Se acabó.

Lo siento. —Suspiró, notando desvanecerse su ira como los últimos chorros de un pozo de vapor adormilado—. Erais sus amigos. Os falló. Os arruinó la vida. Pero ¿os habéis parado a pensar en lo injusto que era que *él* fuese *responsable* de *vuestras* vidas?

—No puedo fingir —dijo Tojin en voz baja— que no me hiciera daño.

—Lo sé, Tojin —respondió Yumi—. Pero aun así os quiere a todos; se le nota. No puede cambiar lo que hizo, pero es una buena persona que está esforzándose mucho.

No tenéis que olvidar lo que hizo. Pero ¿no se os ha ocurrido que a lo mejor, en vez de lanzarle pullas y sarcasmos constantes, podríais… tratar de entenderlo? Ese día, cuando lo rechazaron en la Guardia del Sueño, Pintor lo perdió todo. Toda esperanza, todo sueño. Perdió su amor por lo que hacía. Pero creo que perderos a vosotros como amigos fue lo peor de todo.

Buscó la mirada de todos ellos y todos la apartaron, sin contradecirla. Akane, en último lugar, la bajó al suelo.

—Gracias —dijo Yumi— por la amabilidad que me habéis mostrado estas semanas.

De verdad que lo agradezco. Pero ahora voy a marcharme. Así que tal vez queráis prestarle un poco de esa amabilidad a alguien que la necesita incluso más que yo.

Se inclinó ante ellos en la reverencia más formal que conocía, como si se la hiciera a los mismísimos espíritus. Luego se volvió y fue con Pintor, que acababa de salir de la cocina.

—Vamos —dijo, caminando hacia la puerta.

—¿Y la cena?

—Se me ha quitado el apetito —respondió ella—. Tienes razón. Es hora de resolver esto.

No sé para qué necesitas esto, elegida —dijo Liyun, arrodillada con ojos somnolientos ante Pintor en el templo—. Lo he traído, pero… es uno de tus diversos actos recientes de lo más *inusuales*.

Pintor se sentó, escuchando los temblores y las sacudidas de los árboles, que topaban unos contra otros en el viento como la muchedumbre de la feria. Había sido brusco con esa mujer en el pasado, pero… bueno, creía estar empezando a entenderla.

—Es un deber difícil, Liyun —dijo—, ser la guardiana de una yokihaijo. Si algo sale mal, nadie cuestiona a la chica elegida por los espíritus. Ella está por encima de toda recriminación. Pero alguien debe pagar. Quizá la persona que tan mal la guio.

Liyun alzó la mirada, sorprendida. Entonces asintió.

—Has ganado… sabiduría con los años, elegida.

—Agradezco tu servicio —dijo Pintor, estirando el brazo para coger el pergamino enrollado que Liyun le había traído—. Si te preocupan mis actos inusuales, te aseguro que han ayudado más de lo que puedes saber. A fin de cuentas, mi actuación de ayer demuestra que estoy volviendo a mí misma.

—Aún… duermes más de doce horas al día, elegida.

—¿Qué es mejor? —preguntó él—. ¿Una yokihaijo que no puede trabajar en absoluto o una que está recuperándose poco a poco?

Liyun asintió de nuevo, con la cabeza aún agachada.

—Debes saber que si tu Yumi regresa —dijo Pintor— es por lo que has hecho. Por tu fe en ella. Gracias.

Liyun se levantó, y a Pintor lo sorprendió ver lágrimas en sus ojos. Había considerado tan probable que la guardiana llorara como que lo hiciese una piedra. Liyun le hizo otra inclinación, se retiró y sus zuecos sonaron contra la piedra hasta que se perdió de vista por el camino entre los árboles.

—Eso ha sido muy amable por tu parte —dijo Yumi, arrodillada junto a él—. Sé lo mucho que te enerva.

—Estoy pensando que a lo mejor comprendo la presión que sufre —

respondió Pintor—. Liyun podría ser un poco menos la personificación de un pincel costroso, eso sí. Pero… empatizo con ella un poco.

Sostuvo en alto el rollo que le había entregado Liyun, miró a Yumi y respiró hondo.

Habían esperado para hacer aquello hasta después del baño y la meditación. De todos modos necesitaban la tinta, que estaba en el altar.

Desenrolló el pergamino con mano firme, revelando un mapa de Torio, el reino de Yumi. Era el que utilizaba el cochero del carromato de Yumi para ir de pueblo en pueblo. Pintor se fijó en su escala y asintió. Luego, de memoria, pintó una copia del dibujo de Masaka al mismo tamaño que el mapa, valiéndose de una cuadrícula para guiarse.

Extendió su copia encima del mapa de Liyun y confirmó que se solapaban a la perfección. Los círculos que había dibujado Masaka, cada uno de los cuales representaba una muralla impenetrable dentro de la mortaja, estaba *justo* alrededor de los pueblos más grandes en el mapa de Liyun. Kilahito no estaba representado en el mapa de las tierras de Yumi, claro, pero el círculo más grande trazado por Masaka, que indicaba la zona amurallada más grande, figuraba en el mapa de Liyun como Ciudad Torio. La capital, donde residía la reina, sede de la universidad.

(Si tenéis curiosidad por la escala, ambas naciones eran relativamente pequeñas para los estándares modernos, con menos de ochenta kilómetros de ancho. No había mucha vida en el planeta. El pueblo de Pintor se contentaba con una cantidad pequeña e íntima de ciudades. La nación de Yumi, por su parte, no podía crecer más de lo que le permitían los pozos de vapor. En esos mapas, por cierto, Kilahito y el pueblo donde estaban en ese momento estaban a menos de ocho kilómetros de distancia).

Yumi se inclinó hacia delante mientras examinaba los dos mapas, el de Pintor trazado en papel más fino para que lo traspasaran las líneas del de abajo.

—Pintor —dijo, con sus maravillosos ojos tan anchos que podrían haber sido lienzos—, tenías razón. ¡Esta vez tenías *razón*!

Sí. Tenía razón.

Las tierras de ambos eran, de algún modo, la misma. Los pueblos de

Torio existían en el espacio oscuro que había *entre* las ciudades de su nación. Los asentamientos en sí no se solapaban, pero muchos de ellos estaban asombrosamente cerca.

—Parece imposible —susurró Yumi—. Estamos los dos en el mismo sitio. Existimos *pegados* uno al otro.

—Como superpuestos —dijo él—. Dos pueblos. Un territorio. —Se reclinó, orgulloso de haberse dado cuenta de aquello. Pero, por otra parte… ¿qué cambiaba? Solo había un camino que seguir—. Tengo que destruir esa máquina.

—Necesitamos un plan —insistió Yumi—. Que no sea solo tú yendo hasta la máquina e intentando hacerla pedazos con una roca. Creerán que me he vuelto loca, y por muy flojuchos que sean esos académicos, no llegarás muy lejos si se te echan los cuatro encima.

—¿Y qué quieres que hagamos? —preguntó él—. Como te dije, no tenemos ningún recurso.

—Te equivocas —dijo Yumi—. Sí que hay un recurso que hace tiempo que no probamos a usar. La verdad.

Pintor le frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Me has mostrado —dijo ella— que tengo más poder del que me he atrevido a ostentar jamás. Los espíritus te trajeron aquí para que pudiera darme cuenta. La máxima autoridad de este pueblo somos *nosotros*. No son esos académicos, ni Liyun, ni siquiera los dirigentes locales. La yokihaijo puede pedir cualquier cosa. Exigir lo que quiera.

—Entonces, ¿nos damos un paseo hasta allí y ordenamos que los académicos nos dejen romper su máquina? —replicó él—. Creo que pasarán de nosotros, por muy yokihaijo que seas.

—Pues no les dejaremos ninguna otra opción.

Trabaron la mirada. La verdad. La (bajo) verdad. Pintor deseó haber sido lo bastante valiente para usarla más en su propia vida. Asintió.

—Tu mundo, Yumi —dijo—. Tus reglas. Explícame lo que quieres que haga.

—Gracias —respondió ella, moviendo la mano junto a la de él, casi

tocándose—.

Gracias, Pintor.

Yumi hizo que bajara rápido del altar y se pusiera los zuecos. Pintor se dejó allí su obra, incluidos los bocetos que había hecho de la gente del pueblo mientras esperaba a que llegara el mapa. Aquello no era tarea para un pintor, sino para una chica que daba órdenes a los espíritus primordiales.

Fuera encontró a Liyun, charlando en voz baja con Hwanji y Chaeyung. Las tres se inclinaron cuando Pintor se acercó, a esas alturas ya acostumbradas a que decidiera por sí mismo cuándo terminaba de meditar.

Pintor fue con ellas, hizo acopio de valor y pronunció las palabras que Yumi había preparado.

—Los espíritus acudieron a mí —dijo— y me pidieron que destruya la máquina que han traído los académicos. No comprendo del todo el motivo, pero creo que está haciéndoles daño.

»Este conocimiento es el responsable en parte de mi comportamiento errático estas últimas semanas. He estado intentando averiguar cómo conjugar mis deberes, las normas sociales que me enseñaron y esta extraña petición de los espíritus. Hoy culminará todo. Quiero que me apoyéis en reunir a la gente del pueblo. Luego, juntos, iremos a hablar con los académicos y les exigiremos que se destroce su máquina.

Las tres lo miraron. Él procuró no hacer ninguna mueca. Y aun así, decirlo de ese modo… le sentó bien. De hecho, había sido más fácil que lo que se esperaba.

Era una prueba con apuestas peligrosas. ¿Hasta dónde llegaba la autoridad de Yumi?

¿Hasta dónde podía apretar a aquella gente?

—¿Estás muy *segura* de esto, elegida? —preguntó Liyun al cabo de un tiempo.

Yumi se puso al lado de Pintor y habló para que él repitiera las palabras.

—Nunca he estado tan segura de nada en mi vida, Liyun. Esto es lo que los espíritus desean de mí. Y vas a ayudarme. O bien a eso, o bien

a retirarme de mi puesto, pero entonces tendrías que retenerme físicamente. Porque voy a ocuparme de esa máquina ahora mismo.

Pintor se asombró por la fuerza de sus palabras. Había creído que ese tipo de severidad se reservaba solo para los aprendices de apilador de piedras desobedientes.

Chaeyung y Hwanji miraron a Liyun. Quien, por fin, se inclinó.

—Eres la yokihaijo —dijo—. Si has considerado *con meticulosidad* las implicaciones tanto para ti misma como para nuestra orden…

—Aunque tenga razón —respondió Liyun a través de Pintor—, habrá quienes sin duda lo vean como envidia. Me retratarán como una mujer inestable, alguien que ha perdido el control de sus emociones y su mente después de ver la máquina reemplazándola. Es muy posible que me retiren de mi puesto. Lo sé, Liyun. De todos modos, *esto* es lo que los espíritus demandan. Así que yo les sirvo, como tan bien me enseñaste.

—Podrías pasar el resto de tu vida en… cautiverio —susurró Liyun—, sirviendo solo entre rejas, apilando con estricta supervisión.

—Y tú caerías en desgracia —dijo Yumi mediante Pintor—. Lo sé, Liyun. Lo sé.

La mujer titubeó un momento y luego se inclinó en una profunda y florida reverencia.

—Elegida —dijo (alto)—, somos tus sirvientes.

—¡Ja! —exclamó Hwanji, agarrando a Pintor por el brazo—. Ya *sabía* yo que algo andaba mal con esos académicos, elegida. Pedimos que vinieran otros de la universidad a mi pueblo natal, y eran unos hombres gentiles y tranquilos que nos ayudaron con la enfermedad de nuestros cultivos. Pero estos de aquí se pasan todo el día merodeando por ahí y mirando mal a la gente.

—Deprisa, mujer —dijo Liyun—, ve a traer a los gobernantes del pueblo.

Necesitaremos a su alguacil para ejecutar esta orden. Suponiendo que te complazca, elegida.

—Me complace —respondió Pintor—. Gracias.

Antes de media hora ya estaban cruzando por el pueblo no solo acompañados por el alguacil, sino también por doce de sus hombres más fuertes, que llevaban martillos de picapedrero. Pintor encabezaba la marcha con Yumi a su lado, que parecía nerviosa pero aliviada.

—Sí que *es* un plan mejor, ¿verdad? —susurró.

Pintor asintió.

—Pero te equivocas en una cosa —le respondió sin alzar la voz—. Has dicho que la máquina te reemplazaría. No puede.

—Pero…

—Invoca espíritus —dijo él—, pero no puede crear arte. El arte consiste en la intención, Yumi. Un arcoíris no es arte, por muy hermoso que sea. El arte es *creación*.

Creación humana. Una máquina puede levantar mucho más peso que Tojin, y no por eso es menos impresionante verlo levantar más que casi cualquier otro ser humano. —

Le sonrió.

»Me da igual lo bien que una máquina apile piedras. El hecho de que *tú* lo hagas es lo que me importa.

Ella le sonrió también, rozando la mano con la suya y provocando que sus brazos irradiaran calor. Pero entonces llegaron a la tienda de los académicos. Había llegado el momento. La máquina no estaba en su sitio, pero a menudo la metían rodando en la tienda para hacerle un breve mantenimiento. Mientras llegaba el grupo, el académico jefe —Pintor no recordaba su nombre— estaba saliendo, y llevaba su alto sombrero. Se quedó muy quieto al verlos a todos.

—Académicos —proclamó Pintor—, por la autoridad de los mismísimos espíritus, hemos venido a destruir vuestra máquina. Apartaos.

El académico ladeó la cabeza y dio una voz hacia el interior de la tienda.

—¡Sunjun! ¡Ya están aquí!

Sunjun, el que más mente de ingeniero tenía de los académicos, salió

también.

—¿Tan pronto?

—En efecto —respondió el académico jefe—. Parece que se impone una confrontación.

Sunjun suspiró, sacó de la tienda un aparato y lo activó. Pintor no vio lo que hacía, pero aquella no era la reacción que había deseado. No parecían temerosos, ni siquiera sorprendidos. Más bien… pesarosos. Quizá estuvieran ganando tiempo. Honam asomó la cabeza por la solapa de la tienda y le entregó algo al académico jefe. Un par de anteojos. El jefe se los sujetó a la cara y miró a Pintor.

—Apartaos —ordenó Pintor— y rendid la máquina.

El académico jefe se limitó a observarlo.

—Conque este es el descendiente de los nómadas —dijo—. Os ha ido bastante bien como pueblo. Cuéntame, ¿qué crees que está pasando aquí, chico? ¿Con la división entre nuestras naciones? ¿Con el hecho de que tenéis poblaciones enteras cerca que no pueden visitar las nuestras?

Pintor se quedó petrificado.

¿Lo sabían?

Tuvo un escalofrío. Yumi se acercó más a él, y el académico miró en su dirección, *viéndola*. ¿Sería por los anteojos?

Pintor tragó saliva. El alguacil y los demás se habían quedado quietos. Hasta Liyun estaba allí plantada sin más. Inmóvil por completo. ¿Estaban esperando a que él hiciera algo? Sus órdenes eran entrar y destruir la máquina si los académicos se negaban a entregársela. Pero nadie se movía.

—Dimensiones distintas —respondió por fin Pintor a los académicos —, que se superponen de algún modo. Eso es lo que pasa. Existimos en el mismo espacio, pero no podemos vernos ni interactuar salvo en formas muy concretas.

—Anda, es una historia *excelente* —dijo el académico jefe—. ¿Lo has oído, Sunjun?

—Ya lo creo —respondió Sunjun mientras los otros dos académicos sacaban la máquina de la tienda sobre una gran plancha que descendía en pendiente al suelo de piedra—. La hipótesis tiene sus problemas, pero no está nada mal para un chaval sin ningún contexto verosímil. Habría sido un buen académico.

—En efecto —dijo el académico jefe.

—Eso da igual —afirmó Pintor, señalando—. Alguacil, ocúpate de esa máquina.

—Pintor —dijo Yumi—, quizá deberíamos obtener más información primero.

—Primero —respondió él—, por lo menos tenemos que…

Dejó la frase en el aire al fijarse que el alguacil y los responsables del pueblo… y Liyun, Hwanji y Chaeyung estaban allí de pie sin más. Reparó por primera vez en que su inmovilidad parecía antinatural. Ni siquiera parpadeaban.

—¿Liyun? —llamó Pintor—. ¿Chaeyung?

—Lamento ser quien lo revele —dijo el académico jefe—, pero no tienes *ni la más remota idea* de lo que pasa aquí, jovencito.

Pintor agarró a Liyun por el brazo y se lo sacudió. Y la misma forma de la guardiana, ropa incluida, empezó a *cambiar*. Oscureciéndose. Desprendiendo volutas de negrura.

Liyun lo miró, y sus ojos se habían vuelto blancos. Como… como agujeros taladrados en su cabeza.

Pintor chilló y su voz se unió al grito que dio también Yumi. Se apartó de un salto, limpiándose la mano en el tobok.

—Pero ¿qué creías que *eran*? —le preguntó el académico jefe mientras la máquina arrancaba.

Pintor, desesperado, agarró una piedra. Se abalanzó sobre la máquina, pero el académico le asió el brazo. En contra de lo que Pintor había dado por hecho, aquel hombre era *fuerte*. Desesperado, Pintor descargó la roca contra la cabeza del académico.

La cabeza cambió, se desangró de color dando paso a la oscuridad, sus ojos se transformaron en punzones de marfil clavados en la eternidad.

—No —dijo Pintor, zafándose del agarre de ese ser—. ¿Tú también?

—Eso me temo —confirmó el académico jefe, o más bien la pesadilla.

—¡Pintor! —gritó Yumi.

Retrocedió hacia él, encogiéndose mientras el *panorama* entero empezaba a cambiar.

Los edificios se volvieron negros, liberando hilillos de humo. El suelo. Hasta la luz del cielo se oscureció.

—¿Siempre ha sido así? —preguntó Pintor, dolido—. ¿Eran solo… títeres? ¿Pesadillas sin mente?

—No, la máquina les permitía ser ellos mismos —dijo el académico jefe, su rostro distorsionado, hecho de mutables remolinos de humo, aunque extrañamente aún llevaba los anteojos—. Es lo que pasa cuando nos necesita. Pero es difícil, ojo, mantener el rumbo entre el recuerdo de lo que fuimos y la realidad de aquello en lo que nos hemos transformado. Hay que evitar que comprendan su naturaleza. De lo contrario, se dan… complicaciones.

La cosa que había sido Liyun se volvió hacia ellos, y su forma adoptó un matiz lobuno. Costados puntiagudos, fluida oscuridad. Pintor reconoció a aquel ser: era la pesadilla estable a la que había estado persiguiendo.

Liyun era la *pesadilla estable*.

Al contrario que el académico, de pronto ella pareció no tener ningún recuerdo de la persona que había sido, ni de quién era Pintor. Embistió hacia él, descendiendo a cuatro patas mientras crecía a un tamaño gigantesco.

Pintor trató de interponerse entre la criatura y Yumi.

—No te la llevarás.

El ser se detuvo, y por un fugaz instante pareció reconocerlo.

—Niño —dijo el académico-pesadilla jefe—, ¿qué es lo que crees que estás protegiendo?

Pintor se quedó paralizado y su corazón se convirtió en hielo. Se volvió para descubrir que Yumi había caído de rodillas. Estaba distorsionándose, mucho menos que los otros, pero aun así se retorcía

mientras su piel se transformaba en humo. Lo miró, con el horror deformándole los rasgos de un modo antinatural.

—No… —susurró Pintor. «No».

Era… era incapaz de pensar.

Yumi. Yumi…

—Nikaro —dijo ella con voz áspera—. Me… ¿Qué me está… pasando…?

—Qué trágico —dijo el académico, adelantándose y apresando a Pintor por un brazo—. Reconozco que ha sido una treta excelente por parte de los espíritus. ¿Conectar a una de las chicas con un extranjero para anclar su alma? ¿Impedirnos alterarle los recuerdos? Podría haber funcionado.

Arrojó a Pintor de espaldas contra la máquina, que los demás académicos, también transformados en pesadillas, estaban manipulando.

—Siento que esto nos llevara tanto tiempo —dijo la criatura desde delante de Pintor—. La demora lo hace más cruel, lo comprendo. Por desgracia, la máquina tenía que cargarse, porque nuestra fuente de alimentación no funcionaba. Y además de eso, había que capturar a unos espíritus rebeldes. Cómo escaparon es… inquietante. Gracias por ayudarnos a devolverlos a su prisión.

—Por favor —suplicó Pintor, y extendió la mano hacia Yumi con el corazón atenazado al verla hecha un ovillo en el suelo, en una posición fetal de puro terror. La oscuridad emanaba de ella a raudales mientras se arañaba los brazos, como para arrancarse la piel—. *Por favor*, dejadme ayudarla.

—La máquina es señor ahora —susurró el académico—. Lo siento.

Asintió en dirección a los demás, sus ojos huecos expandiéndose. Sus compañeros activaron algún interruptor de su máquina y Pintor sintió una oleada de *gelidez* recorriéndole el cuerpo. Seguida de un nítido y terrible *chasquido*.

Lo que fuese que lo había enlazado con Yumi se partió. Pintor se notó arrojado lejos de aquella escena. Los demás se contrajeron y él topó contra una negrura, como si se hubiera precipitado al océano. Solo que seguía moviéndose, como una flecha en pleno vuelo.

Oscuridad.

Líneas de hion como un destello.

Un borrón de edificios.

Y luego *¡plam!* Golpeó contra algo.

Sintió un dolor increíble en todo el cuerpo, acompañado de unos estallidos enfermizos y un sonido como el del cuero al estirarse. Cuando por fin remitió, Pintor se encontró a sí mismo tendido en su piso, cubierto de sudor.

Ocupando una vez más su propio cuerpo.

Sin Yumi a la vista por ninguna parte.

Yumi siempre había pensado que la aparición de la estrella diurna era buena señal. Un presagio de que los haijo primordiales se mostrarían abiertos y acogedores ese día. De hecho, la estrella parecía más brillante de lo normal ese día, un resplandor azul claro en el horizonte occidental mientras el sol salía por el este.

Una señal poderosa, para quien creyera en esas cosas. Dice el viejo chiste que los objetos perdidos tienden a estar en el último lugar donde se busca; los presagios, por el contrario, suelen aparecer en el primero donde alguien mira. (Aunque lo esté haciendo por segunda vez).

Yumi creía en los presagios. Qué remedio, dado que el acontecimiento más importante de toda su vida había sido un presagio. Uno que había aparecido justo después de su nacimiento, marcándola como elegida por los espíritus. Se acomodó en el cálido suelo mientras entraban sus asistentes, Chaeyung y Hwanji. Hicieron sendas reverencias en la postura ritual y empezaron a darle de comer, con palillos maipon y cucharas, un plato de arroz y estofado que habían dejado fuera en un punto caliente para que se cocinara.

Yumi se quedó sentada y comió, sin cometer jamás la grosería de intentar alimentarse por sí misma. Aquello era un ritual, y Yumi era experta en ellos. Pero no pudo evitar sentirse distraída. Quedaban cien días para el gran festival de Ciudad Torio, donde residía la reina. Y además pasaban diecinueve días de su decimonoveno cumpleaños.

Un día para las decisiones. Un día para la acción.

¿Un día, tal vez, para pedir lo que quería?

Antes tenía deberes que cumplir. Cuando sus asistentes terminaron de darle la comida, se levantó y fue a la puerta de su carromato privado. Cuando se la abrieron, respiró hondo y bajó, metiendo los pies en sus zuecos.

Sus dos asistentes se apresuraron a sostener en alto unos abanicos gigantescos que la ocultaban de la vista. Por supuesto, la gente del pueblo se había congregado para verla.

A la elegida. A la yokihaijo. A la chica que daba órdenes a los espíritus primordiales.

(Sí, sigue sonando mejor en su idioma).

Aquella tierra, Torio, tenía un sol dominante rojo anaranjado, del color de la arcilla cocida. Más grande y más próximo que vuestro sol, y con nítidas manchas de colores variados, como un bullente estofado, removido y ondulándose en el cielo.

Ese sol sangriento pintaba el paisaje de… bueno, de unos colores normales y corrientes. Tal y como funciona el cerebro, después de pasar allí unas horas, ya no te dabas cuenta de que la luz era más rojiza que la vuestra. Pero nada más llegar, era impactante. Como arcilla recién salida del horno del alfarero, portadora de un característico calor fundido.

Oculta tras los abanicos, Yumi caminó en sus zuecos por el pueblo hasta llegar al manantial fresco de la zona. Una vez allí, separó las manos a los lados y dejó que sus asistentes la desvistieran para…

Para…

Ladeó la cabeza. Había algo… raro en aquella experiencia. Había algo mal, ¿verdad?

Había algo que *faltaba*.

Abrió la boca para preguntar, pero se mordió la lengua. Hablar con Hwanji y Chaeyung en ese momento sería una humillación para ellas. Aun así, a medida que progresaba el baño, Yumi sintió una extraña descolocación. Cayó en que no dejaba de lanzar miradas a un lado del manantial fresco, esperando…

«Ahí debería haber alguien», fue el pensamiento incongruente que la asaltó. Eso sería horrible. Vergonzoso. ¿Por qué iba a querer que alguien la viera bañarse?

De modo que cerró los ojos y dejó que sus asistentes continuaran con su trabajo.

Pintor esparció su apilamiento de piedras, frustrado. Como en sus anteriores intentos, la mortaja permanecía inmóvil. Un muro de negrura moteada, indiferente a su apilamiento inferior.

Trató de meditar, como Yumi le había aconsejado siempre. Encontró imposible alcanzar semblanza alguna de calma, ya que cerrar los ojos solo le hacía pensar en ella encogida de terror, mirándolo, suplicándole mientras el horror la consumía.

Seguía sin encontrarle sentido a nada de aquello. ¿Era alguna clase de truco por parte de los académicos? Eso no podía haber sido Yumi… Yumi no podía ser una pesadilla…

Si lo era, ¿qué significaba? ¿Se había enamorado de una persona creada por sus propias… por sus propias percepciones? ¿Como un pintor que amara su propio cuadro?

No. No, Yumi había sido real. *Era* real.

Y Pintor iba a ayudarla.

De algún modo.

Se obligó a abrir los ojos y agarró el saco de piedras que había recogido a toda prisa de camino hacia la mortaja. Tranquilizó su frenética respiración y empezó a apilar, y cada piedra que colocaba en su sitio le recordaba a ella. Yumi habría estado orgullosa de la altura de doce piedras que logró, y de cómo elegía piedras de tamaño irregular, pretendiendo crear no solo una pila, sino una torre.

La mortaja no se movió. Aunque se había doblegado ante ella, a él no le hacía caso.

Pintor se vio forzado a reconocer la verdad. Yumi había sido especial. Ser yokihaijo no consistía solo en apilar piedras, sino en el poder que los espíritus le habían concedido a Yumi. Él no podía hacer nada para perturbar la mortaja sin estar Conectado con ella, igual que no habría sido capaz de atraer espíritus sin estar Conectado con ella.

Se desplomó de nuevo sobre los talones, hundiendo los hombros.

—Por favor —susurró—. Dejadme que la vea. Dejadme que la ayude…

—¿Nikaro? —llamó una voz.

Se volvió sobresaltado y vio que Akane estaba pasando por allí. Se había detenido y lo miraba.

—Nikaro —dijo (bajo), yendo hacia él a zancadas—. ¿Dónde te habías metido? Hace como… —Frunció el ceño al verle la cara—. ¿Estabas llorando?

Él se levantó con torpeza, derribando el apilamiento de piedras.

—Nikaro, ¿qué has *hecho*? —preguntó Akane imperiosa—. ¿Dónde está Yumi?

Incapaz de afrontar esas acusaciones, levantó su saco de piedras, se volvió y huyó a la carrera a través de la noche.

Poco después las asistentes de Yumi la llevaron al templo, entre unos árboles flotantes que chocaban entre sí. Allí, una vez más, Yumi vaciló. Aquello… le resultaba familiar.

¿Por qué era familiar? Nunca había estado en ese pueblo. Se trasladaba a uno nuevo cada noche.

Las asistentes se detuvieron, con aspecto preocupado pero sin hablar, para no humillarla. Así que Yumi siguió adelante. Pero de nuevo se sorprendió, esa vez por ver a alguien de pie en el templo.

—¿Liyun? —preguntó Yumi, dejando de andar. La guardiana no solía reunirse con ella hasta después de que Yumi hubiera hecho sus plegarias y meditaciones—. ¿Sucede algo?

—Solo quería informarte, elegida —dijo Liyun inclinándose—, de que nos hemos saltado Ihosen y hemos venido aquí en su lugar.

—¿Ihosen?

—¿El pueblo que íbamos a visitar? Este es el siguiente de la lista. —Liyun se puso una mano en la cabeza—. No me… acuerdo de por qué lo cambiamos. He pensado que debería mencionarlo.

—Es, por supuesto, muy sabio por tu parte —respondió Yumi.

Le devolvió la inclinación, aunque más que nada se sentía perpleja. ¿Por qué se le había ocurrido a Liyun avisarla de algo así? La guardiana nunca le había nombrado los otros pueblos que visitaban.

—Quería advertirte —dijo Liyun— de que esta noche quizá no esté presente para llevarte. Ve, haz tu servicio y luego que las asistentes te acompañen al carromato.

—¿Liyun? —respondió Yumi—. El protocolo…

—Lo sé, elegida. —Liyun hizo una reverente inclinación—. Por desgracia, he sido llamada para hacer otra cosa. No recuerdo del todo qué, pero es importante. Alguien de quien hay que… ocuparse. De modo que cumple con tu deber y nos veremos mañana.

Yumi se inclinó. Al erguirse vio que Liyun se alejaba con prisas. Qué conversación más extraña. ¿Por qué…?

Liyun se detuvo y miró atrás. Parecía como si quisiera decir algo, pero entonces ladeó la cabeza, como si lo hubiera olvidado.

Al poco tiempo había desaparecido.

Yumi se dio cuenta de que no había podido pedirle lo que más anhelaba. Visitar Ciudad Torio para el festival. Sería…

¿Frívolo? ¿Por qué de repente tenía la sensación de que era una frivolidad? Llevaba semanas planeando pedir ese viaje. Y, sin

embargo, no lograba hacer que le importara.

Decidió que tal vez estaba abandonando su vena egoísta. Quizá por fin estaba convirtiéndose en la yokihaijo que Liyun siempre había querido que fuese.

Se arrodilló para comenzar sus oraciones. Satisfecha al pensar que, con esfuerzo, por fin podría ser capaz de servir con todo su corazón.

Pintor se sentó en el suelo de su piso, embozado en mantas, contemplando una pila de platos, vasos y cubiertos que Yumi había hecho un día antes. Se arrebujó más con las mantas porque la calidez le resultaba adecuada de un modo que nunca lo había hecho antes. Porque la última vez que alguien había usado esas mantas, había sido ella. Sentada con él. Mirando el visor y preocupándose demasiado por la vida de personas ficticias.

«A lo mejor —pensó— puedo conseguir un extensor de hion y salir a explorar en la mortaja».

Podría buscar esos muros que rodeaban los pueblos del país de Yumi. Y… ¿y hacer qué? ¿Dejarse rodear y matar por pesadillas?

Ni siquiera sabía lo que eran esos pueblos. Masaka había dicho que esos muros eran impenetrables, pero al parecer Pintor había estado viviendo la mitad del tiempo dentro de uno. Estaba tan fuera de combate que ni lo distinguía en la distancia.

El académico había estado en lo cierto. Pintor ya no tenía *ni la más*

remota idea de lo que estaba ocurriendo.

Salvo de que había perdido a Yumi.

«No. No dejaré que sea para siempre». Se levantó al ocurrírsele una idea. Una idea espantosa. La emprendió de todos modos y salió del piso con el saco de piedras al hombro y algo especial guardado en el bolsillo.

Las pesadillas a menudo regresaban al último lugar donde se habían alimentado.

Buscando otra comida fácil, quizá. O moviéndose por mero instinto y siguiendo las

mismas emociones que las habían llevado a la presa la vez anterior. Pintor apostó por eso y volvió al parque infantil medio destruido que había cerca de la feria.

Allí se sentó a esperar. Decidido. Y asustado, aunque más de lo que podía perder que de las pesadillas. Por eso sintió *alivio* cuando algo oscureció el callejón cercano.

Había tenido razón. Se levantó, notándose agotado mientras la pesadilla fluía por la bocacalle hendiendo el suelo con gruesas garras. Se aproximó a él, cautelosa, tal vez recordando su último encuentro.

—Nos conocimos por primera vez antes de que pasara el intercambio —dijo Pintor a la criatura—. ¿Fue por casualidad o ya estabas buscándome incluso entonces?

El ser se alzó sobre las patas traseras, de una negrura tan profunda que solo podía ser imaginada. Ojos de un blanco raspado y hueco. Extendió una zarpa hacia él.

—Liyun —susurró Pintor, recordando la forma lupina que había adoptado en el enfrentamiento con los académicos.

La criatura se detuvo, y luego se agachó acercándose al suelo.

—¿Te han quitado los recuerdos, Liyun? —preguntó Pintor—. ¿Por qué?

La respuesta le vino al instante, las palabras recordadas de los académicos lo llevan a una única conclusión.

Tenían miedo de Yumi.

—¿Es eso lo que pasa? —dijo Pintor—. ¿Los pueblos son una especie de… charada creada solo para *ella*? ¿Para mantenerla confundida, o desorientada, o mansa sin más?

La pesadilla empezó a avanzar poco a poco de nuevo. Así que Pintor se arrodilló y se puso a apilar. Como antes, sus pilas eran impresionantes para ser él, aunque ni por asomo estaban al nivel de Yumi. Pero se enorgulleció mientras situaba las piedras. Y

cumpliendo sus esperanzas, la pesadilla se detuvo una vez más. Ojos de agujero taladrado fijos en el apilamiento.

—Lo sé —dijo él—. No tengo el poder o la dotación que se le concedió a Yumi. Pero te vi reconocerme, incluso después de que alguien te hubiera robado tu forma y tu mente.

Una parte de ti sigue siendo Liyun. Quizá la parte más profunda, más importante. Es lo que dijo el académico. Que se te permitía ser tú misma otra vez durante un tiempo.

Cuando estabas con Yumi.

La criatura dio un paso adelante, sus ojos clavados en la pila.

—Recuerda, Liyun —susurró Pintor—. *Recuerda*.

La bestia, descomunal como un peñasco de humo negro, extendió una garra hacia la construcción. Pero se detuvo antes de tocarla.

—Recuerdo —susurró con la voz de Liyun.

—¿Ella está bien? —preguntó Pintor, sufriendo.

—Olvida —dijo el ser—. Como todos olvidamos…

—Por eso —respondió Pintor— he traído esto.

Se sacó algo del bolsillo. Un papel, pintado con destreza de principiante. Había dibujadas dos manos, superpuestas una a la otra, sobre un mar de luces. El recuerdo de Yumi, para él, de ella.

Hizo una inclinación a la bestia que era Liyun.

—¿Puedes darle esto?

—Lo olvidaré. No…

—Liyun —dijo él, resuelto—. ¿Recuerdas tu deber?

Aquellos agujeros blancos se enfocaron en él.

—Sirve a la yokihaijo —susurró Pintor—. Protégela. *Dale esto*.

—Quiero ser una persona otra vez —dijo Liyun, casi inaudible—. Cómo lo anhelo.

Hace tanto tiempo…

—¿Cuánto… tiempo? —preguntó Pintor.

—Desde antes de que tu pueblo construyera ciudades —susurró la criatura—. Desde los días en que esta tierra tenía un sol. Siglos.

El peso de la revelación cayó sobre Pintor. Siglos.

Sí, significaba que Yumi había tenido razón. Más o menos. No habían estado viajando en el tiempo. Pero aquella gente, de algún modo, había estado atrapada, sin cambiar, durante *mil setecientos* años.

—Yumi… —dijo él—. Había perdido recuerdos. Pero solo un día.

—Un día —susurró el monstruo—. Una vez y otra y otra y otra. Ese mismo día, borrado cada noche para que pueda vivirlo de nuevo el siguiente. Durante siglos.

Milenios…

Adelantó la pata, delicada, y pinzó el papel entre dos garras.

—He fracasado en matarte —siseó—, pero la máquina no volverá a cometer ese error.

Enviará a una que no te conozca, que no se deje influir. Con esa vendrá un ejército.

—¿Qué… clase de ejército?

—Hubo una ciudad antaño —susurró Liyun—. Recuerdo volutas de ella, al viajar aquí a alimentarme, a intentar recordar. Siempre que la máquina nos libera, venimos a tu tierra para buscarnos a nosotros mismos. Futinoro. ¿Conoces ese nombre?

—Una ciudad —dijo Pintor— que arrasaron por completo las

pesadillas estables.

—Sucedió porque los espíritus se las ingeniaron para contactar con la gente de allí —

respondió el monstruo—. El resultado fue que la máquina ordenó aniquilar la ciudad, para impedir que nadie supiera la verdad. Envió a docenas de los míos para conseguirlo. Estuve allí. En un sueño, estuve allí.

Pintor echó la espalda atrás, cargando peso en los talones, y dejó escapar un largo suspiro, con los ojos muy abiertos. Habían supuesto que el fracaso se debía a que los pintores no hacían su trabajo. Pero si en realidad había sido un asalto directo…

Eso lo cambiaba todo. Devolvió de golpe su atención a la bestia.

—¿Vienen hacia aquí?

—Desde el oeste —dijo Liyun—. Cien pesadillas. Tan fuertes como yo. Alimentadas por la máquina para hacerlas peligrosas y estables. Huid. Huid y rezad a los espíritus.

Sus ojos se posaron de nuevo en el apilamiento, y entonces se retiró, llevándose el dibujo con ella.

Yumi soñó.

Y tuvo pesadillas.

Sí. La ironía es tan espesa que podría sostener recta una cuchara. No os centréis en eso. Centraos en lo que oyó. Porque, al contrario que la mayoría de las pesadillas, esa fueron solo sonidos.

Voz uno: «La chica está atravesando el parche».

Voz dos: «Refuérzalo».

Voz tres: «Deberíamos extirparle estos recuerdos con la máquina. Todos ellos, remontándonos al mes entero».

Voz dos: «No tenemos fuerza para tanto. Y si lo hiciéramos, se percataría. Trastocaría el equilibrio».

Voz uno: «¿Y si lo atraviesa?».

Voz dos: «Nos ocupamos de ella y volvemos a intentarlo».

Y… después de eso… nada…

Yumi despertó sintiéndose exhausta, lo cual no era nada buena señal. Pero la estrella diurna había salido, brillante en el cielo. Y ella siempre había pensado que su aparición era buena señal. Un presagio de que los haijo primordiales se mostrarían abiertos y acogedores ese día.

Hay un viejo chiste sobre que los objetos perdidos siempre están en el último lugar donde los buscas. Pero no dice nada sobre los recuerdos. Esos, después de perderlos, son la clase de cosa que ni siquiera se te ocurre ponerte a buscar.

Tras desperezarse, Yumi se sentó sobre los talones en el cálido suelo para esperar a sus asistentes.

Que no vinieron.

Al cabo de un tiempo Liyun abrió la puerta, con aspecto agotado, el pelo hecho un desastre y el lazo desatado. Yumi se quedó pasmada. ¿Liyun incumpliendo el protocolo? Habían actuado de la misma manera exacta durante lo que parecía una eternidad. ¿Y ese día Liyun iba a su puerta antes de que Yumi desayunase siquiera?

—El pueblo —dijo Liyun— está enfermo.

—¿Enfermo? —preguntó Yumi—. ¿El pueblo *entero*?

—Sí —respondió Liyun, y se llevó una mano a la cabeza—. No… no recuerdo cómo me he enterado. Pero ha sucedido algo, y… y hoy tienes que quedarte ahí dentro. En plegaria y meditación. Sí, eso es lo que tienes que hacer.

Yumi se levantó de un salto. ¿Era su oportunidad? Protocolo incumplido. ¿Podría pedirlo? Era raro, pero encontró su timidez ausente por completo. Aunque llevaba semanas preocupada por preguntar siquiera, en ese momento le salió con facilidad.

—Me gustaría —dijo— visitar Ciudad Torio para el festival dentro de cien días. ¿Te ocuparías de organizarlo?

Pero ¿qué (bajo) le estaba pasando? ¿Cómo se lo decía así, con tanta contundencia?

¿Estaba haciéndole *exigencias* a Liyun? ¡Seguro que los espíritus la fulminarían en ese preciso instante por su comportamiento!

—Sí, muy bien —respondió Liyun distraída—. Como desees, elegida. ¿Eso es todo?

Yumi se quedó boquiabierta. ¿No había lección formulada como preguntas? ¿No había mirada furiosa? Tal vez de verdad todo el mundo *estuviera* enfermo en ese pueblo y Liyun se hubiera contagiado. Desde luego, parecía desorientada.

—Te… —dijo Liyun—. Te traeré el desayuno yo misma. ¿Dónde se han metido Hwanji y Chaeyung? Sí, el desayuno. Voy a…

Echó a andar hacia la puerta, pero se detuvo.

—¿Liyun? —dijo Yumi.

—¿Cuál es mi deber? —le preguntó la mujer de más edad.

—Guiar a la yokihaijo.

—Sí, sí —dijo Liyun, e hizo ademán de descender a sus zuecos. De nuevo se detuvo—

. Pero no es solo eso, ¿verdad?

Movió el brazo con una rigidez que hizo pensar a Yumi que le dolía. Metió la mano en la bolsa que llevaba en el cinturón. Y sacó un papel

doblado.

Liyun lo miró un tiempo y luego lo soltó al suelo del carromato y huyó por la puerta a toda prisa.

Qué conducta más estrafalaria. Yumi se acercó a la puerta y vio a Liyun marcharse cruzando un pueblo que parecía completamente desierto. No se veía ni un alma. Hasta los cultivos estaban desatendidos.

¿ *Tan grave* era la enfermedad? Normal que Liyun estuviera así de preocupada. Yumi se arrodilló para pronunciar una oración a los espíritus, y entonces vio el papel.

Papel pintado.

Ladeó la cabeza y lo desdobló.

Esas dos manos…

Una era de ella.

Una era de… *él.*

Los recuerdos la asaltaron con la fuerza del derrumbamiento de una torre de piedras de treinta metros.

Pintor contó los números de los edificios histérico, deseando hasta lo más profundo de su ser estar recordando bien. Las líneas de hion que tenía detrás proyectaron su sombra, duplicada, en la puerta cuando llegó a la casa correcta.

Aporreó la puerta. Luego la aporreó de nuevo, sin esperar lo suficiente. Ya había levantado el puño para llamar por tercera vez cuando la puerta se abrió. A juzgar por el uniforme formal de pintor, con una chaqueta más ajustada que la suya, corta por delante y de un vivo tono azul, había llegado al lugar adecuado. Pintor había adivinado, basándose en los datos de los que disponía, dónde habrían ubicado a la

Guardia del Sueño. Ocuparían una casa entera, y el Departamento de Pintura solo era propietario de unas pocas.

—Pesadilla estable —dijo Pintor entre resuellos—. He… venido… corriendo desde…

—Ah, la has visto, ¿eh? —respondió el hombre de la puerta.

Era alto y tenía una barba tan increíble que justificaba que fuese calvo, porque el pelo de arriba debía de haberse escondido intimidado. Su chaqueta indicaba que era un compañero, no un miembro de la Guardia del Sueño propiamente dicho, sino uno de los elegidos por un miembro pleno para incorporarse a su equipo. El papel que habían esperado desempeñar los amigos de Pintor.

El compañero abrió del todo la puerta mientras bostezaba e invitó a Pintor a pasar.

Pintor había temido que todos los operativos de la Guardia del Sueño estuviesen peinando la ciudad en busca de la pesadilla estable, pero por lo visto había suerte.

Estaban en su cuartel, quizá en plena sesión de estrategia o entrevistando a contactos.

Incluso con todo lo que estaba pasando, Pintor se entusiasmó por poder entrar en la base de la organización. Hasta ese leve roce con el mundo de la Guardia del Sueño era sobrecogedor, y más cuando llegó al salón principal del edificio y vio no a uno, sino a *tres* miembros de pleno derecho. Vestidos de negro, con las insignias de su posición cosidas a la chaqueta. Pintor no pudo evitar quedarse mirándolos.

Estaban jugando al ping-pong. Dos de ellos al menos, un hombre y una mujer. El tercero estaba apoltronado en una butaca cerca del visor mirando *Estaciones de lamento*.

Había varios compañeros dispersos por la sala, haciendo lo que Pintor supuso que sería trabajo oficial. Leyendo. Llevando la puntuación de la partida de ping-pong. Hum…

echando la siesta…

«Tomándose un descanso —se dijo Pintor— entre sesiones de duro trabajo». Él mismo le había explicado a Yumi lo importante que era hacerlo.

La mujer que estaba jugando alzó la mirada cuando entraron.

—¿Era la comida, Hikiri? Yo he pedido la barbacoa de…

Frunció el ceño al reparar en la presencia de Pintor.

—Dice que ha visto la pesadilla estable —explicó el guía de Pintor—. Ha venido corriendo para contárnoslo.

—Ah —dijo ella, y pareció decepcionada porque Pintor no le llevara comida—. Eso está bien. Tómale declaración, Hikiri. Y pon una chincheta en el plano. ¿Tenemos el plano de la ciudad montado ya?

—Ahora voy —respondió el compañero que leía una novela a un lado del salón—. Lo tengo en algún sitio de mi equipaje.

—Bueno, pues apunta la dirección donde la ha visto —dijo la miembro de la Guardia del Sueño, y devolvió la atención a la partida.

Pintor respiró hondo y dio un paso adelante.

—Vienen cien de ellas, señora —afirmó—. Me lo ha dicho la pesadilla. Una invasión en toda regla. Como lo que ocurrió en Futinoro. Desde el oeste. ¡Por favor, tienen que defender la ciudad!

La mujer lanzó una mirada a sus dos colegas. El que jugaba al ping-pong contra ella puso los ojos en blanco. El otro siguió mirando el visor.

—Un ejército de pesadillas —dijo la del ping-pong, yendo hacia él con paso tranquilo.

—Por favor, créame —rogó él—. *Por favor*.

Ella hizo un gesto con el mentón hacia la chaqueta de Pintor.

—¿Eres pintor?

—Sí. Soy el que encontró a la pesadilla estable la primera vez.

—Pareces un tipo ambicioso —dijo ella—. Interesado en la Guardia del Sueño, ¿eh?

—Toda la vida —respondió Pintor—. Me esforcé mucho por entrar. No soy… lo bastante bueno. Por eso los necesitamos. Para defender la ciudad. ¡Están viniendo y puede que lleguen pronto!

—Nos ocuparemos de ello —dijo ella (alto)—. Buen trabajo ahí fuera. Gracias por el aviso. Tú sigue así y podrías ser buen material para la Guardia del Sueño.

Le dio una firme palmada en el hombro y asintió hacia su barbudo compañero, que tomó a Pintor del brazo y trató de sacarlo por la puerta.

Pero Pintor se resistió. La miembro de la Guardia del Sueño regresó a su partida de ping-pong. Quizá… quizá era así como meditaba.

Bueno, es probable que hayáis captado lo que pasaba allí más rápido que Pintor.

Llegados a este punto, tal vez estéis pensando en el viejo proverbio de que tener héroes no merece la pena. Hay variaciones de él por todo el Cosmere. Actitudes cínicas que te animan a no admirar nunca a nadie, no vaya a ser que, por volver los ojos hacia el cielo, te dejes la tripa desprotegida para un buen apuñalamiento.

No estoy de acuerdo. La esperanza es algo grandioso, y tener héroes resulta esencial para la aspiración humana. Es en parte por lo que cuento estas historias. Dicho eso, sí que tenéis que aprender a separar la historia y la forma en que te ha afectado del individuo que le dio pie. El arte —y todas las historias son arte, hasta las que hablan de gente real— consiste en *cómo te afecta*.

El verdadero héroe es el que tienes en la mente, la representación de un ideal que te hace mejor persona. El individuo que la inspiró… bueno, es como el libro en la mesa o el cuadro en la pared. Un recipiente. Una jeringa llena de aspiración transformativa.

No obliguéis a la gente a hacer honor a vuestros sueños sobre quiénes podrían ser. Y

si alguna vez os halláis en la misma situación que Pintor entonces, con vuestros ideales viniéndose abajo, no hagáis lo que hizo él. No lo retraséis. Marchaos y curad la herida en vez de dar tiempo a la navaja para retorcerse dentro.

—Vamos —dijo Hikiri el compañero, tirando otra vez de su brazo—. Voy a tomarte declaración.

—¿Lo ha dicho en serio? —preguntó Pintor—. Lo de ser buen material para la Guardia del Sueño. ¿Aún podría unirme a ellos?

Hikiri se frotó las sienes. (Un acto tan frecuente en él que es asombroso que no le hubieran salido callos. Así era la vida lidiando

con la Guardia del Sueño).

—¿Te gusta ser pintor? —le preguntó Hikiri con delicadeza.

—Supongo —dijo él.

—Es buen trabajo —respondió Hikiri—. Estable. Respetado. No demasiado peligroso.

Deberías disfrutar de él.

Pintor captó el tono en la voz del hombre y comprendió. «No tienes ni una posibilidad aquí, chico». Pues claro que no la tenía; eso ya lo sabía. Respiró hondo para suplicar de todos modos, pero le salió algo distinto.

—Tengo amigos —dijo—. Grandes pintores, leales. Cuando íbamos a la escuela, todos pensábamos que yo entraría en la Guardia del Sueño. Ellos iban a ser mis compañeros,

pero los decepcioné. No estaba a la altura. Siempre me ha parecido injusto que los castigaran a ellos porque yo no supiera pintar lo bastante bien. ¿Crees… que hay forma de que todavía puedan entrar como compañeros? ¿Los soldados de la Guardia que tenéis aquí están reclutando?

Hikiri meneó la cabeza, con aire perplejo.

—Creíste que entrarías en la Guardia del Sueño, ¿verdad? Eras un pintor habilidoso, supongo. ¿El mejor de tu clase?

—Eso me parecía —respondió Pintor—. ¿Por qué me estás mirando así?

Hikiri señaló a la mujer de la mesa de ping-pong.

—¿Sabes quién es?

Pintor negó con la cabeza.

—Tesuaka Tatomi —susurró el hombre—. ¿La hija del senador? —Señaló al siguiente—. Hijo del principal inversor en la nueva ala de la facultad. —Y al tercero, junto al visor—. Familia pudiente. Es miembro de cuarta generación en la Guardia.

¿De cuarta generación? Sí que había habilidad en esa familia. O bien…

Sí, para esas cosas, Pintor era casi tan permeable como una cámara acorazada. Pero tres tarjetas llave y una cerradura de presión después, se le ensancharon los ojos.

—¿Entras en la Guardia del Sueño según *a quien conozcas*?

—Pues claro que sí —respondió Hikiri, logrando por fin llevarse a Pintor—. Es el puesto más prestigioso entre los pintores. Es más un nombramiento que un trabajo.

Pareció apesadumbrado al decirlo. Los suyos eran los ojos de alguien que había visto a más de una persona joven arrojarse hacia un objetivo que, sin saberlo, estaba tras un cristal a prueba de balas.

—Entonces ¿quién combate a las pesadillas estables? —preguntó Pintor.

—Ellos, ellos —dijo Hikiri—. Solo que con muchísima ayuda de compañeros que sí que entrenan mucho. —Dedicó a Pintor una sonrisa de consuelo—. Tus amigos y tú tenéis un buen trabajo. Alegraos. No tardaremos mucho en ponernos a cazar a tu pesadilla estable.

—Pero el ejército de pesadillas… —insistió Pintor—. Viene hacia aquí, Hikiri. Me lo…

Hikiri no se lo creía. Por supuesto que no. ¿Por qué iba a creerse algo tan estrafalario?

Pintor trató de pensar en algo que lo demostrase, pero habían llegado a la puerta de entrada y Hikiri lo sacó por ella con firmeza. Saludó con la cabeza a Pintor y cerró.

«Nunca podría haberme unido a ellos —pensó Pintor, entumecido—. Por muy diestro que fuera pintando, por mucho que me hubiera esforzado, no me habrían aceptado jamás. Soy un don nadie de un pueblo pequeño. Los otros y yo… no teníamos ni siquiera

la

posibilidad».

Hubo un tiempo en la vida de Pintor durante el que ese descubrimiento habría sido el mayor que había hecho nunca. Pero ese día quedaba a mucha distancia de otra comprensión más desalentadora. La de que estaba completamente solo y tendría que impedir la destrucción de la ciudad por su propia cuenta.

Yumi emergió del carromato en camisón y zuecos, con los ojos desorbitados.

Recordaba. Lo recordaba todo, desde el momento en que había despertado con Pintor en su cuerpo hasta el día en que se lo habían llevado. Tenía los últimos treinta días muy claros en la mente.

Resultaba irónico que esa fuera la única parte de su vida que tenía algún sentido.

¿Qué era Yumi? ¿Algo de todo aquello era real? Notaba la cálida luz solar en la piel, veía las plantas revolotear en las alturas. El aire estaba húmedo por el pozo de vapor, con un olor remanente a azufre. ¿En qué podía confiar, si es que había algo?

Buscó por el pueblo desierto. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Por qué daba la sensación de que era como el escenario vacío de una serie después de que los actores se marcharan a casa? Al final recogió del suelo una piedra grande y se dirigió con paso firme hacia el lugar del

ritual, con los zuecos tabaleando en la piedra.

Era hora de probar la idea de Pintor. Encontrar la máquina. Pegarle fuerte. Esperar que algo crucial se rompiera. Pero cuando llegó al lugar del ritual, no había tienda. Ni académicos. Ni máquina. ¿Toda esa parte también había sido falsa?

«No —pensó mirando hacia todos lados—. La máquina de verdad le hizo algo a Pintor. Estaba aquí».

A lo mejor se la habían llevado. Pero en sueños los había oído hablar, decir que podrían tener que usar la máquina con ella. Querrían tenerla cerca, ¿no?

Bajó la piedra. Luego empezó a andar a través de las paredes de edificios.

Funcionó. Aquellas paredes no eran verdaderamente reales. *Ella* no era verdaderamente real. Ambas estaban hechas de… bueno, de lo que estuvieran hechas

las pesadillas. La piedra que llevaba, en cambio, parecía ser una auténtica piedra, o por lo menos se resistió la primera vez que Yumi atravesó una pared. Al ponerle más empeño y tirar de ella terminó pasando mientras la pared se distorsionaba por un momento en humo amorfo y luego recobraba el aspecto de piedra tallada con barro de géiser como argamasa.

La búsqueda no duró mucho. No había tantos edificios en el pueblo y Yumi los cruzó a zancadas, uno tras otro, hasta encontrar por fin la máquina escondida en casa del alguacil. El terrible aparato de innumerables brazos seguía haciendo su trabajo con calma, con solo dos apéndices apilando piedras, pero todo su armazón vibraba con una suave energía.

Los académicos estaban allí. Cuatro pesadillas con solo la más difusa forma humana.

Como sombras en un día muy nuboso, apenas definidas, fundiéndose con la oscuridad de los rincones y bajo los muebles. Cuando Yumi entró, se volvieron hacia ella en posturas sorprendidas, lo que le dio un momento para actuar.

Se abalanzó hacia delante y descargó la piedra contra la parte de la

máquina donde los había visto activarla, aquel día que parecía tan lejano en el tiempo, cuando Pintor y ella habían escapado volando sobre un árbol. Golpeó con la roca una y otra vez, usando las dos manos, y rompió el cierre frontal, revelando el mecanismo interno. Aplastó eso también, chillando, sudando, desahogando la tensión de toda una vida. Como vapor liberado tras diecinueve años acumulándose bajo el suelo.

La máquina profirió un gemido, casi como si le doliera. Un resplandeciente humo blanco salió a chorro de la parte delantera, la que Yumi había aporreado. Entonces las patas se desactivaron, la vibración cesó y las luces que brillaban desde el interior del aparato se extinguieron.

Yumi soltó la piedra y cayó de rodillas. Estaba hecho.

—¿Qué crees que estás haciendo, niña? —preguntó el académico jefe.

—Cumplir los deseos de los espíritus —dijo ella—. Acabar con esta máquina.

Salvarnos.

—¿Crees que… *esta* es la máquina? —replicó el académico. Aunque no tenía boca, la sombra de su cabeza se movía y se combaba al hablar—. Niña, eso tan pequeño no es lo que nos gobierna. No es sino un brote comparado con el árbol.

Yumi flaqueó. Una parte de ella lo había sabido, al fin y al cabo. Los había oído hablar en otra ocasión y había llegado a la conclusión pertinente. Existía otra máquina. La máquina madre.

—¿Dónde? —preguntó.

El académico jefe no respondió. Avanzó hacia ella, junto con los otros. Pero Yumi comprendió que lo sabía.

—Está en Ciudad Torio, ¿verdad? —dijo—. El festival. ¿La activasteis durante el festival?

Otro académico tomó la palabra, titubeante.

—Mil setecientos sesenta y tres años. Sí… el día del festival. El día en que íbamos a crear energía para nuestro pueblo a partir de los mismísimos espíritus.

—Sin embargo —dijo otro—, lo que hizo fue absorber energía de nosotros. De nuestras almas. De la vida de nuestra gente.

—Y así —añadió otro, alzando una mano de humo— nos convertimos en esto.

¿Mil setecientos años? Yumi casi se mareó intentando asimilarlo.

—Pero… ¿de dónde venía el hion? —susurró—. Hay muchas cosas que no entiendo.

¿Cuánto de mi mundo era real y cuánto falso? ¿Qué es lo que *somos*?

Los cuatro se volvieron hacia ella, como viéndola por primera vez. Su oscuridad se alargó, sus ojos blancos resplandecieron. Pasaron de sombras cimbreñas a pesadillas completas en una transición fluida.

—¡No! —gritó Yumi—. ¡No dejéis que la máquina os controle! Podemos detenerla.

—¿Por qué? —preguntó el académico jefe.

—Nosotros la creamos —dijo otro.

—Es nuestro propósito.

—Nuestra energía.

—Nuestro *arte*.

Mientras hablaban, sus figuras se entremezclaron, sus voces perdieron individualidad. Aunque Yumi había sido capaz de distinguirlos al principio, oyendo en sus voces los hombres a quienes había espiado en la tienda, se transformaron en simples pesadillas.

—Es la vida.

—Todos obedecen. Todas las almas.

—Todos nosotros.

—Excepto… —dijo uno, vacilante.

De nuevo todos se concentraron en ella.

—Excepto la yokihaijo —susurró uno—. Todos obedecen a la máquina. Excepto…

quienes son demasiado poderosas. Excepto quienes están bendecidas por los espíritus.

A ti no te puede controlar. A ti debe mantenerte cautiva en lugar de ello.

La emoción brotó en el interior de Yumi. Eso significaba… significaba que ella era real. O que lo había sido, hasta ese día siglos atrás en el que habían activado la máquina.

En el que habían traído al mundo tanto la mortaja como el hion. ¿Significaba que Yumi era ella misma, pero, de algún modo, con siglos de edad? Eso seguía inquietándola.

—Mis recuerdos… —susurró.

—Eliminados cada día —sisearon las pesadillas al unísono—. Llevas viviendo casi dos mil años en el mismo pueblo, Yumi. Haciendo las mismas cosas. Teniendo los mismos pensamientos. Eres tanto increíblemente vieja como eternamente ingenua.

—Y ahora que no aceptas nuestro tratamiento…

—… deben adoptarse medidas más drásticas.

Sus ojos se ensancharon, como blanco taladrado. Sus formas se oscurecieron más mientras se alzaban y empezaban a moverse hacia ella decididas.

Yumi corrió.

Muy bien. Llegados a este punto, es posible que os hayáis perdido un poco.

Si es el caso, estáis en buena compañía. Porque a mí todo esto me dejó perdidísimo cuando empezó. Dejadme repasarlo otra vez, tendiendo las hebras tal y como he sido capaz de hilarlas. Juntas quizá os presenten un tapiz de comprensión.

Mil setecientos años antes del principio de nuestra historia, se activó una máquina en el gran festival torés de los espíritus. No era la máquina diminuta que habéis visto; eso fue un prototipo. La verdadera máquina era algo mucho más grandioso. Los académicos la habían diseñado para apilar piedras, atraer espíritus y utilizarlos como fuente de energía.

Pero cometieron un fallo de cálculo, porque la máquina veía todas las almas, no solo los espíritus que vivían bajo el suelo, como una fuente de energía viable. Cuando la activaron, estaba *hambrienta*. Necesitaba fuerza para cumplir sus instrucciones de apilar piedras y quería una cantidad ingente de energía para darle un buen empujón inicial a su trabajo. No había espíritus disponibles. De modo que lo que hizo fue mirar alrededor y apoderarse de las fuentes más cercanas que encontró: las almas de los habitantes de Torio.

Que esto os sirva de lección. Cuando despertéis un aparato como ese, tened mucho mucho cuidado con los Mandatos que le dais para que siga.

Esa máquina comenzó de inmediato a alimentarse de ellos, destruyendo sus cuerpos y cosechando su Investidura. El resultado fue la mortaja, rociada al aire, desde donde cayó como lluvia en la tierra y la recubrió. Una miasma tenebrosa creada a partir de los muertos, con la Identidad de todo el mundo evaporada y transformada en esa fuerza oscura. Imaginadla como… la brea en la que se convierten a veces los cadáveres

descompuestos a lo largo de muchos años con una presión increíble. La mortaja es eso, solo que hecha de almas, dejadas como residuos de la activación inicial de la máquina.

Un alma no puede destruirse, solo cambiarse de forma. La máquina, por tanto, más que consumir a la gente, la transformaba. Permanecieron en esa negrura, una sopa revuelta hecha de decenas de miles de almas sujetas a la voluntad tiránica de la máquina, sometidas

en servidumbre eterna a algo que ellas mismas habían creado.

Qué delicia, ¿eh? Se dice que el progreso siempre trastoca alguna industria que otra.

Bueno, pues en Torio el progreso cogió carrerilla y, en vez de solo trastocar la industria, decidió trastocar el planeta entero. Para siempre.

Antes de que pasara mucho tiempo, la máquina agotó las almas relativamente débiles de los humanos y pasó a los espíritus en sí. Encandilados por las pasmosas capacidades apiladoras de la máquina, estos se dejaron atrapar sin gran resistencia por su poder. Al final terminó cosechando todos y cada uno de los espíritus libres de esa tierra. Por fin la saciaron, proporcionándole una fuente de poder más… vigorosa. Ese era su propósito, y el aparato lo cumplió con excelencia.

Por desgracia, no quedaba casi nadie para apreciarlo.

Solo algunos refugiados vagabundos que habían sobrevivido a la activación de la máquina, nómadas procedentes del borde de la civilización. Afortunados supervivientes que más adelante toparon con el resultado de los desvelos de la máquina: cabos de hion que aparecieron en algunas de las antiguas ubicaciones de pueblos toreses. La sangre de espíritus esclavizados, oculta, una energía cuyo origen jamás se comprendió.

Pintor llegó en solitario hasta la mortaja, sosteniendo su bolsa de pintor con dedos sudorosos, observando la cambiante oscuridad. Se hallaba en la parte oeste de la ciudad, por donde llegarían las pesadillas. Estaba cerca de su zona de patrulla, en el lugar donde Yumi había hecho retroceder la oscuridad durante unos breves instantes.

Cuando las pesadillas vinieran, lo encontrarían solo a él. A un único pintor.

Tembló, sabiendo cómo se desarrollaría la situación. Un tropel de cosas oscuras rodeándolo. Si trabajaba a destajo, tal vez lograría encerrar a una de ellas antes de que lo mataran. Puede que hasta a dos o tres. Entonces lo descuartizarían. Lo dejarían hecho pedacitos como en los relatos de lo que les había ocurrido a los pintores de Futinoro.

Cuando estuviera muerto, las pesadillas caerían sobre la incauta

ciudad. Desbocadas.

Quizá… quizá la Guardia del Sueño se daría cuenta de lo que estaba pasando. Quizá resistirían. Pero… después de conocerlos, Pintor no tenía más remedio que admitir lo frágil que era esa esperanza. ¿Cuánta gente iba a morir esa noche porque él no había sido capaz de persuadir a la Guardia del Sueño?

Agachó la cabeza.

Y entonces pensó: «¿Qué (bajo) estoy haciendo?».

Aquello era una idiotez. Había otra forma.

La forma de Yumi.

Todavía tenéis preguntas, ¿verdad?

Muy bien, ahondemos un poco más. Dejad que vuelva a mostraros unos pocos acontecimientos, pero esta vez a través de los ojos de alguien distinto a Yumi y Pintor.

Una persona que había estado involucrada en ambas historias desde el principio.

Aquí debo confesaros que he mentido sobre un punto crucial. ¿Recordáis que os he dicho que había estado oyendo voces, viendo destellos de imágenes, a veces como ilustraciones completas, a veces solo como líneas que temblaban en mi campo visual?

¿Atisbos de acontecimientos según se desarrollaban vistos por Pintor o por Yumi?

Bueno, esa parte es verdad, pero no toda la verdad.

Hay una *tercera* persona a través de cuyos ojos veía.

Liyun.

De hecho, para mí esta historia comenzó con ella. Desconcertantes fogonazos de su vida. (Creo que los espíritus estaban observando a Liyun en particular. Entonces algunas irregularidades de mi… naturaleza específica se infiltraron en la comunicación espiritual, permitiéndome ver lo que sucedía).

La máquina evaporó a la población de Torio, alimentándose de su energía y escupiendo la mortaja como subproducto. Bueno, como Yumi y Pintor habían deducido, a pesar de no contar con toda la información, había ciertas personas a las que la máquina no podía cosechar ni dominar: las yokihaijo.

En términos superficiales, murieron durante la activación inicial de la máquina igual que todos los demás. No obstante, al poco tiempo esas catorce almas se liberaron de la mortaja y volvieron a *cobrar forma*. Regresaron de entre los muertos, negándose a dejarse controlar.

Las catorce mujeres eran seres de increíble fuerza de voluntad. Tremendamente Investidas al nacer por los espíritus, constituían una amenaza legítima para la máquina.

No podía recolectar su energía y no podía mantenerlas contenidas en la mortaja. Lo más que podía hacerles la máquina era extraer un trocito minúsculo de sus recuerdos.

Así que, para controlarlas, creó cárceles en forma de pueblos falsos. Sirvientes, compelidos por la máquina, que surgieron de la mortaja. Edificios, plantas y vehículos creados de nuevo a partir de la sustancia de almas, y un perímetro erigido con meticulosidad. ¿Esos muros que encontró Masaka? Proyectaban, creando imágenes extraídas de la mortaja, un paisaje perfectamente realista pero falso.

Esos lugares eran catorce reservas naturales, podría decirse, cada una pensada para una única ocupante. Las yokihaijo terminaron internadas en esas cárceles, con sus recuerdos borrados cada noche. Entonces se les dio un único día para que lo revivieran una y otra vez, invocando a espíritus de pega creados de la sustancia de la mortaja.

Un sistema tosco, sí, pero que funcionaba. Durante siglos mantuvo a esas almas tan peligrosas cautivas no por la fuerza del brazo, sino por la pura fuerza de lo *prosaico*.

Sus guardianas eran las almas de personas a las que habían conocido. Hasta donde sé, Liyun llevaba aproximadamente los últimos diecisiete siglos viviendo el mismo día una y otra vez. Era tal y como os la he presentado. Esa era ella, la persona real, el alma exacta que había criado a Yumi. Liberada de la mortaja, controlada en parte por la máquina, dotada de cierta autonomía.

Liyun era solo una de los centenares de almas que se veían forzadas a llevar esa extraña media vida. Sus recuerdos, cómo no, se eliminaban a diario, pero creo que una parte de cada una de ellas comprendía que

algo andaba mal. Porque todas las noches, mientras la yokihaijo dormía, la máquina dejaba que se relajara su propia voluntad. Al no tener su atención puesta en ellas, esos sirvientes perdían su forma y su sensación de identidad, convirtiéndose en difusos pegotes de negrura.

Cada noche, durante ese tiempo de inactividad, algunos de esos sirvientes se liberaban. Vagaban por el territorio, fantasmas sin recuerdos, en una merodeadora búsqueda de significado. De comprensión. De *vida*. Y como casi toda la Investidura

desatada, como los mismos espíritus, las almas de los muertos se sentían atraídas por la imaginación de los vivos.

Esas pesadillas olvidaban cómo ser personas cuando no estaban dominadas directamente por la máquina. Pero anhelaban, *deseaban*, la vida que habían perdido.

Enloquecidas por su estado de semiexistencia, se colaban a hurtadillas en las ciudades, cazando mentes soñadoras con imaginaciones poderosas. Allí, Pintor y los suyos las atrapaban en una semblanza de forma física y las desterraban de vuelta a la mortaja, donde la máquina, cada día, volvía a reciclarlas y ponerlas a trabajar en sus cárceles.

Así era la vida de Liyun. A la máquina no le importaba que merodease de noche como pesadilla. ¿Por qué iba a importarle? El trabajo estaba hecho y las yokihaijo presas. En teoría. Un aspecto curioso de las máquinas, hasta de las parcialmente despertadas como esta, es que no *planifican*. No piensan en el futuro. La mayoría de las máquinas solo pueden reaccionar al estado de las cosas en el ahora.

En consecuencia, no tuvo en cuenta, porque no podía, que Yumi pasara *siglos* enteros perfeccionando su arte. Sí, le borraba los recuerdos a diario, pero algo permanecía.

Memoria muscular. Habilidades que se filtraban profundas, que se infundían en su alma, como ron en una tarta. Su destreza no podía separarse de ella: se la había ganado.

Y así fue como, el día en que empezaba nuestra historia, ocurrió algo extraordinario.

Tras mil setecientos años de repetir el mismo día, algo por fin se quebró. Porque Yumi, con su habilidad en pleno *crescendo*, apiló tan bien que atrajo a un espíritu *salido* de la máquina.

Eso lo cambió todo.

Ese espíritu, agradecido por un instante de libertad pero sabiendo que pronto caería capturado de nuevo, contactó con ella. Buscando una escapatoria. Al mismo tiempo, Liyun, preocupada, *sabía* que había pasado algo raro con Yumi. Fue a cazar esa noche como pesadilla, más fuerte que nunca antes. Y el espíritu recién liberado la observó, la siguió, hasta que Liyun encontró a Pintor.

El chico no era nadie especial, al menos en principio. Sí, tenía una destreza pictórica por encima de la media, pero no fue eso lo que le llamó la atención al espíritu. Fue el hecho de que salvara la vida de un niño pequeño.

Resulta que bastó con eso: el espíritu halló en él el alma de un héroe. No fueron sus alardes, sus fingimientos, sus actos superficiales. Fue que, cuando podría haber vuelto a

casa para relajarse, decidió dar media vuelta. Para proteger a la gente de Kilahito, hasta cuando no le apetecía.

Ya sabéis el resto. Pintor y Yumi enlazados. ¿Y Liyun? Su inquietud creció. Escapaba cada noche, acechaba en Kilahito, buscaba a su yokihaijo. En esos momentos no sabía quién era, solo que existía una Chaeyung que la llevaba a buscar a esa joven. No dudéis que había intentado matar a Yumi cuando la encontró después de la feria, y de verdad podría haberlo conseguido. Eso no habría resuelto los problemas de la máquina, porque entonces Liyun habría absorbido todo ese poder y pasado a ser un peligro. Pero sí que habría acabado con los problemas de Yumi, en términos estrictos, dejándola muerta.

Tendréis que perdonarle a Liyun el casi-asesinato de alguien a quien quería y había jurado proteger. No se sentía muy como ella misma durante ese tiempo. La verdad era que no se había sentido muy como ella misma en mil setecientos años.

Yumi huyó despavorida por el pueblo, frenética, cazada. Recordando aquella gelidez inflexible de la noche en que el monstruo, Liyun, casi la había absorbido. Yumi sintió ecos de esa muerte helada. Como si la hubieran sumergido y se hundiera lejos, lejos, lejos del calor y la luz.

Los cuatro académicos, ya irreconocibles por completo, la persiguieron. Pesadillas al acecho, abominaciones creadas a partir de los sueños de los más profundos tormentos de la gente. Su forma

otorgada por el miedo, su sustancia por la terrible máquina. Yumi no podía dejarlas atrás. No podía pintarlas, no sin herramientas. ¿Reaccionarían al apilamiento? ¿Tendría ocasión de poner dos piedras una encima de la otra antes de que la alcanzasen?

Casi lo intentó. Pero entonces se le ocurrió una forma mejor.

La forma de Pintor.

Corrió hacia el lugar del ritual y atravesó la valla. El sonido de garras sobre piedra siguió dándole caza más allá, hasta donde los académicos habían erigido su tienda.

Encadenados detrás de allí, para dar sombra a la tienda, había varios árboles.

Yumi saltó hacia el primero de ellos y sacó el pasador que sujetaba su cadena al suelo.

Con un grito, se aferró al árbol y cerró fuerte los ojos. Anticipando la llegada de las pesadillas y la sensación de sus garras en la piel.

Cuando no ocurrió, Yumi entreabrió los ojos y vio cuatro formas oscuras abajo, en el suelo. Que no dejaban de mirarla. Después de haber llegado solo un ápice demasiado tarde por segunda vez en la vida.

Pintor encontró a sus amigos en su sitio habitual del restaurante de Diseño. Bendijo su suerte. Habría sido muy mala noche para que hubieran decidido ir a cenar *dumplings* esa vez. Llegó trastabillando a su mesa, se arrojó de rodillas y se inclinó hasta que su cabeza tocó el suelo.

—Lo siento —susurró.

Silencio perplejo.

—Sé que es tarde para disculpas —prosiguió—. Soy consciente de que os hice mucho daño. No… quería hacéroslo. Perjudicaros a todos era lo *último* que quería. Es solo que no podía pensar, no supe procesar lo que había pasado hasta que fue demasiado tarde.

Y como un idiota, no dejé de creer que, si lo posponía, sería capaz de encontrar una forma de impedir que sufrierais la terrible pérdida que

sentía yo.

Se mantuvo arrodillado, escuchando cómo se movían, unos palillos maipon entrechocando al moverse un cuenco de la mesa.

—Sé que no tenéis razones para creerme nunca más —dijo—. Está justificado del todo que me ignoréis. Pero estoy *intentando* mejorar, así que voy a contaros la pura verdad.

Estas últimas semanas he estado relacionándome con pesadillas. Tienen alma. No sé cómo, pero son personas, de hace mucho tiempo.

»Pensaba que las cosas iban bien, pero ahora… Ahora estamos en peligro. Una de ellas me ha dicho, hace solo unos minutos, que otras *cien* como ella vienen hacia Kilahito. Para destruirlo, como hicieron con Futinoro. Por mi culpa, y por culpa de lo que sé, un ejército de pesadillas estables se desplaza hacia la ciudad ahora mismo, y la Guardia del Sueño no me hace caso.

»Os he mentido en el pasado. Os he herido. Pero esto *no es mentira*. Las pesadillas destruirán a todos los habitantes de la ciudad si no las detenemos. Os suplico que me ayudéis. Para no tener que enfrentarme a ellas solo.

Cerró fuerte los ojos, la cabeza contra el suelo, lágrimas que caían y manchaban la madera.

—Has *hablado* con una pesadilla —dijo Akane.

—Sí —susurró él.

—Y te ha dicho que un ejército de más pesadillas viene a arrasar Kilahito.

—Desde el oeste —dijo Pintor—. Suena absurdo. Pero es verdad.

Silencio tenso. Aunque otros clientes siguieron comiendo, fue como si esa sección del restaurante estuviera amortiguada. Como si allí no hubiera nada vivo. Como si Pintor siguiera estando solo.

—Será mejor que te acompañemos, entonces —dijo Tojin, y se levantó.

Pintor alzó la mirada, con el corazón dando un brinco.

—¿Y tú te lo *crees*? —preguntó Izzy a Tojin, señalando hacia Pintor—. ¿En serio?

Tojin se encogió de hombros.

—¿Qué es lo peor que puede pasar, Izzy? Si se equivoca, hacemos un poco el ridículo y nos toca volver aquí a tomarnos los fideos fríos. —Miró a Pintor—. Si tiene razón y no vamos, ¿qué?

Tojin respiró hondo y le tendió una mano a Pintor, que la cogió y subió despedido de pie.

—Estoy de acuerdo —dijo Masaka en voz baja, desde dentro de su grueso sudario de suéter y bufanda—. Creo que deberíamos ir. Por si acaso.

—Si hay cien pesadillas —terció Akane—, no haremos gran cosa para detenerlas.

—Takanda me debe un favor —dijo Tojin—. Nos lo llevaremos con sus pintores para que ayude. Y a Yuinshi siempre le gusta echarse unas risas, así que querrá ver esto.

Seguro que trae a algunos más.

—Supongo —asintió Akane— que podría pedirle a Ikonora que venga también. Y ella reunirá a unos cuantos más. No seremos cien pintores, pero quizá sí veinte o treinta.

—Sí, *por favor* —dijo Pintor. Apretó la mano de Tojin—. Gracias.

—La otra noche —respondió el hombretón—, cuando atacó la pesadilla estable… se dio la vuelta, sin motivo, y huyó. Cuando lo hizo, por un momento de nada me pareció verte allí. —Tojin sonrió—. Decidí que mi mente me había jugado una mala pasada.

Pero he estado pensando en ello de todos modos, y se me ha ocurrido que eres el único que jamás se ha tomado en serio esta vida.

»A lo mejor, si fuese como tú, no me habría caído y estado a punto de que esa cosa se me cargara. Pensé que tal vez no esté tan mal fingir que estás en la Guardia del Sueño,

¿sabes? —Se encogió de hombros—. Hay mentiras mucho peores. En todo caso, vamos.

A ver cuántos compañeros podemos conseguirte.

Una última explicación. Tal vez os preguntéis qué les hizo el espíritu a Yumi y Pintor.

Bueno, al construir esa Conexión entre ellos, protegió a Yumi. Porque cuando estaba en forma espiritual, era inmune a la influencia de la máquina (más o menos como las líneas de hion). El espíritu que los Conectó no tenía ningún plan más allá de eso: la esperanza de que Yumi, estando protegida, sería capaz de ayudar. No esperaba que Yumi y Pintor empezaran a intercambiarse, pero cuando se juega con cosas como la Conexión Espiritual, aparecen irregularidades.

Esa intromisión del espíritu puso a la máquina en un brete. De pronto, a una yokihaijo no se le podía borrar la mente. Aunque en general las máquinas no son capaces de planificar, sí que *pueden* evaluar una situación en toda su complejidad y concebir deprisa una manera de resolverla. ¿Cuál fue la solución en ese caso? Dejar la narrativa en marcha. Permitir que Yumi «viajara» a un pueblo nuevo cada día y que, sin más, siguiera con su vida.

Así, mientras ella dormía, la máquina evaporaba el pueblo anterior y creaba uno nuevo empleando impresiones dejadas mucho tiempo atrás en la mortaja. Al principio pensó que construirle un pueblo nuevo cada día sería suficiente.

Sin embargo, Yumi se negó a seguir adelante. Permaneció en ese segundo pueblo durante semanas, actuando de manera irregular. Al acumularse las complicaciones, la máquina reevaluó. Yumi era peligrosa, y había algo marcadamente extraño en su comportamiento. Así que la máquina desplegó a sus siervos más dedicados: los académicos, sus creadores. Los había mantenido aparte de la sopa de

la mortaja como reserva, su voluntad dominada pero su mente dejada libre en parte, justo para situaciones como aquella.

Los académicos se habían presentado en el pueblo, por tanto, como agentes.

Interpretaban un papel igual que todo el mundo, representando de nuevo cosas que habían hecho mil setecientos años antes. Como alardear de su prototipo en los pueblos pequeños. Sin embargo, llegaron con un mandato secundario: descubrir qué pasaba en el pueblo y resolver el problema a toda costa.

Lo que nos lleva, por fin, al presente. En el que Yumi tenía un problema distinto. El árbol sobre el que volaba estaba creado a partir de la mortaja.

Le veía la lógica. Los edificios no habían sido reales, y la gente tampoco. ¿Por qué iban a serlo las plantas? Había sido todo una pantomima orquestada para controlarla.

Mejor si todo elemento, entonces, se podía controlar con precisión.

Mientras ascendía más en el aire, el árbol comenzó a deformarse bajo sus dedos.

Empezó a dejar atrás una estela de humo. Al estar creado partiendo de la mortaja, el árbol estaba sujeto al control del enemigo, lo que significaba que la máquina podía hacer que su forma se esfumara de vuelta a la sopa oscura. Cosa que empezaba a hacer, aunque más despacio de lo que la máquina habría querido.

Al poco, Yumi dio contra la muralla invisible que rodeaba su pequeño pueblo. Allí la mortaja estaba pintada para transmitir la ilusión de un paisaje que se extendía sin fin.

Cuando lo tocó, el muro se retorció y se combó, dejando que lo atravesara. Por primera vez en casi dos mil años, abandonó físicamente esa burbuja de terreno y entró en la mortaja en sí.

Se sorprendió al ver que la oscuridad le resultaba transparente. (Y ni siquiera tuvo que quemar estaño). Tal vez fuese porque estaba hecha de su misma sustancia. Cuando estuvo en su interior, flotando sobre un árbol que se encogía a ojos vistas, distinguió un panorama oscuro y desolado por debajo. Allí no había nada que creciera, solo piedra oscura que llevaba milenios oculta al sol. Detrás de ella el pueblo se perdía en la distancia. Yumi lo vio retroceder, una columna con una

cúpula encima. Una parte de ella se quebró al darse cuenta de que hasta la luz solar que tanto gozaba y amaba, hasta la visión de la misma estrella diurna, de algún modo había sido falsa.

(Estaba equivocada, por cierto. La luz solar sí que era real: las cúpulas que había sobre los asentamientos dejaban pasar el sol en un sentido mientras prohibían que la luz saliera en el otro. Por eso, aunque lo que Yumi sentía era auténtico, quienes inspeccionábamos el mundo desde arriba no divisábamos esas cárceles. Además, el calor del suelo era real, creado por la máquina utilizando una concentración de esencia Investida).

Desde esa altura, Yumi alcanzaba a atisbar otras columnas con cúpula en la lejanía.

También ellas eran transparentes a sus ojos, luces que resaltaban como velas en la noche cerrada. Las prisiones de las otras trece yokihaijo. Y en el centro de todo ello, una luz más grande y brillante que debía de ser Ciudad Torio, la capital. Sede del festival.

Hogar de la reina.

Yumi estaba alejándose de allí.

Era un problema mucho menor que el hecho de que el árbol cada vez se desmadejase más rápido, uniéndose a la humeante negrura. Por debajo de ella se congregaron unas siluetas oscuras. Los académicos no se habían rendido. Es más, Yumi volaba como un estandarte allí fuera, difícil de pasar por alto. Empezó a descender a medida que su árbol dejaba de ser un árbol. Se aferró a él, con los ojos cerrados, apoyando la frente en la madera.

«Por favor. Os lo ruego, espíritus. Haced que continúe».

La corteza se endureció bajo su frente. El árbol se estabilizó en el aire. Yumi abrió los ojos, sorprendida y avergonzada por dicha sorpresa. Había rezado. Los espíritus habían respondido. Era solo… que no solía ver que respondieran tan rápido.

Comenzó a caer de nuevo, el árbol deshaciéndose.

«¡No!», pensó.

El árbol se recuperó otra vez. Porque… «Porque lo que creo que es verdad lo es —

comprendió Yumi—. Este árbol está creado de la mortaja. Y si pienso en él como otra cosa, puedo imponer que esa sea la realidad».

Mientras pensaba de ese modo, el árbol en efecto se hizo incluso más sólido.

«Y el viento —pensó Yumi con énfasis—. Estoy de suerte. Porque sopla justo en la dirección conveniente».

El árbol viró en el aire, poniendo rumbo a donde Yumi necesitaba que fuese, hacia Ciudad Torio. Hacia la máquina.

Una hora más tarde, los pintores estaban congregados en el límite occidental de la ciudad, situando en el suelo fajos de lienzos y grandes frascos de tinta. Se habían cobrado favores. Se habían hecho promesas. Se había incurrido en deudas. En total, habían acudido treinta y siete.

Pintor lo observaba todo con una ansiedad atroz, preocupado por si el asalto llegaba mientras aún estaban preparándose. Pero cuando los tuvo organizados a todos, a entre un diez y un quince por ciento de todos los pintores de la ciudad, se descubrió abrumado por la gratitud. Sus amigos no se habían andado con medias tintas. Sin embargo, no dejaba de ser una fuerza pequeña si consideraban lo que venía. Y ninguno de ellos excepto el propio Pintor tenía la menor experiencia pintando pesadillas estables.

Pero había un abismo entre eso y lo de antes, plantado allí él solo.

—Vale, Akane —dijo un pintor desgarbado—. ¿Me recuerdas qué hacemos aquí?

—Esperar —respondió ella—. Es posible que venga algo. Algo peligroso. Tened los pinceles preparados.

Los demás se acomodaron, charlando en corrillos, algunos sentados con la espalda contra la pared de los almacenes que rodeaban la ciudad. Pintor volvió los ojos hacia la mortaja y aguardó.

Y aguardó.

Y aguardó.

Transcurrió una hora entera con todos ellos reunidos allí, y los refunfuños fueron incrementando. La ansiedad de Pintor iba creciendo. ¿Y si había elegido el sitio equivocado? ¿Y si los otros se aburrían y se marchaban justo antes de que llegara el ataque?

¿Y si…?

Mientras Tojin apaciguaba a un líder de los otros grupos, Akane se acercó a Pintor con las manos agarradas a la espalda. Parecía cansada.

—Nikaro —dijo—, ¿tu hermana está a salvo? Dime que, por una vez, va a quedarse en tu habitación.

—Yumi… no va a pintar. Te lo explicaré en algún momento, pero no tienes que preocuparte por ella.

«Ya lo haré yo más que de sobra por los dos».

Decir la verdad era una cosa. Contarle lo que había estado pasando con Yumi y él…

bueno, eso tendría que esperar. Akane echó una mirada a la mortaja, con la inquietud patente en la cara. Luego devolvió los ojos a Pintor.

—¿A qué estamos esperando, decías?

—Vendrán —le prometió Pintor antes de que pudiera continuar—. Cien pesadillas.

Va a ocurrir.

—No pasa nada si no, ¿eh?

—Os estáis jugando todos la reputación por esto —dijo Pintor.

Había visto las miradas torvas de algunos pintores cuando se daban cuenta de que él estaba involucrado. Los demás no habían mencionado su nombre mientras reclutaban.

Bien pensado. Akane se encogió de hombros.

—Es lo que decía Tojin. Igual se burlan de nosotros una temporada. Nada que no vayamos a superar.

—Akane —dijo él—, sé que suena raro, pero de verdad que he

hablado con una pesadilla. No… no puedo aclarártelo todo. Aun así, te prometo que esto va a pasar de verdad.

—¿Y si… no pasa, Nikaro?

—No os mentiría —dijo él con la voz tirante—. No otra vez.

—Ni yo digo que lo harías —susurró ella—. Pero Nikaro, ¿y si te lo has imaginado?

¿Y si necesitas ayuda? ¿Porque a veces las cosas que quieres que sean reales te lo *parecen*?

—Eh…

—Por favor —dijo Akane—, plantéatelo.

Pintor se obligó a hacerlo. Por ella, por el esfuerzo que habían hecho todos en su nombre. Cerró los ojos y de veras se hizo las preguntas. Las cosas que había experimentado parecían increíbles, incluso estrambóticas. Era cierto que había una explicación sencilla.

Había ansiado con toda su alma ser alguien especial. Se había visualizado a sí mismo, todos esos meses, como un guerrero solitario que vagaba en la noche, buscando a gente que salvar. ¿Era posible que se lo hubiera… inventado todo? ¿Que le hubiera dado

forma a todo a partir de la mortaja? O peor aún, ¿que fuesen simples imaginaciones suyas?

Se rebeló contra la idea, pero una parte más calmada de él, la parte que había sobrevivido al oprobio de sus anteriores mentiras, se plantó. Dispuesta a examinar aquello. Si era cierto, si aquello era su fantasía, entonces Akane tenía razón. Pintor necesitaba ayuda. No era una mentira, ni siquiera un defecto moral, reconocerlo.

—Si resulta que de esto no sale nada —dijo abriendo los ojos—, entonces sí, Akane.

Buscaré ayuda.

Ella señaló a los otros con la barbilla.

—¿Qué tal si les digo que esto ha sido una especie de simulacro? ¿Que queríamos estimar lo rápido que reunimos una fuerza para proteger la ciudad en caso de emergencia?

—No —respondió Pintor, cogiéndole el brazo—. No les mientas. Si decides que hay que dispersarlos… diles la verdad. Que me estabais siguiendo la corriente. En recuerdo de nuestra anterior amistad.

Akane lo abrazó.

—Lo siento muchísimo —susurró él, agarrándose a ella—. Por todo lo que he hecho.

Y dicho. Y por las cosas que no he dicho, sobre todo.

—Lo sabemos —respondió ella, apartándose—. No hablo en nombre de los demás, pero yo te perdono, Nikaro. Sé que no querías hacernos daño.

Pintor sonrió.

—Esto… ¿chicos? —dijo Masaka, que llegaba corriendo—. ¿Vosotros habíais visto que hiciera *eso* antes?

Pintor se volvió.

La mortaja estaba ondulándose. Agitándose, *espumeando*.

—¡Coged vuestras cosas! —gritó Pintor—. ¡Ya vienen!

La gente se apresuró a levantarse, boquiabierta. Estupefacta.

Mientras las pesadillas empezaban a emerger.

Yumi supo, mientras se aproximaba a Ciudad Torio, que tenía que dejar que el árbol aterrizara.

No podía derrotar a la máquina mientras se ocupaba de las pesadillas que seguían allí abajo dándole caza. Tenía que enfrentarse a ellas antes. La impulsaba el instinto, pero también la lógica. Porque recordaba una cosa que le había dicho Diseño.

Su árbol flotó hacia abajo, diluyéndose mientras descendía. En el instante en que se posaba, Yumi lo abandonó, permitiéndole desaparecer del todo. Cuatro figuras espantosas se alzaban ante ella, cortándole el paso a Ciudad Torio. Por todo su alrededor estaba la noche eterna, piedra yerma velada por un ubicuo humo negro.

Las cuatro pesadillas se arrojaron sobre ella y le clavaron las zarpas.

Buscando extraerle la fuerza, absorberla, dejarla congelada.

Pero Yumi era más fuerte que ellas.

«Podrías consumirlas».

Cuando intentaron arrebatarle las fuerzas, Yumi se limitó a… negarse.

—Yo soy a quien eligieron los espíritus —dijo, sintiendo que sus garras pasaban a través de ella inofensivas—. Yo soy lo que tuvisteis que encerrar.

Retrocedieron a trompicones, encogiéndose. Como hacen a veces las pesadillas cuando ya no se les tiene miedo.

—Yo soy aquella a quien las pesadillas temen —dijo, imaginándolas. Conociéndolas por lo que eran. Obligando a las siluetas a concretarse en cuatro académicos debiluchos—. Y *vais* a inclinaros ante *mí*.

El color los inundó y ahogaron sendos gritos mientras caían al suelo.

Yumi anduvo hasta el académico jefe, quien fue el primero en incorporarse para mirarla con ojos asustados. Pero ella no le atacó. Se sentó delante de él en una postura de meditación.

—Dime —le ordenó en voz baja— cómo destruir la máquina.

—No… —Miró hacia sus colegas, que yacían despatarrados—. No puedes. Lo siento.

—Agachó la cabeza y empezó a sacudirse—. Lo siento… Ay, ¿qué hemos hecho? ¿Qué hemos hecho?

—Está bien —dijo Yumi—. Lo que sucedió pertenece al pasado. Soy la yokihaijo. Mi palabra es ley. Podréis descansar cuando esto haya terminado.

—Gracias —respondió él, cogiéndole la mano—. Pero no puedes detenerla.

—No hay necesidad de que protejáis la máquina. Sois libres de su control. No puede haceros daño, por mucho que quiera.

—No lo entiendes —dijo el académico—. No *quiere* nada. No está viva.

—Pero por la forma en que ha actuado todo el mundo —respondió ella—, algo los *está* controlando.

—Eso es por las instrucciones que nosotros le dimos a la máquina —explicó el académico—. La construimos para protegerse a sí misma y cosechar energía de los espíritus. Esos no son los deseos de la máquina, no más de lo que un árbol *quiere* crecer.

Pero cuando empezó a absorber de nosotros, de todos nosotros… la defendimos porque… porque entonces ya formábamos parte de ella, de algún modo.

Yumi frunció el ceño, mirando detrás del académico, hacia la ciudad. Una reluciente y hermosa ciudad llena de edificios como torres, con fuentes, tejados rojos y esculturas de dragones. Vacía de gente.

—Utiliza nuestras almas como energía —dijo.

—Al principio sí —repuso el académico—. Ahora usa los espíritus, que están atrapados por toda la eternidad para alimentar la máquina. Ay… Pero ¿qué hemos *hecho*?

—Nuestro pueblo se redujo a recuerdos —susurró otro académico, con la mirada gacha—. Sus almas a humo.

—Nuestra vergüenza —dijo otro—. Nuestra pena. Alimentada ya a perpetuidad por los espíritus, la máquina nunca se quedará sin combustible, nunca se apagará por sí misma.

— *Debemos* apagarla nosotros —afirmó Yumi.

El académico jefe negó con la cabeza.

—Está escudada. Protegida según sus instrucciones principales. No hay enchufe ni línea de hion que retirar. Se autoperpetúa, alimentada por miles de espíritus eternos. Lo siento. Ojalá… ojalá pudiéramos haberte dejado en paz. Es increíble que hayas llegado tan lejos.

—Pero en vano al final —dijo otro académico—. Ahora la máquina arrasará la ciudad de Kilahito. Todo rastro de lo que ha pasado contigo y con ese chico quedará aniquilado.

—No —susurró Yumi, poniéndose en pie—. Mi mundo. Mis reglas.

Dio un paso adelante y ordenó a su camisón que cambiara. El humo negro se arremolinó y Yumi surgió de él llevando el vestido que le había comprado Akane.

Rebasó con paso firme a los académicos y, por fin, mil setecientos

años después de la primera vez que solicitó a Liyun ese privilegio, entró en Ciudad Torio.

Y halló escombros.

Nikaro! —gritó una voz aguda.

Pintor abandonó el lienzo en el que había estado trabajando, dejando a una pesadilla en el suelo, aovillada en la forma de un gato dormido. Los pintores habían formado un círculo irregular, hombro con hombro, pero algunos flaqueaban. Pintor corrió cruzando el centro del círculo, hasta el lado de una pintora a la que apenas identificaba. Estaba rindiéndose, temblando, dando la espalda a las pesadillas presa del pánico.

Pintor ocupó su lugar y hundió de golpe la punta de su pincel, sin hacer caso al lienzo de la pintora. Con un poderoso remolino, creó una flor en el mismo suelo, un loto, flotante, abriendo sus numerosos pétalos al aire como un puño al relajarse.

La pesadilla se encogió adoptando esa forma, obligada a ajustarse a la voluntad de Pintor. Pero, como todas las pesadillas a las que se enfrentaban esa noche, no se evaporó como de costumbre.

Siendo sinceros, es probable que los pintores estuvieran ya masacrados a esas alturas.

Pero la máquina estaba distraída con Yumi, y las pesadillas, confusas por el momento, se vieron sorprendidas por la inesperada resistencia. Merodeaban en torno al anillo, buscando alimentarse de los pintores, pero no apiñándose en masa para atacar. No es que por ello Pintor y su equipo lo tuvieran fácil, dado que las pesadillas eran aterradoras y en su mayoría estables. Pero esos minutos de desconcierto hacían *posible* resistirse el asalto.

Aun así, los humanos *no* estaban nada preparados para un combate como ese. Tenían que ahuyentar a toda pesadilla que se acercara, tenían que enfrentarse a monstruos

estables y no venirse abajo. Pintaban con manos temblorosas y no dejaban de pararse y mirarlas, aterrorizándose. Pintor tenía que ocuparse de que no ocurriera, porque tenía la sensación de que lo único que los mantenía con vida era presentar aquel frente unido, aquella fuerza colectiva de pintura que no permitía a ninguna

pesadilla atacar el círculo y romperlo por completo. Mientras completaba el loto, Pintor vio a Izzy paralizándose de terror. La empujó a un lado y atacó a la pesadilla con un dibujo.

—¡Mantened el círculo! —gritó mientras creaba un pájaro, después de verlo en la forma de la pesadilla. Se parecía un poco a los grandes cuervos que había visto en el mundo de Yumi—. ¡Seguid pintando! Mirad cómo la mayoría de ellas solo se pasean por ahí, distraídas por nuestro trabajo. ¡No pueden con nosotros mientras estemos pintando! Ya habéis combatido a pesadillas. ¡Estas son lo mismo!

Pero no lo eran. Esas eran más grandes, sus formas más terribles. Aquellos ojos como el interior hueco de huesos. El raspar de garras en el suelo. Y lo peor de todo, que ninguna se esfumaba al pintarla. Se reducían, sí, pero humeaban allí como ascuas, y luego empezaban a crecer de nuevo cuando ya no eran objeto de atención.

Solo pintar no bastaría para contenerlas. El único consuelo de Pintor era que, en vez de seguir adelante hacia el interior de la ciudad, los monstruos habían rodeado el círculo. De momento, Kilahito estaba a salvo. Pero mientras Pintor terminaba de ayudar a Izzy, llegó un chillido desde el otro lado del círculo. Dio media vuelta y vio a Nanakai, una pintora de cuarenta y tantos años, caer en un destello de sangre cuando una pesadilla se hizo con su nerviosismo y avanzó atacando.

Otros dos pintores agarraron a Nanakai mientras farfullaba en el suelo, mirando horrorizados los tajos que tenía en el costado y en el brazo. Pintor tuvo que saltar sobre ella y reforzar el frente, pero necesitaría capturar a tres pesadillas a la vez. Así que, sin pensar, regresó al bambú. Al sencillo bambú.

En ese momento, resultó ser lo que necesitaba. Petrificó a las tres pesadillas por unos instantes, el tiempo suficiente para que llegara alguien más a ayudar.

No podía impedir el avance del ejército entero por sí mismo. Y no podía detener a las pesadillas *en absoluto*, no de forma permanente. Era solo cuestión de tiempo.

Escombros. La bella ciudad que había visto desde fuera era una ilusión, un mural pintado en la superficie del muro que protegía el lugar. Quizá fuese el aspecto que había tenido antaño, siglos antes.

Yumi anduvo entre piedras caídas y paredes derruidas. Los tejados se habían deshecho del todo mucho tiempo atrás. Resultó que no podía visitar la propia Ciudad Torio. Solo su tumba.

Una estructura permanecía en el mismo centro de la ciudad. Yumi la imaginó como un gran salón de exposiciones, con estandartes en la fachada delantera para el festival de los espíritus. El lugar donde los académicos habían desvelado su asombroso y más reciente proyecto: una máquina capaz de invocar espíritus y proporcionar una nueva forma de energía. El hion.

Iba a cambiar el mundo.

Desde lo alto de la escalinata, Yumi se volvió para escrutar a través de la mortaja. En la lejanía brillaban los puntos de luz dispersos por toda Ciudad Torio.

—A nosotras no puede derrotarnos como al resto —se susurró a sí misma—.

Recuérdalo.

Entró en el edificio.

La máquina estaba allí, dominando el interior como una seta gorda mucho más crecida que todas sus hermanas. De diez metros de altura, con centenares de patas, apilaba piedras por todo su alrededor en un proceso eterno, mientras otras patas iban derribando los apilamientos al tiempo de completarlos. Debería haberse estropeado mucho tiempo antes, pero la Investidura, el humo, reparaba cada junta desgastada, reemplazaba toda extremidad resquebrajada. Podría decirse que era una máquina muerta viviente.

Estaba rodeada por miles de espíritus, agolpados en el exterior del anillo de piedras.

Titilantes entidades de luz líquida, azul y roja en remolinos. Imaginadlas como orbes congelados de agua, pero ondulantes, moviéndose a un ritmo. Como el público de un concierto. O de un sermón.

Yumi hizo acopio de valor y avanzó… antes de estamparse de cara contra una barrera invisible que se alzaba nada más cruzar el umbral.

Apretó las manos contra ella y miró a su través, atrapada fuera. Aquel lugar estaba escudado, como habían dicho los académicos.

No podemos contenerlas! —gritó Tojin, tirando de Pintor por el brazo —. ¡No funciona! ¡Se recuperan después de que las pintemos!

Pintor echó un vistazo al centro del círculo, donde se acurrucaban ya seis compañeros de trabajo con distintas heridas graves, sangrando charcos como de tinta en el suelo.

Una mujer no se movía en absoluto. Otros gemían de dolor.

Las pesadillas habían atestado las calles de alrededor en una bullente, en apariencia infinita masa de negro puntuada por aquellos enfermizos ojos blancos. Haciendo presión, obligando al círculo a replegarse. Cada vez más audaces a medida que se recobraban de la momentánea confusión.

Los pintores estaban quedándose sin lienzos. El suelo estaba cubierto de tinta, tanta que resbalaba.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tojin, alarmado—. Nikaro, ¿qué *hacemos*?

—Pintamos.

—Pero…

—¡Pintamos! —gritó Pintor—. Porque si no, entran en la ciudad. Sin nosotros, la gente muere.

—¡La gente no nos hace ni caso! —exclamó otro—. Apagan la luz. Duermen.

—¡Porque no pueden hacer nada más! —vociferó Pintor mientras empezaba otro cuadro—. Somos la línea entre sus miedos y su carne. *Ahora somos la Guardia del Sueño*.

—Ahora somos la Guardia del Sueño —repitió Tojin alzando su pincel —. ¡Ahora somos la Guardia del Sueño!

Otros adoptaron el grito mientras una pesadilla particularmente grande se alzaba sobre el grupo. Tenía más de cuatro metros y medio de largo, pero a Pintor le era conocida.

Sí. *Conocida*.

Lupina. Una forma humeante con bordes aserrados de cristal. Liyun

estaba allí y…

Liyun. Pintor abrió mucho los ojos.

Esa era la respuesta.

Yumi se arrodilló, derrotada, ante la barrera invisible que rodeaba el salón de la máquina.

Las rocas habían rebotado en el escudo cuando intentó echarlo abajo. Sus gritos eran inútiles.

Con lo lejos que había llegado. Para nada.

Una punzada de dolor. Pero no era propio. Frunció el ceño y salió al exterior para mirar… ¿en dirección a algo?

«Pintor», pensó. Lo captaba, muy tenue. La Conexión no estaba cercenada por completo.

Estaba frenético, luchando.

Vendrán las pesadillas. Interminables pesadillas. Para destruirlo a él y todo lo que sabe. Todo lo que podría haber contado.

No fue un pensamiento, sino una impresión. El conocimiento de lo que la máquina haría para protegerse. Los académicos no estaban *del todo* en lo cierto sobre que no tuviera voluntad. Cualquier objeto tan Investido como ese adquiriría por lo menos algunas briznas de autoconsciencia.

Pintor iba a morir. Si sobrevivía a esa primera oleada de pesadillas, llegarían otras.

Miles y miles, hasta que Kilahito se redujera a escombros.

Yumi se volvió de nuevo hacia el espantoso aparato con lágrimas en los ojos. La máquina, por su parte, prosiguió con su eterno apilamiento. Para ella, una pila era como cualquier otra. Cosas que construir, tumbar y construir de nuevo. Había tallado las paredes interiores, el suelo y mucha piedra de debajo para seguir alimentando sus esfuerzos. Bajo ellos yacía la arena en que se habían convertido las piedras anteriores con el paso de los siglos.

A la máquina *no le importaba*.

Yumi se alejó del salón de la máquina y bajó la escalinata, con su vestido fluyendo y ondeando al viento. En el inmenso patio que había delante, en otro tiempo magnífico, ahora cascotes, se arrodilló.

Y empezó a apilar.

Pintor no intentó forzar a la pesadilla de Liyun a adoptar la forma de un pájaro, un gato o ni siquiera el bambú. No observó la mutable oscuridad para hallar alguna impresión vaga. No necesitaba esa muleta. Sabía lo que era la pesadilla.

La *conocía*. Adusta e inflexible, pero en el fondo solo pretendía ayudar. Esas líneas en la frente, esas hojas gemelas de pelo, ese vestido acampanado…

No la miró mientras pintaba, pero captó los efectos de lo que estaba haciendo por los murmullos de los pintores cercanos. No se debía pintar a las pesadillas como personas.

Una persona aún podía matarte. El objetivo era escoger algo inocente, inofensivo.

Liyun era todo menos inofensiva. Y, sin embargo, Pintor *conocía* a esa pesadilla hasta la médula. Eso lo cambiaba todo. Cuando terminó el lienzo con una floritura, alzó la mirada y la encontró de rodillas fuera del anillo de pintores. Manos manchadas por la tinta del suelo, jadeante.

Y cuando Pintor cogió otro lienzo del menguante montón, Liyun no revirtió a la forma de terrible monstruo como habían hecho las otras. Las pesadillas eran *personas*.

Tenía que tratarlas como a tales.

Apilar.

Tal vez no lo llaméis un arte. Tal vez lo consideréis una idea extrañísima. ¿Y esto es lo que venera el pueblo de Yumi? ¿Esto es lo que tienen por el mayor logro estético de su cultura? *¿Esto?*

Pero todo arte carece de significado sin quienes lo admiren. Tú no decides lo que constituye un arte. Pero *nosotros*, juntos, *sí*.

A Yumi le habían arrebatado los recuerdos. Por suerte, como os decía, algunas cosas son más profundas que la memoria. En muchos aspectos, a pesar de los siglos,

continuaba siendo una chica de diecinueve años. Su experiencia vital y su madurez se alineaban en ese sentido.

Pero su habilidad… bueno, eso sí que había crecido. Día tras día. Año tras año.

Capacidad destilada, como gotas de agua formando estalactitas en el transcurso de los eones primordiales. Yumi había construido algo en el interior de sí misma.

No solo era buena apilando.

No era una mera maestra.

Yumi era literalmente la mejor que había vivido jamás. Con la práctica de veinte o más vidas enteras.

Que se soltara lo cambió todo. Porque en ella había un poder muy superior al del hion.

Pintor no conocía a los demás toreses tanto como a Liyun, pero había pintado a varios de ellos hacía poco, durante sus meditaciones. Empezó por ahí, con líneas amplias y fluidas, trazando la silueta del alcalde del pueblo.

De entre el mar de pesadillas, una cambió. Transformándose, volviendo a ser *él mismo*. Con un grito, Pintor hizo que varios aliados pintaran las pesadillas que estaban entre él y esa, para encogerlas y ver mejor. Al manifestarse detalles, pudo ser más preciso.

La pesadilla quería volver a ser una persona. Pintor podía *sentirlo* y, mientras bosquejaba su forma general, el alcalde le proporcionó más detalles. Hasta que Pintor dejó al hombre de pelo ralo aovillado en el suelo, temeroso y helado, pero también inocuo.

Era un proceso lento. Pero los demás se envalentonaron al ver lo que estaba pasando, que de alguna manera pintor había hallado una forma de avanzar en vez de seguir estancados. Contraatacaron con fuerzas renovadas, Tojin y Akane dando voces de ánimo, conteniendo entre todos la marea y paralizando a las pesadillas una por una a medida que intentaban romper el círculo. Dejando espacio a Pintor.

Una por una. Persona tras persona. Pintor los fue encogiendo con su propia forma.

Hasta que, agotado, con calambres en los dedos y los brazos doloridos, dio el último trazo para terminar el pelo de Hwanji, derribándola al suelo. Parpadeó al caer en la cuenta de que la calle exterior de la ciudad estaba calmada, salvo por los gemidos de los pintores heridos y los exhaustos suspiros de los demás.

Se había acabado. De algún modo, lo habían conseguido. Habían terminado su cuadro, y el resultado era un centenar de habitantes de Torio muy perplejos, muy helados.

Pintor dejó que el pincel le cayera de entre los dedos y traqueteara en

la piedra. Miró al oeste, hacia la mortaja. A través de ella. Hacia alguien a quien captaba más allá.

Alguien que estaba concentrándose con una atención increíble.

Yumi apiló.

Decenas de piedras. Centenares. Se movía sin pensar, pero con *Intención*, construyendo imponentes formaciones a su alrededor a partir de los huesos de una ciudad rota.

Esculturas de cincuenta o más piedras. Sesenta. De alturas tan inverosímiles que tenía que subirse a los enormes cascotes que había cerca para terminarlas. Creó un diseño en espiral partiendo de esas torres, apilamientos de piedras como semillas llevadas por el viento de una flor rodante, fluyendo desde el centro del patio caído.

Cada pieza encajaba con las otras, y cada apilamiento se basaba en los otros. La piedra fluía como el agua. Pilas de equilibrios en apariencia imposibles. Formas que intrigaban a la mente. Que despertaban gritos ahogados de asombro.

El tiempo perdió el significado para ella. Esa era su meditación. Ese era su propósito.

Eso era *creación*. Cientos de apilamientos nacidos de un flujo sublime. Esculturas que funcionaban juntas a la mayor escala imaginable y, sin embargo, no dejaban de ser fascinantes en el más minúsculo detalle.

Eso era arte. Algo que la máquina, por muy capaz que fuese en la parte técnica, jamás alcanzaría a comprender. Porque el arte consiste, y siempre ha consistido, en cómo nos afecta. A quien le da forma y a quien lo experimenta.

Pues Yumi, en ese día trascendente, era ambos. Artista y público. Sola.

Hasta que los espíritus se unieron a ella.

Arrancados de la maravilla técnica que era la máquina, atravesaron las piedras como un líquido y emergieron. Uno por uno, rodeando la creación de Yumi. Al cabo de un tiempo se sintió un temblor cuando la máquina, temerosa, ganó velocidad. Un apilamiento se vino abajo, y Yumi utilizó sus piedras para crear algo incluso mejor.

Una docena de espíritus fueron con ella. Dos docenas. Cien. Trescientos. Todos ellos robados a una máquina cada vez más temeraria. Uno tras otro, los que habían estado embelesados por los movimientos precisos del aparato se volvieron hacia ella con asombro, regocijándose por su creatividad orgánica. Uno tras otro, liberados de su sometimiento por algo más hermoso. Con más significado.

En algún momento, cogiendo impulso, Yumi se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

De lo que supondría aquello. La máquina había creado la mortaja y la hacía permanecer en su sitio. La mantenía, y acumulaba todas aquellas almas en sus zarpas, lista para desplegarlas si surgía la necesidad.

Acabar con la máquina implicaba no más mortaja.

No más almas retenidas.

No más… Yumi.

Era cierto, por desgracia. Aunque las yokihaijo habían regresado a la vida desde la mortaja a viva fuerza, solo habían sido capaces de hacerlo porque la mortaja en sí estaba siendo mantenida por la máquina.

A pesar de ello, no paró. Esa vez lo importante no eran los presagios, ni lo que Yumi había «nacido» para hacer. Esa vez, *ella* decidía. Servir a su pueblo. Servir a los espíritus.

Y, por último, servir a alguien a quien amaba. Que no hubiera

pesadillas significaba que Kilahito, y todo lo que contenía, estaría a salvo.

Así que, mientras colocaba la piedra final y sacaba al último espíritu de la presa de la máquina moribunda, alzó la mirada. Hacia el este. Hacia alguien a quien percibía allí fuera.

Alguien asustado. Por ella.

Detrás de Yumi, la máquina por fin se detuvo. Desplomándose, desintegrándose cuando las piezas que no habían sido reales —a aquellas alturas, ya la mayoría— se evaporaron. Al autoperpetuarse, la máquina había necesitado combustible para seguir funcionando. Combustible que Yumi le había robado.

¡Gracias! , exclamaron los espíritus. *¡Gracias!*

Yumi enderezó la espalda sobre los talones, cerró los ojos.

Había terminado.

La gente toresa empezó a desvanecerse.

Para entonces ya había llegado más gente a investigar la extraña perturbación.

Policía, paramédicos, hasta periodistas. Habían proporcionado atención médica a los pintores heridos. Habían escuchado con incredulidad el relato de quienes habían participado en la batalla. Los enfermeros habían llevado mantas a esas extrañas personas que hablaban en un idioma que, sin el vínculo que compartían Yumi y Pintor, era ininteligible a oídos modernos.

Pero entonces esas expesadillas empezaron a desaparecer, desintegrándose en humo.

Al principio Pintor temió que estuvieran convirtiéndose en monstruos de nuevo. Se levantó de un salto, arrojó a un lado su manta y derramó el té. Pero la gente solo siguió esfumándose.

Todos sonreían al ocurrir. Pintor miró a Liyun a los ojos y ella le sonrió de oreja a oreja antes de volver los ojos hacia arriba.

La mortaja estaba ondulándose de nuevo. Distinto esa vez. Siseando…

Desmadejándose.

¿Yumi? , pensó. *¡Yumi! ¿Qué está pasando?*

Lo he hecho…, pensó ella de vuelta.

¿Cómo? , pensó él, asombrado. *¿Has roto la máquina?*

Sí, confirmó ella.

Voy a buscarte, pensó Pintor corriendo hasta la mortaja que, sorprendentemente, empezaba a desmoronarse. *¿Dónde estás?*

En respuesta, sintió solo lamento.

Nikaro, pensó ella, *¿te acuerdas… de lo que decías sobre las historias tristes?*

—No —susurró el, cayendo de rodillas—. No…

Yumi se sintió marchar mientras todo se deshacía.

Lo siento, pensó hacia Pintor. *Pero a veces… a veces tiene que ser triste*.

Sus brazos se convirtieron en humo, su hermoso vestido se fundió con las partes de ella al empezar a llevárselas el viento. Por un breve instante, sintió el agradecimiento de las otras yokihaijo, licenciadas por fin de su servicio, autorizadas a desvanecerse. Y el de todos los demás aparte de ellas, los miles y miles de personas que habían compuesto la mortaja. Sus almas ya eran libres.

¿Por qué? , preguntó Pintor, tan torturado que la hizo estremecerse. *¿Por qué tiene que ser triste?*

Porque esto es lo que tengo que hacer, susurró ella, sintiendo que toda su esencia se deshilachaba. Recuerdos desapareciendo. Experiencias vaporizándose. Ya no recordaba su propia cara. Era… solo humo. De ese humo llegaron viejos pensamientos, ecos.

Embustes imbuidos en ella procedentes de mucho tiempo atrás.

Se me creó para servir, dijo. *Mi vida no me pertenece*.

No tiene que ser así, le envió Pintor. *Tu vida* puede *pertenecerte. Debería*.

Alrededor de Yumi, los espíritus seguían exultantes, sus emociones extrañas para ella en contraste con su propio dolor.

Me estoy perdiendo a mí misma, Nikaro, pensó. *Ya nadie me conoce. Ni yo me conozco. Lo siento. Siempre fui un sueño. Un sueño maravilloso. Quizá el primero jamás concedido por una pesadilla…*

Yumi, envió él. *Te amo*.

Por fin una emoción buena.

Te amo, Pintor, pensó ella en respuesta. *Por favor, recuérdame*.

Y al final, la última yokihaijo restante, elegida siendo un bebé, designada para entregar su vida, hizo exactamente eso. Evaporarse a la nada.

Por qué contamos historias?

Son una experiencia humana universal. Toda cultura que haya visitado jamás, toda gente que haya conocido, todo humano de todo planeta en toda situación que haya visto… todos cuentan historias. Los hombres atrapados durante años en solitario se las cuentan a sí mismos. Los ancestros las dejan pintadas en las paredes. Las mujeres se las susurran a sus bebés.

Las historias nos explican a nosotros. ¿Queréis definir lo que diferencia a un ser humano de un animal? Puedo hacerlo en una palabra o en cien mil. Historias tristes.

Historias exultantes. Relatos didácticos sobre moralidad. Frívolos cuentecitos que, paradójicamente, transmiten significado en exceso.

Necesitamos las historias.

Lamento haber tenido que daros ese final. Pero cuanto más penséis en él, más comprenderéis que nuestro cuento de hoy tenía que acabar así. Las historias exigen ciertos finales. Forma parte de su naturaleza.

Ojalá pudiera haberle explicado esto a Pintor, arrodillado como estaba en los adoquines, contemplando su mundo vuelto del revés. Porque él no lo entendía.

Él creía que la historia no estaba terminada.

Pintor se levantó y recogió su pincel con unos dedos que le dolían por la prolongada batalla. Se llevó la tinta de Akane, agachada y temerosa, mirando arriba mientras el cielo se abría y la oscuridad se disipaba. Caminó con firmeza junto a policías aterrorizados, entre pintores heridos, dejando atrás a gente que gritaba al ver aquella

extraña luz. Llegó a una pared en blanco. La que le habían dejado a él. La obra maestra que nunca había completado.

Allí, a la vera de una ciudad presa del pánico, llena de personas que veían el sol por primera vez, empezó a pintar.

Menuda desconsideración por su parte. Ya estábamos todos preparados para irnos a casa. La historia debería haber concluido.

Él continuó pintando de todos modos.

Un cuadro, por supuesto, es también una historia. No un fragmento estático de una, como cabría pensar, sino una historia *completa*. Todo cuadro se mueve, lleno de vida, si uno sabe cómo mirarlo.

Allí pintó el retrato de una hermosa mujer sentada en la rama de un árbol. Volando alto en el cielo, con flores estallando tras ella como fuegos artificiales.

—Te conozco —susurró.

La curva del cabello que se curvaba en torno a los lados de la cabeza para verterse espalda abajo. La línea de la barbilla, la desafiante confianza en los ojos. La sonrisa. *Esa* sonrisa.

—Te *conozco*.

Pintor no tenía dos mil años de experiencia. Pero en ciertos aspectos, lo que sí tenía era mejor. Porque el arte requiere intención. El arte requiere apasionamiento. Y de entre todos los pintores de la ciudad, no encontraríais a una persona con más de ambas cosas.

Mientras la ciudad temblaba y la gente se acobardaba a su alrededor, Pintor trabajó con calma. La mortaja se fue deshaciendo en grandes pedazos, dejando atrás volutas de oscuridad. Parecía que él pintaba con el propio humo, utilizando la tinta del alma.

El vestido de ella, el tono del cielo ese día, capturado a escala de grises con tinta diluida. El sol radiante, una sección sin pintura en absoluto, contrastando con las manchas alrededor.

Pintor por fin tenía una razón para su obra maestra.

Para él, el público siempre había tenido una importancia capital, y ese día tenía uno singular. De una persona. La más importante de todas.

Algo le tocó el brazo. Invisible pero cálido, enviando una emoción ardiente a su interior mientras pintaba las flores. Humo de la moribunda mortaja que se aferraba a él,

uno de los pocos trocitos que quedaban. Nadie se dio cuenta. Estaban demasiado ocupados lidiando con lo que asumían que era el fin del mundo.

Otro toque. En el otro hombro.

Una floritura final, los puntos que eran las pupilas. Entonces se volvió para encontrar humo detrás de él, girando como un vórtice. Blanco por dentro, un agujero infinito, el ojo de una pesadilla. Y dentro, una forma oscura que se extendía hacia él.

Pintor soltó el pincel y metió el brazo.

Y le cogió la mano.

Eh… La voz de ella. *Esto no está bien…*

—Yumi —dijo Pintor con lágrimas en los ojos, agarrándose fuerte—. Nosotros decidimos lo que está bien. Las pesadillas pueden ser reales. ¿Por qué no los sueños?

Tienes poder concedido por los espíritus. Durante tu vida entera, tus docenas de vidas, lo has utilizado para servir. Úsalo para ti misma esta

única vez.

Pero…

—Nuestro mundo, Yumi. Nuestras reglas.

No lo…

—Nuestro *mundo*. Nuestras *reglas*. *Nuestro… mundo*.

—Mereces vivir.

Nuestras reglas.

—Mereces ser feliz.

Merezco… elegir. Merezco el amor .

Su otra mano surgió de entre el humo y asió la de Pintor. Se agarraron uno al otro mientras la ciudad temblaba, el humo moría y el mundo cambiaba. Se aferraron uno al otro mientras la luz llovía desde lo alto y brillaba en el rostro de ella.

Los últimos zarcillos de oscuridad se desvanecieron.

Y al terminar todo, cuando a alguien por fin se le ocurrió ir a ver cómo estaba Pintor, lo encontró acurrucado contra la pared bajo una obra maestra de asombroso calibre, abrazado a una joven como si nunca quisiera soltarla.

Tan real como cualquier otra persona. Porque ella quería serlo.

Más o menos por entonces, desperté.

Diseño estaba esperándome, holgazaneando tras la barra, sonriéndome del modo más insufrible que pudiera imaginarse. Cómo se me ocurrió darle una cara, nunca lo sabré.

—Ya era hora de que te soltaras un poco —dijo.

—Cállate.

Me sacudí la docena aproximada de abrigos que me habían colgado por todas partes y luego me quité los ganchos y las otras cosas que Diseño me había colocado para ese propósito.

Tuve que parpadear para sacarme *pintura* de los *ojos*. Tormentosa críptica.

Me quedé la corona, eso sí. Era un espanto de una clase especial.

—¿Qué pasó? —preguntó Diseño.

—¿Te acuerdas de esa vez que me robaron los recuerdos?

—Sí. Fue hilarante.

—Fue una humillación —dije—. Instituí unos protocolos de protección para defenderme si alguien probaba a juguetear con mi alma. Cuando aterrizamos aquí, esa máquina intentó absorber mi Investidura. Mis protocolos se activaron.

—¿Y te transformaron en estatua?

—No era… *exactamente* lo que había esperado que pasaría.

Me dedicó una sonrisa burlona. Qué criatura más *insoportable*. Luego hizo gestos a su alrededor con dos manos ansiosas.

—¡He abierto un restaurante!

—Sí, he sido consciente buena parte del tiempo —respondí.

—¡Suena horrible!

—No te haces una idea.

—¡Para nada! ¿Tienes la menor gana de quedarte por aquí hasta la siguiente recogida dentro de tres años?

—Ninguna en absoluto.

Por fuera del ventanal del restaurante pasaron Yumi y Pintor, apoyados uno en el otro. Tenían el aspecto de lo que se sentía al pasar tres años siendo un perchero. Dicho

de otro modo, *espantoso*. Pararon un momento allí mismo y se besaron, pero ahora llegaremos a eso.

—¿Cómo vamos a irnos? —le pregunté a Diseño.

Ella desapareció tras la barra y regresó con un gran fajo de papeles.

—Tengo un *plan*.

—Estupendo —dije mientras encontraba un puñado de paquetitos individuales de condimentos en el bolsillo. ¿Quién me *los* habría puesto ahí?

—Ajá. Tú imitas a uno de sus astronautas. Les robamos la nave. Debería ser capaz de llevarnos a estación de paso Hierro Siete.

—¿Y te hace falta todo eso? —pregunté, señalando la enorme cantidad de papeles—.

¿Para explicar un plan tan sencillo?

—¿Qué? Esto no es mi plan. Esto son mis *recetas*.

—De maravilla.

—En su mayoría no lo son. ¡No tienes ni idea de cuántas combinaciones distintas de ingredientes comestibles producen algo *in* comestible por completo! Es divertido.

—No lo es.

—Es divertido —dijo ella— si es otra persona quien lo prueba.

Sonreí.

—Vámonos a robar una nave espacial.

—¡Por fin! —exclamó ella, agarrando sus recetas—. Estoy lista.

—¿No te preocupa abandonar tu restaurante?

—¡Qué va! Se lo he dejado en herencia a alguien. Bueno, dos álguienes.

—¿Saben cocinar?

—¿Qué más dará? ¡Venga, vamos!

Y así escapé de ese terrible planeta. Lo cual era el verdadero sentido de esta historia, por si no os habíais dado cuenta. Prestad atención. Y dejad de animar a los participantes rebeldes a salirse de su papel.

Supongo, de todas formas, que preferiréis que ate algunos cabos sueltos. Diseño recibe alguna carta que otra de Masaka con noticias, y yo he podido enviar unas pocas consultas para obtener más detalles. Deberíais agradecérselo a ella y a los demás, ya que esta es la clase de historia que solo puedo contaros porque tengo el permiso de la gente involucrada.

Os alegrará saber que el planeta, Komashi, sobrevivió. (Está en el sistema UTol, en órbita dual con el planeta UTol, del que quizá hayáis oído hablar por otras razones). El resurgimiento del sol no provocó

una catástrofe total en Komashi, aunque sí que aprendieron por las malas lo que eran las quemaduras solares.

Resulta que a algunos espíritus les gustaba ser líneas de hion, así que los convencieron para seguir prestando ese servicio… con un salario adecuado. Eso mantuvo el calor del suelo a niveles manejables. Había plantas en las ruinas de Ciudad Torio que pudieron aprovechar para iniciar nuevas cepas de cultivos, y las viejas seguían creciendo con hion si se mantenían a la sombra.

Fue difícil por un tiempo, pero la sociedad no colapsó. Por supuesto, el sol podría caer del cielo y la mayoría de la gente se levantaría de todos modos al día siguiente para ir al trabajo. Se dice que visitar el planeta es una delicia últimamente. Suelos cálidos.

Plantas voladoras. Noches de neón. A mí no me preguntéis, porque *yo* no pienso volver en la vida.

Pero si lo hacéis vosotros, pasaos por el Princesa del Fideo. He oído que su comida es de lo mejorcito que hay por allí. Y también está la galería de arte anexa. Llena de cuadros y piedras apiladas. Ojo, procurad no estornudar.

Pintor y Yumi, bueno, nunca le contaron a nadie lo que les había pasado, aunque con el tiempo sí que lograron convencer a sus amigos de que ella era la novia secreta de

Pintor que antes vivía en otra ciudad, no su hermana. Un hecho que confirmaron los padres de él cuando llegaron hechos un manojo de nervios, preocupados por lo que habría sido de su hijo durante la hecatombe.

Las pesadillas desaparecieron para siempre, al menos las del tipo viviente. Lo cual significó que ya no había necesidad de pintores. Esos pobres miembros de la Guardia del Sueño tuvieron que ponerse a trabajar en las empresas de sus papás y sus mamás. A insistencia de Pintor, sus amigos dijeron a todo el mundo que Usasha, la única pintora que murió en el ataque, era quien había movilizado a todo el mundo. Recibió ella los honores.

Al final de todo, Pintor y Yumi solo querían una vida tranquila juntos. ¿Quién lo habría adivinado? Si los visitáis, decidles que vais de mi parte, porque a Yumi y a Pintor les gusta recibir a gente de fuera del planeta. Pero no os hagáis pesados, procurad no revelar su historia a los lugareños y aseguraos de dar buenas propinas a quien os sirva.

Y si os acordáis, mencionadle a Masaka lo humana que parece. Está cada vez más cómoda con que los demás sepan lo que es, pero, como a todo el mundo, tampoco le amarga un cumplido de vez en cuando.

Ah, y por si os preocupaba, el planeta ya no necesitó a ninguna otra yokihaijo que apaciguara a los espíritus. Resulta que a esos seres les *chiflan* las series históricas.

Hoy en día, nadie del planeta sabe lo que es Yumi en realidad. La consideran la excéntrica cocinera del mejor restaurante de fideos de la ciudad, la mujer de acento raro capaz de apilar cien cuencos uno encima de otro, con cubiertos equilibrados en cada nivel.

Y con eso ya estaría.

Ah, no. Falta el beso.

Ese primer beso, fuera del restaurante de fideos, bañados por la luz del sol. Labios juntos, compartiendo un calor más profundo, las manos de ella en la cara de él, los brazos de él en torno a ella como si no quisieran soltarla nunca. Tan apretados que sus mismas almas parecieron mezclarse. Y en el caso de esos dos, las almas por lo menos se combinaron con un fogonazo de duradera calidez.

Dicho eso, no fue un beso muy bueno.

Considerando la limitada experiencia de sus responsables, no creo que os sorprenda.

Pero, para tratarse de dos personas cuyos únicos roces previos con el romance estaban relacionados con ciertas ensoñaciones particularmente ambiciosas, salió bastante bien.

Además, lo que pasa es esto: un beso no tiene que ser bueno para ser valioso. No sirve a ningún propósito real. Se valora solo por la persona con quien se comparte.

Las cosas tienen solo el valor que nosotros les concedemos. Y del mismo modo, todo acto puede valer lo que sea que decidamos que vale.

Así que, para esos dos, el beso no tuvo precio.

Fin

POSFACIO

Esta es mi favorita personal de las novelas secretas. En general no escojo preferidos entre mis libros, así que es una declaración muy poco frecuente viniendo de mí. Sin embargo, este libro en concreto me dio la sensación de que era un regalo especial para mi esposa, que suele animarme a incluir más romance en mis novelas.

Este libro también tiene algunas inspiraciones que son bastante personales para mí, y que quizá os resulten inesperadas. Por ejemplo, su mayor inspiración es un videojuego.

Uno de mis videojuegos favoritos de todos los tiempos es *Final Fantasy X*, dirigido por Yoshinori Kitase, con el que topé en el momento perfecto de mi vida. Me encanta la historia de ese juego. Una de las cosas que sigo recordando después de tantos años desde que lo jugué es que los dos protagonistas tienen unos trabajos estupendos. (Uno juega a un deporte de fantasía muy guay y la otra se dedica a enviar a descansar los espíritus de los muertos). Es algo que no se ve lo suficiente en la fantasía: gente con empleos que encajan con la construcción de mundo específica que tiene la historia.

Llevaba años queriendo escribir un libro centrado en los quehaceres cotidianos de personas que tienen su trabajo en un mundo de fantasía. Un trabajo que para ellos es normal, pero que a nosotros nos parecerá extraño como lectores. La idea pasó años cociéndose en el fondo de mi mente mientras buscaba el lugar adecuado para explorarla.

La segunda inspiración en realidad procedió de mi amigo y vicepresidente editorial Peter Ahlstrom. Yo no leo mucho manga, pero a él le encanta. Antes de que lo contratara, estuvo muchos años involucrado en la comunidad de traducciones hechas por fans (y más adelante en la traducción profesional) de manga. Al poco de salir de la universidad, estaba trabajando junto a más gente en un manga titulado *Hikaru no Go*, de Yumi Hotta, dibujado por Takeshi Obata.

Lo leí por solidaridad con Peter y descubrí que me encantaba. El manga se centra en un maestro fantasmal que enseña a un joven jugador novato el juego del go. Tiene una dinámica graciosa porque el maestro, que se le aparece al joven, no puede jugar al juego, ya que no tiene cuerpo físico. Pero lo adora. Al principio al joven el go le da un poco igual, pero, gracias a la guía del maestro, termina adorándolo también.

De ahí saqué la idea de dos personas procedentes de condiciones sociales distintas que tienen que enseñarse entre ellas a hacer sus trabajos fantásticos. Me encantó esa dinámica. Imaginaba la frustración de cada uno por no ser capaces de hacer su propio trabajo como se debe y tener que enseñar a alguien a que lo domine. Dos personas que tenían que cambiarse de lugar y aprender una de la otra, no solo en lo relativo a los trabajos, sino también sobre sus vidas.

Esa relación fue lo que hizo despegar la historia para mí, y pasé mucho tiempo planificando su romance. También tengo el vago recuerdo de una historia que leí en la facultad sobre dos personas que comparten dormitorio en una estación espacial, donde hay demasiado poco espacio para asignar alojamientos individuales. Pero no se ven nunca, porque trabajan en turnos complementarios a propósito, y se dejan notas entre ellos. Se enamoran únicamente a partir de esas notas que se escriben. La idea de dos personas que desarrollan un romance de manera no convencional me llamaba muchísimo.

Como dos de mis influencias tenían origen japonés, decidí apoyarme en eso y basar la cultura de Yumi en la Corea histórica y la de Pintor en un Japón más moderno.

Aproveché algunos lugares comunes, como la fuente termal, del manga y el anime, lo cual además encajaba bien con el concepto de «intercambio de lugar» que ya me estaba planteando. Hay varios animes excelentes — *Your Name* de Makoto Shinkai es el más destacable en mi opinión— que usan esta idea, la de dos personas que tienen que llevar la vida de la otra.

Dicho eso, una cosa que era importante para mí en esta historia es la interacción.

Tanto *Your Name* como el relato cuyo nombre no recuerdo están centrados en dos personas que se cogen cariño mutuo estando ausentes. Y aunque es una dinámica estupenda, yo quería algo distinto. Quería muchísima interacción. De hecho, quería aislarlos de otra gente y centrarme en el interior de ellos dos a medida que evolucionan juntos. Este objetivo romántico, de nuevo inspirado en las cosas que decía mi esposa sobre las historias que le gustan, es lo que me animó a escribir esta novela en mi tiempo libre, como regalo para ella.

Regalo que ambos estamos encantados de que ahora podáis compartir.

BRANDON SANDERSON

Brandon Sanderson añade a su universo del Cosmere (compartido por las sagas Nacidos de la Bruma y El Archivo de las Tormentas) una nueva novela independiente que hará las delicias de los aficionados a la cultura popular asiática.

Yumi viene de una tierra de jardines, meditación y espíritus, mientras que Pintor vive en un mundo de oscuridad, tecnología y pesadillas. Cuando de pronto sus vidas se ven extrañamente entrelazadas, ¿podrán dejar de lado sus diferencias y colaborar para descubrir los misterios de su situación y salvar sus respectivas comunidades de un desastre seguro?

Nota de Brandon:

«Llevaba años queriendo escribir una novela de fantasía protagonizada por personas que hacen trabajos normales para ellas, pero fantásticos para nosotros como lectores.

Además, mi esposa me animó a añadir más romanticismo a mis historias. Cuando junté a dos personas cuyo trabajo le parece fantástico al otro, nació el relato de *Yumi y el pintor de pesadillas*.

Esta novela en particular fue un regalo especial para mi esposa, regalo que ambos estamos encantados de compartir ahora con vosotros.»

BRANDON SANDERSON

(Lincoln, Nebraska, 1975) es el gran renovador de la fantasía del siglo XXI, con veintitrés millones de lectores, y el autor más prolífico del mundo. Desde que debutara en 2006

con su novela *Elantris*, ha deslumbrado a lectores en treinta lenguas con el Cosmere, el fascinante universo de magia que comparten la mayoría de sus obras. Sanderson es autor de la brillante saga Nacidos de la Bruma (Mistborn), formada por *El Imperio Final*, *El Pozo de la Ascensión*, *El Héroe de las Eras*, *Aleación de ley*, *Sombras de identidad*, *Brazales de Duelo* y *El metal perdido*. Tras *El aliento de los dioses*, una obra de fantasía épica en un único volumen en la línea de *Elantris*, inició con *El camino de los reyes* una magna y descomunal decalogía, El Archivo de las Tormentas, que continuó con *Palabras radiantes*, *Juramentada* y *El Ritmo de la Guerra* (además de la novela corta *Esquirla del Amanecer*).

Con la serie Escuadrón (*Escuadrón*, *Estelar*, *Citónica* y *Escuadrón Cielo*), Sanderson se acerca, también, a los lectores de la ciencia ficción. Con un plan de publicación de más de veinte futuras obras (que contempla la interconexión de todas ellas), el Cosmere se convertirá en el universo más extenso e impresionante jamás escrito en el ámbito de la fantasía.

Con las cuatro novelas secretas que escribió durante la pandemia de la COVID-19, Sanderson ha protagonizado la mayor campaña de micromecenazgo de la historia.

Trenza del mar Esmeralda, la primera novela secreta, es una nueva

entrada al Cosmere, mientras que *La guía del mago frugal para* está escrita en clave humorística.